

William Thomas Walsh

# NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA



WILLIAM THOMAS WALSH

**NUESTRA SEÑORA  
DE FÁTIMA**

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR  
GUILLERMO SANS HUÉLIN

MADRID,  
1960

Título original:

**OUR LADY FÁTIMA**

*Nihil obstat.*

DR. ANDRÉS DE LUCAS  
Madrid, 8 de marzo de 1948

*Imprimase*

CASIMIRO  
Obispo Auxiliar y Vic Gral.

# ÍNDICE

Nota a la edicion española.....	4
Prólogo.....	7
Capítulo I.....	11
Capítulo II.....	20
Capítulo III.....	31
Capítulo IV.....	40
Capítulo V.....	49
Capítulo VI.....	58
Capítulo VII.....	69
Capítulo VIII.....	77
Capítulo IX.....	87
Capítulo X.....	97
Capítulo XI.....	109
Capítulo XII.....	122
Capítulo XIII.....	136
Capítulo XIV.....	149
Capítulo XV.....	154
Capítulo XVI.....	165
Capítulo XVII.....	180
Capítulo XVIII.....	189
Capítulo XIX.....	196
Epílogo.....	209

## NOTA A LA EDICION ESPAÑOLA

Cuando asistí a una peregrinación en Fátima, en julio de 1946, me interesé mucho en observar a un nutrido grupo de españoles que destacaban no sólo por su estatura, comparada con la de la mayoría de los portugueses, sino por su gran devoción y la excelencia de sus voces. Habría un centenar en conjunto, la mayoría procedentes de Barcelona y Mallorca. Iban acompañados de sus propios sacerdotes, cuya manera de predicar era asimismo recia y característica. Tuve el placer de hablar con algunos de estos peregrinos españoles y de dirigirme a ellos, en mi pobre español, después de una comida que nos dio Su Excelencia Dom José Alves Correia da Silva, Obispo de Leiria.

En aquella ocasión pude comprobar lo que ya era evidente para mí: que los españoles sentían de veras la devoción a la Virgen de Fátima. Esto no debía sorprenderme, pues sabía, por la lectura de los discursos del General Franco, cuánto había él confiado en Nuestra Señora para sus grandes victorias de 1936 a 1939. Ni me sorprendí tampoco al comprobar que los magníficos ramos de flores que adornaban el altar eran regalo del gran Caudillo. Después me he enterado, con alegría, del entusiasmo con que la imagen de Cova da Iria fue recibida en todos los sitios de España.

Hubo escenas similares en los Estados Unidos al principio de este año. ¡Ojalá sea esto un buen augurio para la paz mundial y para una mejor comprensión entre vuestra nación y la mía!

Encontré que, tanto en España como en Portugal, había una expectación general ante una tercera guerra mundial entre las naciones occidentales y Rusia. Algunos, en efecto, consideraban esto como la única solución posible. Espero sinceramente que no sucederá así, pues parece probable que en una tercera guerra mundial de ese tipo la Península Ibérica sería campo de batalla. Con las armas de que podrá disponerse, tiemblo al pensar cuál sería el resultado para el único país donde la cultura católica aún florece vigorosamente, como sucede en España.

Desgraciadamente, los enemigos de Cristo en Moscú no son sólo los únicos que verían tal desastre con complacencia. Entre los dirigentes del

llamado Occidente, y especialmente aquellos que más hablan de la necesidad de salvar la “Cristiandad” y la “Cultura cristiana”, del Soviet, hay hombres que no sienten amor por la fe, en el sentido en que los españoles la aman y la elogian. Esos hombres han sido en el pasado enconados enemigos de España y su cultura, y amigos íntimos de la Unión Soviética. No creo que sus corazones hayan cambiado. Lo que sucede, sencillamente, es que ahora conviene a sus fines políticos enrolar a España en lo que a ellos les agrada denominar una “cruzada”. Pero espero que mis compañeros católicos españoles tendrán cuidado, al tratar con estos nuevos amigos, de distinguir entre los pocos que realmente lo son y aquellos que sólo hace poco tiempo vendieron a varias naciones católicas, permitiendo que cayesen en la esclavitud. ¡Rezo para que España nunca llegue a ser otra Polonia!

Atendiendo a estas consideraciones, me regocijo siempre que oigo hablar del aumento de la devoción a Fátima en vuestro país. Me parece que Nuestra Señora no nos ha dejado más opción que la de satisfacer sus deseos. En 1917 predijo la segunda guerra mundial. No profetizó una tercera, sino presentó una alternativa que quizá sea aún más de temer. Dijo que, de no ser obedecidos sus mandatos, los “errores de Rusia” se extenderían por todo el mundo. La hermana María das Dores, una de las criaturas a las que se apareció Nuestra Señora, me dijo en 1946 que ella interpretó esto en el sentido de que todos los países del mundo, sin excepción, serían dominados por el marxismo de alguna manera.

Para aquellos que creen estas revelaciones, como yo, el único camino práctico, de hecho el único posible, es hacer frente a la amenaza del comunismo no por la fuerza, sino con la oración. Fue voluntad de Dios, sin duda, que los cristianos españoles defendiesen sus hogares y sus altares con la espada en 1936. Quizá pueda ser necesario de nuevo. Lo que Nuestra Señora pide ahora, sin embargo, es el Rosario diario, sacrificios de reparación aun por los bolcheviques y los “cristianos” farisaicos del Occidente, las comuniones de los primeros sábados, el rezo fervoroso para que el Santo Padre y todos los Obispos consagren a Rusia al Inmaculado Corazón de María. Éstos son sus ruegos. ¿Cómo podemos ignorarlos y esperar su bendición y su ayuda?

*¡Viva España!*

WILLIAM THOMAS WALSH.

9 abril 1948.

## PRÓLOGO

Una de las historias más extrañas y más hermosas de las que tengo conocimiento «o desarrolló, de 1916 a 1920, en la comarca montañosa denominada Serra da Aire, en el centro geográfico de Portugal. Tres pastorcitos, el mayor de diez años, el menor de siete, dieron cuenta por seis veces en 1917 de haber visto una Señora hecha toda de luz, que, de pie sobre un pequeño árbol, les hablaba y desaparecía. La última vez, en presencia de 70.000 personas, realizó un sorprendente milagro para demostrar la verdad de lo que los niños decían. Dos de los pequeños pastores murieron en la infancia, como ella lo había pronosticado. El tiempo ha comprobado con creces la veracidad de sus otras profecías: la Revolución bolchevique, que comenzó poco después; los horrores de la segunda guerra mundial; la amenaza que el marxismo representa para todo el mundo en la actualidad. La Señora dijo que si sus deseos eran obedecidos, convertiría a Rusia y habría paz. En caso contrario, todos los países del orbe serían castigados y esclavizados.

El tercer pastorcito vive aún. Es la Hermana María de los Dolores, una lega de la regla de Santa Dorotea, con cuarenta años de edad. Tuve una larga conversación con ella el verano último. Este libro está basado principalmente en las cuatro Memorias escritas por ella, pero sin publicar, esclarecidas por aquella conversación.

Ella ha vivido para revelar un mensaje que no es el de una señora cualquiera. Procede, estoy convencido, de la Reina del cielo y de la tierra, cuya belleza, poder y bondad ha sido el tema de profetas y santos durante miles de años. Es aquella doncella de quien escribió Isaías: “Una virgen concebirá y parirá un hijo...”; la misma de quien el Rey Salomón preguntó: “¿Quién es la que se adelanta cuando amanece, bonita como la luna, radiante como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla?” Fue a ella a quien el ángel Gabriel dijo: “¡Salve, llena de gracia! El Señor está

contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres.” Y ella replicó: “De aquí en adelante todas las generaciones me llamarán bendita.”

Esta Señora ha variado frecuentemente el curso de la Historia. Su Rosario, predicado por Santo Domingo, derribó la herejía maniquea que hubiera destruido la sociedad europea. Mantuvo vivos la fe y el amor a la libertad, por los siglos, en el Eire. Ganó la batalla de Lepanto, donde la Cristiandad se vio salvada de la dominación musulímica. Fue bajo su especial protección como Colón partió para descubrir nuestro mundo occidental, cambiando el nombre de su almiranta *Mariagalante* en *Santa María*; y todas las noches, cuando caía el crepúsculo sobre la aterradora soledad del mar de los Sargazos, hasta entonces sin señalar en las cartas marinas, sus marineros se agrupaban sobre cubierta para cantar su himno vespertino:

*¡Salve, Reina Santa, Madre de misericordia,  
vida, esperanza y dulzura nuestra,  
Salve!...*

Los católicos americanos siguieron esta tradición al colocar su país bajo la protección de su Inmaculada Concepción. ¡Y no cabe imaginar que ninguna clase de Nuevo Mundo fanfarrón sea capaz de borrar su memoria! Pues al final de los tiempos, antes de la terminación de este mundo, aparecerá en el cielo — ¿o ha aparecido ya?— el signo pronosticado por San Juan en su Apocalipsis: “Una mujer vestida con el sol, y la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.”

Nadie que crea en Dios y en la inmortalidad del alma podrá encontrar increíble que la Madre de Cristo, el Dios encarnado, se haya revelado a personas privilegiadas en distintos períodos de crisis de los asuntos humanos. Varias de estas apariciones han sido confirmadas, sin duda alguna; especialmente, en tiempos modernos, las apariciones a Santa Bemardette en Lourdes. Pero ¿por qué se ha aparecido la Virgen en Portugal en 1917, y en un lugar tan desierto e inaccesible como la Serra da Aire? Se requiere todo un día para llegar a Fátima, a unos 144 kilómetros al norte de Lisboa, primero en tren y después en autobús o taxi, y cuando se llega sólo se encuentra un vasto páramo, de escasa vegetación para pasto de ovejas flacas, y unos pocos y míseros poblados donde humildes campesinos llevan una mezquina existencia con lo que les proporciona un suelo seco y rojizo.

Es innegable que la Virgen se aparece donde a Dios y a Ella les place. Pero los portugueses tienen la idea de que ellos fueron en parte



favorecidos, al menos, porque su país ha sido siempre llamado a *terra de Santa María*; y en la sierra contigua a Fátima, y sin hacer caso de revoluciones y apostasías en otros lugares, los pobres se han aferrado durante siglos, con devoción inquebrantable, al rezo de su Rosario. Cova da Iria, el lugar agreste donde ocurrieron las apariciones, a unos tres kilómetros al oeste de Fátima, recibió su nombre de la doncella mártir Santa Iria o Irene, quien probablemente tuvo una ermita allí. Y a 13 kilómetros al oeste de Cova da Iria existe una antigua y pequeña capilla, de traza cuadrada y fea, donde el Rey Juan 1 prometió a Nuestra Señora que si le concedía vencer a los invasores españoles en 1385, levantaría un templo más adecuado en su honor. Cumplió su promesa, construyendo, junto al camino, una de las más bonitas iglesias góticas del mundo: la increíblemente elegante y majestuosa abadía de Batalha.

El Condestable de Portugal que mandaba el Ejército bajo el Rey Juan fue Nuño Álvarez Pereira, un héroe de veinticinco años que empuñaba una espada grabada con el nombre de “María”. Mandó edificar seis iglesias en honor de Nuestra Señora, siendo una de las más lindas la capilla del monasterio carmelita en Lisboa. Fue allí donde, después de cuarenta años al servicio del Rey, se retiró para tender su espada a los pies de su imagen y tomar el hábito de la Orden con el nombre de Nuño de Santa María. Cerca de quinientos años después fue beatificado por el Papa Benedicto XV. Su espada “María” puede aún verse en el Carmo, en Lisboa, en la mano del profeta Elías.

Entre estas montañas, santificadas por tantos recuerdos y tradiciones, fue donde se apareció la Señora. Y cuando dicha Señora aparece en algún sitio para hacer al género humano un ruego y darle un aviso, el hecho es de capital importancia. Mi interés en el asunto se despertó por lo que oí hablar de él al Reverendo Padre John C. Rubba, O. P., y al Reverendo Padre William A. Hinnebusch, O. P., del *Providence College*. Algunos de los relatos publicados eran, sin embargo, tan contradictorios, que decidí marchar a Portugal para procurar comprobar los detalles antes de intentar escribir un libro. Gracias principalmente a los buenos oficios de aquellos Padres y a los ruegos de varias comunidades de dominicos y carmelitas descalzos contemplativos, estuve preparado para hacerlo bajo las condiciones más favorables. Su Excelencia el Muy Reverendo José Alvernaz, Obispo de Cochin, India, y Su Eminencia el Muy Reverendo Cardenal Spellman, de Nueva York, fueron tan bondadosos, que me recomendaron para mi viaje a las autoridades portuguesas, y encontré toda clase de facilidades para mi investigación por parte del Muy Reverendo Manuel

Cardinal Cerejeira, Patriarca de Lisboa, y de Su Excelencia el Muy Reverendo Dom José Alves Correia da Silva, Obispo de Leiria, en cuya diócesis se encuentran Fátima y Cova da Iria. Voló hasta Lisboa, concurrí a la peregrinación y procesiones del 12 y 13 de julio de 1946, y viví durante algún tiempo en Cova da Iria y lugares próximos, interrogando a los padres y parientes de los dos niños fallecidos, además de a otros testigos de los milagros de 1917.

Deseo mostrar mi agradecimiento, por las obras y consejos verbales recibidos, al Reverendo Padre José Galamba de Oliveira, autor de *Jacinta: episodios inéditos das aparições de Nossa Senhora*; al Reverendo Padre Luis Gonzaga Aires da Fonseca, S. I., profesor del Instituto Bíblico Pontificio en Roma y autor de *Le Meraviglie di Fátima*, y al Reverendo Padre João de Marchi. I. M. C., autor de *Era una Senhora, mais brilhante que o sol*. La información de este último es de valor especial, porque pasó tres años en Fátima interrogando a los principales testigos supervivientes y anotando sus palabras precisas con exactitud y paciencia de hombre letrado. He tomado algunos de los detalles relativos a la primera vida conventual de la Hermana Dolores, de la obra de Antero de Figueiredo *Fátima: Graças, Segredos, Misterios*.

No me cansaré de demostrar mi reconocimiento al Reverendo Padre Manuel Rocha, que fue rogado por Su Eminencia para que me prestase ayuda, y cuya paciencia y cortesía fueron inagotables; ni a mis buenos compañeros de peregrinación de América el Reverendo Padre Leal Furtado y Mr. Daniel F. Sullivan. Finalmente, la ayuda de su hija Elena ha sido indispensable.

El libro no es una ficción. Debo las conversaciones principalmente a la buena memoria de la Hermana Dolores.

El interés de la historia en sí —y lo tendría muy grande si hubiese sido inventada en vez de haber ocurrido— es despreciable en comparación de la verdad, que fue designio de su divino Autor llevarse. Regresé a mi hogar de Portugal, convencido de que nada es tan importante como el dar a conocer lo que la Madre de Dios pidió en esas apariciones de 1917, que por alguna razón han sido tan descuidadas, tan deformadas, tan incomprendidas. El futuro de nuestra civilización, de nuestras libertades, de nuestra propia existencia, pueden depender de la aceptación de los mandatos de la Virgen.



Los niños Jacinta, Francisco y Lucía, en mayo de 1917,  
mes de la primera aparición de la Virgen

## CAPÍTULO I

A unos 800 metros al sur de Fátima se encuentra la villa de Aljustrel, situada a ambos lados de un camino tortuoso empedrado con guijarros aplastados y de anchura apenas suficiente para que pasen dos yuntas de bueyes. Las casas, cobertizos y patios están todos ligados a una alta tapia de piedra que corre a lo largo de cada lado de aquella “calle” estrecha, y parecen estar ensartados en ella como cuentas de extraños tamaño y formas. Las ventanas son escasas y pequeñas, pues el ventarrón de invierno del Noroeste, atravesando las montañas desde el Atlántico, es tan cruel como el sol abrasador del verano; de ahí que estas viviendas aplastadas, de tejas rojas y paredes de piedra encalada, tengan un aspecto recóndito y disimulado, como si cada una de ellas guardase un gran secreto.

Es un día de trabajo y los hombres se encuentran en el campo; pero entrando y saliendo de los oscuros interiores pasan mujeres bajas, más bien bellas, y niños de ojos bonitos, dientes brillantes y figuras esbeltas con movimientos graciosos, aun bajo el peso de once a catorce litros de agua transportada en cántaros de barro. Sus pies, desnudos, empolvados, pero no deformados, no parecen sentir la agudeza de las piedras, ni sus caras sonrientes denotan contrariedad por las moscas, pulgas y otros insectos que zumban, en el tiempo cálido, en patios y cobertizos donde se encierran los animales. Un burro rebuzna, un perro ladra, un gallo canta, una yunta de bueyes camina pesadamente a lo largo del camino. El aire está impregnado de muchos olores, entre los que pueden distinguirse los de los pinos y arbustos siempre verdes, hierbabuena silvestre y cebollas, ovejas, cabras y pollos; por encima de todos, el característico olor rancio y picante, que no es precisamente desagradable y parece desprender en todas partes el suelo de Portugal. No hay aquí nada del olor a pescado predominante en Lisboa u Oporto, pero los campos rojos son tan persistentes como aquellas capitales en el olor que desprenden, y los trajes de todas estas gentes están cargados con dicho aroma. Tal es Aljustrel,

donde Lucía Abóbora, ahora la famosa Hermana María de los Dolores, nació el 22 de marzo de 1907.

La casa en que creció era muy parecida a aquella en que los visitantes encuentran en la actualidad a esa mujer paciente y cortés, con ojos negros y francos, que es la hermana mayor, María de los Ángeles. El cuarto de estar está severamente amueblado con una mesa, una silla, un par de viejos cofres de madera, donde están guardados ropas y alimentos, y de la desnuda pared cuelgan varias imágenes piadosas. Una abertura en el tejado, precisamente encima de un hueco en el techo de madera, deja entrar un haz de luz solar, con el cual se distingue mejor, en una pequeña habitación contigua, el viejo telar de mano que usaba la madre de Lucía. Una alfombrilla a medio terminar, de material de lanas blanca, roja y azul, aparece aún enredada en las cuerdas y desprende una nube de polvo al menor contacto. La oscura cocina tiene un hogar espacioso, en el que unas cuantas ramas arden débilmente aun en verano; en otras estaciones está alumbrada por varias candilejas colocadas en una tabla que cuelga de un tudio de madera ennegrecido por el humo de muchos inviernos. Sólo hay una alcoba. Una cama de hierro, con colcha clara y limpia, ocupa la mitad de aquélla, tocando a tres de las paredes sin adorno alguno. Una maceta asienta en el alféizar de la minúscula ventana; otra, con flores rojas, está en el suelo. María de los Ángeles explica que la cama estaba anteriormente en la casa de sus padres y que su hermana Lucía nació en ella.



Casa donde nació la vidente Lucía, en su estado actual

Lucía era la más pequeña, así como María era la mayor, de siete hijos de Antonio Abóbora (o dos Santos), un pequeño agricultor y criador de ovejas que poseía trozos de terreno en varias partes de la Serra da Aire. Era hombre de buen aspecto, ojos negros de mirada apasionada, que más bien prefería estar de chanza que ir a misa, y le gustaba más el vino que el trabajo. Su mujer, María Rosa, era una católica devota, severa, baja, fuerte y musculosa, con un marcado rostro varonil que reflejaba una dulzura grave, aunque en pocas ocasiones se podía resolver en una sonrisa maternal. No era María Rosa aficionada a frivolidades ni nunca tuvo tiempo para ellas.

Fue esta madre de aspecto severo la que rememoró Lucía cuando, al escribir sus Memorias, comenzó a repasar sus primeros recuerdos. Pudo recordar cómo se cobijaba en esos forzudos brazos, dándose cuenta, aun entonces, de su propia personalidad y de sus propias acciones. Una de las primeras cosas que recordaba era cuando aprendió el Avemaría de los labios de su madre: “¡Dios te salve, María, llena de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres!” El antiguo rezo, que comienza con esas palabras de un ángel, es hermoso en cualquier lenguaje; pero en portugués las sílabas parecen adquirir un ritmo peculiarmente intenso y memorable.

*Ave Maria, cheia de graça. O Senhor e' convosco! Bendita, sois vós entre as mulheres, e bendito é o fruto do vosso ventre, Jesus!*

*Santa Maria, Mai de Deus, rogai por nós pecadores, agora e na hora da nossa morte. Amen.*

Lucía tenía otros recuerdos de un tipo más mundano. Eran, por ejemplo, no pocas furiosas peleas en las que siempre una u otra de sus cuatro hermanas mayores salía victoriosa, dejándola llorar a gritos en el suelo hasta que su madre la levantaba y acariciaba. Lucía no recordaba apenas la época en que no estaba dominada por esa pasión por la danza, a la que los campesinos se entregan con más ahínco aún que otros seres humanos. Esto se aplicaba especialmente a sus dos hermanas adultas, María de los Ángeles y Teresa. Y había para ello muchas oportunidades en Aljustrel. Podía contarse seguramente con un baile en cualquier día festivo: la fiesta del Sagrado Corazón y de San Antonio en junio, la de Nuestra Señora del Rosario en octubre, y, como es natural, en Navidad y Pascua. Aparte de esto, María Rosa era muy solicitada, bien como encargada o como cocinera de reconocida habilidad, siempre que había una boda en cualquiera de los doce cortijos esparcidos por la Serra, y sus hijas mayores rara vez dejaban de acompañarla.

El problema de lo que hacer con la niña pequeña en dichas ocasiones era fácilmente resuelto. Aunque ésta apenas podía andar, y mucho menos bailar, ataviaban a Lucía con una falda bordada y un cinturón reluciente, un bonito pañuelo cuyos picos colgaban en la espalda y, lo que más le gustaba a ella, un vistoso sombrero que brillaba con sus cuentas de oro y plumas de colorines. Entonces era llevada en los fuertes brazos maternos por el laberinto de estrechos caminos zigzagueando a través de los irregulares campos rocosos entre elevadas tapias de piedra; y cuando comenzaba el baile, después del banquete, la sentaba, para librarla de los pisotones, en uno de esos altos arcones de madera que constituyen una parte principal del mobiliario de toda cocina y cuarto de estar. Desde aquella altura la diminuta niña podía vigilar los rostros encendidos, el cruzar de los pies, y escuchar los agradables sonidos que procedían de una guitarra o una armónica. Más pronto o más tarde, sin duda alguna, se quedaba dormida y permanecía acurrucada contra la pared hasta que llegaba el momento de regresar a casa: lo más frecuentemente, cuando las primeras luces del amanecer ascendían por el cielo de Levante, pues las hermanas de Lucía no se cansaban nunca de los valeses, que hacían furor en aquel entonces.

En la residencia de los Abóbora había también bastantes reuniones. En verano la gente joven se reunía en el patio bajo una gran higuera; en invierno, en un cobertizo contiguo a la casa. En dichas ocasiones María Rosa se sentaba a la puerta de la pequeña habitación que daba al patio, desde donde podía ver todo lo que sucedía dentro o fuera. A veces tenía un libro abierto en el regazo, otras hablaba con alguna parienta o amiga, mientras los jóvenes danzaban o bromeaban. “Estaba siempre muy seria —según Lucía—, y todo el mundo sabía que cualquier cosa que ella dijese era como la Sagrada Escritura, y que debía ser obedecida en la casa.” Algunos de los visitantes acostumbraban a decirla que valía por todas las hijas juntas. Quizá fuese ello una exageración, pero no le disgustaba.

María Rosa era una de las pocas personas en Aljustrel que sabía leer. “No sé por qué a la gente le gusta corretear de casa en casa —solía decir—. A mí me basta quedarme tranquila en la mía y leyendo. Estos libros son muy interesantes. Y los libros de los santos, *que belez!*” La mayoría de los libros, en efecto, trataban de temas piadosos. Durante las horas de la siesta en verano y en las tardes de invierno, gozaba enseñando el Catecismo no sólo a Lucía, sino a otros chiquillos de la vecindad. En Cuaresma leía trozos de la Pasión de Nuestro Señor y libros que recomendaban la necesidad del rezo y la penitencia. Después de cenar,

cuando Antonio y su hijo habían regresado del campo, y los candiles aumentaban el brillo del hogar, las niñas mayores y su padre se recreaban repitiendo viejos cuentos de gigantes, castillos embrujados y princesas encantadas. Lucía los encontraba deliciosos, como era natural. Pero su madre aprovechaba siempre la oportunidad para intercalar entre las crónicas profanas alguna más edificante. Los domingos, María Rosa y sus hijas —y algunas veces Antonio— oían misa en la iglesia parroquial de Fátima. Ésta ha sufrido bastantes modificaciones y en parte ha sido reconstruida desde 1917. El piso, de anchas tablas, está dividido en dos por un paso de baldosas que va desde la entrada principal a medio camino del altar; después, bajo un arco romano, existe una elevación en el suelo, donde comienza la antigua iglesia. Las paredes están cubiertas de azulejos en azul brillante, blanco y amarillo, desde el suelo hasta una altura de un metro ochenta centímetros, aproximadamente. A cada lado hay un confesonario, y hacia el frente de la iglesia existe un tercero desplazable en caso de necesidad. En vez de reclinatorios hay largos ^ toscos bancos de madera inestables. El techo, verde azulado, está lo bastante elevado para dar una impresión de dignidad y solemnidad, ya que no de grandeza; la cúpula sobre el pequeño altar principal es de un azul intenso y está tachonada de estrellas.

Algunas de las estatuas dan una extraordinaria impresión de vida. Hay una de San Antonio, de quien recibe su nombre la iglesia, en una urna de cristal para mayor protección. San Francisco se encuentra próximo, con un hábito pardo salpicado algo incongruentemente con oro, para sugerir, sin duda, su glorificación en el cielo; y el Niño Jesús en sus brazos tiene una expresión amorosa en sus ojos que atrae al que le contempla, de tal modo, que debió de ejercer gran impresión en Lucía y otros niños. Éste se encuentra a la derecha del altar mayor. A la izquierda, en el frente de la iglesia, hay otra escultura que indudablemente, a juzgar por su propio relato, ejerció gran influencia en la menea de Lucía. Es una de Nuestra Señora del Rosario, vestida con túnica carmesí y un manto azul ornamentado con oro, sosteniendo en sus brazos un Niño de aspecto nada afortunado. El mismo rostro de la Virgen tiene una seriedad no corriente, casi severo y reprobador, mientras la mirada de sus ojos castaños claros es penetrante. En una mano sostiene un rosario de quince decenas. Debajo de ella hay una estatua de la doncella mártir Santa Quiteria con una túnica rosa cubierta con estrellas y un cingulo azul. Aquí Lucía, cuando niña, acostumbraba arrodillarse para rezar.



Cerca del altar del Sagrado Corazón se levanta actualmente una escultura de Nuestra Señora de Fátima. Sus ojos castaños oscuros miran al que la contempla con suave afecto; su ropaje es azul pálido. Mas esto no sucedía en 1917.

En el costado derecho de la iglesia hay una Crucifixión notable. El Cristo es muy bajo y rechoncho, como un portugués de las montañas, y está manchado de sangre, de un rojo vivo, de pies a cabeza. Encima hay un cuadro no corriente de Nuestra Señora del Carmen. El Niño en sus brazos tiene un escapulario en cada mano, y ambos contemplan una representación del purgatorio a sus pies, en cuyas llamas caen las almas de los pecadores, mientras otros aparecen de pie al borde de aquéllas, apartando con tristeza su mirada de la Madre y del Infante, si bien a un lado un joven es sacado de la fosa por un ángel y en el otro es salvada una muchacha.

En domingos y días festivos se llenaba la iglesia de personas procedentes de los caseríos de la Serra da Aire, y las campos contiguos a su alrededor rebosaban de grupos familiares provistos de cántaros de barro con agua y de cestas de comida, así como de burros, muías y carros de distintas clases. Desde su casa, detrás de la iglesia, pasaba el párroco, prodigando frases ingeniosas a unos y otros.

La campana dejaba oír desde la espadaña sus sonos argentinos, que se propagaban a varios kilómetros de distancia a través de las ondas en aquella atmósfera pura y soleada. Las mujeres llenaban los bancos cerca del santuario, mientras la mayoría de los hombres y niños, excepto aquellos que iban a comulgar, permanecían detrás, y entonces comenzaba la misa.

Era costumbre en aquella época preparar a los niños para la Primera Comunión a la edad de nueve a diez años. Fue en 1910 —Lucía tenía entonces tres años— cuando el Papa Pío X recordó al mundo el mandato de Cristo: “Dejad que los niños se acerquen a mí, y no se lo impidáis.” Posiblemente María Rosa había oído hablar de esta sentencia. Parece fuera de duda que resolvió, cuando su hija menor sólo tenía seis años, que había llegado el momento oportuno para recibir al Jesús oculto en el Bendito Sacramento; y ayudada por Carolina, que tenía ya once años y había recibido al Señor, la instruyó en las preguntas y respuestas del Catecismo. Cuando comprendió que su discípula estaba preparada para un examen, la llevó a la iglesia.

El párroco las recibió con amabilidad, y sentándose en un sillón sobre una plataforma, en la sacristía, comenzó a hacer preguntas a la niña: “¿Quién hizo el mundo?” “¿Cuántos Dioses hay?” “¿Qué es el hombre?” “¿Por qué nos hizo Dios?” “¿Qué debemos hacer para salvarnos?” Y así sucesivamente, a través de los temas que estudian todos los niños católicos.

Pareció a Lucía y a su madre que no había respondido mal. Con todo, y después de un rato de reflexión, el buen sacerdote decidió que la niña era demasiado joven, y haría mejor esperando otro año.

Esto sucedía el día antes de la Primera Comunión, y nunca habían esperado ellas encontrarse con tal contrariedad. Casi aturcidas por el desengaño, se dirigieron desde la sacristía a uno de los bancos de la iglesia y se sentaron, con las cabezas bajas, pensando. Lucía comenzó a sollozar.

En aquellos días un misionero jesuíta procedente de Lisboa, el Padre Cruz, había estado predicando un triduo en la iglesia parroquial para preparar esta Primera Comunión, y ayudaba al Padre Pena a oír las numerosas confesiones. Al pasar por la iglesia se fijó en la niña afligida y se detuvo para preguntarle por la causa de su pena. Al escuchar la historia la examinó haciéndole varias preguntas del Catecismo y la hizo volver con él a la sacristía.

—Esta niña conoce la Doctrina mejor que muchas de las que van a comulgar —dijo.

— ¡Pero sólo tiene seis años de edad! —objetó el Padre Pena.

El jesuíta insistió. Era un hombre humilde y de maneras suaves, pero decidido, y con gran alegría de Lucía acabó por ceder el párroco. Tenía ahora que recibir el Sacramento de la penitencia para poder ofrecer una conciencia y un corazón puros al divino Huésped que iba a visitarla al siguiente día.

Fue en el confesonario desplazado, que había sido colocado cerca de la puerta de la sacristía, donde el Padre Cruz escuchó su primera confesión. ¡Qué bendición! El famoso predicador jesuíta era considerado por muchas personas en Portugal como un verdadero santo, y aun al hablar con una niña pequeña no podía por menos de comunicarle algo de su ardiente amor por Dios. Era un hombre alto, de cincuenta años, muy encorvado por el estudio y las austeridades. Cuando Lucía hubo terminado de decir sus pecadillos, le oyó decir en voz baja:

—Hija mía, tu alma es el templo del Espíritu Santo. Mantenía siempre pura para que Él pueda llevar su influencia divina a ella.

Lucía lo prometió, y dijo su acto de contrición. Rogó a Nuestra Señora la ayudase a recibir dignamente el Cuerpo y la Sangre de su Hijo al día siguiente. Después se levantó y regresó junto a su madre.

María Rosa parecía turbada y descontenta, y las mujeres a su alrededor, por uno u otro motivo, reían y cuchicheaban. Pero Lucía prestó poca atención a esto; estaba sólo pensando en lo que el sacerdote había dicho. Se arrodilló en la barandilla ante la estatua de Nuestra Señora del Rosario, elevó su mirada al rostro triste con los ojos inquisidores y exclamó:

—Haz que mi pobre corazón se conserve para Dios.

Y “me pareció —escribió años más tarde— que la Virgen sonreía, y con mirada y gesto amables me decía que lo haría”.

María Rosa la estaba esperando.

— ¿No sabes —le reprochó cuando tomaron el camino en dirección a Aljustrel— que tu confesión es secreta y debe hacerse en voz baja?

Lucía bajó su cabeza.

—Todo el mundo te oyó.

Silencio.

—Lo oyeron todo menos lo último que le dijiste al sacerdote.

Lucía siguió avanzando resueltamente.

— ¿Cuál fue la última cosa que le dijiste? —preguntó su madre.

¡Ninguna contestación! María Rosa persistió durante todo el camino hasta casa, pero no consiguió saber nunca el secreto. Lucía fue siempre una chica reservada. En cuanto veía que alguien intentaba hacerla hablar, se refugiaba en un silencio obstinado que llegaba a ser desesperante.

Aquella noche sus hermanas trabajaron hasta tarde para disponerla para el gran acontecimiento de su vida. Había que preparar un traje blanco nuevo y entrelazar en su pelo oscuro una guirnalda de florea a modo de corona. Y cuando al final la dejaron ir al lecho, fue incapaz de dormir pensando en todo lo que había sucedido y en lo que iba a suceder. ¿Qué ocurriría si nadie la despertase para ir a misa a la mañana siguiente? De vez en cuando se levantaba para ver la hora, y le parecía que nunca llegaría a amanecer.

Por fin amaneció, y María vino a llamarla. Sin duda, la hizo la usual prevención de que no bebiese o comiese nada, pues había que estar en ayunas para recibir la Santa Comunión. Hizo los últimos retoques en el

traje blanco y en la guirnalda. Después presentó a Lucía a sus padres, diciéndola que debía pedirles perdón por sus pecados, besar sus manos y pedirles su bendición. La niña obedeció, y ellos la bendijeron.

— ¡Y no olvides rogar a Nuestra Señora que haga de ti una santa! — añadió María Rosa.

La familia salió para la iglesia. Cuando Lucía no pudo seguir a los otros, la madre la cogió entre sus fuertes brazos, pues era tarde, y la llevó el resto de la jornada.

No había necesidad de tanta prisa. Algunos de los sacerdotes oficiantes procedentes de lugares distantes no habían llegado aún, y la misa cantada tardaría en empezar. Esto dio ocasión a Lucía para arrodillarse una vez más ante la estatua de Nuestra Señora del Rosario y cumplir las instrucciones de su madre.

— ¡Hazme una santa! —murmuró—. ¡Ruega a Nuestro Señor que haga de mí una santa!

De nuevo se imaginó que veía alegrarse al triste rostro con una sonrisa de aliento. No era la primera vez que una persona había dado cuenta de un hecho semejante ante una estatua o una imagen; allí estaba Santa Teresa de Lisieux, por ejemplo, entre otras. Ni daba Lucía demasiada importancia a lo que los teólogos consideran el modo de hablar que merece menos confianza. “No sé si los hechos que he escrito relativos a mi Primera Comunión fueron una realidad o una ilusión de niña escribió modestamente cuando su Obispo le encarnó que escribiese todas sus aventuras espirituales Todo lo que yo sé es que ejercieron una gran influencia en mi unión con Dios por toda mi vida.” Permaneció luto tiempo contemplando a la Madona sonriente, que sus hermanas tuvieron que venir y llevarla. La procesión se estaba formando ya.

Lucía era la más joven y más pequeña de las cuatro largas lilas de criaturas, dos de niñas y dos de niños. Cuando el sacerdote colocó la blanca Hostia en su lengua, sintió, según sus propias palabras, “una serenidad y paz inalterables”. Durante todo el resto de la misa se mantuvo diciendo en su corazón, una y otra vez: “¡Señor, haz de mí una santa! ¡Conserva siempre puro mi corazón para Ti solo!” Y escuchó claramente que Él decía dentro de ella: “La gracia que te concedo hoy permanecerá viva en tu alma, produciendo frutos de vida eterna.”

Era ya mediodía cuando terminó la misa mayor, pues el sermón fue largo y exigió algún tiempo para que los niños renovasen sus votos bautismales. Cuando, por fin, se vieron libres, salieron en tropel de la

iglesia y formaron pequeños grupos, chillando, hablando, corriendo y comiendo algunos trozos de pan que sus madres habían traído.

Lucía permaneció arrodillada, envuelta por la luz rosada y azul que dejaban pasar las vidrieras de colores. Su madre estaba alarmada, pensando que debía estar muerta de hambre, y la arrastró fuera. Pero cuando llegaron a casa la niña apenas comió. Pistaba saciada con el Pan de Jos Ángeles y sentía que ningún otro alimento le atraería o satisfaría nunca. Durante mucho tiempo después la gente notó que parecía absorta, abstraída, como ausente.

## CAPÍTULO II

Cuando comenzaron a salirle los segundos dientes a Lucía, era evidente que la naturaleza no la iba preparando para llegar a ser “Miss Portugal”, pues aquéllos eran grandes, salientes e irregulares, siendo causa de que sobresaliese hacia afuera el labio superior y de que el inferior carnoso colgase, mientras la punta de su nariz chata se volvía hacia arriba descaradamente. A veces, cuando estaba tranquila, su rastro moreno sugería un carácter que podía ser hosco, testarudo y provocador, ya que no perverso. Pero la apariencia era engañosa, pues bajo el estímulo de cualquier emoción los ojos, de color castaño claro, brillaban o parpadeaban, y los hoyuelos que se marcaban en sus mejillas al sonreír contribuían a darle una expresión encantadora. Su voz era, y sigue siendo, de tono más bien agudo. Las personas de más edad encontraban que era demasiado silenciosa y reservada, aunque bastante dispuesta a obedecer y a prestar ayuda con sus fuertes y gruesas manos. Los niños, sin embargo, se sentían fuertemente atraídos hacia ella, quizá porque se encontraban a gusto entre ellos y era aficionada a contarles historietas. Tenía el don de la narración, con sentido de humor y de ternura, y bajo el exterior desgarrado de Lucía el instinto de los pequeños descubría una inteligencia sana y un corazón efusivo y maternal.

Entre los más adictos de ella figuraba» dos de sus numerosos primos, Francisco y Jacinta Marto. Al principio Lucía los rehuía; de hecho los encontraba molestos e impertinentes. A medida que crecían comenzaron, sin embargo, a interesarle, y con el tiempo hubo un continuo ir y venir entre su casa y la de ellos. Eran los dos hijos más pequeños de la hermana de su padre, Olimpia de Jesús, y de su segundo marido, Manuel Pedro Marto.

Lucía quería mucho a sus tíos. Tía Olimpia había tenido dos hijos con su primer marido, José Fernandes Rosa, y con el tío Marto, con quien había casado en 1897 (cuando ella tenía veintiocho y él veinticuatro), tuvo

nueve más, haciendo Francisco el número ocho y Jacinta el nueve <sup>(1)</sup>. Comparada con la robusta María Rosa, parecía delgada, alta y pálida. Pero no hay siempre que fiarse de las apariencias, pues Olimpia ha sobrevivido a su cuñada muchos años. Sus manos grandes son tan mañosas como siempre cuando va con ligereza de aquí para allá en su casa de Aljustrel, y se refleja una extraña juventud en la sonrisa que asoma fácilmente a la boca sin dientes, y en los pequeños y astutos ojos de esta mujer de setenta y ocho años, que tuvo once hijos. Da la impresión de haber sido una buena y sociable esposa y una madre afectuosa, aunque nunca aprendió a leer ni a escribir. En asuntos espirituales se contentó con un razonable mínimo y pudo haber quedado satisfecha con menos, de no mediar circunstancias casi inesperadas. Cuando le hice, en el verano de 1946, alguna observación respecto a todo el trabajo que realiza, dijo sencillamente, como si afirmase un hecho, más que jactándose de él: “Soy una mujer activa.”

El tío Marto era un hombre de carácter excepcional, que inspiraba respeto instantáneo en todas partes. Debió haber sido para Lucía una figura romántica en los días en que ella y los hijos de él crecían juntos. Tenía alto porte, el bigote recortado, corto el pelo, el ademán decidido, el aspecto de uno que hubiese sido soldado en África y hubiese visto algo más de mundo que la Serra da Aire. A los setenta y cuatro años se mantenía aún del todo erguido y conservaba su pelo gris y un bigote bien cuidado. Poseía orejas grandes, ojos castaños de mirada franca, manos expresivas y capaces. Tampoco había aprendido nunca a leer ni a escribir. Pero, al contrario de su cuñado Antonio, nunca le atrajo el juego ni las francachelas. Trabajaba con ahínco, pagaba sus cuentas, ahorraba un poco para los días lluviosos, que abundaban, y le sobraba lo suficiente para llevar en ocasiones a Olimpia y a las niñas al mercado de los domingos en Batalha, con el fin de comprar zapatos nuevos para los días de fiesta o algún que otro adorno. Su conversación estaba sazónada con el ingenio de los que trabajaban al aire libre. “No hay pobres en estos alrededores —dijo el verano de mi visita, mientras observábamos a las mujeres descalzas que pasaban con grandes cántaros de agua sobre sus cabezas—. Todo el mundo en estas montañas tiene zapatos. Desde luego, si alguien quiere darles algo, lo toman. Pero tienen lo suficiente.”

Era inevitable que un hombre de esta dignidad natural tuviese algo de personaje en todo el ámbito de la Serra da Aire. Le vi levantarse para dar la bienvenida al distinguido Arzobispo de Évora con gran respeto, pero sin servilismo, y hablaron juntos como aquellos que saben que en su calidad

---

<sup>1</sup> Francisco nació el 11 de junio de 1908; Jacinta, el 11 de marzo de 1910.

de hombres son iguales. Ni había nadie que dudase nunca quién fuese el amo en el hogar de Marto. “La gente siempre dijo que reinaba paz en esta casa —observó—, y así ha sido, porque lo procuré. Todo lo que tuve que hacer fue hablar, y mis hijos me escuchaban tranquilos. Sabían que si no lo hacían se ganaban una “zurra” <sup>(2)</sup>. Pero eso no era necesario. Precisamente porque un burro dé una coz, no hay necesidad de cortarle la pata.” Francisco se parecía mucho a su padre. Era un muchacho guapo, con ojos de mirada serena y facciones regulares, y por lo general amable, considerado y obediente. Sin embargo, su padre se sentía orgulloso comprobando que tenía las reacciones normales en un niño, y de vez en cuando tenía que ser reprendido, como sucedió cierta noche en que decidió no rezar sus oraciones. Nunca sintió miedo por nada. Salía valientemente en la noche más oscura o a través de niebla intensa, cuando otros de su edad retrocedían ante la gran incógnita de la Serra. O se dedicaba a cazar conejos o zorras y a domesticarlos. Gustaba de coger culebras y lagartos con la punta de un palo y arrojarlos en un charco de agua para que bebiesen u observar sus movimientos ondulantes. “¡Qué hombre hubiera llegado a ser!”, dice tío Marto de vez en cuando, con un suspiro. Y Olimpia, con ojos humedecidos, asiente.

Jacinta, dos años más joven que su hermano, tenía la misma finura de facciones; pero el trazo firme de sus cejas sugería una inteligencia más clara. Era tan ligera y alegre como un pájaro, siempre corriendo, saltando o danzando. Quizá porque tenía padre cariñoso, daba la impresión de ser toda bondad en tanto conseguía lo que quería, pues Jacinta había estado un poco consentida, como vástago de una familia numerosa, y podía enfurruñarse o mostrarse arisca cuando era ligeramente provocada. Por dicha razón Lucía la encontraba cargante cuando comenzó por primera vez a jugar con ella en 1914. ¡Y entonces Jacinta sólo tenía cuatro años! Su padre aún recuerda que a veces se mostraba muy terca e independiente. Por alguna razón resolvió decir; “Dios te salve, María, llena de gracias”, en vez de “llena de gracia”. “Y nadie —me dijo con cierto orgullo— pudo jamás convencerla de que usase el correcto singular.”

Los Marto viven en la actualidad al otro lado del camino de su antigua morada, entre la casa de los Abóbora y Fátima. Es una modesta residencia, semejante a las antiguas de Nazareth o Betania, y al acompañarme la señora Olimpia resultaba graciosa y fina como cualquier otra dama del país, a pesar de ir descalza, con un oscuro traje de diario gris

---

<sup>2</sup> *Lampadadas* es la palabra equivalente portuguesa. Ésta es una de las frases de Marto citadas en el excelente libro del Padre De Marchi, pág. 34.



y negro. Había pocos muebles en el gabinete, excepto un reloj antiguo, que ya no funciona, y un sólido arcón de madera sin pintar; tampoco hay ventana alguna allí ni en ninguna de las dos alcobas. La cocina está iluminada por una pequeña vidriera situada en alto, de unos 15 por 45 centímetros. Desde el hogar, donde arde un buen fuego en invierno, venía un débil resplandor procedente de un haz pequeño de ramas, pues el día era muy cálido. Un viejo caldero aparecía junto a él y algunas vasijas para agua, aceite y vino. Un rosario colgaba de un clavo en la pared.

Fuera había un patio protegido por un muro de piedra y cubierto con ramitas colgantes de un par de higueras que crecían junto a una verja. El olor de ovejas y cabras, mezclado con los aromas más agradables de árboles y flores y el tufo siempre picante del terreno, atrae moscas y mosquitos a este cercado en una tarde de verano. Pero Olimpia sonríe con orgullo cuando muestra en un extremo de él, el antiguo horno de ladrillo en el que cuece grandes hogazas de pan una vez a la semana. Se usaba dos veces a la semana cuando los niños iban creciendo. “¡Sí, soy una mujer activa!”, repite, cerrando su boca con resolución y contemplando a través de la verja un sorprendente panorama de campos y pastizales entre dos cadenas de montañas. Sobre una elevada colina, en dirección opuesta, había algunos molinos de viento antiguos, semejantes a aquellos contra los que arremetió Don Quijote en España, y las cuatro aspas giraban lentamente y brillaban a la intensa luz solar de julio.

Los juegos a que se dedicaban Lucía y sus dos primos menores, dentro o en los alrededores de los dos caseríos, eran los corrientes entre niños: de prendas, al pilla-pilla y a los ladrones. Cuando se cansaban de tales diversiones, Lucía les narraba cuentos, de ordinario aquellos que había oído a sus padres y hermanas mayores alrededor del hogar después de cenar en las noches de invierno: cuentos espeluznantes de brujas, hadas y duendes, gigantes y princesas encantadas, semejantes a los que Antonio y sus hijas mayores gustaban de relatar, e historias de santos recitadas por los graves labios de María Rosa.

Lo que más interesaba a Jacinta era la historia de la Pasión de Cristo, que Lucía, con el talento innato que se muestra esporádicamente en sus cuatro Memorias, debía de saber narrar con gráfica expresión: Jesús rezando solo en el jardín mientras los amigos dormían y sus enemigos conspiraban; Jesús azotado mientras su Madre le contempla llorando; Jesús tambaleándose bajo su pesada Cruz y cayendo sobre sus rodillas ensangrentadas bajo el peso de ella; Jesús muriendo de angustia y sed por nuestros pecados, no por los suyos. Todo esto producía profunda impresión

en los generosos corazones de los niños de Marto, pero especialmente en el de la niña. “¡Pobrecito Señor! —decía—. ¡Pobre, pobre Señor nuestro! ¡No voy nunca a cometer pecado alguno, sí eso Te hace sufrir tanto!”

Un día, cuando los niños jugaban en la casa de los Santos, Manuel, el hermano de Lucía, que estaba escribiendo una carta sobre una mesa, levantó la mirada de pronto y dijo bromeando:

— ¡Ven, Jacinta, dame un abrazo y un beso!

— ¡No! Pídeme otra cosa —dijo la niña.

—Eso es lo que quiero. Tres besos — insistió el chico.

—Al único que besaré será a Nuestro Señor. Le daré todos los besos que Él quiera.

Y corriendo a un crucifijo que colgaba en una pared, la niña le cubrió de besos.

A Lucía nunca había dejado de atraerle este crucifijo; lo descolgó de la pared y estaba mirándolo con afecto cuando entró María, que creyendo a Lucía culpable, comenzó a regañarla:

— ¿No sabes que no se puede jugar con las cosas sagradas?

—María, no la regañes —suplicó Jacinta—. Fue todo culpa mía. No lo haré de nuevo.

María dio al pícaro un abrazo y los mandó a todos hacia afuera para que jugasen al sol. Atravesaron corriendo el patio y descendieron por la campiña en pendiente detrás de la casa hacia la era. Consistía ésta en un espacio cuadrado pavimentado de hormigón, sobre el que durante muchos años los Abóboras han pelado las habas silvestres que crecen en las praderas y han trillado el trigo con mayales, en la misma forma empleada durante muchos siglos en aquel país. Se esparce allí una suave fragancia, especialmente cuando se pisa una mata de la menta silvestre que crece entre las habas y la hierba. La vista es también excelente. Abajo, en el valle, sobre el verde de los olivos, luce un suave resplandor plateado, excepto por encima del verde más oscuro de los pinos, higueras o acebos, o sobre algún cultivo de maíz o de coles.

A pocos metros de la era hay un pozo antiguo, uno de los pocos veneros de agua en esa parte de la Serra. Está cubierto por varias pesadas losas de piedra, muy a propósito para sentarse en ellas; y allí, hora tras hora, a la sombra de tres olivos, los chiquillos reposaban o hablaban, o se limitaban sencillamente a contemplar los campos de rastrojos donde el terreno rojizo, salpicado con rocas desgastadas y moteado de abrojos

purpúreos, rosas silvestres rojizas y matas de habas secas con vainas erectas, se corría hasta un valle de aspecto siempre distinto. El sitio era especialmente agradable en las primeras horas de la mañana o en las últimas de la tarde. Era delicioso durante la noche, cuando soplaba un viento fresco bajo la inmensa extensión del cielo oscuro cuajado de estrellas.

Cuando los olivos estaban en floración, María Rosa insistía mucho en que los niños se mantuviesen alejados de ellos si se decidían a jugar cerca del pozo, pues las flores, al desprenderse en el aire, se adherían a la blusa o falda larga de Lucía o Jacinta y acababan por penetrar en el pozo y estropear el agua. Por esa razón, si a la noche aparecían algunas florecidas en el traje de Lucía, se ganaba una reprimenda. O al día siguiente era castigada sin salir, y su pena por ello se aumentaba cuando escuchaba la charla de Jacinta y Francisco bajo la ventana, que le preguntaban por qué no salía.

También desde el pozo se deleitaban viendo cómo la claridad del sol naciente inundaba el valle, contemplando las sombras gigantescas que descendían de las montañas en el crepúsculo vespertino, después de haber desaparecido el sol en una orgía de tonos encarnados, amarillos y púrpura. Jacinta era muy aficionada a contemplar las puestas de sol. Pero le gustaba aún más, después de cenar, ver cómo salían las estrellas y contarlas hasta que se hacían demasiado numerosas para llevar la cuenta. ¡Qué divertido le resultaba mirarlas a través de las ramas de una de las higueras cercanas al pozo, y cuánto más grandes y más brillantes le parecían vistas así! Lucía las llamaba las lámparas de los ángeles. La luna era la lámpara de Nuestra Señora. ¿Y el sol? Sin duda, la lámpara del Señor.

—Yo prefiero la lámpara de Nuestro Señor —decía Francisco.

—Yo, no —replicaba Jacinta—. Quema y ciega a la gente. Me gusta más la lámpara de Nuestra Señora.

Esta diversidad de pareceres parecía destinada a no acabarse nunca. Pero en el verano de 1914 cedió el paso a una de esas catástrofes que a veces ocurren en las familias, como si algún veneno invisible Hubiese transformado su felicidad en descontento y su paz en ansiedad y desunión. El agente que trabajaba en la familia Abóbora no era invisible, por cierto: era el vino, que Antonio bebía cada vez en mayores cantidades, en compañía de compinches, en aquellas oscuras y pequeñas tabernas junto al camino que misteriosamente perduran en Portugal, aun en las localidades con escasez de viviendas. El infeliz se iba bebiendo no sólo sus campos y

sus ganados, su respeto de sí mismo y su ancianidad, sino también la salud y buen humor de su esposa e hijos. Las cosas iban tan de prisa, que María Rosa tuvo que dedicarse a cuidar niños, a veces durante toda la noche y otras durante el día. Se la buscaba especialmente cuando nacía un niño, y a veces, siendo muy caritativa, se llevaba a su casa tres o cuatro niños para cuidarlos mientras la madre de los mismos estaba enferma. Correspondía entonces a las muchachas mayores cuidar de la casa y ayudar a Manuel en el campo. La misión de Carolina había sido llevar a pastar el pequeño rebaño de ovejas y cabras, formado por lotes de distintas familias, a distintos sitios de la Serra. Pero en la actualidad tenía trece años, y María Rosa decidió que estaba ya en condiciones de ganar algún dinero cosiendo y tejiendo. No había ninguna razón para que Lucía no cuidase del rebaño. Tenía siete años y estaba desarrollada para su edad.

Todos los demás (excepto Lucía) disintieron. Antonio opinaba que sería una desgracia el que una niña tan joven tuviese que trabajar, y sus hermanas mayores le daban la razón. Pero el deseo de María Rosa, con su voluntad dominante, prevaleció, como de costumbre.

Lucía estaba encantada. La idea de ser pastora le hacía sentirse mayor de lo que era. Francisco y Jacinta estaban acongojados. De aquí en adelante no tendrían con quién jugar ni nadie que les contase historias. En vano suplicaron a su madre que les dejase salir con las ovejas de los Marto. Con seis y cuatro años, dijo Olimpia, eran demasiado jóvenes. Así, Lucía, después de alguna instrucción preliminar dada por Carolina y otros, salió sola una mañana con una larga vara para dirigir la docena o más de ovejas y una o dos cabras que pertenecían a su padre, y despacio descendió por el camino en curva hacia los campos abiertos del valle.

Lucía vio facilitada su misión, una vez que llegó a las praderas, al encontrar en ellas a muchos otros niños que se mostraron contentos con su compañía y la iniciaron en los misterios pastoriles. No hay prados verdes frescos y lozanos en esta parte de Portugal y nada que se aproxime a la riqueza de los campos irlandeses, donde las ovejas tienen doble tamaño. No obstante, los rebaños portugueses consiguen prosperar y producir buena lana desplazándose sobre áreas extensas diariamente, pastando la escasa hierba aun cuando ésta se torne amarillenta en pleno verano, y cuando encuentran un lugar a su gusto, se apiñan todos y permanecen algún tiempo comiendo en paz. Esto proporciona a los pastores ocasión suficiente para jugar y hablar. Lucía fue saludada en este primer día por tres niñas de un lugar próximo, a quienes conocía poco. Teresa Matías y su hermana María Rosa y una tal María Justina. Sus rebaños, reunidos, eran

tan numerosos que parecían extenderse por la Serra, según decía Lucía, “como una nube”.

Era muy divertido, cuando se estaba en buena compañía, pasar todo el día vagando por campos bonitos y solitarios. De ordinario las pastorcitas conducían su rebaño entre las tapias de piedra de un largo y tortuoso camino, hasta el cruce de la carretera de Ourem a Leiria. Junto a la carretera se encontraban las aguas poco profundas y estancadas de lo que se denominaba en el país el “Lagoa”, aunque los niños preferían llamarle el *barreiro*, o artesa de barro. Nombre no exactamente aplicado, pues no sólo acudían campesinos desde varias leguas a la redonda para abrevar sus ovejas, burros y bueyes, sino que las mujeres de varios caseríos llevaban allí su ropa, y casi a diario podían verse a tres o cuatro de ellas metidas en el agua hasta las rodillas, con las faldas arremangadas y atadas a la cintura, lavando las prendas sobre una piedra plana o una tabla, mientras sus pequeñuelos corrían desnudos sobre la orilla fangosa o chapoteaban en el borde del estanque. Después que sus rebaños habían saciado su sed, los llevaban todos juntos a pastar al sitio donde sus guardianes preferían pasar el resto del día.

Un lugar preferido era un terreno propiedad del padre de Lucía, a kilómetro y medio aproximadamente al oeste del “Lagoa” y a más de doble distancia de Aljustrel, cuyo nombre “Cova da Iria” sugiere que quizá allí las plegarias de una santa doncella podían haberle dado el valor suficiente para proteger su virtud aun a costa de su vida. En todo caso, el ambiente del lugar ejercía siempre una fuerte atracción en Lucía y sus amigas. Bajo la bóveda de azul inefable (especialmente en la ladera norte) se desplegaba un paisaje variado. El verde grisáceo de innumerables olivos contrastaba con el matiz oscuro y el follaje más espeso de muchas otras plantas, particularmente de la familia de las encinas. Las ramas de la *carrasqueira* se desplegaban ampliamente y proporcionaban una buena sombra. La *azinheira* era una variedad enana, de metro a metro y medio de altura. En algunos sitios la hierba crecía lo suficiente para ser cortada como heno. Gran parte del terreno es de arcilla rojiza y parece sólo adecuado para producir pequeñas flores y cardos silvestres; pero su apariencia de aridez es engañosa, pues cuando se le pone en condiciones mediante el labrado, conserva la humedad aun durante un largo y caluroso verano, y produce patatas pequeñas, aunque de buena calidad, junto con coles y cereales. El padre de Lucía poseía varias parcelas cultivadas en Cova da Iria.

A veces pasaban allí todo el día. O marchaban, después de comer, a un lugar agreste al Sur, llamado Valinhos. El terreno estaba allí parcelado en numerosos campos de forma irregular, rodeados de tapias de piedras gruesas de 1,20 a 1,80 metros de altura, y tan lleno de rocas en todas direcciones, que sorprendía que a alguien se le hubiese ocurrido acotarlo como terreno de pasto. Sin embargo, crece la hierba, buena y abundante, entre las rocas erosionadas, y como hay muchas brechas en las tapias antiguas, es fácil conducir a las ovejas de una a otra parcela; además, hay algunos árboles grandes que proporcionan buena sombra.

Desde Valinhos asciende el terreno rápidamente hacia el Sur, sucediéndose las tapias hasta la cima de una colina abrupta llamada *O Cabeço*. En su cresta había un antiguo molino de viento (que aún subsiste, pero desprovisto de sus aspas) desde el que se gozaba de una espléndida vista en todas direcciones, abrazando muchos kilómetros. En la propia cúspide, del lado sur, corre una cornisa rocosa, de forma irregular, de Este a Oeste. En un sitio el risco está ahuecado en forma de cueva, que proporciona alguna protección contra la lluvia o viento procedentes del Noroeste. Esparcidos por los alrededores se veían muchas peñas y trozos de granito gris. Era divertido jugar entre ellas o sólo sentarse sobre las mismas y vigilar cómo apacentaban los rebaños en la pendiente de debajo. Más allá el paisaje se dilatava en tres direcciones hacia extensas cadenas de montañas. Precisamente en el fondo, al Sur, había un profundo valle verde en el que se elevaban algunos pinos altos que ondulaban y se quejaban cuando soplabla el viento. Más allá, a unos pocos kilómetros, se percibían varias granjas bastante mayores que las de Aljustrel. A aquella distancia se distinguía siempre algo interesante: hombres arando, o sembrando, o segando, según la estación, o trillando con utensilios de hace mil años. También cabía distraerse contemplando en las alturas lejanas las velas cuadradas de viejos molinos girando y virando según los caprichos del viento del Oeste. El panorama hacia el Este era de carácter más serio, semejante a un grupo de enormes rocas: desde un aeroplano, por supuesto, sólo parecían una pequeña parte de una gigantesca pieza de caliza gris que corre por cientos de kilómetros a lo largo de Portugal. En el otro extremo del valle hay algunas montañas de carácter más risueño cubiertas de verde.

Era emocionante ver todo esto desde un solo sitio. ¡Y qué lugar más agradable! Todas las cosas en el “Cabeço” dan la sensación de fragancia y tranquilidad plena. La luz solar parece recrearse en aquel lugar. El viento silba por encima de uno y no molesta. Allá arriba se respira a gusto y se siente la alegría del vivir y de la libertad.

Lucía comenzó a encontrar deleite en sus conversaciones con Teresa Matías y las otras niñas, y más cuando descubrió en sí misma una cierta ascendencia intelectual de que se valía para hacer de ellas lo que deseaba. Teresa, en la actualidad madre de nueve criaturas, recuerda que era Lucía la que sobresalía en los bailes y cantos, y les enseñaba nuevas canciones. Una de éstas era en loor de Nuestra Señora del Carmen, y comenzaba así:

Dulce nombre de María,  
¡oh, qué adorable!,  
salva mi alma  
ya que es tuya.

Virgen del Carmen,  
dame aliento  
para rezar tres veces  
ensalzándote y alabándote.  
Ensalzándote y alabándote tengo que rezar,

Virgen del Carmen.  
¡Ayúdame, hazlo!  
En el cielo tres arcos  
para el peso de la Cruz,  
reza tres veces:  
¡Ayúdame, Jesús! ¡Ayúdame, Jesús!  
¡Ayúdame, Jesús! <sup>(3)</sup>.

Un día Lucía y las otras tres pastoras rezaban juntas el Rosario, después de comer, entre las rocas a lo largo de la cornisa del “Cabeço”, cuando una de ellas llamó la atención de las otras respecto a una extraña forma blanca que se movía majestuosamente de Este a Oeste, a lo lejos, sobre la profundidad del valle. A medida que se aproximaba a ellas, vieron cómo se posaba sobre el pinar y permanecía suspendida en el aire durante corto tiempo. Lucía la recuerda como “una figura parecida a una estatua hecha de nieve, que los rayos del sol habían hecho algo transparente”. Parecía tener la forma de un ser humano.

— ¿Qué es aquello? —preguntó una de las niñas.

—No lo sé —dijo Lucía.

Continuaron el Rosario con sus ojos fijos en la cosa misteriosa, y cuando acabaron desapareció en el aire soleado.

---

<sup>3</sup> Op. cit., pág. 45.

Lucía no dijo nada de lo sucedido en su casa. Las otras no fueron tan reservadas <sup>(4)</sup>. La nueva llegó, por fin, a oídos de María Rosa, despertando su curiosidad, como de costumbre.

—Escúchame —dijo a su hija—. Dicen que tú has visto no sé qué. ¿Qué es lo que has visto?

—No lo sé —replicó Lucía—. Parecía alguien envuelto en una sábana. No tenía ni ojos ni manos.

— ¡Eso es un disparate de niñas tontas! —comentó María Rosa con un gesto de disgusto.

Después de algún tiempo, y en el mismo lugar, ocurrió de nuevo análogo fenómeno. En realidad, se verificó por tercera vez durante el verano de 1915, a juzgar por los datos sobre la época que recuerda Lucía. María Rosa, al escuchar los comentarios, insistió esta vez más en su interrogación:

—Veamos. ¿Qué era lo que dices que veías allá?

—No lo sé, madre; no sé qué es lo que veía <sup>(5)</sup>.

Las vecinas comenzaron a burlarse de Lucía respecto a la aparición y a cambiar miradas de inteligencia o de conmiseración cuando ella pasaba por su lado. Sus hermanas mayores pensaron que aquello tenía algo que ver con la abstracción que ellas habían notado en Lucía desde el día de su Primera Comunión, y con frecuencia, cuando ella parecía estar abstraída en pleno día, una de ellas le solía decir:

— ¿Qué te ocurre, Lucía? ¿Has visto a alguien envuelto en una sábana?

Lucía no decía nada. ¿De qué serviría hablar cuando ella misma no lo comprendía?

---

<sup>4</sup> La señora María da Freitas, una escritora portuguesa e hija de un famoso editor de *O Seculo*, me dijo en el verano de 1946 que hacía bastante tiempo había oído algo sobre las apariciones en Fátima, habiéndola repetido una mujer del distrito un cuento aparentemente absurdo que supo por su hija, la que dijo que ella y algunas otras habían visto “a un hombre sin cabeza flotando en el aire”.

<sup>5</sup> La propia Lucía habla de estas apariciones en su segunda Memoria, página 9, escrita en 1937.



### CAPÍTULO III

Francisco y Jacinta la esperaban de ordinario entre dos luces cuando conducía las ovejas al patio polvoriento en Aljustrel. El niño no se movía, pero la niña corría al encuentro de Lucía, contándole todas las novedades. Todas las noches ocurría lo mismo. Jacinta había rogado de nuevo a su madre que la dejase guardar ovejas con Lucía, y su madre se había negado. Si la tarde estaba nublada o había niebla, se quedaba preocupada hasta casi saltársele las lágrimas. “Los ángeles no van a encender sus lámparas esta noche —decía—. Y la lámpara de Nuestra Señora no tiene aceite alguno.” Mientras ella y Lucía encerraban las ovejas para pasar la noche, Francisco se sentaba en una piedra enfrente de la casa de los Abóbora, y tocaba un aire en su *pífano*, un pequeño pífano de madera, al que adoraba. Después las seguía hasta la era cercana al pozo y vigilaba con ellas la salida de las estrellas. Pero nunca le entusiasmaba tanto este espectáculo como la salida y puesta del sol. “¡Ninguna lámpara es tan bonita como la de Dios!”, insistía, y cualquier manifestación de poderío de esa lámpara le deleitaba extremadamente. El destello de la luz solar en las gotas de rocío o sobre la superficie dorada de un estanque, el resplandor rojizo del atardecer sobre las ventanas de las casas en una aldea próxima, cualquier fenómeno de esta naturaleza era lo suficiente para tenerle contento durante el resto del día. ¿Cómo se explicaba que este pequeño campesino, cuyos padres no sabían leer ni escribir, veía invariablemente en el sol (como San Atanasio y San Patricio siglos antes) un símbolo de la Palabra de Dios redimiendo la raza humana?

Atendiendo a su edad, había mucho del desprendimiento y serenidad de los santos en Francisco. Con todo su valor y fortaleza, era pacífico y benévolo por naturaleza, y parecía tener un sentimiento precoz de lo poco que valen las *cosas* materiales de este mundo. No se molestaba ni en reclamar lo que le pertenecía. Si otro niño le birlaba sus ganancias en un juego, decía: “¿Crees que me preocupo? Guárdalo.”

Un día fue a casa de Lucía y le enseñó a ella y a otros muchachos un pañuelo nuevo que le habían dado. Estaba muy orgulloso de él, y con razón, porque estaba bien terminado y tenía una imagen de Nuestra Señora bordada en hilos de colores claros. Pasó de mano en mano entre exclamaciones. Después desapareció misteriosamente. Cuando al fin alguien lo descubrió en el bolsillo de determinado niño, éste insistió en que era suyo y luchó para conservarlo. Francisco era lo bastante fuerte para quitárselo por la fuerza. Pero, en vez de ello, se encogió de hombros y se limitó a decir: “Quédate con él. ¿Qué me importa a mí un pañuelo?”

Esta indiferencia era su defecto principal, según la opinión de Lucía, y era quizá la razón de por qué otros niños no le buscaban para jugar. A veces Lucía encontraba irritante tener que decirle que se sentase en una piedra y se estuviese quieto. Francisco obedecía sin decir palabra. ¿Qué más le daba? Siempre sabía entretenerse. De ordinario sacaba su pífano del bolsillo y comenzaba a tocarlo plácidamente. No tenía verdadero deseo de ser pastor. Era Jacinta la que quería hacer todo lo que hacía Lucía. Sin embargo, Francisco quería a su hermanita más que a su hermano João. Y porque prefería la compañía de ella, acostumbraba a sostener los ruegos de su hermana con una insistencia extraña en su carácter, hasta que Olimpia le decía vivamente que se tranquilizase.

—No importa, madre —decía sin alterarse—. Era Jacinta la que quería ir.

Persona muy diferente era la caprichosa y voluntariosa Jacinta, tanto, dice Lucía, que nadie hubiera jamás sospechado que eran hermano y hermana, de no asemejarse tan acusadamente el uno al otro por sus ojos castaños oscuros, sus facciones bien trazadas, sus bocas atractivas y la curva de sus mejillas. No sucedía lo mismo respecto a sus caracteres. Los deseos de Francisco eran pocos y fáciles de satisfacer. Jacinta lo quería todo con insistencia apasionada. Cuando resolvió hacerse pastora con Lucía, no dejó en paz a su madre. Sin embargo, Olimpia también era una mujer enérgica.

La ambición mayor de Jacinta era hacer su Primera Comunión. Si Lucía la había recibido a los seis años, ¿por qué no la había de hacer ella también? Siempre que había una tanda de nuevas comuniones, la prima mayor iba con su hermana María para recibir otra vez al Señor y renovar su devoción al Jesús oculto. En una de tales ocasiones llevaron a Jacinta. Se mostró encantada con todo, especialmente con las niñas pequeñas, quienes, vestidas como angelitos, dejaron caer flores sobre la Sagrada Hostia.

La próxima vez que fueron a las praderas, hizo ella una guirnalda y la colocó sobre la cabeza de Lucía.

— ¿Por qué haces eso, Jacinta?

—Hago lo que los ángeles. Te doy flores.

Jacinta pareció haber alcanzado el colmo de la felicidad cuando por fin se le dio un puesto entre los “ángeles” en una procesión del Corpus Christi. Sin embargo, cuando Lucía y las otras niñas arrojaron sus ofrendas a la Hostia, se la vio quedarse quieta, mirando fijamente al Padre Pena.

Jacinta —preguntó María más tarde—, ¿por qué no arrojaste las flores a Jesús?

—Porque no Le veía.

—Debías haber hecho lo que Lucía.

Jacinta preguntó después a Lucía:

—Entonces, ¿tú viste al pequeño Jesús?

—No. Pero ¿no sabes que el pequeño Jesús de la Hostia, a Quien nunca vemos, está oculto, y que Le recibimos en la Comunión?

—Y cuando comulgas, ¿hablas con Él?

—Yo Le hablo,

—Y ¿por qué no se Le ve?

—Porque está oculto.

—Voy a pedirle a mi madre que me deje también ir a comulgar.

—El párroco no te dejará hasta que tengas diez años.

—Pero tú no los tienes y recibes la Comunión.

—Eso es porque sabía toda la Doctrina, y tú no la sabes.

De este modo Lucía se hizo la profesora de una discípula muy apta, que no se contentaba con aprender de memoria, sino que quería saber la razón de todo.

— ¿Cómo pueden tantas personas a la vez recibir al pequeño Jesús oculto? —preguntaba—. Y ¿cómo puede haber un pedazo para cada una?

— ¿No ves que hay muchas Hostias y que el Pequeño está en cada una?

Y Lucía intentaba explicar el misterio de la multiplicación del cuerpo de Aquel que había multiplicado los panes y peces y había hecho todas las cosas. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que supiese todo lo necesario, que luego se repetía a sí misma.

—Enséñame más cosas —decía Jacinta entusiasmada—, ya que sé todas éstas.

Jacinta consiguió persuadir a su madre que sabía bastante Catecismo para ser examinada por el párroco, y la señora Olimpia acabó por llevarla a la iglesia.

El Padre Pena le hizo muchas preguntas. Al final tenía un aspecto serio, y dijo que temía que la niña fuese demasiado joven; además no sabía bastante Doctrina.

¡Pobre Jacinta! ¡Cómo se apenó! Sin embargo, no entraba en su carácter el cavilar sobre pasadas derrotas cuando había otras victorias que ganar; y si la vida le aportaba algunos desengaños, pronto eran olvidados. Un día corrió a la casa de Lucía con grande y manifiesta alegría, siguiéndola Francisco con más calma.

— ¿Adivinas lo que pasa? Mi madre nos deja cuidar las ovejas.

Era verdad. Olimpia había cedido al fin. Y desde entonces a Francisco y Jacinta, como a Lucía, se les pudo ver en las primeras horas de la mañana conduciendo un rebaño de ovejas que casi llenaba el estrecho camino: Francisco con sus pantalones largos, con una vara y un gorro de punto terminado en borla, como aún llevan los pastores de la Serra. Jacinta con una blusa a cuadros gris y falda negra que caía hasta los tobillos, y un pañuelo sobre su oscuro cabello. En el *barreiro* esperaban a Lucía mientras las ovejas metían los hocicos en el agua salobre, o si Lucía llegaba la primera, esperaba a los dos hermanos. Después, los tres, descalzos por costumbre, seguían reunidos detrás del rebaño combinado de unas veinticinco o más ovejas, con una o dos cabras de vez en cuando, hasta que llegaban a algún sitio donde había buen pasto.

A Jacinta le gustaba ir en medio del rebaño. A veces cogía a alguno de los corderitos más blancos y pequeños y lo llevaba rodeándole el cuello.

— ¿Por qué haces eso, Jacinta?

—Para hacer lo que hace Nuestro Señor —replicaba, refiriéndose a una estampa que alguien le había dado con una imagen del Buen Pastor en ella. Mas, una vez que alcanzaban el sitio de la campiña deseado, estaba dispuesta pura toda clase de juegos o chanzas.

A veces pasaban todo el día en Cova da Iria. Otras, jugaban en Valinhos. Su punto preferido era la colina sembrada de rocas denominada “Cabeço”, donde la cueva dentro de la propiedad del abuelo de Lucía,

Anastasio, ofrecía muchas oportunidades para pasar el rato y una vista panorámica extensa y hermosa.

Jacinta nunca se cansaba de cazar las mariposillas blancas que revoloteaban todo el día en el aire caldeado sobre la pendiente de la colina y a lo largo de la cornisa. Si había algo que le gustase más que eso era coger las flores silvestres que crecían, en gran variedad y profusión, entre las rocas diseminadas. Había una pequeña flor azul brillante que adornaba los campos alrededor del “Cabeço”, y no era difícil encontrar menta silvestre, en razón de su fragancia, especialmente si había sido aplastada por las pisadas de alguien. En realidad, había varios olores deliciosos combinados que ascendían por el valle, arrastrados por el fuerte viento del Oeste, que era difícil distinguir, si bien de ordinario sobresalía, dominando el aroma de la menta o el de los elevados pinos del profundo valle, la fragancia acentuada de una variedad enana de romero silvestre, que los portugueses llaman *alecrim*. Hay una canción popular respecto a esta planta que rememora el “romero” —esto es en recuerdo de Ofelia—:

*Quem pelo alecrim passou  
e um raminho não tirou  
do seu amor se não lembrou* (6).

Esta humilde variedad de romero sigue brotando en todas las laderas del “Cabeço” como en recuerdo de Jacinta.

Lo mismo que a todos los niños, le encantaba el descubrimiento del eco, y como los ecos en el “Cabeço” resultaban muy claros, fuertes y bien definidos, ella y sus acompañantes gritaban a veces durante una hora seguida a través de los bosques de pinos y escuchaban con deleite el retorno de sus voces devueltas por la opuesta colina. Toda clase de nombres y exclamaciones pasaban y repasaban por esa misteriosa agencia que los griegos imaginaron era una ninfa. Pero Jacinta gustaba especialmente de las repercusiones de la palabra “María”. A veces decía todo el Avemaría pronunciando cada palabra después que la anterior había dejado oírse reflejada:

*Ave... María... cheia... de graça...!*

---

6

El que pasa junto al alecrim  
y no se detiene para coger una ramita,  
no se cuida de su amor.

En ocasiones participaban los tres en este entretenimiento, y parecía entonces que toda la Serra da Aire resonaba con las palabras pronunciadas por Gabriel hace dos mil años:

*¡Bendita... tú... eres... entre... todas... las... mujeres!*

Sin embargo, la diversión preferente de Jacinta era el baile. Era muy airosa y lo sabía; nada parecía satisfacer tanto la energía incesante de su mente y de su cuerpo como mover sus brazos y sus piernas al compás de la música. Lucía también gustaba del baile, pero no con el entusiasmo incansable que parecía apoderarse de su amiga. Y en cuanto a Francisco, lo mismo le daba. No obstante, como amaba la música y gozaba viendo la danza de las niñas, permanecía sentado horas y horas sobre una piedra, tocando melodía tras melodía en su pífano, mientras ellas saltaban con los pies descalzos sobre la arcilla reseca o la hierba aplastada. Algunos de los cantos profanos puede que perduren en aquellas montañas desde la época romana. Otros eran sagrados, pues los pastores portugueses, como los de Francia, tienen un repertorio de canciones católicas heredadas de la Edad Media. El favorito de Francisco era uno que empezaba *Amo a Deu no Céu*, cuya letra era:

Amo a Dios en el cielo,  
le amo en la tierra;  
amo el campo, las flores;  
amo las ovejas de la montaña.

Como mis ovejitas,  
aprendo a saltar;  
soy la alegría de la sierra,  
soy el lirio del valle.

Soy una pobre pastorcita.  
Siempre rezo a María.  
En medio de mi rebaño,  
soy el sol de mediodía.  
*O'i ó ai!*  
¿Quién me dejará verte,  
*O'i ó ai!*  
Jesús mío, ahora, en este momento? (<sup>7</sup>).

---

<sup>7</sup> De MARCHI, pág. 47. Lucía da una versión algo diferente en la Memoria IV, págs. 4-5.

Una de las canciones favoritas de Lucía era un antiguo himno:

Salve, noble Patrón,  
el favorito de tu pueblo,  
escogido entre todos,  
como el pueblo del Señor.

¡Oh gloria de nuestra tierra  
salvada por ti mil veces,  
para todos los verdaderos portugueses  
tú eres su amor, su amor!

¡Oh, ángeles, cantad conmigo!  
¡Oh, ángeles, cantad por siempre!  
No puedo dar gracias como vosotros podéis;  
¡ángeles, dadlas por mí,  
dadlas por mí!

¡Oh, Jesús, qué amor tan tierno!  
¡Oh, Jesús, qué amor el tuyo!  
¡Deja el trono celestial,  
ven a hacer un cielo de tu tierra,  
un cielo de la tierra!

Había otro que decía:

En el cielo, en el cielo, en el cielo  
estaré con mi Madre...  
¡Virgen pura, tu ternura  
es el solaz de mi pena;  
noche y día cantaré  
de María la belleza!

No había nada de piedad estudiada en el impulso de estos niños a cantar canciones sobre Cristo y Nuestra Señora, el cielo y los ángeles. El cristianismo para ellos no era como una vestimenta que se pone los domingos. Era semejante al aire que respiraban, era una parte, la más importante, de la realidad. Y porque sabían que todas las cosas eran creadas por Dios, se distraían de vez en cuando, con la misma naturalidad, con cantos profanos, “de los que, desgraciadamente —escribía Lucía—, sabíamos muchos”, Uno de ellos tenía la siguiente letra:

Bonito almendro,  
¿cuántas flores tienes?  
Por culpa tuya  
perdí mi buen nombre.

Tengo ahora un nombro malo,  
¡Déjalo marchar!  
Voy a lavarme  
en agua de rosas.

¡Voy a dorar  
un limón verde!  
Cantar es adorable,  
llorar no es bueno.

Había una canción jovial de primavera con la que era muy divertido bailar:

No cantes el *ah la la*, ¡oh primavera, oh primavera!  
El *ah la la* se acabó, ¡qué lindo, qué lindo!  
Porque por el *ah la la*, ¡oh primavera, oh primavera!,  
mi madre nos castigó, ¡qué lindo, qué lindo!

Ah la la...

Ah la la...

En esta vida todo canta, ¡oh primavera, oh primavera!,  
como para desafiarme, ¡qué lindo, qué lindo!  
La primavera canta en la sierra, ¡oh primavera, oh primavera!  
y la lavandera en el río, ¡qué lindo, qué lindo!

Ah la la...

Ah la la...

A la noche canta el autillo, ¡oh primavera, oh primavera!  
Trata de asustarme, ¡qué lindo, qué lindo!  
La niña, cuando se desnuda, ¡oh primavera, oh primavera!,  
canta canciones a la luna, ¡qué lindo, qué lindo!

Ah la la...

Ah la la...



El ruiseñor en la floresta, ¡oh primavera, oh primavera!,  
canta durante todo el día, ¡qué lindo, qué lindo!  
La tórtola canta en el bosque, ¡oh primavera, oh primavera!  
La carreta desvencijada canta, ¡qué lindo, qué lindo!  
Ah la la...  
Ah la la...

Otra canción antigua se llamaba *A Serrana*:

Muchacha de la montana, muchacha do la montana,  
de ojos castaños,  
¿quién te dio, muchacha de la montaña,  
encantos tan adorables?  
¡Encantos tan adorables  
nunca los vi iguales!  
¡Ten piedad de mí,  
ten piedad de mí,  
serrana, serrana,  
ten pifiad de mí!

Cuando se cansaban de cantar jugaban a varios juegos. Se iban haciendo ya mayores para “Botón, botón” o “Pasa el anillo”, pero era más divertido arrojar tejos. En cuanto a las cartas, siempre llevaban dos barajas, una perteneciente a la familia de Lucía, la otra a la de Marto. Entre los juegos preferidos figuraba “taparles los pies a los reyes y a las sotas” y otro que Lucía llamaba *bisca*.

Después de merendar tenían el hábito de arrodillarse en donde se encontrasen y decir el Rosario. María Rosa había encargado a Lucía que hiciese esto; pero sin la vigilancia de aquélla comenzaron a acostumbrarse a rezarlo distraídamente, reduciéndolo a una recitación superficial, en la que la meditación proyectada como parte de la devoción intervenía poco, y nada quedaba de las palabras sino las dos primeras de cada oración: “Dios te salve, María” y “Padre nuestro”. Viviendo en la presencia de Dios en completa inocencia y viendo en todas las cosas la obra de sus manos y la prueba de su bondad y poderío, no debían considerarse estos tres pastorcitos ni mejor ni peor que otros rapaces de la Serra y los niños

católicos de cualquier comarca, cuando su rutina bucólica se interrumpió por vez primera, en el verano de 1916, por una experiencia impresionante e inesperada.

## CAPÍTULO IV

En la Serra da Aire se conoció muy poco la miseria y desesperación que se abatió sobre Europa en la primavera de 1916. En sitios tan remotos e inaccesibles la vida prosigue generalmente su sereno curso, aunque los ejércitos choquen entre sí y se derrumben los reinos. Tío Marto, por ejemplo, había experimentado un sentimiento natural de indignación cuando fue asesinado el Rey Carlos en 1908, y nunca había esperado mucho de la República liberal de 1910, porque conocía los principios anticristianos y las asociaciones de sus fundadores. Pero un verdadero campesino se interesa más en la cantidad de lluvia que cae y en el precio de la lana, que en la identidad de sus gobernantes en alguna ciudad a muchos kilómetros de distancia. Se decía que la República se había apoderado de propiedades de la Iglesia, desterrado a cientos de monjas, sacerdotes y hasta al Cardenal Patriarca de Lisboa y a otros obispos. Mas el pueblo de Aljustrel tenía aún su buen párroco en Fátima y podía oír misa todos los domingos. Es discutible si realizaron el daño hecho a la Iglesia en otras partes del país, especialmente en las ciudades.

Algo muy semejante ocurrió cuando Portugal entró de modo formal en la guerra mundial, en marzo de 1916. Sólo pocos días antes el Papa Benedicto XV había lanzado uno de sus llamamientos más conmovedores por la paz. Había rogado a todos los hombres de buena voluntad que recurriesen al rezo y a la mortificación, olvidando el odio, y había prevenido la ruina que sobrevendría en Europa si sus palabras no eran atendidas. Sin embarco, aún resonaba esta memorable encíclica en todo el mundo cuando los gobernantes anticristianos de aquel pequeño país católico —cristiano al menos en historia y tradición en regiones del campo como la Serra da Aire— dieron el paso decisivo, prefiriendo seguir la voz de Inglaterra a la del Papa, y Portugal entró abiertamente en la guerra. Con todo, y fuera de la propaganda de los periódicos en las ciudades próximas, hubo pocas señales de cambio en lugares como Aljustrel, pues era allí época de siembra, y todo parecía lleno de esperanza y alegría a medida que

el sol calentaba más y los campos de color pardusco se tornaban verdes. Lucía, Francisco y Jacinta conducían sus ovejas, como de costumbre, a las perfumadas colinas; observaban el renacer de la tierra y cantaban y bailaban entre las rocas.

Así pasó la primavera y llegó el verano. Pero nada notable ocurrió hasta un día transparente y cálido en que se encontraron, según su costumbre, y guiaron lentamente sus rebaños hacia un sitio conocido por “Couza Velha”, un poco al oeste de Aljustrel. Durante algún tiempo las ovejas pastaron en la hierba reciente de un campo que pertenecía al padre de Lucía, mientras los niños se entretenían jugando en las proximidades. Estaban aún entretenidos, mediada la mañana, cuando el cielo se oscureció de pronto y se presentó una niebla espesa arrastrada por una de esas brisas frías procedentes del océano invisible al Noroeste. Se acordaron entonces de la semicueva del “Cabeço”, cerca de la crestería rocosa de la ladera en que pastaban las ovejas, y Jo más rápidamente posible treparon por la pendiente, hasta que, agrupándose tranquilamente al cobijo de algunos árboles, decidieron refugiarse en la cavidad situada en la cornisa sur de la colina.

No es en propiedad una cueva, pues sólo un pequeño trozo <le la misma está cubierta. Sin embarco, tiene suficiente inclinación esta gran roca que se levanta desde el pequeño hueco para proteger contra cualquier lluvia ligera o golpe fuerte de viento procedente del Norte o Noroeste. De todos modos era lo mejor que podía encontrarse, y los tres continuaron allí sus juegos tan alegremente como antes. Transcurrido un rato, sintieron hambre y comieron su almuerzo. Después se arrodillaron y rezaron el Rosario. Lucía no recuerda si llegaron a rezarlo del todo o meramente lo abreviaron limitándose al “Dios te salve, María” y al “Padre nuestro”. Recuerda, no obstante, que cuando acabaron la lluvia cesó tan repentinamente como había empezado y de nuevo brilló el sol, en todo su esplendor, en un cielo sereno. Ella y los otros comenzaron a lanzar piedras al valle de abajo.

Llevaban sólo pocos minutos disfrutando de este deporte cuando, sin indicio previo alguno, comenzó a soplar un fuerte viento a través de las copas de los pinos, que se agitaron y susurraron como nunca en otras ocasiones. Sorprendidos por esto, los tres dejaron de arrojar piedras y miraron a su alrededor para averiguar la causa. Entonces vieron una luz a lo lejos por encima de los árboles. Se movía sobre el valle de Este a Oeste y venía hacia ellos. Y aunque la iluminación en sí no se parecía a nada de lo que hasta entonces habían visto. Lucía reconoció en ella la extraña

blancura de aquel “alguien envuelto en una sábana” que había percibido el año anterior con las otras tres niñas. Parecía estar enteramente constituido por un resplandor más blanco que la nieve, y esta vez se aproximó tanto, que cuando se encontró precisamente sobre una roca en la entrada de la “cueva” se hizo perceptible bajo la forma de “un joven transparente” de unos catorce a quince años de edad, “más brillante que un cristal atravesado por las rayos del sol —tal como lo describe Lucía— o como nieve que el sol atraviesa hasta hacerse cristalina”. Y entonces pudieron ver que tenía facciones como las de un ser humano y que era de una belleza indescriptible.

Estupefactos, sin poder hablar, permanecieron inmóviles contemplándole.

—No asustaros —les dijo—. Soy el Ángel de la Paz. Rezad conmigo.

Y arrodillándose en el suelo se postró hasta tocar éste con su frente, diciendo:

— ¡Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo! ¡Te pido perdón para aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no Te aman! (8).

Tres veces repitió las mismas palabras, mientras los niños, inconscientemente al parecer, las repetían con él. Después, levantándose, dijo:

—Rezad así. Los corazones de Jesús y María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Y con esto desapareció, como si se hubiese disuelto en la luz solar.

Los niños permanecieron arrodillados durante mucho tiempo, bajo la influencia quizá de algún estado de éxtasis sobrenatural o suspensión de facultades corporales, tales como muchos santos han descrito. “Fue una impresión tan fuerte —escribió Lucía—, que casi no nos dimos cuenta de nuestra propia existencia durante un largo espacio de tiempo”. Estuvieron

---

<sup>8</sup> Ésta es una traducción literal de las palabras tales como las escribió Lucía: “*Meu Deus! Eu creio, adoro, espero e amo-vos; peço-vos perdão para os que não creem, não adoram, não esperam e Vos não amam.*” Memoria II, págs. 10-11. Sus dos descripciones del Ángel son sustancialmente idénticas: “*Se aproximava iamos divi-sando as feições, um jovem dos 14 o 15 años, mais branco que se fora de neve que o Sol tornava transparente como se fora de cristal e duma grande beleza.*” Memoria II, pág. 10, 1937. Y “*A alguma distancia sobre os árvores que se estendian ao direção no naseente, uma luz mais branca que a neve, com a forma dum jovem transparente mais brilhante que um cristal atravesado pelos raios do Sol. A medida que se aproximava, iamos-lhe distinguindo as feições,*” Memoria IV, pág. 31, 8 diciembre 1941.

diciendo la oración del Ángel una y otra vez. No había el temor de olvidarla, ya que las palabras habían quedado impresas indeleblemente en sus mentes, pero parecía que era lo único que tenían que hacer.

“¡Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo! ¡Te pido perdón para aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no Te aman!”

Lucía y Jacinta seguían de rodillas, repitiendo estas palabras, cuando oyeron la voz de Francisco, que decía:

—No puedo continuar así tanto tiempo como vosotras; me duele tanto la espalda, que ya no puedo aguantar más.

Había abandonado la posición de rodillas y se había sentado, exhausto, sobre el terreno. Todos ellos, en realidad, se sentían débiles y aturridos. Gradualmente se repusieron y comenzaron a reunir sus ovejas dispersas, pues el día estaba muy avanzado y era ya casi hora de cenar. Ninguno de ellos sintió ganas de hablar en el camino hacia Aljustrel.

Antes de separarse, Lucía advirtió a los otros que no dijese nada de lo que habían visto y oído. Ni en la actualidad se explica por qué obró así en aquella ocasión. “Parecía natural hacerlo —me contó—. En todo ello había algo sumamente íntimo. Se trataba de algo de lo que uno no podía hablar.”

¡El Ángel de la Paz! ¿Cómo y quién podía ser? Hay ángeles y ángeles, rangos y jerarquías en los ángeles, y no es nada nuevo, en la larga historia del pueblo de Dios, el que uno de ellos se aparezca y hable. Nadie que posea la gracia de la fe puede dudar que el Arcángel Rafael guió al joven Tobías; es el ángel de la salud, de la alegría, de los felices enamorados, de los viajeros. Ni que Gabriel anunció a Daniel la época de la Encarnación, y a María que iba a ser Madre de Cristo; Gabriel, el espíritu de la consolación, el Poder de Dios. Es, sin embargo, al Arcángel Miguel al que la liturgia católica aplica el nombre de Ángel de la Paz: *Angelus pacis Michael* <sup>9</sup>). Con todo, para conservar el carácter paradójico de todas las cosas cristianas, es también el guerrero del Cielo, armado con una espada ígnea, y jefe de esa

multitud enardecida en orden de batalla,

---

<sup>9</sup> Breviario Romano, himno para Laudes en su festividad del 29 de septiembre:

*Angelus pacis Michael in aedes  
Coelitus nostras venial; serенаe  
Auctor ut pacis lacrymosa in orenm  
Bello releget.*

que se eleva, alas sobre alas, llamas sobre llamas,  
y, cual tormenta, vocea el Inefable Nombre,  
y con el choque de las hojas de sus espadas  
produce una música de embeleso,  
hasta que la luz blanquecina del amanecer  
pone fin a todo, excepto al fuerte batir  
de sus largas alas y al destello de sus blancos pies  
(<sup>10</sup>).

Fue él quien en el principio de los tiempos derribó a las huestes desobedientes de Lucifer. Fue él quien permaneció de pie junto a las puertas cerradas del Edén, blandiendo la espada flamígera. Guarda el cuerpo de Eva hasta el juicio final. Ocultó el cuerpo de Moisés para salvar al pueblo de Dios del pecado de adorarle, al que Satán les incitaba. Algunos dicen que él fue quien condujo a los hebreos a la Tierra de Promisión y destruyó el ejército de Sennacherib. Siempre el protector de la Sinagoga bajo la Antigua Ley, llegó a ser, naturalmente, el campeón del pueblo de Dios bajo la Nueva. Se han registrado muchas apariciones de él, además de la de Cornwall, a la que se refiere Milton en *Lycidas*. En el siglo v, por ejemplo, San Gregorio el Magno le vio blandiendo su ígnea espada en lo alto de la tumba de Adriano en Roma, como señal de que Dios había aceptado la penitencia de los romanos y terminaría la peste que les azotaba por sus pecados; y se escucharon muchas voces de ángeles en torno a la imagen de Nuestra Señora, que el Santo Papa llevaba a la cabeza de la procesión. Finalmente, es San Miguel, según dice San Juan en el Apocalipsis, quien producirá la muerte final y perdurable del Dragón a la conclusión de los tiempos, después de aquellos días en que los hombres contemplarán en el cielo “una mujer vestida con el sol, y la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas”.

Bien fuese el espléndido Miguel el que vieron los niños en el “Cabeço” o uno de los otros seis ángeles que están de pie ante el trono del Señor, lo cierto es que el efecto sobre ellos fue profundo y duradero. No podían continuar siendo los mismos después de semejante experiencia. Pero no era esto todo, pues el Ángel se apareció a ellos de nuevo no solamente una, sino dos veces.

La segunda aparición ocurrió unas semanas después de la primera. Era uno de los días más calurosos del verano.

---

<sup>10</sup> YEATS: *To Same I Have Talked With Whit by the Fire*.

Habían llevado sus ovejas a casa al mediodía para encerrarlas durante las horas ardientes de la siesta, y pasaban su tiempo jugando distraídamente en el pozo, a la sombra de las higueras, detrás de la casa de los Abóbora, aparentemente sin idea de lo que iba a suceder, cuando levantaron la vista y le vieron allí a su lado.

— ¿Qué hacéis? —preguntó—. ¡Rezad mucho! Los corazones de Jesús y María tienen designios misericordiosos para vosotros. Ofreced constantemente plegarias y sacrificios al Altísimo.

— ¿Cómo debemos sacrificarnos? —preguntó Lucía.

—Con toda vuestra voluntad ofreced un sacrificio como un acto de reparación por los pecadores por quien Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. De este modo atraeréis la paz a vuestro país. Yo soy un Ángel Guardián, el Ángel de Portugal. Por encima de todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os enviará <sup>(11)</sup>.

Desapareció. Y de nuevo los niños permanecieron durante largo tiempo extasiados, en una especie de exultación del espíritu, adorando al Señor de Dios, cuyo mensajero se les había revelado. Cuando esta impresión fue desvaneciéndose gradualmente y comenzaron a sentirse más dueños de sí, Lucía descubrió que Francisco no había oído nada de lo que el Ángel había dicho, aunque, como antes, le había visto claramente.

— ¿Hablasteis con el Ángel? —preguntó—. ¿Qué os dijo?

— ¿No le oíste?

—No. Vi que hablabais con alguien. Oí lo que le decíais, pero no sé lo que él dijo.

Al día siguiente Francisco dijo a su hermana:

—Jacinta, dime lo que dijo el Ángel.

—Te lo diré mañana —respondió la niña—. Hoy no puedo hablar.

Al siguiente día buscó a Lucía y dijo:

— ¿Dormiste la última noche? Yo estuve pensando todo el tiempo en el Ángel y en lo que pudo haber dicho.

---

<sup>11</sup> Las palabras exactas citadas por Lucía fueron: “*De tudo que podeis, oferecei um sacrificio em acto de reparaçao pelos pecadores com que Ele é ofendido e de súplica pela converçao dos pecadores. A trai assim sobre a vossa Patria a paz. En sou o Anjo da sua guarda, o Anjo de Portugal. Sobretudo aceitai e suportai com submissao o sofrimento que o Senhor vos enviar.*” Memoria IV, pág. 32.



Entonces ella repitió las palabras del Ángel en varias ocasiones. La mente del niño era más lenta que la de Jacinta. Encontraba dificultad en comprender lo que algunas de ellas significaban.

— ¿Quién es el Altísimo? —preguntó—. ¿Qué significa “los corazones de Jesús y María están atentos a la voz de vuestras súplicas”?

Lucía intentó explicarlo. No era fácil, porque interrumpía constantemente con otras preguntas. Además, el peso de lo que ella denominaba “la atmósfera de lo sobrenatural” subsistía aún sobre ambos en cierto grado, aun después del tiempo transcurrido. Ella no podía reflexionar en lo que decía. Finalmente, exclamó:

— ¡Algún otro día! ¡Pregúntame cualquier otro día!

Él esperó pacientemente, pero a la primera oportunidad comenzó a acosarla con nuevas preguntas.

— ¡No hables mucho de estas cosas! —interrumpió Jacinta.

Sin embargo, con inconsciencia encantadora prosiguió diciendo que había algo en el Ángel que le quitaba las ganas de hablar, cantar o jugar.

—No tengo fuerza suficiente para nada.

—Ni yo —dijo Francisco—. Pero ¿qué más da? El Ángel es más bonito que todo esto. ¡Pensemos en él!

De aquí a poco empezó a comprender lo que el Ángel había querido decir al hablar de sacrificios. Desde ese día en adelante rivalizó con las niñas en renunciar a pequeños placeres y satisfacciones en provecho de los pecadores del mundo. Los tres pasaban horas seguidas postrados en el suelo, repitiendo una y otra vez la oración que el Ángel les había enseñado.

Esto debió de ocurrir en julio o agosto de 1916. Según las apreciaciones de Lucía, fue, probablemente, al final de septiembre o en octubre cuando el Ángel se apareció por tercera y última vez. De nuevo habían estado jugando en la cueva en el “Cabeço”, en tanto las ovejas pastaban diseminadas por las laderas inferiores; y después de rezar el Rosario, como de ordinario, se pusieron a recitar unidos la oración:

“¡Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo! ¡Te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no Te aman!”

Acababan de decir esto unas cuantas veces, cuando vieron avanzar veloz sobre el valle la misma luz cristalina, y se presentó el Ángel ante ellos, hermoso, resplandeciente, deslumbrador, revoloteando en el aire. Esta vez tenía en una mano un cáliz y en la otra, sobre aquél, sostenía una

Hostia. Mantuvo éstos suspendidos en el aire mientras se postraba en el suelo y decía:

—Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Te adoro profundamente y Te ofrezco el más precioso Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los tabernáculos de la tierra, en reparación por los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con los que Él mismo es ofendido. Y por mediación de los infinitos méritos de su Sacratísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, Te suplico la conversión de los pobres pecadores.

Dijo esta oración tres veces. Después, levantándose, tomó el cáliz y la Hostia, y arrodillándose sobre una roca plana, sostuvo el blanco disco ante ellos, diciendo:

—Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, terriblemente insultado por los hombres desagradecidos. Haced reparación por sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

Pudieron ver gotas de sangre cayendo desde la Hostia en el cáliz. Colocó aquélla en la boca de Lucía. A Jacinta y Francisco, que no habían recibido la Primera Comunión, les presentó el cáliz, del que bebieron. Al final se postró de nuevo en el suelo y dijo la misma oración tres veces. Los niños la repitieron con él, siguiendo Francisco a las otras, pues no había oído las palabras. Entonces, por última vez, desapareció el Ángel de Paz en la claridad solar.

La sensación de la presencia de Dios en aquella ocasión fue tan intensa, según Lucía, que les dejó debilitados y abstraídos, notándose además como ausentes de sus cuerpos. Fue de nuevo Francisco quien tornó el primero a la realidad y llamó la atención de las niñas sobre el hecho de ir oscureciendo. Con las fuerzas que pudieron sacar reunieron las ovejas y las condujeron a casa. No obstante su debilidad, experimentaban una paz y felicidad infinitas, para las que no encontraban palabras.

Esta curiosa sensación de debilidad y de felicidad a la vez duró días y semanas. Transcurrió mucho tiempo antes de que Francisco se aventurase a hablar de lo que había visto y experimentado. Finalmente, dijo:

—Me gusta mucho ver al Ángel, pero lo peor de ello es que después no podemos hacer nada. Yo no puedo ni andar. No sé lo que me sucede.

Unos cuantos días después, cuando recuperó su energía normal de cuerpo y espíritu, dijo a Lucía:

—El Ángel te dio la Sagrada Comunión. Pero ¿qué fue lo que me dio a mí y a Jacinta?

—Fue también la Sagrada Comunión —intervino Jacinta antes de que pudiese replicar Lucía—. ¿No viste que era la sangre la que caía de la Hostia?

—Sentí que Dios estaba en mí —dijo—, pero no sabía cómo ello era.

Postrándose entonces en el suelo, permaneció así un largo rato, repitiendo la segunda oración del Ángel: “Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Te adoro profundamente y Te ofrezco el más precioso Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los tabernáculos de la tierra, en reparación por los ultrajes, sacrilegios e indiferencia con los que Él mismo es ofendido. Y por mediación de los infinitos méritos de su Sacratísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, Te suplico la conversión de los pobres pecadores.”

Tal es el relato de Lucía de lo que a ella y a sus primos les sucedió cuando tenía nueve años y ellos ocho y seis, respectivamente.

## CAPÍTULO V

Ninguno de los niños hizo jamás referencia al Ángel ni en su casa ni en parte alguna. Esto sólo llegué a creerlo después de haber estado en Portugal y de hablar con algunos de los jóvenes pastorcitos que actualmente andan descalzos entre las ovejas de la Serra da Aire. Estos muchachos de corta estatura, ojos bonitos y sanos dientes relucientes; estas hermosas zagalas, tan erguidas y bien formadas, son más precoces que los que nosotros conocemos, y no han de juzgarse por los mismos patrones. La responsabilidad que pesa sobre ellos desde muy pequeños les ha hecho fértiles en recursos, temerarios y decisivos en juicio y expresión. Aunque es limitado el caudal de sus conocimientos, pues pocos saben leer o escribir, sus cerebros están atiborrados de informaciones falsas y fragmentos de verdades a medias; lo que ellos saben, lo saben del todo, lo recuerdan exactamente, y pueden hablar sin titubeos ni chapucerías. Una niña de cinco o seis años replica con gracia y dignidad. O si lo cree adecuado puede permanecer tan silenciosa como una esfinge.

Lucía, aún en mayor grado que la mayoría de estas serranas, estaba dotada de una reserva tan extremada, que era muchas veces confundida con terquedad o estupidez. Era más fácil para ella reservar su parecer que hablar. Además, no olvidaba la pequeña persecución que había soportado después que ella y las hijas de Matías y Justino habían visto a “alguien envuelto en una sábana”. Si su propia madre y hermanas se habían burlado de esto, ¿quién creería ahora que un Ángel había venido a darla la Sagrada Comunión? Finalmente, había algo en la experiencia vivida, que imponía silencio en una forma sutil, pero imperiosa. Lucía nunca fue capaz de relatar lo sucedido con palabras adecuadas ni en su niñez ni en los años en que escribió sus Memorias. Sin embargo, el hecho se había verificado: algo inefable que sólo podía ser de Dios, imprimiendo las palabras del Ángel en sus mentes para siempre con una voz autoritaria que no debía desobedecerse.

Parece ser que sus padres desconocían en absoluto lo que había sucedido. ¿Qué hay más solitario e incomprendido que el corazón de un niño? Sin duda, estas buenas gentes de Aljustrel estaban demasiado ocupadas con sus asuntos propios para notar algo desusado en la conducta de los tres pastorcitos, que partían con sus rebaños por la mañana temprano y no se les volvía a ver hasta que regresaban para cenar. Sucedió también que hubo muchos cambios por entonces en la vida de las pequeñas localidades de la Serra. Uno que impresionó vivamente a la familia de Lucía, por ejemplo, fue la partida del párroco Padre Pena y la llegada de un sacerdote algo más austero, el Padre Boincinha. Hubo las habladurías comentadas, las usuales apreciaciones del recién llegado, en pro y en contra. Los feligreses más reflexivos debieron pensar que eran afortunados al poseer un cura cuando tantos lugares en Portugal carecían de él. Otros no concedieron cuartel: cualquier párroco, bueno o malo, era motivo de crítica.

El Padre Boincinha decía las cosas tales como las sentía, sin morderse la lengua. Uno de sus primeros actos, que le valió la impopularidad entre la gente joven, fue sus sermones contra el baile inveterado, que gozaba de gran popularidad en toda la Serra da Aire. Concedía que el baile en casa, estaba bien, pero todas esas veladas públicas nocturnas en Fátima y otras aldeas impedían que los vecinos fuesen a misa, arrastrándoles al pecado, siendo, por lo general, motivo de escándalo, y declaró que no debían continuar. Hubo muchas protestas y murmuraciones, especialmente entre las chicas. María llosa, sin embarco, apoyó al párroco y prohibió a sus hijas que concurriesen a nuevos bailes.

—Pero el bailar nunca había sido pecado hasta ahora —objetó un vecino—, y ahora este nuevo párroco quiere hacer uno de esa diversión.

—Es posible —replicó María Rosa—. Pero lo que sé es que el párroco no quiere que se baile, y mis hijas no van a ir a esas reuniones.

La vida se hizo difícil para María llosa aquel año. Sus dos hijas mayores, María y Teresa, se habían casado y no podían seguir ayudando a la familia. Su marido Antonio Abóbora se entrampaba cada vez más. De vez en cuando había dispuesto de algún trozo de tierra para pagar sus deudas o perdía alguna propiedad valiosa que había hipotecado, hasta que llegó un momento en que apenas le quedó lo suficiente para vivir a la en otro tiempo próspera familia. Para hacer frente a la situación se vio obligada su mujer a enviar a Gloria y Carolina a servir como criadas, mientras ella continuaba cuidando de la casa, y siempre que le era posible ganaba algo de dinero actuando de niñera. Lucía prosiguió al cuidado de las

ovejas. Casi todo el trabajo agrícola corrió a cargo del joven Manuel, aunque no era de su gusto. ¿Por qué había de gustarle cuando su padre lo desatendía en todo momento?

La guerra ofreció a este muchacho una buena excusa para evitarle el trabajo penoso de la cava y trilla, del corte del heno y de la extracción de patatas. Portugal por entonces se encontraba seriamente envuelto en la guerra. Todos los días se oía hablar de algún mozo que salía /tara el frente o, lo que era peor, de otros, muertos, mutilados o desaparecidos. Algo del sentimiento de intranquilidad y aprensión que había llegado a ser desesperante en otros países, comenzaba a invadir el ambiente tranquilo de la Serra. Pero Manuel era joven, fuerte y lleno de esperanzas. Y una tarde llegó a casa con la noticia de haberse ofrecido para servir en el Ejército, donde sería admitido si pasaba el examen médico.

En aquellos días se apoderó de María Rosa una profunda amargura. Con las cuatro hijas mayores ausentes y su marido llegando casi siempre tarde por detenerse en alguna taberna para un *copozinho* más, el grupo familiar, en otro tiempo feliz, había quedado reducido a cuatro personas tristes y silenciosas. Una noche en que la pobre mujer contemplaba alrededor de la mesa al joven Antonio, a Lucía y a Manuel — ¡y ahora Manuel se marchaba!—, dirigió su vista por un momento a los sitios vacíos, y de pronto se echó a llorar. Entonces, con gran tristeza, dijo:

— ¡Dios mío!, ¿dónde se ha ido la alegría de esta casa?

Y apoyando la cabeza sobre la tosca mesa, lloró amargamente, hasta que Manuel y su hermana no pudieron menos de imitarla. “Fue la cena más triste que recuerdo en mi vida”, escribió Lucía.

María Rosa continuó apesadumbrada y lamentándose. Manuel sufrió su reconocimiento médico y fue aceptado. Antes de que llegase la fecha de dejar la casa, su madre cayó enferma, encontrándose peor cada día. Tuvo que recurrir a un doctor de una aldea próxima, pero sin provecho. A medida que transcurría el tiempo, progresó tanto su dolencia, que no pudo seguir atendiendo a los quehaceres, y Gloria tuvo que dejar su colocación y volver a casa para cuidar de la familia. Otros médicos rurales fueron consultados, pero ninguno de ellos logró diagnosticar con certeza el mal de María Rosa.

El Padre Boincinha, que había ido notando su debilidad con interés creciente, se ofreció para llevar a María Rosa a Leiria, la población mayor más próxima, a visitar un cirujano con fama de habilidoso. Un día llegó el buen sacerdote a la puerta, en su carro de muía, y María Rosa, ayudada por

él, subió con trabajo al vehículo, acompañándola para cuidarla una de sus hijas casadas, Teresa. Fue un viaje largo y penoso con ese medio de locomoción, pues los caminos rocosos y en curva que contorneaban las laderas de las montañas estaban en peores condiciones que actualmente. Por fin, dejaron atrás la antigua iglesia abacial de Batalha y dieron vista a las ruinas de aquel castillo del siglo xiv, encaramado sobre una elevada roca, en la lejanía de la llanura, donde Santa Isabel en su día oró y sufrió, pues ella también, como María Rosa, tuvo un marido molesto. En una de las casas blancas con techumbres de tejas rojas que se amontonan alrededor de la base del risco, encontraron al cirujano que buscaban. Pero su consulta resultó más desconcertante que eficaz, y la madre de Lucía llegó a casa aquella noche medio muerta de los reconocimientos a que le había sometido y del fuerte traqueteo por malos caminos.

Fue otro cirujano en San Mamede quien la enteró, por fin, de las causas de sus males. Según él, tenía una lesión cardíaca, una vértebra dislocada y los riñones desprendidos. Prescribió un tratamiento enérgico a base de *pontos de fogo* y varios medicamentos. La pobre María Rosa se asemejaba a la mujer del Evangelio que había “sufrido mucho por causa de los médicos”.

Lucía se acordó mucho en esos días del Ángel de la Paz y de lo que había dicho. Constituía su mayor consuelo recordar las palabras: “Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor os envíe”, y reflexionar en su enseñanzas. ¡Estaba viendo ahora claro el cumplimiento de esa profecía! ¡Mas tenía que armarse de paciencia! Debía ser valiente, debía aceptar el sufrimiento. Aunque no podía hacer nada por su madre, decidió ir al pozo a rezar y llorar a solas.

Allí se unían a veces con ella Francisco y Jacinta, añadiendo sus lágrimas y rezos a los suyos. Es dudoso si conocían todo lo que estaba sucediendo en la familia Abóbora. Sin embargo, debían haber oído lo suficiente para percatarse de que algo marchaba muy mal, y sus corazones generosos rebosaron de compasión, como el de Lucía. Aun Jacinta, dentro de sus pocos años, comenzaba a comprender el significado del misterio de sufrir, y a menudo decía:

— ¡Dios mío, te ofrecemos todos estos sufrimientos y sacrificios! Es un acto de reparación por la conversión de los pecadores.

Estaban más silenciosos y melancólicos que lo usual en ellos, estos pastorcitos, cuando seguían a sus rebaños entre las aulagas y los rastros de la Serra en la primavera de 1917. Sin duda alguna, escucharían algunas

veces música tocada o cantada por otros niños en un campo cercano, y casi involuntariamente comenzarían a bailar o a lanzar al fresco aire abribeño el antiguo estribillo:

¡Ai, trai-lari lai lai,  
trai-lari lai lai,  
lai lai lai!

Pero algo se había perdido de la alegría de semejante cantar. En las palabras de la antigua canción de primavera había desaparecido el *ah la la*. ¿Cómo podía nadie haber visto lo que ellos habían visto y continuar igual?

Había algo diferente en el ambiente de aquella primavera. Era como un arma mortífera cerniéndose sobre la fragancia de las nuevas flores. Casi todo el mundo estaba deprimido. María Rosa se mostró desolada cuando se marchó Manuel. Uno de los hermanos de Jacinta también se había ido a la guerra, y se decía que había encontrado la muerte. Afortunadamente, el rumor resultó falso, pero tío Marto y su familia pasaron muchos días de inquietud y sufrimiento. Un día en que Francisco y Jacinta lloraban pensando en la muerte de su hermano, propuso Lucía un baile para distraerlos, y los pequeños comenzaron a bailar, corriéndoles aún las lágrimas por sus mejillas. No obstante, permanecieron los tres varias veces en silencio, a medida que vagaban entre las diseminadas rocas en Valinhos o contemplaban el valle desde la cueva del “Cabeço”. Se habían enterado, por fin, que existía un mundo angustiado, una humanidad condenada por alguna razón oscura al misterio del sufrimiento.

Aún mayo, el mes de María, el mes de nueva vida y alegría, pesaba mucho sobre el mundo aquel año. El 5 de mayo, como para hacerse eco de la tristeza universal y señalar la única fuente de esperanza, el Papa Benedicto XV se lamentaba, en una carta memorable, de la “cruel guerra, suicidio de Europa”. Después de rogar a Dios que volviese los corazones de los gobernantes hacia la paz, pedía especialmente que, dado que todas las gracias eran dispensadas “por mediación de la Santísima Virgen, Nos deseamos que las peticiones de sus criaturas más afligidas sean elevadas, con plena confianza, más que nunca en esta hora tremenda, a la excelsa Madre de Dios”. Ordenaba que la invocación *Regina pacis, ora pro nobis*, se añadiese a la letanía de Loreto, y continuaba:

“A María, pues, que es la Madre de Misericordia y omnipotente por gracia, elevemos desde todas partes de la Tierra, devota y amorosa súplica, desde los grandes templos y las capillas más pequeñas, desde los palacios reales y mansiones de los ricos a las chozas más pobres —desde todo lugar



donde un alma creyente encuentra refugio—, desde los campos y mares empapados en sangre. Haced llegar a Ella el grito de angustia de madres y viudas, los lamentos de los pequeños inocentes, los suspiros de todo corazón generoso: que su solicitud más tierna y benigna sea excitada y lograda la paz para nuestro mundo atormentado.”

Es del todo improbable que Lucía y sus primos hubiesen nunca oído hablar de la carta del Papa (pues estaba aún sin publicar) cuando fueron a la Serra cinco días más tarde, el 13 de mayo de 1917. Era un domingo sumamente despejado, y tío Marto había preparado su carro por la mañana temprano para llevar a su esposa Olimpia a Batalha, donde pensaban oír misa en la preciosa catedral y después hacer algunas compras en los mercados domingueros próximos: lo que precisaban en particular era un cerdito para cebarlo. Partieron, pues, con la alegría natural, dejando a los niños para que oyesen misa en Fátima. Estaba próximo el mediodía cuando Jacinta y Francisco sacaron sus ovejas del patio y las condujeron al camino del “Lagoa”, donde, como de costumbre, encontraron a Lucía con su rebaño. Prosiguieron juntos a través de los campos hacia las praderas que Antonio Abóbora poseía en Cova da Iria. Nunca había estado tan azul el inmenso cielo ni la tierra moteada de colores tan brillantes.

Poco después llegaron a la colina al norte de la depresión denominada la “Cova”, y dejando las ovejas desmochando las aulagas, decidieron transformar un pequeño matorral en una “casa”, cerrando con un muro el espacio ante el mismo. A ese fin comenzaron a coger algunas de las piedras que yacían por los alrededores para ponerlas unas encima de las otras. Mientras estaban entretenidos en esta labor, se vieron sorprendidos por un resplandor tan brillante, que lo tomaron por un relámpago. Sin detenerse a preguntarse cómo pudo haber venido de aquel cielo sin nubes, dejaron caer las tres las piedras y corrieron atropelladamente por la pendiente abajo en busca de una encina o *carrasqueira*, a unos cien metros o más, al sudeste del sitio donde habían estado jugando. Acababan justamente de refugiarse bajo mu espeso y extendido follage cuando los sorprendió un secundo destello de luz. De nuevo dejaron los niños el árbol y se precipitaron hacia el Este, a una distancia, de otros cien metros. Entonces se detuvieron asombrados, pues precisamente delante de ellos vieron una bola de luz en lo alto de un pequeño árbol, siempre verde, denominado *azinheira* <sup>(12)</sup>, que tenía un metro aproximadamente de altura, y sus hojas lustrosas presentaban púas como las del cacto. Y en el centro de la misma luz, una señora do pie.

---

<sup>12</sup> En español, carrasca (*N. del T.*)

Tal como la describía Lucía, era una “Señora toda de blanco, más brillante que el sol que distribuye la luz, más clara y más intensa que una copa de cristal llena de agua cristalina penetrada por los rayos del más deslumbrante sol”. Su cara era de una belleza indescriptible, “ni triste ni feliz, sino seria” —quizá con un gesto de reproche, aunque benigno—; sus manos juntas, a la altura del pecho, en actitud de orar, con un rosario colgando entre los dedos de la mano derecha. Hasta sus vestiduras parecían hechas únicamente de la misma luz blanca; la sencilla túnica cayendo hasta sus pies, y sobre ella un manto desde la cabeza, de la misma longitud, realzado su borde de una luz aún más intensa, que parecía relucir como oro. No podían verse ni su pelo ni sus orejas. ¿Las facciones? Era casi imposible mirar fijamente al rostro: deslumbraba y dañaba a los ojos, obligando a parpadear, a apartar la mirada.

Los niños permanecían de pie, fascinados, dentro del fulgor que la rodeaba hasta una distancia de quizá metro y medio.

—No tengáis miedo —dijo con voz baja de tono musical que nunca podía ser olvidada—. ¡No os haré daño!

No experimentaron entonces temor alguno, sí sólo una gran alegría y paz. Fue en realidad el “relámpago” lo que antes les había asustado. Lucía estaba ya lo bastante repuesta para hacer una pregunta:

— ¿De dónde viene Vuestra Merced?

La niña empleaba el modo de hablar de la Serra: *De onde e Voeemecé?*

—Vengo del cielo.

—Y ¿qué es lo que quieres de mí?

—Vengo a pedirte que vengas aquí durante seis meses seguidos en el día trece a esta misma hora. Entonces te diré quién soy y lo que quiero. Y después volveré aquí una séptima vez.

— ¿E iré yo también al cielo?

—Sí, irás.

¿Y Jacinta?

—También.

— ¿Y Francisco?

— ¡También! ¡Pero tendrá que rezar muchos Posa rio.-!

¡El cielo! Lucía recordó repentinamente a dos niñas que habían muerto recientemente. Eran amigas de su familia y acostumbraban ir a su casa para aprender a tejer con su hermana María.

— ¿Está María da Neves ahora en el cielo? —pregunté.

—Sí, lo está.

— ¿Y Amelia?

—Estará en el purgatorio hasta el fin del mundo.

¡Purgatorio! ¡El fin del mundo!

La Señora habló de nuevo.

— ¿Deseáis ofrecer a Dios para soportar todo el sufrimiento que a Él plazca enviaros, como un acto de reparación por los pecados con los que Él es ofendido y para pedir por la conversión de los pecadores?

—Sí, queremos.

—Entonces tendréis que sufrir mucho. Pero la gracia de Dios os confortará.

A medida que decía las palabras *a graça de Deus*, abrió la Señora sus manos adorables y de sus palmas salieron dos haces de luz tan intensa, que no sólo envolvió a los niños con su resplandor, sino que pareció penetrar en sus pechos y llegar a los sitios más recónditos de sus corazones y almas, “haciéndonos compenetrar en Dios —éstas son palabras de Lucía— más claramente en aquella luz que en el mejor de los espejos”. Un impulso irresistible les forzó a arrodillarse y decir con todo fervor:

— ¡Oh, Sacratísima Trinidad, Te adoro! ¡Dios mío, Dios mío, Te amo en el Sacratísimo Sacramento!

La Señora esperó que acabasen. Entonces dijo:

—Rezad el Rosario todos los días para obtener la paz del mundo y la terminación de la guerra.

Inmediatamente después comenzó a elevarse serenamente sobre la carrasca y a deslizarse hacia el Este, “hasta que desapareció en la inmensidad de la distancia” (13).

---

<sup>13</sup> Ésta es la frase de Lucía al final de su relato en su Memoria IV, págs. 35 y 36, 1941. Es una coincidencia curiosa que Monseñor Eugenio Pacelli fuese consagrado Obispo en la Capilla Sixtina, en Roma, el 13 de mayo de 1917, el mismo día en que los niños vieron por primera vez a Nuestra Señora de Fátima. Como Papa, Pío XII dio el primer paso para cumplimentar los deseos de la Señora en 1942.

Los niños permanecieron contemplando el cielo del Este durante largo tiempo. Aun después de comenzar a recuperarse del estado de éxtasis que les había embargado, permanecieron silenciosos y pensativos durante una buena parte de la tarde. Pero no se encontraban tardos y cansados como después de haber visto al Ángel de la Paz. La visión de la Señora, por el contrario, les había producido una sensación deliciosa de “paz y alegría expansiva”, de ligereza y libertad; se sentían casi como si pudiesen volar cual pájaros. Jacinta decía de vez en cuando:

—*Ai, que Senhora tao bonita!*

Después de un rato comenzaron a hablar con tanta desenvoltura, que Lucía juzgó necesario recomendarles que no dijese a nadie, ni siquiera a sus madres, lo que hablan visto y oído. Francisco había visto a la Señora, pero no había oído lo que dijo, lo mismo que cuando vio al Ángel. Cuando le repitieron todas las palabras pronunciadas por la Virgen, se sintió sumamente feliz, especialmente por la promesa de que iría al cielo. Cruzando sus manos sobre su cabeza, exclamó en voz alta:

— ¡Oh, Señora mía, diré todos los Rosarios que me pides!

—*Ai, que Senhora tao bonita!* —dijo de nuevo Jacinta.

—Bueno, veremos si esta vez no le cuentas a nadie lo ocurrido —observó Lucía con escepticismo.

— ¡No te preocupes; no lo diré, no! —replicó la niña.

Y también Francisco prometió no decirle nada a nadie.

Lucía tenía aún sus dudas respecto a Jacinta. La cara de la niña brillaba de alegría. Casi reventaba de gozo.

## CAPÍTULO VI

Cuando Jacinta y Francisco llegaron a casa, la encontraron llena de gente hablando. Toda la familia, excepto el muchacho en el Ejército, estaba en casa aquel domingo, y un tío político, Antonio da Silva, se había presentado para cenar. Como la luz del día principiase a disminuir, las hermanas mayores colocaron un gran caldero de sopa de patatas y berza en el fuego del lar, y trajeron hogazas de pan moreno, que sacaron de un armario. En aquel momento el ruido producido por un carro de muía sobre las piedras del exterior dio a conocer la llegada de sus padres, procedentes de Batalha.

Quizá Jacinta sólo tuvo intención de dar la bienvenida a su madre al salir corriendo a la calle, donde la encontró mirando al carro, del que tío Marto estaba desatando con alguna dificultad, pero con su habitual habilidad y decisión, un cerdito que forcejeaba por escurrirse. Pero a la vista de la amable y franca sonrisa de Olimpia, la niña se precipitó a sujetarla por las rodillas. Y entonces se destapó. La tentación era demasiado fuerte.

— ¡Madre, vi hoy a Nuestra Señora en Cova da Iria!

Olimpia se sonrió.

— ¡Te creo, niña! ¡Sí, eres tan santa, que ves a Nuestra Señora!

Y penetró en la casa.

—Pero yo la *vi* —insistió Jacinta, siguiéndola.

Y muy de prisa lo dijo todo, atropellándose: cómo vio el relámpago, y cómo se asustaron y huyeron, y cómo Francisco preguntó a Lucía si arrojaba una piedra a la bola de luz, y Lucía dijo que no, y a lo que se parecía la Señora y lo que dijo. Y tenían que rezar el Rosario todos los días y los dos irían al cielo. ¡Fíjate en ello: al cielo!

Olimpia comprendió que no era una broma; sin embargo, ¿podía tomarlo en serio?

— ¡Conque viste una Señora! ¡Y ninguna, sino *Nuestra Señora*, se te pudo aparecer!

Buscó algo de comida para el cerdo, empezando a prepararle así para el papel importante que había de desempeñar en la vida de la familia aquel año (<sup>14</sup>). Mientras tanto, tío Marto había encerrado el escandaloso animal en un cobertizo del corral y había entrado, bastante cansado y más bien silencioso, en busca de su cena. Un instante después se encontraba sentado junto a la chimenea comiendo su plato caliente de sopa de berza con patatas. Olimpia se sentó a su lado. Entonces, para distraerle, recordó la extraña historia que acababa de decirle su hija menor.

— ¡Oh, Jacinta! Jacinta, ven a contar a tu padre lo que me has dicho respecto a la Señora en Cova da Iria.

Jacinta no tardó en repetir su historia. Sus ojos negros brillaban, sus mejillas estaban al rojo vivo. Era evidente, fuere lo que fuere lo ocurrido, que la niña estaba muy excitada.

Tío Marto dejó el plato con aire serio y preguntó a Francisco qué tenía que decir a todo esto.

No se sabe a punto cierto lo que el muchacho dijo, pero aparentemente fue lo suficiente para confirmar el relato de su hermana.

Tío Marto pasó su mirada de uno a otro, intentando sacar sentido a todo ello. Olimpia seguía rehusando a tomarlo en serio.

—Una pequeña santa, en verdad —repitió—, cuando *Nuestra Señora* se le aparece.

Quizá había algo de modestia en su escepticismo. Ella y su hermano Antonio Abóbora procedían de una familia más bien tosca, más conocida por su encanto y alegría que por su santidad; aun en la actualidad ella da la impresión de estar un poco asombrada por lo sucedido a sus hijos.

—Bueno, si los pequeños vieron a una señora vestida de blanco —dijo lentamente Antonio da Silva—, ¿quién pudo ser sino *Nuestra Señora*?

La mente del tío Marto discurría con lentitud, pero con precisión. Había ya casi terminado de ponderar y contrastar los dos relatos e interpretar las miradas e inflexiones de sus hijos. Era evidente que no estaban de broma con él. Y en cuanto a mentir, “¡ay, Jesús! —y esto lo repite aún hoy día—, siempre tuve por veraz a Francisco, y a Jacinta aún más.” Finalmente, dio a conocer su decisión.

---

<sup>14</sup> Relato de Olimpia al Padre De Marchi, op. cit., pág. 64.

—Desde el principio del mundo, Nuestra Señora se ha aparecido varias veces, de modos diversos —dijo—. Si el mundo es malo, lo sería mucho más si no fuese por tales sucesos. Grande es el poder de Dios. No sabemos lo que esto es, pero ello se traducirá en algo.

Se le ocurrió, además, que sin la intervención de la Providencia los niños no podían haber repetido palabras tan grandes e impresionantes, pues sólo habían recibido poca o ninguna instrucción aun en Catecismo. Así, tío Marto, con su claro sentido común, llegó a ser el primero que creyó la historia de Fátima en aquella tarde de domingo de 1917.

Lucía no supo de esto nada hasta la mañana siguiente. Se había ido feliz a la cama sin decir palabra alguna respecto a los acontecimientos de la tarde, y acabó por dormirse pensando en la hermosa Señora hecha de blanco resplandor. Al día siguiente se despertó temprano y marchó a jugar bajo una higuera próxima a la casa hasta que fuese hora de llevar a las ovejas a pastar.

A poco vio a su hermana María de los Ángeles que venía a buscarla, y se encontró sorprendida al oírla decir, burlescamente:

— ¡Oh, Lucía! He oído que has visto a Nuestra Señora en Cova da Iria.

La niña se la quedó mirando fijamente en silencio.

— ¿Es verdad? —preguntó María.

— ¿Quién te lo contó?

—Los vecinos dicen que tía Olimpia cuenta que Jacinta se lo ha dicho a ella.

— ¡Y yo que le pedí que no se lo dijese a nadie! —exclamó Lucía, a punto de llorar.

— ¿Por qué?

—Porque no sé si fue Nuestra Señora. Era una mujercita muy bonita.

—Y ¿qué te dijo esta mujercita?

—Que quería que fuésemos seis meses seguidos a Cova da Iria, y que después de eso nos diría quién es y lo que quiere.

— ¿No le preguntaste quién era?

—Le pregunté de dónde venía, y dijo: “¡Vengo del cielo!” Y después se mantuvo callada (<sup>15</sup>).

Lo expuesto es lo que esa excelente mujer, María de los Ángeles, recuerda de la conversación después de un cuarto de siglo. No fue poco amable con Lucía. Mas no creyó la historia y aceptó la teoría de su madre de que la niña la había inventado. Creía que sólo cumplía con su deber cuando volvió a casa para decir a María Rosa lo que se le había dicho.

Lucía fue pronto llamada a explicarse ante sus padres. Su padre se inclinó a desatenderse del asunto con una sonrisa.

— ¡Cuentos de mujeres! —dijo al salir hacia las verdes campiñas—. Cuentos tontos de mujeres.

Su mujer, sin embargo, tomó muy en serio la cuestión y soltó una fuerte reprimenda a su hija menor.

— ¡Esto era lo que me faltaba ver a mis años! —se lamentó amargamente—. ¡Pensar que siempre enseñé a mis hijos a decir la verdad, y ahora esta criatura me sale con esta gran mentira!

Fue una Lucía amargada y angustiada la que salió aquel día para sacar a las ovejas del corral. ¡Cuán repentinamente la alegría del mundo se había tornado en tristeza para ella! Al poco tiempo vio a Francisco que bajaba por la calle y parecía muy arrepentido. Tenía lágrimas en los ojos.

—No llores más —dijo Lucía—. Y no digas a nadie lo que nos ha dicho la Señora.

—Ya lo he contado —replicó Francisco apurado, reprochándose a sí mismo en lugar de a Jacinta.

— ¿Qué es lo que has contado?

—Dije que la Señora prometió llevarnos al cielo. Cuando me preguntaron si esto era verdad, no pude inventar una mentira. ¡Perdóname, Lucía! ¡No le volveré a decir nada a nadie más!

De todos modos, el descubrimiento había aminorado su alegría y se encontraban todos deprimidos mientras pastaban sus ovejas aquel día. Jacinta permaneció sentada largo tiempo en una piedra en actitud pensativa. Finalmente, Lucía la dijo:

— ¡Jacinta, vete a jugar!

—No tengo ganas de jugar hoy.

---

<sup>15</sup> Relato de María de los Ángeles al Padre De Marchi, que reproduce toda la conversación, pág.. 66.



— ¿Por qué no quieres jugar?

—Porque estoy pensando que aquella Señora nos dijo que rezásemos el Rosario e hiciéramos sacrificios por los pecadores. Ahora, cuando recemos el Rosario, tenemos que decir completos los Padrenuestros y Avemarías.

— ¿Y los sacrificios? ¿Cómo los vas a hacer?

Francisco tuvo una idea:

—Podemos dar nuestras meriendas a las ovejas y hacer el sacrificio de no tomar ninguna merienda.

Desde entonces bebían a menudo del *barreiro* donde abrevaban las ovejas y cabras y las mujeres lavaban sus ropas. Jacinta, sin embargo, ideó una manera mejor de disponer de sus meriendas. Un día vieron a unos niños pobres procedentes de Moita, a menos de un kilómetro de distancia, que venían a pedir limosna en Aljustrel.

— ¡Démosles nuestras meriendas por la conversión de los pecadores! —dijo.

Y lo hicieron.

Al mediar la tarde sintieron bastante hambre y buscaron por los alrededores de la charca algo que comer. Francisco probó algunas de las bellotas de una carrasca, que estaban ya lo bastante maduras para ser comestibles, y las encontró apetitosas. Jacinta decidió que si eran tan buenas no sería sacrificio el comerlas. En su lugar, cogió algunas bellotas de clase distinta debajo de un roble y comenzó a mascarlas. Admitió que eran amargas. Pero ofrecería el mal sabor por la conversión de los pecadores.

Desde entonces merendó Jacinta a diario con estas amargas bellotas o con aceitunas verdes y ácidas.

— ¡No comas eso, Jacinta! —dijo Lucía un día—. Son muy amargas.

—Es precisamente por la amargura por lo que las como —respondió sencillamente Jacinta—. Para convertir pecadores.

No pasó mucho tiempo sin que los niños de familias pobres empezasen a aguardarles a lo largo de los caminos para pedirles sus meriendas. Los tres las entregaban gozosos y después comían cuanto lograban encontrar en sus andanzas por la Serra. “Acostumbrábamos a comer piñones -recuerda Lucía—, raíces de una cizaña trepadora y una pequeña flor amarillenta que crece sobre la raíz de una pequeña, bola del

tamaño de una aceituna, moras, setas y unas cosas que cogíamos de las raíces de los pinos, pero que no recuerdo cómo las llaman” (16).

La más decidida en llevar a cabo los deseos de la Señora respecto a los sacrificios era Jacinta, si hemos de tomar al pie de la letra la modesta narración de Lucía. Un día sofocante de aquel verano fueron a un cierto campo que un vecino había alquilado a María Rosa, y en el camino, según costumbre, dieron sus meriendas a algunos de los niños pobres.

Cuando llegaron al sitio, después de un largo paseo con mucho calor, estaban cansados, hambrientos y muertos de sed. No había agua en medianas condiciones para seres humanos; aun Francisco, al parecer, se sentía incapaz de beber de la pequeña charca en donde las ovejas apagaban su sed. ¡No importa! Los tres ofrecieron sus sufrimientos por los pecadores, como de costumbre. Pero el sol apretaba cada vez más, y a medida que avanzaba la tarde empezó a debilitarse su resolución, hasta que Lucía sugirió que fuesen a una casa no muy alejada y pudiesen beber un poco de agua.

Así lo hicieron, y una buena mujer les dio un pequeño trozo de pan, que Lucía compartió con sus compañeros, y un jarro de agua, que se llevaron al lugar donde pastaban las ovejas. Allí Lucía se lo ofreció primero a Francisco.

—No quiero beber —dijo.

— ¿Por qué?

—Quiero sufrir por los pecadores.

—Bebe tú, Jacinta.

—Quiero ofrecer un sacrificio a los pecadores también.

El resto de este episodio, casualmente contado por Lucía en su madurez, es digno de aquel rey que, sediento por la batalla, cuando le ofrecieron agua, por la que un soldado había arriesgado su vida, la vertió en el suelo como un ofrecimiento al Señor Dios de las Batallas. La niña pastora de Aljustrel estuvo inspirada de un espíritu no menos real que el del pastor que fue antecesor del Mesías y de su Madre, Nuestra Señora de Fátima. Y como David, notemos de paso que no careció de talento en su narración:

—Entonces yo vertí el agua en una roca para que bebiesen las ovejas y marché a devolver el jarro a su dueña. El calor se hacía más intenso a

---

<sup>16</sup> Memoria I, pág. 13.

cada momento, las chicharras unían su canto al de las ranas en la charca próxima y hacían juntas un ruido intolerable.

Jacinta, debilitada por el hambre y la sed, dijo con la sencillez natural en ella:

—Di a las chicharras y a las ranas para que se callen, pues me dan dolor de cabeza.

Francisco dijo:

—¿No quieres sufrir esto por los pecadores?

—Sí, quiero. ¡Que canten! <sup>(17)</sup>

Jacinta, sujetando su cabeza entre sus pequeñas manos, dijo:

—Si los niños tomaban tan en serio las peticiones de la Señora blanca, María Rosa no era menos constante en su determinación de destruir lo que consideraba una decepción y un borrón para el honor familiar. Molesta por los chismorreos de las vecinas, que el estado de su salud quizá le hacía exagerar, se sintió responsable ante Dios de hacer confesar a su hija que había obligado a aceptar una mentira a los hijos de Marto y engañado Dios sabe a cuántos dignos ciudadanos. Con amenazas y promesas, con regaños y caricias, hizo todo lo posible para quebrantar la serena seguridad con la que Lucía repetía su historia.

—Si no dices que es una mentira —le dijo un día—, te encerraré en un cuarto oscuro donde no volverás a ver nunca más la luz del sol.

En otra ocasión, desesperada, llegó a pegarla con el palo de una escoba. Cuando fallaron todas estas medidas, la llevó a la rectoría para ver si el párroco podía incitarla al remordimiento y a la verdad. Todo fue en vano.

Lucía comenzaba a comprender lo que la Señora había dado a entender cuando dijo: “Tendréis que sufrir mucho.” No sólo continuó su madre injuriándola de palabra, no sólo sus propias hermanas la ridiculizaban en grado sumo, sino que todo el mundo en Aljustrel parecía estar en contra suya. Cuando andaba por la calle llegó a oír este comentario a una mujer: “Si fuese mi hija...”, y este otro: “¡Una buena dosis de aceite de ricino pondría fin a esas visiones!” Aun los niños pequeños gritaban cuando pasaba: “¡Eh! Lucía, ¿va Nuestra Señora a pasear hoy sobre los tejados?”

En contraste con esta acusada persecución hubo personas que la consolaban. Un día, dos sacerdotes llegados a la localidad se detuvieron,

---

<sup>17</sup> Memoria I, págs.. 13-15.

prodigándola palabras de aliento y diciéndola que rogase por el Santo Padre.

— ¿Quién es el Santo Padre?

Uno de los sacerdotes se lo aclaró. Y todos los días, desde entonces, los niños añadían tres Avemarías a su Rosario por el Papa, sucesor de San Pedro. Consideraban que les daba cierto grado de importancia el hecho de que podían hacer algo, a tanta distancia, para ayudar al Vicario de Cristo. ¡Y pensar que se trataba de la Cabeza visible de la Iglesia! ¿Y Francisco? ¡Qué consuelo el que proporcionaba! Parecía no sólo aceptar el sufrimiento, sino amarlo como los santos que siguen las huellas del Crucificado.

— Nuestra Señora nos dijo que tendríamos que sufrir mucho —decía—. ¡Eso no importa, sufriré todo lo que Ella quiera!

O cuando Lucía estaba a punto de llorar pensando en los malos tratos que recibía en casa y fuera de ella, le decía él:

— ¡No te importe! ¿No dijo Nuestra Señora que habríamos de sufrir mucho?

Y Lucía recobraba ánimos de nuevo.

Otra característica de los santos que empezó a manifestarse en Francisco después de la aparición de la Señora fue el amor a la soledad. Una mañana de mayo dejó a las dos niñas con las ovejas y trepó a lo alto de una elevada roca.

— ¡No podréis llegar hasta aquí! —les gritó desde arriba—. ¡Dejadme solo!

Era un día fresco y soleado, y Lucía y Jacinta comenzaron a perseguir mariposas. Cuando se cansaron de este pasatiempo se habían olvidado por completo de Francisco y no se volvieron a acordar de él hasta que sintieron hambre, y juzgaron que se había rebasado con exceso la hora de la merienda. Allí continuaba tendido e inmóvil en lo

alto de la roca.

— ¡Francisco, Francisco! ¿No quieres bajar y tomar tu merienda?

—No. Comed vosotras.

— ¿Y rezar el Rosario?

—Más tarde.

Cuando Lucía le llamó de nuevo, dijo él en son de burla:

—Subid y rezad aquí.

Las niñas no habían de ser menos. Con muchos rasguños en los dedos y magulladuras en las rodillas consiguieron trepar a lo alto, donde, sin aliento, pero triunfantes, preguntaron:

— ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—He estado pensando en Dios, que está tan triste por tantos pecados como se cometen —contestó el niño muy serio—. ¡Si yo pudiese proporcionarle alegría!

Algunos días olvidaban a los pecadores por un poco de tiempo en el goce del vivir con que Dios ha dotado a todos los niños. Una vez cantaron una variación de una de las antiguas canciones de primavera:

El mochuelo canta en la noche  
y trata de asustarme.  
La muchacha, cuando se desnuda,  
canta a la luz de la luna.  
¡Ah la la!

El ruiseñor en el campo  
canta todo el día.  
La tórtola canta en el bosque.  
Hasta el carro, con sus chirridos,  
entona una canción.  
¡Ah la la!

La Serra es un jardín  
que sonríe todo el día,  
y en los montes  
brillan las gotas de rocío.  
¡Ah la la!

Les sonó tan bien que la repitieron. Entonces Francisco recordó.

—No cantaremos eso nunca más —dijo—. Desde que vimos al Ángel y a Nuestra Señora no me interesa el canto.

Era ya junio, y a medida que se acercaba la fecha del 13 se les hacía larga la espera para cumplir su promesa a la Virgen de volver a Cova da Iria. María Rosa también deseaba la llegada de ese día, pero por razón distinta. El 13 de junio era la tiesta de San Antonio, el santo más popular del país. ¿Y cómo no, si había nacido en Lisboa y rezado en Coimbra mucho antes de hacer milagros en Padua? Pertenecía a Portugal y ciertamente a los vecinos de Fátima, cuya iglesia llevaba su nombre. El día

de su fiesta había siempre misa cantada, un buen sermón y una procesión llena de colorido, aparte de música, fuegos artificiales y otros festejos populares. Y como el santo había prodigado tanto las limosnas, había una generosa distribución del denominado “pan de San Antonio”. Hogazas especiales de pan blanco, mucho mejores que las corrientes de tono oscuro de que disponen la mayoría de los serranos durante el año, eran cocidas para los pobres. Se colocaban los panes en carretas de bueyes y otros vehículos prestados por los campesinos más pudientes y otros cabezas de familia, que se decoraban alegremente para esta ocasión con flores, banderas y colchas de cama a retazos de colores brillantes. Cuando los engalanados vehículos, con sus cargamentos, llegaban a la iglesia, se situaban alineados en un espacio libre contiguo detrás de una empalizada de estacas en la que había dos aberturas. A través de una de éstas pasaban los pobres y los niños para recibir su pan; por la otra salían de modo ordenado. Nadie se iba con las manos vacías.

María Rosa sabía cuánto gustaba su hija más pequeña de esas tiernas hogazas blancas, de la alegría de la fiesta, los colores, la música, los fuegos artificiales. ¡Qué suerte que este año coincidiese con el mismo día en que los pequeños planeaban repetir la tontería de ir a Cova da Iria! Conocía a Lucía, y ella y sus hermanas mayores confiaban en que San Antonio la traería a la cordura y a la obediencia. Durante la totalidad del 12 no cesaron de ponderar, en beneficio suyo, las atracciones del día siguiente.

Lucía no hizo ningún comentario. Cuando la acuciaban para que respondiese, replicaba con firmeza:

—Mañana voy a Cova da Iria. Eso es lo que quiere la Señora.

Pero los suyos lo ponían en duda.

— ¡Ya veremos si renuncias a la fiesta para ir a hablar con aquella Señora! —dijo María Rosa con desdén.

Tía Olimpia estaba conforme con su cuñada. Apenas podía creer, por la experiencia pasada, que Jacinta y Francisco renunciarían a la función de la iglesia por una señora imaginaria. Pero no se hacía a la idea de poder llegar a ser contrariada en la cuestión. Su marido se encontraba en una posición más embarazosa si su hijita le rogaba que fuese con ella a Cova da Iria. No deseaba exponerse al ridículo, de una parte, o de disgustar a sus hijos, por otra. Felizmente, recordó que iba a celebrarse una feria al siguiente día en una aldea cercana y que tenía que comprar un par de bueyes. Con esto no asistiría ni a la fiesta ni a la aparición. No había duda

que el deber de tío Marto era atender al cuidado de su labor agrícola. Esta solución agradó también a Olimpia, y decidió ir con él.

María Rosa no se plegaba tan fácilmente. Hizo todo lo posible para desanimar a Lucía y que no volviese a Cova da Iria. Indudablemente hubiera recurrido a medidas más enérgicas de no haber hablado de la cuestión con el nuevo párroco, el Padre Manuel Ferreira.

—Déjelos ir si ellos insisten —aconsejó éste prudentemente— y entérese de lo que sucede. Después me los trae y les interrogaré. ¡Iremos ahora al fondo de la cuestión!

## CAPÍTULO VII

En la festividad de San Antonio, los pastores de Aljustrel sacan sus ovejas a pastar mucho más temprano que otros días y regresan con ellas para encerrarlas a eso de las nueve, a buena hora para oír la misa cantada de las diez. Lucía sacó a su rebaño del aprisco antes de que el sol comenzase a enrojecer el borde de la loma oriental. Hacia ya un buen rato, probablemente, que se encontraba en las praderas, quizá masticando un pedazo de pan (pues así acostumbraban en general a comer los pastores, en vez de sentarse en una mesa), cuando su hermano Antonio llegó corriendo a campo traviesa para decirla que había varias personas en la casa preguntando por ella.

Dejando al niño al cuidado de las ovejas, corrió hacia casa y encontró a hombres y mujeres procedentes de diversos sitios de los alrededores: de Minde, cerca de Tomar; de Carrascos, de Boleiros, pues la historia de la aparición de mayo se había esparcido por las montañas. Muchos creían en ella; otros eran meros curiosos que acudían para ver lo que sucedería, y bastantes se habían tomado la molestia de levantarse antes del amanecer y marchar a través de los montes para acompañar a los niños a Cova da Iria. A Lucía no le agradó aquello. Pero dijo a sus visitantes que esperasen hasta que ella regresase de misa de ocho y entonces podían seguirla, si así lo querían. Después partió para Fátima.

Los visitantes esperaron pacientemente durante unas dos horas o más bajo las higueras cercanas a la casa. Como era natural, su presencia no fue muy agradable; para María Rosa y sus hijas mayores, y se hicieron muchos agudos comentarios sobre el hecho en general y sobre la insensatez de los concurrentes en particular. Esto no desalentó a los peregrinos. Esperaron, curiosearon por su alrededor, charlaron tranquilamente y bromearon hasta que Lucía volvió de misa.

Eran las once aproximadamente cuando la niña salió por fin de casa con los forasteros a ambos lados de ella. “Me sentía muy amargada aquel



día —recuerda, pues el desdén y desprecio de su madre y hermanas le habían llegado a lo vivo—. Me acordaba de los tiempos pasados, y me preguntaba qué había sido del afecto que me había profesado mi familia hasta hacía poco.” ¡Y verse obligada ahora a cruzar el pueblo acompañada de estos impertinentes extraños que hacían miles de preguntas! Comenzó a llorar a medida que marchaba. Su rostro estaba humedecido de lágrimas cuando se detuvo en casa de Marto.

— ¡No llores! —le dijo Jacinta al ver sus ojos enrojecidos y sus labios temblorosos—. Seguramente éstos deben ser los sacrificios que el Ángel dijo que Dios ñas iba a enviar. Es por lo que sufres y para hacer reparación a Él y convertir pecadores.

Lucía secó sus ojos, y los tres, seguidos por los forasteros, marcharon aprisa por la carretera principal y por los campos durante media hora o más. En Cova da Iria encontraron esperándoles a otro grupo de personas devotas o curiosas procedentes de aldeas próximas y lejanas. Había allí una mujer de Loureira, un hombre de Lomba de Equa, otros de Boleiros, Torres Novas, Anteiro, y María Carreira y sus hijas, que habían venido de Moita. Podían contarse por lo menos cincuenta.

María Carreira es uno de los muchos testigos dignos de confianza que aún viven cerca del escenario; y allí, efectivamente, hablé con ella en el verano (Je 1946, pues es la Guardian a del santuario y se la conoce por María de Capelinha. Una viuda de sesenta y cinco años, siempre pulcramente vestida de negro, con *un* pañuelo del mismo color sobre su negro pelo, parece más joven de lo que es, pues se mantiene erguida y esbelta y es ágil de movimientos. Posee la serenidad del que no tiene que pedir nada más a la vida; sus ojos grises azulados son serenos, sinceros, penetrantes, inteligentes. Rememora claramente cómo fue el que se encontrase en Cova da Iria en la festividad de San Antonio en 1917. Lo había estado proyectando durante semanas. Dos o tres días después de la aparición de mayo, su marido había estado trabajando con Antonio Abóbora, el padre de Lucía, escardando un jardín, y al regresar a su casa contó una historia extraña.

Antonio le dijo que Nuestra Señora se había aparecido en Cova da Iria a su hija más pequeña y a dos de los niños de su hermana Olimpia, casada con tío Marto. Carreira juzgó que todo ello era una estupidez, pero su mujer lo tomó en serio. Su hijo Juan era un tullido, jorobado, con rodillas que se cruzaban y chocaban entre sí al andar. María se aferró a la idea que podía ser verdad, y que Nuestra Señora podía volver al mes siguiente y curar al muchacho.

Tan pronto como Lucía llegó, conforme a la historia que María Carreira dijo al Padre De Marchi (y me confirmó en el último verano de 1946), se detuvo a unos dos metros de una carrasca, dando cara al Este, con Jacinta a un lado de ella y Francisco al otro. Después se sentaron todos a esperar, pues aún no era mediodía, y la gente también comenzaba a sentirse cansada. Algunos abrieron sus cestos de mimbres y sacaron hogazas de pan y botellas de vino. Unos cuantos ofrecieron a los niños parte de su comida, que ellos rehusaron, aunque aceptaron naranjas, que conservaron en sus manos. Jacinta comenzó a jugar, hasta que Lucía le dijo que no siguiese. Una niña de Boleiros comenzó a leer en alta voz un libro de rezos.

María Carreira, que había estado enferma, se sentía debilitada de la caminata.

— ¿Tardará mucho Nuestra Señora? —preguntó.

—No, *senhora*, no mucho —replicó Lucía, escudriñando el cielo de Levante.

Todos rezaron cinco decenas del Rosario. Hecho esto, la piadosa niña de Boleiros inició la letanía de Nuestra Señora. Lucía la interrumpió diciendo que no habría tiempo. Después, levantándose del suelo, gritó:

— ¡Jacinta, allí viene Nuestra Señora! ¡Allí está la luz! Los tres niños corrieron entonces hacia la carrasca y los acompañantes detrás de ellos. María Carreira aún recuerda los detalles de la escena con bastante claridad:

—Nos arrodillamos en los matojos y aulagas. Lucía elevó sus manos en actitud de orar y la oí decir; “Vuesa Merced me dijo que viniese aquí; haga el favor de decirme lo que quiere.” A continuación comenzamos a oír algo semejante a una voz muy apagada, pero no pudimos entender lo que decía. Se asemejaba al zumbido de una abeja (<sup>18</sup>).

Algunos de los presentes notaron que la luz del sol parecía menos brillante los minutos siguientes, aunque el cielo estaba sin nubes. Otros dijeron que la copa de la carrasca, cubierta de nuevos brotes, pareció inclinarse y curvarse precisamente antes de que hablase Lucía, como si tuviese encima una cosa pesada.

En el relato de Lucía, sencillo pero descriptivo, se dice que ella preguntó: “¿Qué quiere Vuesa Merced de mí?”, o sea lo mismo en el fondo que en la narración de María Carreira. La Señora replicó:

---

<sup>18</sup> DE MARCHI: Op. cit., pág. 78.

—Quiero que vengas aquí en el día trece del mes próximo para rezar cinco decenas del Rosario (<sup>19</sup>) cada día, y que aprendas a leer. Te diré más tarde lo que quiero.

Lucía preguntó entonces si curaría a determinada persona enferma.

—Si se convierte, curará dentro del año —fue la respuesta.

—Me gustaría pedirte que nos llevaras al cielo —continuó la niña.

—Sí, a Jacinta y a Francisco los llevaré. Pero tú permanecerás por aquí algún tiempo más. Jesús desea utilizarte para hacer que me conozcan y me amen. Desea establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado.

—¿Me quedo yo aquí? —exclamó Lucía con desaliento—. ¿Sola?

—No, hija. ¿Y sufres mucho? No te desalientes. Nunca te abandonaré. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio el camino que te conducirá a Dios.

Al decir estas últimas palabras abrió las manos, como había hecho en la ocasión anterior, y de nuevo transmitió a ellos la luz que emanaba en dos haces de las palmas de sus manos, envolviendo a los niños en su resplandor celestial.

“En ella nos veíamos como sumergidos en Dios —escribió Lucía—. Jacinta y Francisco parecían estar en aquella parte de la luz que se dirigía hacia el cielo, y yo en la que se propagaba hacia el suelo. Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora había un Corazón rodeado de espinas que parecían penetrar en él como clavos. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María ultrajado por los pecados de la Humanidad, por los cuales debe hacer reparación” (<sup>20</sup>).

¡El Inmaculado Corazón de María! El Ángel había dicho algo respecto a ello. “Por mediación de lo» infinitos méritos de Su Sacratísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, Te pido la conversión de los pecadores.” Ahora los niños vieron a Jesús y a María en aquella visión de la Sacratísima Trinidad que les envolvía. Nuestra Señora no parecía ni

---

<sup>19</sup> La palabra que empleó Nuestra Señora, según Lucía, fue *terço*, dando a entender “un tercio”; esto es, cinco de las quince décadas del Rosario. Al dirigirse a Lucía sola, Nuestra Señora usaba siempre la forma más cariñosa: “tú” en vez del “usted”.

<sup>20</sup> Memoria IV, págs. 37-38. La revelación de la devoción del Inmaculado Corazón de María ha sido llamado “el secreto de junio” en algunos relatos. Lucía ha explicado que Nuestra Señora no pidió que se mantuviese secreta. Algo en sus conciencias hizo que la mantuviesen secreta de momento.

alegre ni triste, aunque siempre “seria”; pero la impresión dejada por la palabra ^e Dios en la mente de Francisco fue de infinita tristeza.

Cuando esta gran revelación se desvaneció ante sus miradas, la Señora, aún rodeada por la luz que emanaba de ella, se elevó sin ningún esfuerzo del arbolito y se deslizó rápidamente hacia el Este hasta que dejó de verse. Algunas de las personas que se encontraban de pie en las proximidades, observaron que las hojas nuevas en la parte alta de la carrasca eran atraídas en la misma dirección, como si las vestiduras de la Señora se hubiesen deslizado sobre ellas, y transcurrieron varias horas hasta que tornaron gradualmente a su posición usual.

Lucía permaneció mirando al gran vacío del cielo. María Carreira la oyó decir:

— ¡Pronto! Ahora ya no se la ve más. Ahora está entrando en el cielo. Ahora se cierran las puertas.

La gente estaba muy excitada. Aunque ninguno de ellos había visto a la Señora, era evidente que había ocurrido algo extraordinario. Algunos comenzaron a hacer preguntas a los niños, otros a discutir entre sí. Muchos examinaban la carrasca y comentaban la dislocación de los nuevos brotes. Unos pocos cogían las hojas más altas como reliquias o recuerdos, y no hubiera quedado probablemente nada del arbolito si Lucía no hubiese tenido suficiente presencia de ánimo para rogarles que sólo tomaran las más bajas, que no había tocado Nuestra Señora. María Carreira estaba arrancando parte del romero que crecía allí, llenando el aire con su fuerte fragancia; estaba ya pensando en levantar un altar o capilla en el sitio.

— ¡Recemos el Rosario! —dijo alguien.

— ¡No, la letanía! —gritó otro.

—Tenemos que rezar el Rosario en el camino hacia casa.

Recitando una u otro, se formaron pequeños grupos y se marcharon despacio en varias direcciones.

Hasta cerca de las cuatro, Lucía y sus compañeros no estuvieron en condiciones de partir para Aljustrel, seguidos por unos cuantos de los espectadores más curiosos, que aún importunaban con preguntas y súplicas. Algunos de ellos se inclinaban a la impertinencia.

—Así, ¿Nuestra Señora no te dijo nada esta vez, Jacinta?

No contestó.

— ¿Qué es esto, Francisco? ¿Estás aún aquí? ¿No te has ido aún al cielo?

— ¿Qué te dijo, Lucía? Ven aquí y cuéntanos.

A los niños les molestaba esta clase de preguntas. Se encontraban aún algo aturcidos por lo que habían visto; no era fácil retornar sus pensamientos a los asuntos cotidianos. A algunos contestaban lacónicamente. A otros, de ningún modo. Por lo general decían: “Es un secreto. No puedo hablar de él.” Finalmente, se desalentaron los forasteros que aún quedaban y se marcharon, dejándoles en paz.

Francisco tenía muchas preguntas que hacer cuando se quedaron solos. Como la primera vez en mayo, había visto todo lo que Jacinta y Lucía habían percibido, pero no había oído nada de lo que dijo la Señora, sólo la voz de su prima. Y aun después de haberle explicado todo a él, seguía sin comprender muchos detalles, especialmente la referencia al Inmaculado Corazón, había visto, efectivamente, el Corazón y no podía olvidar los rayos de luz procedentes de las manos de la Señora, que él había sentido penetrar en su pecho.

—Pero ¿por qué estaba Nuestra Señora con un corazón en su mano —persistía—«esparciendo sobre nosotros una luz tan grande que es Dios? Tú estabas con Nuestra Señora en la luz que yo vi sobre el suelo, Lucía. Y Jacinta y yo íbamos hacia el cielo.

—Esto se explica así —dijo Lucía—: tú y Jacinta vais pronto al cielo, y yo quedo con el Corazón Inmaculado de María por algún tiempo más en la tierra.

— ¿Cuántos años permanecerás aquí?

—No lo sé. Muchos.

— ¿Fue Nuestra Señora quien lo dijo?

—Así fue. Y lo vi en aquella luz que nos dio en el pecho,

—Eso es verdad —dijo Jacinta—. Yo también lo vi (<sup>21</sup>).

— ¡Yo voy a ir pronto al cielo! —dijo Francisco.

Y desde entonces repetía a menudo, arrobado:

—Jacinta y yo vamos a ir pronto al cielo. ¡Al cielo! ¡Al cielo!

Los dos niños menores corrieron hacia su casa llenos de alegría, mientras Lucía, más pensativa, fue sola por su lado a la suya.

Cuando Jacinta y Francisco irrumpieron dentro, tío Manuel y Olimpia acababan de regresar de la feria con dos hermosos bueyes gordos, con los que estaban muy satisfechos. Otros miembros de la familia habían estado

---

<sup>21</sup> Memoria IV, págs. 9-10.

en las fiestas de Fátima. Pero los dos niños menores constituyeron el centro de atracción desde el momento en que aparecieron en la puerta de la calle.

— ¡Vimos de nuevo a la Señora! —gritó Jacinta—. Y me dijo que voy a ir pronto al cielo.

— ¡Qué tontería! —dijo Olimpia—. ¿Qué Señora?

—La Señora hermosa. Vino otra vez hoy.

— ¿Hermosa? —repitió uno de la familia—. ¿Es tan bonita como Fulanita?

— ¡Mucho, mucho más bonita!

— ¿Es tan bonita como aquella santa en la iglesia con tantas estrellas en su manto? —preguntó otro, refiriéndose a la imagen de Santa Quiteria en San Antonio.

— ¡No! ¡Mucho, mucho más bonita!

— ¿Tan bonita como Nuestra Señora del Rosario?

— ¡Mucho más aún!

—Bien; ¿qué te dijo esta vez?

—Que rece el Rosario y que vaya de nuevo todos los meses hasta octubre.

— ¿Y nada más?

Jacinta pensó quizá que ya había dicho demasiado.

—El resto es un secreto.

— ¡Oh! ¡Un secreto! ¿Qué secreto? Dinos el secreto.

Pero nada pudo persuadir a ninguno de los dos niños a revelarlo.

El tío Marto se ha referido a menudo a esta conversación. “Todas las mujeres querían saber cuál era el secreto —recuerda—. Pero yo nunca les pregunté a los niños. Un secreto es un secreto, y debe ser guardado” (22).

Mientras tanto, Lucía era recibida por un auditorio mucho más escéptico y menos cordial. Su insistencia en afirmar que Nuestra Señora se le había aparecido por segunda vez, no hizo impresión en una familia ya convencida de que era una mentirosa fuera de la raya. Por el contrario, aumentó la santa indignación de María Rosa casi hasta el límite. ¡Qué vergüenza pensar que cincuenta personas habían cometido una insensatez,

---

<sup>22</sup> DE MARCHI: Op. cit., pág. 84.

yendo a Cova da Iria, y todo por culpa de su inútil laida, que tun de prisa la estaba conduciendo a la tumba!

Durante los primeros días siguientes, María Rosa dio señales de una exasperación aún mayor, si esto era posible. Casi todas las habladurías que llegaban hasta ella le confirmaban la enorme sensación que su hija había causado aun en los rincones más remotos de la Serra. La mayoría de los testigos habían creído en la aparición. Éstos habían propagado profusamente la noticia a los cuatro vientos y, aunque muchos seguían dudando, no so hablaba de otra cosa.

Lucía tuvo que hacer un gran esfuerzo para aventurarse a pedir a su madre que la enviase a la escuela, en vista de que la Señora le había dicho que aprendiese a leer.

— ¿Conque a la escuela? —dijo María Rosa en tono sarcástico—. ¡Lo que le importa a Nuestra Señora el que tú sepas leer y escribir!

Afortunadamente quizá para su salud corporal y espiritual, María Rosa se acordó a tiempo de lo que el sacerdote Padre Ferreira había dicho:

—Mañana —dijo— iremos a ver al Padre. ¡Y esta vez le vas a decir la verdad!

## CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, temprano, partieron ambas para Fátima, María llosa delante todo el camino hasta llegar a la casa de los Marto. Allí sí; detuvo la madre para aliviar su pena con tía Olimpia, y mientras tanto Lucía, llorando amargamente, cambió unas pocas palabras con Jacinta.

— ¡No te aflijas! —dijo la niña menor—. Llamaré a Francisco, y cuando te vayas rezaremos por ti.

Lucía secó sus lágrimas y siguió a su madre a la colina donde está la iglesia de San Antonio. Ni una sola vez miró hacia atrás María Rosa ni pronunció palabra alguna. Tan silenciosa y con su vestido y pañuelo negro y chal oscuro, daba la impresión de un verdugo. Sus pies desnudos se posaban con seguridad en las piedras del camino, lleno de curvas. Hasta sus hombros caídos y figura regordeta sugerían una resolución de hierro aquella mañana.

Antes de ir a la casa rectoral, María Rosa entró en la iglesia para oír misa. Esta tregua sirvió de algún alivio a su hija. Durante la elevación de la Hostia y del cáliz, ofreció la pobre niña todos sus sufrimientos a Aquel que había sufrido tanto por los hombres. “Tendrás mucho que sufrir.” ¡Qué bien lo sabía la Señora! Terminada la misa, Lucía siguió a su madre, fuera de la iglesia y a través del campo reseco, a la casa del párroco.

Sólo cuando había subido la mitad de la escalinata, de unos quince o más escalones, que conduce a la rectoría del párroco, se dignó María Rosa dar alguna señal de que no ignoraba la presencia de su desdichada hija. Volviéndose bruscamente, le dijo por encima del hombro:

— ¡No me molestes más! Di ahora al cura que has mentado, para que el domingo pueda decir en la iglesia que fue una mentira, y pon fin a todo ello antes que todo el mundo vaya corriendo a Cova da Iria a rezar frente a una pequeña encina <sup>(23)</sup>.

---

<sup>23</sup> Memoria II, pág. 15, 1937.



El Padre Ferreira les recibió con cortesía, y les rogó que se sentasen en un banco y esperasen unos momentos. Después de un rato invitó a Lucía a entrar en su gabinete, donde procedió a hacerle muchas, muchas preguntas. “Casi estoy tentada de decir preguntas enojosas —añadió cuando escribió el hecho veinte años después—, pero siempre con amabilidad y delicadeza.” Había ya examinado el Padre a Jacinta y Francisco. Iba mentalmente comparando todas las respuestas. Y al final parecía convencido de que los niños habían dicho la verdad respecto a lo que habían visto y oído. Sin embargo, su conclusión fue aún más alarmante, en cierto modo, que si se hubiesen confesado a él de haber mentado.

—No me parece que se trate de una revelación del cielo —aventuró con aire meditabundo—. Puede ser un engaño del diablo, tú sabes. Ya veremos, ya veremos.

Se levantó en señal de despedida.

—Daremos nuestra opinión más tarde —añadió a María Rosa.

¡El diablo! Era ésa una posibilidad que nunca se le había ocurrido ni a Lucía ni a su madre. Las lecturas de María Rosa no le habían llevado a profundizar mucho en la teología mística. Es improbable que hubiese leído las páginas difíciles en que Santa Teresa de Ávila da cuenta de sus sufrimientos por culpa de personas amigas que sospechaban que sus visiones y éxtasis habían sido sugeridos por el enemigo de Dios y del hombre. Ni había necesidad de criticar a dichos censores, pues la Iglesia ha aprendido en el transcurso de siglos que los espíritus malignos pueden falsear las apariencias de santidad, y que todas esas manifestaciones deben ser contrastadas antes de ser aceptadas como procedentes de Dios. Hubo una vez una notable impostora en España que engañó a muchas santas personas con su pretensión de poseer los *stigmata* de Cristo y de alimentarse sólo con la Sagrada Hostia.

Lucía marchó agotada a casa, avergonzada y llena de temor. Su angustia resultó incrementada por la manifiesta aversión de su madre, que desde entonces no perdió oportunidad para zaherirla con palabras y mortificarla a veces con golpes y puntapiés. La niña se sintió cual persona extraña dentro de su casa, y salió a hurtadillas en busca de la quietud del antiguo pozo donde se le había aparecido el Ángel y donde había derramado tantas lágrimas y rezado tantas oraciones en otros tiempos de aflicción. Y encontró allí a Francisco y Jacinta aún rezando.

Jacinta corrió a abrazarla y a preguntarle cómo lo había pasado con el señor párroco. Escucharon ellos con ojos muy abiertos e indignación creciente a medida que ella repetía muchas de las preguntas del párroco y sus observaciones finales.

—No es el diablo —exclamó Jacinta—. ¡No! Dicen que el diablo es muy sucio y feo y que está bajo la tierra en el infierno. ¡Y esa Señora es tan bonita, y la vimos elevarse al cielo! (24).

Francisco era de la misma opinión, y movía la cabeza en señal de aprobación cuando continuó su hermana alentando a Lucía con las siguientes palabras:

¡Mira! No debemos asustarnos de nada. Aquella Señora nos ayudará siempre. ¡Y es tan amiga de nosotras! (25).

Esto era innegable. Sin embargo, Lucía permaneció toda aquella noche despierta, pensando en las palabras del párroco, y preguntándose, como muchos otros se han preguntado, si habría sido ella, sin saberlo, instrumento del enemigo de Dios para aportar el desprecio y el ridículo sobre todas las cosas sagradas. Noche tras noche sufrió como sólo los niños pueden sufrir cuando no hay persona mayor que sepa comprender sus grandes perplejidades y penas. Cada día, ante las seguridades alentadoras de sus primitos, los temores y dudas de las horas solitarias se iban desvaneciendo bajo la influencia de la luz solar y la fragancia de la menta y del romero, a medida que seguían descuidados a las ovejas por la Serra. La cosa variaba cuando la oscuridad la envolvía, y el mismo temor la invadía en la cama o perturbaba sus sueños. Cuando se aproximaba la fecha de la cita de julio con la Señora blanca, estaba Lucía tan cansada y débil de esta constante acometida de enemigos invisibles, que decidió, al fin, que el párroco debía estar en lo cierto, y en la tarde del 12 de julio comunicó a sus dos primitos que no pensaba ir a Cova da Iria al día siguiente. Después de la primera explosión de desaliento se desarrolló una larga y seria discusión.

— ¿Cómo puedes tú pensar que era el diablo? —preguntó Francisco—. ¿No viste a Nuestra Señora y a Nuestro Señor en aquella gran luz? Y ¿cómo podemos ir sin ti, si tú eres la única que tiene que hablar?

—No voy —dijo Lucía.

—Bueno, pues yo voy.

Francisco era muy decidido.

---

<sup>24</sup> Memoria II, pág. 18.

<sup>25</sup> Memoria I, pág. 15.

—Y yo también —añadió Jacinta—, porque la Señora nos lo dijo.

Más tarde el niño encontró a Lucía en la era e hizo un esfuerzo final para persuadirla.

—Oye, ¿vendrás mañana?

—No voy. Te dije que no he de volver jamás.

— ¿No comprendes que no puede ser el diablo? Dios está ya tan triste con tantos pecados, y si ahora no vas, se pondrá más triste.

— ¡Te digo que no voy! <sup>(26)</sup>.

Lucía se mantenía en esta determinación. Mana Rom, que tenía su información propia para saber lo que sucedía, debió de sentirse aliviada aquella noche. Y a la mañana siguiente apenas pudo disimular su satisfacción cuando observó que su hija menor no tenía aún intención de llevar las ovejas a Cova da Iria.

Sólo cuando se acercaba la hora de soltarlas experimentó Lucía un repentino deseo de ver a Jacinta y Francisco. Corriendo a la casa de Marto, encontró a ambos arrodillados junto al lecho, llorando amargamente.

— ¿No vais? —preguntó.

—No nos atrevemos a ir sin ti —respondieron entre sollozos.

—Bien; he cambiado de modo de pensar, y voy.

Se levantaron los otros muy contentos. Francisco dijo que había estado rezando por ella toda la noche.

— ¡Vamos!

Y marcharon por las sendas en zigzag que tan bien conocían, a través de los cuatro kilómetros de terreno polvoriento entre Aljustrel y la Cova. Era el mes de la Preciosa Sangro de Nuestro Señor, y julio en aquella parte de Portugal suelo ser terriblemente cálido. A medida que se aproximaba el mediodía, un silencio bochornoso se cernía sobre los campos de donde habían sido ya cortados los tallos que eran hacinados en gavillas alrededor de los troncos de los olivos. Hombres y niños sudorosos, que habían estado sacando las primeras patatas, redondas y de pequeño tamaño, del terreno rojizo con grandes horquillas, comenzaban a desfilar ya para dormir la siesta. Árboles cargados de ciruelas maduras se combaban visiblemente; coles a lo largo del camino aparecían inclinadas y secas. Sonidos momentáneos, como el canto de la chicharra, el golpe de los mayales en alguna granja del valle por debajo del “Cabeço”, o el chirrido de un carro

---

<sup>26</sup> Memoria IV, pág. 11.

en el camino, adquirirían una extraña sonoridad que sobrecogía. Los bueyes y ovejas daban la sensación de estar demasiado agobiados para introducir sus morros en el agua fangosa del “Langoa”. Unas cuantas mujeres vestidas de negro y uno o dos hombres de edad pasaban silenciosos por los campos o descendían por la carretera protegidos del sol por grandes sombrillas negras. El cielo era una gigantesca bóveda de azul deslumbrante, y el aire seco, sin la humedad de la lluvia desde hacía muchas semanas, se respiraba con dificultad.

En este 13 de julio de 1917 algo extraordinario se desarrollaba en todas las aldeas y campos de la Serra. Aun antes de llegar los niños a la vista de la Cova da Iria debieron percatarse de ello, pues por las montañas y sus contornos la gente se había ido enterando, por ese misterioso conducto que propaga las noticias tan de prisa y con tanto detalle en el campo, de lo que había ocurrido el día de la festividad de San Antonio. Un número asombroso de personas había decidido estar presente en la siguiente aparición. María Carreira había venido de nuevo de Moita, trayendo consigo a su hijo tullido, a su incrédulo marido y a todas sus hijas. Entre los creyentes más fervorosos había un residente en Moita, un tal José Alves, que había dicho en su propia cara al párroco de Fátima que su teoría respecto a la intervención diabólica era completamente ilógica, pues ¿quién había oído jamás que el demonio incitase al pueblo a rezar?

Cuando llegó el tío Mario (pues éste había decidido dedicar el día a ver lo que hacían sus hijos), la multitud era tan densa, que empleó un buen rato en abrirse paso con los codos hasta el sitio donde Jacinta estaba con Francisco y Lucía. Las multitudes portuguesas son ordenadas y se comportan bien, por regla general, pero la actual le molestaba un poco. “¡El contagio de la curiosidad!”, reflexionó filosóficamente. Aún se sonríe al recordar a algunas de las personas bien vestidas y adornadas que habían —•-llegado, “Dios sabe de dónde”: damas con faldas largas y sombreros de “cuadro” de ala ancha; caballeros con trajes elegantes, cuellos muy altos y sombreros hongos. Tío Marto los encontró ridículos. “*Ai, Jesús!* Había caballeros que iban para reírse y burlarse de los campesinos, que no sabían leer los manuscritos. Pero era él quien se reía de ellos. ¡Pobres infelices! Carecían de fe en absoluto. ¿Cómo podían creer, pues, en Nuestra Señora?”

La mayoría, sin embargo, estaba constituida por serranos, las mujeres, generalmente, descalzas, con diales negros sobre sus cabezas; los hombres, en traje dominguero y grandes botas claveteadas. Y entre ellos tío Marto encontró a su mujer y a María Rosa.

Sucedió que Olimpia había escuchado la última conversación patética de los tres niños en la alcoba de su casa, y tan pronto como se marcharon, ya consolados por la decisión de Lucía, corrió a la casa de su hermano para contar a María Rosa lo ocurrido. ¡Vaya por Dios! ¡Una vez más parecía hundirse el mundo para la madre de Lucía! ¡Pensar, después de todo lo sucedido, que la tonta *cachopa* había salido para no faltar a una cita con el diablo! Provistas de algunos cirios benditos y de caja de fósforos, partieron las dos mujeres para Cova da Iria, evidentemente con alguna idea de exorcizar al espíritu maligno si se aparecía allá de nuevo. Llegaron demasiado tarde para ponerse a la altura de los niños, si ésa había sido su intención; sin embargo, allí estaban, empuñando sus cirios y dispuestas a encenderlos si fuese necesario. Y con ellas hasta dos mil o tres mil personas, devotas o curiosas, esperando ver lo que pudiese suceder.

Los niños, en el centro de la muchedumbre, estaban recitando el Rosario y miraban expectantes hacia el Este. No prestaban atención a una mujer tosca que les zahería como impostores. Jacinta y Francisco no vieron ni a su padre cuando éste se situó al lado de ellos, dispuesto a ayudarles si fuese necesario. Tío Marto miraba a Lucía. La cara de ésta tenía palidez de muerta. Le oyó decir a su sobrina:

— ¡Quitaos los sombreros! ¡Quitaos los sombreros, pues veo ya a Nuestra Señora!

Él vio algo parecido a una nubecilla que descendía sobre la chaparra, y repentinamente, cuando la luz solar se amortiguó, una brisa fresca sopló sobre la Serra caldeada. Entonces oyó algo que en sus oídos sonó, según él dice, como “un tábano dentro de una regadera vacía”; pero ni él, ni María Carreira, ni ninguna de las personas restantes, excepto los niños, pudieron distinguir palabra alguna.

En aquel momento todos los estímulos del mundo sensorial —la multitud, el sol, la brisa, todas las trivialidades del espacio y tiempo— habían desaparecido para los tres niños místicos, como si alguna fuerza sobrenatural descendiese sobre ellos, percibiendo aquel resplandor blanco donde una vez más, con alegría inefable, vieron a la Señora deslizarse sobre la copa del pequeño árbol.

—*Vocemercé que me quere?* —preguntó Lucía como en ocasión anterior—. ¿Qué quiere de mí?

—Quiero que vengas aquí el día trece del próximo mes y continúes rezando cinco decenas del Rosario todos los días, en honor de Nuestra

Señora del Rosario, para lograr la paz del mundo y la terminación de la guerra, pues Ella sola será capaz de ayudar.

Lucía dijo:

— ¡Te ruego nos digas quién eres y que hagas un milagro para que todo el mundo crea que te has aparecido a nosotros!

—Continúa viniendo aquí cada mes —respondió la Señora—. En octubre te diré quién soy y lo que deseo y realizaré un milagro para que todos lleguen a creer.

Se acordó entonces Lucía de algunas peticiones de varias personas que le habían rogado las hiciese presentes a Ella. “No recuerdo exactamente cuáles eran”, escribió en 1941. Pero se cree que una de ellas se refería a la curación del hijo tullido de María Carreira; y se dice que la Señora respondió que no le curaría, pero le daría medios de vida si decía el Rosario a diario. Lo que Lucía recuerda ahora es la insistencia de Ella en la práctica diaria del Rosario para ganar indulgencias durante el año.

—Sacrificaos por los pecadores —repitió—, y decid muchas veces, especialmente cuando hagáis algún sacrificio: “¡Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!”

Al ser pronunciadas por la Señora las últimas palabras, abrió sus adorables manos y desparramó de ellas aquel resplandor revelador y penetrante que había enfervorizado los corazones de los niños en las anteriores ocasiones. Pero esta vez parecía penetrar dentro de la tierra, descubriendo por debajo —y éstas son palabras de Lucía escritas en 1941— “un mar de fuego, y sumergidos en este fuego los demonios y las almas, como si fuesen carbones al rojo vivo, transparentes y negros o de color de bronce, con formas humanas, que flotaban en aquella conflagración, sostenidas por las llamas que Salían de la misma con nubes de humo, cayendo en todas partes como caen las chispas en los grandes incendios: sin orden ni concierto, entre chillidos y gemidos de tristeza y desesperación que horrorizaban y hacían temblar de espanto.

“Los diablos se distinguían por formas horribles y repugnantes de animales feísimos y desconocidos, pero transparentes, como carbones negros calentados al rojo vivo”<sup>(27)</sup>.

Los niños estaban tan asustados, que temieron morir si no se les hubiese dicho que todos irían al cielo. Después de contemplar horrorizados

---

<sup>27</sup> Memoria IV; también III, con casi idénticas palabras.

el tremendo espectáculo, que ni la propia Santa Teresa ha descrito más pavorosamente, elevaron sus ojos, como en súplica desesperada, a la Señora, que les miraba desde arriba con ternura melancólica.

“Veis el infierno, donde van a parar las almas de los infelices pecadores —dijo a continuación—. Para salvarlos, Dios desea establecer en el mundo la devoción del Inmaculado Corazón. Si así se hace, serán salvadas muchas almas y habrá paz. La guerra va hacia su fin. Pero si el mundo continúa ofendiendo a Dios, otra guerra peor comenzará en el reinado de Pío XI.

“Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios da de que Él va a castigar al mundo por sus crímenes, recurriendo a la guerra, al hambre y a la persecución de la Iglesia y del Santo Padre.

“Para prevenir esto, vengo a pedir la consagración de Rusia a mi inmaculado Corazón y la Comunión de reparación en los primeros cinco sábados. Si ellos escuchan mis ruegos, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no es así, ella esparcirá sus errores a través del mundo, provocando guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones resultarán aniquiladas (28).

“Al final triunfará mi Inmaculado Corazón. El Santo Padre consagrará Rusia a mí y será concedido al mundo un cierto periodo de paz.

“En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe.

“No digas esto a nadie. A Francisco sí se le puedes decir.

Cuando recéis el Rosario, decid después de cada misterio: “¡Oh, Jesús mío, perdónanos y líbranos del fuego “del infierno! ¡Atrae todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas!” (29).

La Señora dijo entonces a los niños un secreto final, que nunca ha sido revelado y que Lucía no descubrirá hasta que la Reina del Cielo le ordene que así lo haga. No se lo ha dicho nunca ni a sus propios confesores.

---

<sup>28</sup> Explicándome esto en julio de 1946 la Hermana María de Ion Dolores (Lucía), concretó aún más la profecía, diciendo que Nuestra Señora deseaba que Rusia (no el “mundo”, como se lee en muchos relatos inexactos) fuese consagrada a su Inmaculado Corazón por el Papa y todos los Obispos del mundo en un día especial. Si no, todo país en el mundo, sin excepción, será castigado “por los errores de Rusia”.

<sup>29</sup> Una forma errónea de este rezo, limitándolo a las almas del purgatorio, es corriente en los Estados Unidos.

En los prolongados momentos de silencio que siguieron, la multitud pareció percatarse de la solemnidad apocalíptica y del interés de aquella comunicación sobrenatural, de la que quizá dependía el destino de Rusia la Humanidad. Los niños, la muchedumbre, el viento, todos permanecieron en silencio absoluto, finalmente, Lucía, tan pálida como un cadáver, se aventuró a preguntar en su voz aguda de poco volumen:

— ¿Quieres algo más de mi?

—No, hoy no quiero nada más de ti.

Con una última mirada afectuosa, pero subyugante, la Señora se desvaneció, como de costumbre, en dirección al Este —así termina Lucía el apasionante relato de la tercera aparición—, “y desapareció en la inmensa distancia del firmamento”.

Cuando los niños apartaron sus miradas del Oriente y se miraron uno a otro, la gente comenzó a arremolinarse a su alrededor, medio asfixiándoles y pisoteándoles en su afán de hacerles toda clase de preguntas.

— ¿A quién se parecía?

— ¿Qué fue lo que dijo?

— ¿Por qué parecías tan triste?

— ¿Es la Virgen bendita?

— ¿Volverá de nuevo?

—Es un secreto —dijo Lucía—. Es un secreto.

— ¿Bueno o malo?

—Bueno para algunos, malo para otros.

— ¿Y tú no nos lo quieres decir?

—No, señor. Es un secreto, y la Señora nos dijo que no lo contáramos.

Tío Marto cogió a su hija Jacinta y se abrió camino hasta el límite de la multitud con la niña cogida a su cuello. Les siguieron unos rezagados, importunándoles con preguntas. Y Lucía y Francisco continuaron respondiendo:

—Es un secreto. Es un secreto.

Alguien se ofreció a llevarles a casa en automóvil. Tío Marto accedió, y los niños viajaron por primera vez en uno de los extraños monstruos sin caballos que en ocasiones habían visto corriendo a lo largo del camino de Ourem a Leiria. No tenían humor para gozar de una nueva experiencia,



pero estaban agradecidos por el transporte, pues los tres se hallaban agotados.

## CAPÍTULO IX

Todo el mundo en Portugal parecía haber oído las noticias procedentes de Fátima. Los periódicos católicos diocesanos comenzaron a publicar artículos cortos en los que se reflejaba una nota de prudente reserva; el título, por ejemplo, de uno aparecido en *El Ouriemse*, de Ouriem, era: “¿Aparición real o supuesta ilusión?” Más generosa en su extensión dedicada al tema, ya que no en su aprobación del mismo, fue una Prensa secular dedicada casi por completo y abiertamente a la revolución anticatólica. Los editores de la tradición jacobina de 1789 acusaban descaradamente al clero, y particularmente a los jesuítas, de haber inventado la historia para volver a ganar el prestigio que habían perdido en la revolución de 1910. El anticlerical *O Seculo*, principal diario de Lisboa, publicó un relato sarcástico y desfigurado el 21 de julio, bajo el título “Un mensaje del cielo: ¿Especulación comercial?” Periódicos liberales de un tinte más moderado recurrieron suavemente a la psicosis, la epilepsia y la sugestión colectiva como posibles explicaciones del cuento increíble sucedido en Serra da Aire. Un lector al azar de la Prensa diaria podía deducir que el resultado neto de todo ello había sido provocar un nuevo y rudo ataque contra la Iglesia.

Si los niños analfabetos de Aljustrel y sus familias quedaron un poco al margen del escándalo provocado, no pudieron escapar de las hordas de peregrinos devotos, cazadores de reliquias y meros buscadores de sensaciones que alteraban cada vez más su tranquilidad. De algunos les daba lástima: pobres desgraciados, quebrantados por la necesidad, las penas o algún mal incurable, que a menudo recorrían descalzos grandes distancias, completando a veces el último kilómetro de rodillas, que sangraban, para elevar sus preces a la Santa Virgen en solicitud de algún favor, de alguna cura. Encontraban más difícil tener paciencia con algunas de las personas ricas y bien alimentadas, elegantemente vestidas y ostentando pieles y joyas, que aparecían de pronto en carruajes o aun en automóviles, procedentes de puntos tan lejanos como O porto o Lisboa,

bien para pedir alguna merced del cielo — ¡pues ni aun los ricos están satisfechos! — o para divertirse con una nueva maravilla. Tío Marto los recuerda bien: “¡Qué preguntas hacían! *Ai, Jesús!* Algunos de ellos eran terribles: “¿Tenía también Nuestra Señora cabras y ovejas cuando era niña?” “¿Comió alguna vez patatas Nuestra Señora?” ¡Qué preguntas! Era un escándalo, un completo escándalo” (30).

A Francisco, como a su padre, le disgustaba la estupidez complaciente de los nababs y todos los interrogatorios y caricias a que le sometían. Un día se dirigió a Jacinta, diciéndole:

— ¡Es una lástima que no te mantuvieses callada! Entonces nadie lo sabría. Si no hubiese sido mentira —añadió pesaroso—, podríamos haber dicho a todo el mundo que no vimos nada, y eso habría sido el final de ello.

Después de cierto tiempo comenzaron a desplegar cierta habilidad para evitar las molestias que les proporcionaban las personas curiosas y zalameras, tan difíciles de ser eliminadas. Con una sola mirada las adivinaban desde lejos. Un día vieron un grupo de, señoras y caballeros distinguidos que descendían de un automóvil en la carretera de Aljustrel a Fátima. No había duda de su condición social, pero era demasiado tarde para evadirlos: las señoras los habían visto ya y se aproximaban con sonrisas demasiado familiares.

— ¿Dónde viven los pastorcitos? Los que vieron a Nuestra Señora.

Los niños dieron las direcciones exactas de sus casas. Los visitantes les dieron las gracias y descendieron por la colina, mientras los tres, riéndose de su estratagema, saltaron la tapia y corrieron a ocultarse entre los olivos, detrás de la casa de los Abóbora.

— ¡Siempre debemos hacer esto! —dijo Jacinta con gran satisfacción.

En aquel período había muchos sacerdotes entre los peregrinos. Y la mayoría de ellos, a pesar de las acusaciones de la Prensa anticlerical, eran escépticos y aun hostiles. Sacerdotes conocedores de la teología, comprendían muy bien el daño que el fraude o la decepción podían infligir a la Iglesia, y sabían hacerles muchas preguntas más hábiles que las de los escépticos laicos. La mera vista de una sotana negra en la lejanía del camino, servía de señal de aviso para actuar instantáneamente. “Cuando veíamos venir a un sacerdote, escapábamos siempre que podíamos — escribió Lucía—. Cuando nos encontrábamos en la presencia de un cura,

---

<sup>30</sup> DE MACCHI: Op. cit., pág. 104.

nos preparábamos para ofrecer a Dios uno de nuestros más grandes sacrificios.”

Afortunadamente, había excepciones. Una de éstas, que más tarde gustaban de recordar, era la visita del jesuíta Padre Cruz, que vino directamente de Lisboa para investigar lo que había oído. Cuatro años habían transcurrido desde que él había dicho a Lucía en su primera confesión: “Hija mía, tu alma es el templo del Espíritu Santo. Mantenía siempre pura...” Y aunque era un anciano prematuro y encorvado más de lo corriente para sus años, aún hacia escapadas, sin dinero alguno encima, predicando y dirigiendo almas que parecía descubrir al instante con sus pequeños ojos, perspicaces y benévolos <sup>(31)</sup>. Después de interrogar un rato a los niños, les persuadió, como pudiera haberlo hecho un buen policía, que lo llevasen al sitio precioso donde habían visto a Nuestra Señora y que representasen ante él todo lo que habían hecho y dicho.

“Durante el camino —recuerda Lucía— marchábamos a uno y otro lado de Su Reverencia, que iba montado en un burro tan pequeño, que sus pies casi rozaban el suelo.” Fue un viaje largo y molesto para él y aburrido quizá para ellos; pero mereció la pena, pues el Padre regresó convencido de que le habían dicho la verdad. Les enseñó muchas jaculatorias que probaron ser útiles y consoladoras. Y desde ese día fue el defensor decidido de ellos.

Desgraciadamente, esto no logró la conversión de la familia de Lucía. Sus miembros se mostraron más intransigentes que nunca desde la aparición del 13 de julio. En un principio su padre se había desentendido de todo lo que pasaba, declarando que se trataba de “cuentos de mujeres”. Pero después pasó de la neutralidad a la hostilidad franca, el día en que fue a inspeccionar sus huertos en Cova da Iria y vio lo que las multitudes habían hecho de ellos. Miles de pies habían pisoteado la tierra en tal forma, que todo cultivo se hacía imposible; los caballos se habían comido sus coles, judías y hojas de patatas; toda su labor había sido destruida. Antonio se encolerizó y gruñó, bebiendo más *copinhos* que nunca.

El resto de sus familiares disponían ahora de un nuevo argumento contra la pobre Lucía. Ella y sus visiones les habían llevado casi al borde de la miseria. Cuando Lucía sentía hambre, sus hermanas le decían:

— ¡Ve y come de lo que encuentres en Cova da Iria!

---

<sup>31</sup> Continúa haciendo esto a la edad de ochenta y seis años. Le encontré, por feliz coincidencia, el último verano en un tren entre Lisboa y Santarém. Me dijo que había dado a Lucía su Primera Comunión.

O María le gritaba:

— ¡Pide a aquella Señora que te dé algo de comer! Hiciste que todo el mundo fuese a Cova da Iria. Busca tu alimento allí,

—Nosotros no les obligamos a ir —dijo lealmente Jacinta desde la puerta—, ¡fueron porque quisieron!

Pero María Rosa estaba demasiado convencida de su idea para escuchar razonamientos. Había días en que Lucía temía hasta pedir un pedazo de pan, y se iba a la cama con hambre.

De vez en cuando su madre la llevaba al párroco para que la sometiese a nuevo interrogatorio, esperando siempre que éste encontrase un medio para debilitar su inquebrantable voluntad. Al final el buen hombre movía siempre la cabeza y exclamaba: “No sé qué decir respecto a todo esto.” No debe sorprender que María Rosa aun dudase cuando un hombre tan letrado confesaba que no podía formarse opinión concreta del caso.

Era únicamente en el “Cabeço”, o en Valinhos, o en las colinas próximas a Cova da Iria, donde Lucía encontraba alguna tranquilidad o consuelo. Y aun allí las discusiones de los tres habían adquirido un tono más sombrío y reflexivo después de sus angustiosas revelaciones del 13 de julio. Los fuegos del infierno, la condonación de muchas almas, una segunda guerra mundial, con millones de personas muriendo de hambre, sin hogar, atormentadas, sacrificadas, pasando a la vida eterna sin preparación espiritual, ¿cómo podía el mundo seguir pareciendo el mismo a las miradas infantiles después que la Divina Sabiduría les había revelado semejantes horrores? Las dos niñas no pensaban en otra cosa. Francisco, por alguna razón, estaba menos conmovido por la experiencia. En vez de pensar en las incontables almas que había visto ascender y caer como chispas en las llamas con el estigma de ángeles caídos, fijaba sus pensamientos en Dios, en Su bondad y Su gloria.

— ¡Qué maravilloso es Dios! —decía extasiado—. No hay palabras para expresarlo. Lo único que cabe decir es que nadie sabe decirlo. Pero ¿no es una lástima que Él esté tan triste? ¡Si yo pudiese consolarle!

Jacinta no encontraba fácil dejar de pensar en el horror de la muerte eterna. Si una guerra mundial era a un tiempo increíble y dolorosa, ¡cuánto más el infierno! Pero ¿qué sabía una niña de siete años de la enormidad del pecado? Estaba horrorizada, profundamente sorprendida. Pocos días después de la aparición de julio estuvo sentada bastante rato en una piedra,

reflexionando profundamente mientras las ovejas comían la hierba seca. Finalmente, preguntó:

—La Señora dice que muchas almas van al infierno. ¿Qué es el infierno?

—Es una hoya llena de gusanos y una hoguera muy grande —replicó Lucía, quizá repitiendo lo que había oído decir a su madre—, y va allí la gente que comete pecados y no los confiesan, y se quedan por siempre achicharrándose.

—¿Y no salen nunca más de él?

—No.

—¿Ni después de muchos, muchos años?

—No. El infierno nunca termina. Ni tampoco el cielo. Cualquiera que vaya al cielo, nunca sale de él, y cualquiera que va al infierno, se queda siempre dentro. ¿No ves que son eternos porque nunca terminan?

Jacinta encontró este concepto de perpetuidad desconcertante y atormentador a un tiempo. No pudo nunca desterrarlo por completo de su mente. Con frecuencia, en medio de cualquier juego, se paraba de pronto y decía:

—Pero, oye: ¿no termina el infierno después de muchos, muchos, muchos años?

—No.

—Y esa gente que se quema allí, ¿no muere nunca? ¿Nunca? ¿Y nunca se transforma en cenizas? Y si se reza mucho por los pecadores, ¿los salvará Dios? ¿Y con sacrificios también? ¡Tenemos que rezar y hacer muchos sacrificios por ellos!

Después, cuando la idea de la carga del pecado se hacía casi insoportable, recordaba el consuelo que les había sido otorgado al mismo tiempo.

— ¡Qué buena es esa Señora! ¡Nos ha prometido llevamos al cielo!

Jacinta era demasiado desinteresada para pensar por mucho tiempo o con complacencia en su buena suerte, cuando había tantas otras personas que nunca la compartirían. Para ella, la vista del infierno era como una puerta abierta a un camino en cuesta de ascetismo. “Pienso que daría mil vidas para salvar el alma del hombre que vi se iba a perder”, escribió Santa Teresa de Jesús después de una experiencia similar; y la serranita de Aljustrel estaba tan invadida de la misma noble piedad, que adquirió una sed de penitencia para la que Lucía sólo encontraba la palabra “insaciable”. Otros

cristianos aceptaban el infierno por fe, en razón de que Cristo había dicho repetidamente y con énfasis solemne que hay un infierno, pero Jacinta lo había visto; y una vez comprendida la idea de que la justicia de Dios está compensada con Su clemencia y de que debe haber un infierno para que exista un cielo, nada le parecía tan importante cual la salvación de tantas almas como fuese posible de los horrores que había contemplado bajo las manos radiantes de la Reina del Cielo. Nada podía parecerle demasiado duro, nada demasiado pequeño o grande para dejar de hacerlo.

—Come, Jacinta.

—No; yo ofreceré este sacrificio por los pobres pecadores que comen demasiado.

—Bebe, Jacinta.

—No; lo ofrezco por los que beben demasiado.

De repente le dijo a Lucía:

—Estoy triste por ti. Francisco y yo vamos a ir al cielo, pero tú te quedas aquí sola. ¡Rogaré a Nuestra Señora que te lleve al cielo! Cuando veas la guerra no te asustes; estaré en el cielo rezando por ti.

Cada vez, sin embargo, cavilaba más en las almas perdidas.

—Jacinta, ¿en qué piensas? —preguntó un día Lucía.

—En la guerra que va a venir y en tanta gente como va a morir e ir al infierno. ¡Qué pena que tenga que haber una guerra y que muchos deban ir al infierno porque no cesan de pecar!

Una y otra vez esta idea volvía con insistencia extenuante. Solía repetir con una mirada de terror: “¡Infierno! ¡Infierno! ¡Cuán apenada estoy por las almas que van a parar al infierno!” Caía entonces de rodillas, cruzaba las manos y repetía muchas veces el rezo que Nuestra Señora les había enseñado que añadiesen a cada parte del Rosario: “¡Oh, Jesús mío, perdónanos, sálvanos del fuego del infierno! ¡Atrae todas las almas al cielo, especialmente aquellas que están más necesitadas!”

Un día, después de haber estado largo tiempo de rodillas, llamó a su hermano:

— ¡Francisco, Francisco! ¿Vas a rezar conmigo? Es necesario rezar mucho para salvar almas del infierno.

¡Tantos van allí! ¡Tantos!

Y decían de nuevo juntos la oración por aquellos que no rezaban.

— ¿Por qué no enseña Nuestra Señora el infierno a los pecadores? — preguntó Jacinta un día—. Si lo viesen, no pecarían nunca más y no irían a parar a él. Tú debes decir a la Señora que enseñe el infierno a todos ellos. ¡Ya verías cómo se convertirían!

¡Pobre Jacinta! Parecía tan sencillo. Quizá no había oído la parábola de Dives y Lázaro: “Si no escuchan a Moisés ni a los profetas, no harán caso ni aunque un muerto resucite” (Lc 16, 31).

Se quedó callada por un momento. Después añadió:

— ¿Por qué no le dijiste a aquella Señora que debía haber enseñado el infierno a aquella gente?

—Se me olvidó.

—Y a mí también —dijo tristemente la niña menor.

— ¿Qué pecados son los que hacen esas personas para ir al infierno? —preguntó un día.

—No lo sé —Lucía, después de todo, no era mucho mayor que su prima—. Quizá el pecado de no ir a misa en domingo, de robar, de decir palabras malas, de maldecir a la gente, de jurar <sup>(32)</sup>.

—Y ¿sólo por una palabra pueden ir al infierno?

— ¡Sí, si es pecado! Que sean buenos y vayan a misa.

— ¡Oh, si yo pudiera enseñarles el infierno!

Reflexionó unos momentos y dijo a continuación:

—Si Nuestra Señora te dejase decir a todo el mundo lo que es el infierno, no cometerían más pecados y no irían allí.

En otra ocasión dijo horrorizada, como si presenciase aún la visión:

— ¡Tantas almas cayendo en el infierno! ¡Tantas almas en el infierno!

— ¡No te asustes! —le dijo Lucía, intentando consolarla. Tú vas al cielo.

— ¡Sí, sí, yo voy! ¡Pero quiero que toda esa gente vaya a él también!

Los carrillos redondos de Jacinta comenzaron a ahuecarse y a alargarse, sus ojos negros brillaban como los de aquellos que atisban otros mundos distintos del nuestro.

---

<sup>32</sup> La impresión de Lucía es que la mayoría de las almas se pierden por “pecados de la carne”. Ella cree que Nuestra Señora reveló esto a Jacinta en 1920. Memoria III, pág. 5.



Y como otras muchas almas amigas de Dios, había ya comenzado, en agosto, a tener visiones proféticas. Algunas de las escenas más cruentas de la segunda guerra mundial pasaron por la imaginación de esta niña de siete años casi un cuarto de siglo antes de que se desarrollasen en los caminos de Francia u Holanda o en las ruinas de Londres o Francfort.

Un día caluroso, mientras estaban sentados en las rocas del “Cabeço”, vigilando perezosamente las ovejas situadas más abajo, se postró de pronto y recitó la plegaria que el Ángel les había enseñado:

— ¡Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo! ¡Te pido perdón para aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no Te aman!

Siguió un silencio profundo. Después Jacinta dijo a Lucía:

— ¿No ves esa calle tan larga, tantos caminos y campos llenos de gentes llorando de hambre y sin nada que comer? ¿Y al Santo Padre en una iglesia ante el Inmaculado Corazón de María rezando? ¿Y tantas personas rezando con él?

Posiblemente se refería con esto a la consagración del mundo al Inmaculado Corazón por el Papa Pío XII en 1942. Pero había mucho más relativo al Papa, o a un Papa, en las visiones de Jacinta, y estaba tan conturbada que quería decírselo a todo el mundo para que todos los buenos cristianos rezasen incesantemente por él.

— ¿Puedo yo decir que vi al Santo Padre y a toda esa gente? — preguntó.

—No —respondió Lucía—. ¿No ves que eso forma parte del secreto, y que entonces sería descubierto?

—Está bien. No diré nada.

Sin embargo, Jacinta continuó preocupándose de este futuro Papa. Una tarde muy calurosa, cuando aún las ovejas estaban dormitando en su cobijo, los tres niños se encontraban sentados bajo los olivos sobre las losas que cubrían el pozo, en la parte trasera de la casa de Antonio Abóbora. Francisco sintió ganas de distraerse y comenzó a buscar miel entre las flores que crecían en un pequeño matorral de zarzas próximo. Lucía no tardó en imitarle. Jacinta permaneció sentada en el brocal del pozo, con la vista fija en el espacio. A poco le oyeron decir:

— ¿No veis al Santo Padre?

—No.

—No sé cómo es, pero veo al Santo Padre en una casa muy grande, de rodillas ante una mesa, con sus manos sobre la cara, llorando. Enfrente

de la casa hay mucha gente y algunos le arrojan piedras, otros le maldicen y profieren palabras soeces contra él. ¡Pobrecito Padre Santo! ¡Debemos rezar mucho por él!

¿Quién era este Vicario de Cristo que Jacinta veía apedreado por una plebe? Hay una leyenda en Portugal, que Lucía tiene razón en creer, según la cual puede ser el Papa Pío XII. Ella me aseguró que Jacinta no indicó ningún Papa determinado, sino “un Papa”. Pero él era para ella un personaje real.

Yendo a casa de los Marto un día, Lucía la encontró sentada sola, tranquila y muy pensativa, con la mirada perdida.

— ¿En qué piensas, Jacinta?

— En la guerra que va a venir. ¡Van a morir tantos!

Y casi todos ellos van a ir al infierno. Muchas casas resultarán derribadas y morirán muchos padres. Yo voy a ir al cielo, y cuando alguna noche veas aquella luz que la Señora nos dijo luciría antes de la guerra, tú irás también allí.

— ¿No sabes que nadie puede salir corriendo y entrar en el cielo?

— Es verdad, no se puede. Pero no te asustes. ¡En el cielo tengo que rezar mucho por ti! Y por el Santo Padre. Y por Portugal, para que la guerra no llegue aquí. Y por todos los sacerdotes.

En su sencillez, Jacinta decía: “Desearía ver al Santo Padre. ¿Por qué no vendrá aquí, si tantas otras personas pueden venir?”

Lucía explicó lo lejos que estaba Roma y lo muy ocupado que debía de estar el Papa. Con una guerra mundial en perspectiva, y una devoción a establecer al Inmaculado Corazón, y la conversión de Rusia, era muy posible que no hubiese ni oído hablar de Aljustrel.

Jacinta tomó muy en serio el apostolado que le había correspondido. Algunas personas de las que hablaban con ella encontraban que se volvían más piadosas. Tío Marto y su esposa habían descuidado algo el Rosario. Jacinta les dijo que Nuestra Señora quería que todos los individuos de cada familia lo rezasen juntos a diario. Después de alguna insistencia por parte suya, volvieron a la antigua costumbre y comenzaron a aficionarse a él. Era muy difícil resistir a Jacinta: ¡era tan fervorosa, tan persistente!... Muchos días parecía tan alegre como siempre detrás de las ovejas en el sol de agosto. Otros, bailaba y jugaba mientras aquéllas pastaban. O al distraerse cazando mariposas blancas improvisaba cancioncitas con algunas de las oraciones breves que el Padre Cruz le había enseñado. Los

viandantes oían frases parecidas a “Jesús, ¡te quiero!”, “Inmaculado Corazón de María, ¡salva a los pobres pecadores!”, flotando sobre los campos en una clara voz, que parecía traer del otro mundo melodías jamás escuchadas en éste.

Había, no obstante, cierta tristeza bajo su alegría, pues ella sabía lo que había al final del camino que había tomado. Quizá fuese uno de los primeros y más seguros signos de la validez de las experiencias espirituales de estos tres niños pastores, el que el mundo que había perseguido a Cristo y a sus Santos estaba ya resentido de su obra y dispuesto a vengarse de ellos de un modo u otro. La Prensa anticlerical continuaba criticando y burlándose. Su indignación había pasado ya de la mera literatura a la acción política. Unos pocos días antes del 13 de agosto, cuando muchos en todo Portugal hacían cábalas sobre si habría otra aparición en Cova da Iria, tío Marto y Antonio Abóbora recibieron notificaciones oficiales del administrador del Concejo de Ourem, en que se les ordenaba presentasen a sus hijos, los que habían perturbado la paz pública tan notoriamente, en el Ayuntamiento de esa población, para su interrogatorio, al mediodía del sábado 11 de agosto de 1917.

## CAPÍTULO X

El administrador de Ourem en aquella fecha era Arturo de Oliveira Santos, de oficio forjador y de temperamento a un tiempo idealista y materialista. Si su idealismo hubiese prevalecido, si hubiese sido capaz de colocar su celo, su imaginación y su tenacidad de propósito al servicio de la Iglesia, cabía deducir que habría llegado a ser obispo, misionero, hasta santo. Por alguna razón ignorada había escogido en el principio de su vida la forma árida y desnuda del materialismo; como la mayoría de los seres humanos, tuvo que cubrir esa terrible figura con algunos guiñapos de axiomas antes de acatarla de corazón. El ropaje le fue proporcionado alegremente por los dirigentes de aquella revolución que durante siglos ha estado maniobrando para colocar a la Iglesia de Cristo en el estado de sitio en que ahora se encuentra en Europa. De este modo se hizo un miembro devoto e incansable de lo que podíamos llamar el Cuerpo Místico de este mundo. “¿Místico?” Sí, pues la cabeza invisible de un reino dedicado a desarraigar la obra de Cristo, debe ser evidentemente el espíritu de revuelta de quien Él dijo: “El príncipe de este mundo viene, y en Mí no tiene nada”, y de cuyos secuaces Él hizo la observación irónica: “Los hijos de este mundo son más sabios en su generación que los hijos de la luz.”

Como uno de esos sabios hijos de la carne, Arturo lógicamente había comenzado, cuando era un joven forjador de hierro, a cultivar el trato de todas las personas e instituciones que pudieran ayudarle a cosechar los frutos de la elección que había hecho. A los veintiséis años se incorporó a la logia del Gran Oriente, en Leiria, bajo la misma sombra de aquella ruina gótica donde Santa Isabel había llorado y rezado. Fue impuesto en los conocimientos esotéricos de una religión sincretista y naturalista que había sido la principal adversaria de la Iglesia Católica en los tiempos modernos, y que se jactó, al planear y llevar a cabo la revolución portuguesa de 1910, de haber dado un gran paso hacia la eliminación total de la Cristiandad en la Península Ibérica. En 1911 el jefe del Gran Oriente, Magalhães Lima, llegó a predecir que en pocos años no habría joven alguno que desease

estudiar el sacerdocio, y Alfonso Costa pudo asegurar a todos sus hermanos y a algunos delegados de las logias francesas, que en una generación más se vería la terminación del 'catolicismo, la causa principal de la triste condición en que ha venido a parar nuestro país". Había, por cierto, bastantes pruebas para apoyar la predicción, ya que no la acusación. En 1911 los nuevos amos de Portugal se apoderaron de las propiedades de la Iglesia, diseminaron, metieron en la cárcel y desterraron a centenares de sacerdotes y monjas, y dieron cinco días de plazo al Cardenal Patriarca de Lisboa para abandonar la ciudad y no volver nunca a ella. Sacerdotes y religiosos huyeron y se refugiaron en Francia y otros países. Algunos oraron en Lourdes y rogaron a la Madre de Dios que auxiliase a su desdichado país, orgulloso en otro tiempo de llamarse la tierra de la Virgen y ahora escenario de anarquías e incredulidades, con una nueva revolución cada mes.

Arturo de Oliveira Santos debía su triunfo en la vida, tal como ella era, a las desgracias de la Iglesia. Quizá no había sido ésa su intención. Su esposa parece haber sido una católica auténtica, y todos sus hijos habían sido bautizados, aunque sus nombres, "Democracia", "República", "Libertad", y así sucesivamente, delataban más olor a logia que a sacristía. Quizá en un recóndito rincón de su mente alentaba una vaga esperanza de enviar por un sacerdote si hubiese encontrado la palabra oportuna susurrada junto a él. Pero todo marchaba según la orientación que se había marcado cuando trasladó su fragua, que él llamaba apropiadamente la Forja del Progreso, a Ourem. Y habiéndolo dominado el arte de la sonrisa fácil y de los fuertes apretones de manos, la rápida y expansiva afabilidad, tan apreciada en un mundo dado a los halagos en sociedad, tuvo poca dificultad para encontrar allí una nueva logia. En 1917, a los treinta y tres años de edad, era su presidente, y gracias a los misteriosos lazos de hermandad de aquellos que caminan por el enigmático laberinto de grados e iniciaciones a los puestos de honor al descubierto, fue nombrado también presidente del Concejo municipal y del Juzgado y delegado perito de Comercio; en una palabra: había llegado a ser una especie de zar republicano de todo el distrito, incluyendo Fátima y Aljustrel. Cada vez iban menos personas a misa y a recibir los Sacramentos; había más divorcios y menos niños, y cuando detuvo a seis sacerdotes y los mantuvo incomunicados por ocho días, los católicos influyentes en el Concejo y en el Juzgado estaban tan ocupados en contraer compromisos beneficiosos, que no tuvieron tiempo para protestar en voz suficientemente alta para ser oídos. Para el

forjador y sus amigos estaba ganada la lucha por el progreso y la ilustración, como preferían denominar su conflicto con la Iglesia.

¡Qué tentación debió de ser para la vigilancia y celo de semejante hombre el enterarse que dos o tres mil de los que él administraba habían ido a Cova da Iria para oír a una pareja de niños conversar con una mujer invisible, y que otros miles, en todas partes, hablaban de una nueva aparición de la Virgen! Para tales idealistas era axiomático que María pertenecía a la Edad Media y no tenía puesto en la vida moderna. Formaba parte del orden sobrenatural, sobre cuya tumba tantos liberales y radicales de los más caracterizados habían colocado la losa de la incredulidad. No podía tolerarse que ella surgiese de la oscuridad a la luz del siglo XX. Toda la Prensa masónica resonó con un toque de clarín contra lo que los editores liberales denominaron “una invasión de misticismo”, “una reanudación de la reacción y superstición”, “un acto imperdonable de agresión por parte del clero”. Excitado a la indignación por estas y otras protestas similares, el administrador de Ourem decidió adoptar una posición firme. De aquí su orden a los padres de los niños para que los presentasen a ser juzgados.

Los dos padres reaccionaron cada uno a su modo:

—No hay razón para llevar a los niños ante un tribunal de esta clase —dijo tío Marto—. Además, hay que recorrer unas tres leguas, y ésta es demasiada distancia para ellos. Y ellos no saben cabalgar sobre una bestia. Yo no voy a hacer caso. Iré hasta allí y diré al administrador las razones que tengo.

Olimpia convino en que toda la razón estaba de parte de él.

Su cuñado Antonio se mostró más complaciente:

—Ellos pueden arreglar allá las cosas a su gusto —murmuró— No sé, en realidad, lo que hay en el fondo de todo esto <sup>(33)</sup>.

Se inclinaba a convenir con su esposa María Rosa que si Lucía estaba mintiendo, sería buena cosa el que le diesen una lección, mientras si ella estaba diciendo la verdad —aunque ambos lo dudaban Nuestra Señora cuidaría de ella.

Lucía oyó catas discusiones, y pensó amargada: “¡Qué diferente es mi padre de mi tío y de mi tía! Éstos no dudan en arriesgarse para defender a sus hijos y, en cambio, mis padres me demuestran la mayor indiferencia para que ellos puedan hacer conmigo lo que quieran. Pero ¡paciencia! —se

---

<sup>33</sup> Memoria I, pág. 16.

dijo a sí misma—. Yo espero tener que sufrir más por tu amor, ¡oh Dios mío!, y ello es por la conversión de los pecadores” (34).

En la mañana del sábado 11 de agosto, su padre la montó en un burro y ascendieron por el camino de la colina. Haciendo un alto en éste, se encontraron a tío Marto, que estaba tomando un bocadillo, tan impasible como siempre, el cual repitió, recalcándolo, que no tenía intención de llevar a sus hijos ante un tribunal, pues era un contrasentido. Sin embargo, iría y hablaría por ellos, y sí Antonio tenía prisa, que fuese por delante y se uniría a él en Ourem. Una de las ventajas materiales de tío Marto sobre su cuñado era ser propietario de un caballo.

Lucía, mientras tanto, se había apeado del burro y fue a buscar a Jacinta, quien contó, llorando, lo que había sucedido.

—No te preocupes —dijo la primita, aunque estaba, desde luego, asustada—. Si te matan, diles que yo soy lo mismo que tú, y Francisco aún más, y que queremos morir también. Y ahora me voy con Francisco al pozo para rezar mucho por ti (35).

Se abrazaron de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas, y se separaron. El padre de Lucía la volvió a subir al burro. Él marchaba a su lado con una vara en la mano. El animalito se sentía molesto por el calor reinante y se sacudía. De vez en cuando Antonio soltaba un “¡arre!” o le golpeaba en el lomo para que acelerase la marcha. ¡El administrador les estaba esperando a las doce! El pobre burrito se portó lo mejor que pudo, pero algo había que sacrificar a la velocidad, y Lucía se cayó tres veces en el transcurso del largo viaje. El camino subía y bajaba, contorneando varias laderas baldías cortadas irregularmente con tapias de piedras o cruzando pinares poco desarrollados. Le parecía a Lucía que no llegarían nunca, ¡aunque para ella siempre sería demasiado *pronto!* Se encontraba magullada, llena de dolores, desgñada y malhumorada, cuando por fin llegaron a la antigua población morisca.

Ourem está desparramada a ambos lados de la carretera principal, al pie de una colina cultivada en terrazas, coronada con las nobles ruinas de un antiguo castillo que se yergue, cual tétrica amenaza, bajo un cielo de cobalto. Antonio condujo al burrito por las piedras de la calle principal. Sabía dónde se encontraba el edificio de la Administración. Estaba cerrado cuando llegó a él; no bullía alma alguna por los alrededores; el calor era sofocante. Continuó adelante, dirigiendo la bestia hacia la plaza del

---

<sup>34</sup> Memoria II, pág. 21.

<sup>35</sup> Memoria I, pág. 10.

mercado, en la esperanza de encontrar a alguien que le orientase. Allí vio la figura delgada de un hombre que acababa de desmontarse de un caballo. Era su cuñado.

—Bueno, ¿esto todo arreglado? —preguntó tío Marto jovialmente.

— ¡Arreglado! —Antonio explicó, de mal humor, que habían encontrado la casa cerrada y nadie en ella.

Tío Marto sugirió que, como era ya mediodía, harían mejor on buscar algo de comer antes de visitar al administrador. Así lo hicieron, y volvieron despacio al edificio público, lo encontraron aún silencioso y desocupado. Entonces apareció un hombre por la calle, quien les dijo que la Administración se había trasladado a otra casa en otra calle. Unos pocos minutos después se encontraban en presencia del cacique local y varios de sus secuaces.

Los ojos oscuros de Arturo Oliveira Santos se clavaron en las tres figuras cubiertas de polvo.

— ¿Y el niño? —preguntó secamente.

— ¿Qué niño?

¡Así, el administrador no sabía que se trataba de tres pequeños! Tío Marto trató de ganar tiempo. Recordó, por fin, que tenía un hijo, pero se excusó con la pretensión de que no había entendido que el gran hombre quisiese verle.

—Además, señor administrador —añadió—, hay tres leguas desde aquí a nuestro pueblo, y los niños no pueden aguantar tanto andando, y no van seguros sobre un caballo o un burro porque no están acostumbrados.

Por lo menos así es como recuerda la conversación. “Y tuve intención de añadir algo más. ¡Dos niños de esa edad ante un tribunal! Pero me callé”<sup>(36)</sup>.

Santos le reprendió, enfadado, por su negligencia, y a Antonio por llegar tarde. Después se volvió bruscamente hacia Lucía. ¿Había ella visto una Señora en Cova da Iria? ¿Quién había pensado que era? ¿Era verdad que la Señora le había dicho un secreto? En ese caso, Lucía debía decir el secreto y prometer no volver más a Cova da Iria.

Lucía miró de frente y no dijo nada.

— ¿Me dirás el secreto? —preguntó de nuevo.

—No.

---

<sup>36</sup> DE MARCHI: Op. cit., pág. 110.



El administrador se dirigió entonces a Antonio, quien, con su aire de timidez y de somnolencia acostumbrado, había estado de pie con el sombrero en la mano esperando.

— ¿Cree la gente de Fátima estas cosas?

— ¡Oh, no, señor! —respondió el padre de Lucía—. Todo ello son cuentos de mujeres.

—Y tú ¿qué es lo que dices?

El administrador miraba a tío Marto.

—Estoy aquí obedeciendo a su requerimiento —replicó el padre de Jacinta y Francisco—, y mis hijos dicen las mismas cosas que yo.

—Entonces ¿crees que es verdad?

—Sí, señor, creo lo que ellos dicen.

Todos los presentes rieron francamente al oír esto. Tío Marto les lanzó una mirada sin alterarse. No temía a estos insignificantes políticos. Santos comprendió, desde luego, que nada conseguiría interrogando a estos dos patanes y a su impasible *cachopa*; hizo un gesto de despedida, y uno de sus subordinados les dijo que saliesen todos.

El administrador les siguió hasta la puerta y dijo categóricamente a Lucía:

— ¡Si no dices el secreto, te costará la vida!

La atemorizada niña, ya en la puerta, lanzó una mirada a la cara de entrecejo fruncido. Tenía aquel hombre el aire de lo que daba a entender.

Era ya tarde cuando llegaron a Aljustrel. Antonio se dirigió, probablemente, a la taberna más próxima para recuperarse de la prueba pasada. Lucía se escabulló de las preguntas injuriosas y de las miradas severas de su madre para gozar de unos pocos minutos de tranquilidad en el viejo pozo. Francisco y Jacinta estaban allí arrodillados en las losas de piedra. Jacinta había mantenido su promesa; se encontraban allí desde la mañana.

— ¡Ay, Lucía! —gritó, corriendo a abrazarla—. ¡Tu hermana nos dijo que ellos te habían matado!

Una de las hermanas mayores había ido a sacar agua, y probablemente había hecho dicha observación en plan de broma. ¡Francisco y su hermana la habían tomado en serio! Sin embargo, ¡aquí estaba Lucía viva y en libertad! Todos rieron y retozaron, mientras el

viento fresco refrescaba los campos agostados y las lámparas del cielo comenzaban a brillar débilmente.

El día siguiente, 12 de agosto, era domingo, si bien no fue muy tranquilo en Aljustrel. En todas las aldeas de la Serra reinaba gran expectación aguardando lo que podía ocurrir el lunes, y estaban ya en marcha los peregrinos, familias enteras de campesinos, con sus cestas de mimbres para la comida y cántaros de barro con agua; algunos con mantas sujetas alrededor del cuello o dobladas sobre sus hombros, para dormir en la hierba seca bajo las estrellas. Todo el día estos pobres caminantes, y con ellos otros más acomodados en carruajes y automóviles, fueron llegando a las casas de tío Marto y Antonio para hacer preguntas, sacar fotografías y decir los favores que pedirían a Nuestra Señora al día siguiente. Ocupaciones, amores, dinero, curaciones, conversiones, ascensos: todos los deseos del corazón humano eran expuestos ante los tres niños azorados. María Rosa estaba fuera de sí. ¡Qué insolencia la de estos forasteros! Y ¡qué iniquidad la de una niña, que podía causar tal conmoción con su lengua mentirosa! Hubo un momento en que Lucía se vio tentada a aceptar la invitación de una tía residente en Cascaes, quien se había ofrecido a tenerlos ocultos en su casa hasta que hubiese pasado la excitación producida. Pero habían prometido a Nuestra Señora estar en Cova da Iria el 13 de agosto, y allí irían. Por la tarde, la casa de los Abóbora estaba completamente rodeada por una multitud ruidosa. “Rodeados de aquella gente —escribe Lucía— éramos como una pelota en las manos de una niña pequeña. Cada uno tiraba hacia sí de nosotros y hacía su pregunta, sin darnos ni tiempo para contestar a cualquiera.” En medio de todo esto aparecieron tres policías de Ourem para citarlos a casa de tío Marto, donde el administrador en persona estaba esperando, haciendo de paso alguna insinuación velada de que la muerte podía ser el castigo para ellos si persistían en su silencio.

—No importa —cuchicheó Jacinta apretando sus lindos labios—. Si nos matan, tanto mejor, pues entonces veremos a Jesús y a Nuestra Señora.

En el interrogatorio que tuvo lugar, Santos exigió la revelación del secreto y la promesa de no volver a Cova da Iria. Cuando los niños se negaron, alegando que no podían desobedecer a la Señora, varió de táctica y sugirió, con afabilidad inesperada, que después de todo el hombre que debía intervenir en cuestiones de esta índole era el señor párroco, Padre Ferreira. Necesitaba saber si los padres de los pequeños pondrían alguna objeción a que fuesen a la rectoría en la mañana siguiente, antes de acudir a su cita en Cova da Iria. Fátima se encontraba en el camino al lugar de la

aparición y sólo se necesitaban pocos minutos para ver al párroco. Con esto se despidió, en medio de la satisfacción general.

Temprano, a la mañana siguiente, salió el tío Marto para cavar un poco en un campo cercano a su casa. Concluida la tarea, regresó y comenzó a lavarse la espesa costra de tierra rojiza que cubría sus manos, preparándose así para su desayuno. Mientras efectuaba esta operación notó que su mujer había entrado en la casa y le hacía señas disimuladas, indicando que le buscaban fuera.

—Bien, bien —dijo el tío Marto, continuando restregando sus grandes manos callosas.

Los movimientos de Olimpia se hicieron más marcados.

— ¿Por qué esa prisa? —preguntó su marido—. Ya voy.

Y con toda calma comenzó a secarse sus manos. Pero antes de terminar se oscureció la puerta, y levantando la vista distinguió al administrador de Ourem con los ojos fijos en él.

— ¡Ah! ¿Es usted, señor administrador?

—Es cierto. Quiero ir también a ver el milagro.

El corazón de tío Marto latió más de prisa. Algo raro ocurría, a pesar de la afabilidad de la respuesta, y observó que Santos aparecía nervioso y miraba a su alrededor, mientras proseguía con rapidez:

—Vamos todos juntos. Llevaré a los pequeños conmigo en el coche. Ver y creer, como Santo Tomás. ¿Dónde están los niños, dicho sea de paso? El tiempo apremia. Harías bien en llamarlos.

—No es necesario invitarlos —contestó el otro secamente—. Ellos saben cuándo tienen que ir a buscar el ganado y estar dispuestos a marchar.

Precisamente en aquel momento entraron los niños, y el administrador, sonriendo y afable, les invitó a ir en coche con él a Cova da Iria.

—No, gracias, señor —dijo Francisco.

—Podemos ir andando —añadió Jacinta.

—Así llegaremos antes y no os molestará la gente por el camino —insinuó Santos.

—No se moleste usted, señor administrador —intervino tío Marto—. Pueden llegar hasta allí perfectamente.

—Aparte de eso —continuó el funcionario—, dispondremos de más tiempo para detenernos en Fátima en la casa del párroco. Él quiere hacerles algunas preguntas, ¿sabes?

Como a ninguno de ellos se le ocurriese una respuesta a esto, los niños, con mucho recelo, se acomodaron en el coche, sentándose Francisco delante con el administrador, las dos niñas detrás, mientras tío Marto y tío Antonio seguían a pie. Sólo invirtieron un minuto o dos hasta la iglesia, en lo alto del cerro. Al llegar allí se bajó Santos, y subiendo los escalones de la rectoría, gritó:

— ¡El primero!

— ¿Cómo el primero? —preguntó tío Marto, que se había encargado de cuidar del coche.

— ¡Lucía! —llamó el administrador perentoriamente.

—Ve delante, Lucía —dijo su tío.

Y la niña salió del coche y entró en la rectoría,

—Vosotros podéis por ahora quedaros ahí —añadió Santos a los otros niños menores.

El párroco estaba esperando en su despacho. Era evidente que había cambiado su actitud de reserva amable y precavida en otra lindante con la hostilidad. Quizá había sido perturbado por la creciente notoriedad del asunto y la oposición de las autoridades, y quería ahorrar a la Iglesia una nueva persecución en una época en que ésta se encontraba bastante hostigada y acorralada.

— ¿Quién te enseñó a decir las cosas que vas diciendo por ahí? —preguntó.

—Aquella Señora a quien vi en Cova da Iria.

La cara del párroco denotaba seriedad.

—Cualquiera que esparza tan inicuas mentiras como las que tú dices, será juzgado e irá al infierno si no es verdad. Cada vez resulta más gente engañada por ti.

—Si todo el que miente va al infierno, yo no iré al infierno —dijo la niña de diez años, mirándoles a los ojos—, pues yo no miento y sólo digo lo que he visto y lo que la Señora me ha dicho. Y en cuanto a la gente que va allí, ellos sólo van porque quieren. Nosotros no avisamos a nadie.

— ¿Es cierto que la Señora te confió un secreto?

—Sí, señor cura.

—Dímelo.

—No puedo decirlo. Pero si su reverencia quiere saberlo, se lo pediré a la Señora, y si me da permiso, se lo diré.

—Ven —interrumpió el administrador al llegar a este punto—; estas cosas son sobrenaturales. Vámonos.

Con esto condujo a Lucía fuera, y bruscamente le ordenó que subiese al coche. Cuando la chiquilla lo hizo, Santos saltó detrás de ella, cogió las riendas y chasqueó el látigo.

Tío Marto y Antonio, ponderando lo que iba a suceder ahora, vieron cómo la bestia daba la vuelta rápidamente y tomaba el camino no hacia Cova da Iria, sino en dirección contraria.

— ¡Va usted por camino equivocado! —gritó Lucía.

—Voy bien —aseguró Santos jovialmente—. Nos detendremos y veremos al párroco en Ourem un momento. Después os llevaré a Cova da Iria en automóvil. Llegaréis a tiempo.

Y echó algunas mantas sobre los tres niños para ocultarlos a los peregrinos, que en número creciente avanzaban a lo largo del camino hacia Cova da Iria.

Cuando el coche desapareció de la vista, en medio de una nube de fino polvo blanco, tío Marto y su cuñado se volvieron y siguieron a la multitud, que marchaba por la carretera hacia el Oeste. Santos había dicho que llevaría en automóvil a los niños a Cova da Iria, y tío Marto presumió, con su calma característica, que por alguna razón que se explicaría en el momento oportuno, el administrador había decidido ir por otro camino. Cuando los dos hombres llegaron al sitio media hora después, se quedaron asombrados de encontrar reunidas allí a más de seis mil personas. Algunas habían venido caminando descalzas, durante tres o cuatro días, de pueblos distintos, con molestias enormes, para hacer presentes a la Virgen sus peticiones; otras habían llegado en muías, burros, caballos, bicicletas; unas pocas en coches, y algunas en automóviles. Todas preguntaban dónde se encontraban los niños, pues era cerca del mediodía.

Algunos estaban asustados e intranquilos. Habían oído decir que había un pequeño cráter volcánico apagado cerca de Cova da Iria, como de hecho existía, y que todo ello era una estratagema del diablo para reunir a toda esta buena gente en un sitio y después hacer que se abriese el cráter y los tragase en sus insondables profundidades.

Otros se burlaban de este miedo. María Carreira, do Moita no podía permitir que amenaza semejante la impidiese esperar la aparición de Nuestra Señora. Había arreglado una mesa con flores como una especie de altar y había vigilado la erección de un arco rústico con algunas cruces sujetas a él y dos lámparas colgantes para señalar el lugar durante la noche. Aunque parezca increíble, se llegó a decir que María Rosa había contribuido algo a la instalación de estas lámparas, y que su hija mayor estaba ayudando a arreglar el arco y la mesa.

Pero ¿dónde estaban los niños?

A eso de las doce algunos de los más próximos a la carrasca comenzaron a rezar el Rosario, y gradualmente todos se unieron a ellos. Después se oyó un débil sonido en forma de murmullo, seguido por algo parecido a un ruido de trueno sordo y prolongado: algunos lo localizaron en el camino, otros en el arbolito y otros en la lejanía del horizonte. Aquí y allá se oyó un grito de temor: “¡Vamos a morir!”, y algunos echaron a correr. La mayoría permaneció silenciosa y algo atemorizada. Entonces vieron un destello de luz, y hacia el Este, por encima de sus cabezas, algo semejante a una nubecilla, frágil, blanca, transparente, que flotaba descendiendo hasta venir a descansar sobre la carrasca. Un momento después se elevó de nuevo y se desvaneció en el cielo azul.

En tanto que los presentes se miraban unos a otros, todos maravillados y sorprendidos, muchos observaron un hecho extraño, del que siguen dando testimonio aún en la actualidad María Carreira y otros: sus rostros aparecieron ricamente matizados con los distintos colores del arco iris, y aun sus ropas se cubrieron de colores rojos, amarillos, azules, naranjas y otros, mientras el follaje de los árboles y matorrales parecía ser de flores brillantes en vez de hojas, y la misma tierra reseca semejó cubrirse con cuadros de variados tonos esplendorosos. “No hay duda alguna de que Nuestra Señora había venido —dice María Carreira—; pero no encontró a los niños.” ¿Dónde estaban los picaruelos? Todo el mundo se lo preguntaba.

Hasta ahora, tío Marto y Antonio no habían dicho nada respecto a la extraña conducta del administrador. Y a poco vieron que algunas personas llegaban con la noticia de que se los había llevado presos, primero a casa del párroco y después a su propia casa en Ourem.

¡Así, el administrador era el que había estropeado la aparición y frustrado a la Madre de Dios! ¡Y el párroco! La gente, desde luego, sacó la conclusión de que los dos habían conspirado juntos para defraudarles, y a

medida que las deducciones de esta sospecha asomaban en las cansadas mentes de aquellos que habían andado tantos kilómetros para llegar allí, o habían renunciado a un día de trabajo y al jornal de un día para venerar a Nuestra Señora, todas las diversas emociones de reverencia, temor, expectación, afecto, esperanza y curiosidad se fusionaron, por la sutil alquimia, de una emoción de multitud en una vibración tensa de cólera humana. Toda la asamblea, como coagulada por la indignación en un monstruo de seis mil cabezas y una sola mente, estalló en un grito de rabia que puso en conmoción la atmósfera cálida y fue oído en punto tan alejado como Aljustrel, a más de tres kilómetros de distancia. Afortunadamente para el administrador y para el párroco, no se encontraban éstos en Cova da Iria en aquel momento; el Padre Ferreira, por lo menos, estuvo convencido, según escribió en una carta negando la acusación de connivencia, que hubiera sido asesinado en el acto.

Frases duras comenzaron a proferirse por la masa. Algunos gritaron: “¡Abajo el administrador!” Otros: “¡Abajo el párroco!” Por un momento pareció como si ni la distancia pudiera salvar a ambos de las manos de este tribunal de verdugos constituido espontáneamente; y cientos de hombres, gritando su afrenta, comenzaron a desplazarse automáticamente, como se desplazan las multitudes, con una terrible unidad de propósito, con ojos brillantes, que no ven más que sangre, y manos queriendo atrapar los cuellos de las víctimas.

— ¡A Fátima para ajustarle las cuentas al párroco!

— ¡A Ourem para acabar con el administrador! —chilló otro.

— ¡Y al regidor! —añadió un tercero.

Hubieran llegado a Fátima, y quién sabe si a Ourem, de no haberse enfrentado con ellos un pequeño hombre de suficiente valor y presencia de ánimo que, alzando su mano, les habló con aire de mando:

— ¡Muchachos, tomadlo con calma! —gritó—. ¡No hagáis daño a nadie! ¡Quien merezca castigo, lo tendrá! Todo esto es por designio del que está arriba.

Esto es lo que recuerda tío Marto de lo que dijo en aquel día. Y después de un momento de duda, la muchedumbre titubeó, se detuvo y principió a deshacerse en grupos.

Tío Marto se preocupó poco de esto. Estaba más interesado por sus niños y de la manera de arrancarlos de manos de su apresador. “Y fui a casa —termina— y encontré llorando a mi mujer” (<sup>37</sup>).

---

<sup>37</sup> DE MARCHI: Op. cit., pág. 117.



## CAPÍTULO XI

Si tía Olimpia tenía motivos para llorar, el administrador de Ourem se encontraba, en cambio, complacido sumamente con el éxito de su atrevido plan para secuestrar a los niños. Le proporcionaba cierto placer burlón el imaginarse a toda la multitud creyente y necia esperando en Cova da Iria una exhibición en la que los principales actores no aparecían. Y ¡qué burla para el párroco! ¡Ahora sus feligreses creerían que estaba en combinación con las fuerzas del progreso y la ilustración! No sería él nunca capaz de explicar lo sucedido. Pero lo mejor de todo era que Santos tenía a los tres perturbadores de la paz encerrados en una habitación de su casa, y antes de soltarlos iban a decirle el secreto y revelar quién o qué había en el fondo de toda aquella representación ridícula de medievalismo. Les dejaría solos durante un rato para hacer que el terror hiciese su efecto.

No estaba equivocado en su suposición de que los niños se asustarían. Cuando los relojes de Ourem comenzaron uno tras otro a dar las doce con campanadas largas y solemnes, cambiaron miradas de amarga consternación. Era el momento en el que se habían comprometido encontrar a la Señora en Cova da Iria.

Francisco fue el primero en reflexionar: “¡Quizá Nuestra Señora se nos va a aparecer aquí!”, dijo esperanzado. ¡Quizá! Esperaron por alguna señal, un destello de luz, un movimiento, una voz celestial. Pero nada ocurrió. Pasó la hora del mediodía y no oyeron su palabra. Jacinta comenzó a llorar. Francisco dijo, casi lloroso también:

—Nuestra Señora debe de estar triste porque no fuimos a Cova da Iria, y no se nos volverá a aparecer más.

Miró en actitud suplicante a Lucía.

— ¿Lo hara?

—No lo sé.

La niña mayor estaba de nuevo sosegada.

—Pienso que lo hará.

— ¡Oh, necesito tanto verla!

Después, por lo que recuerda Lucía, se encontró muy animado, hecho un hombrecito, que cuidaba de su hermana y su prima. Fue Jacinta la que estalló en lágrimas cuando desapareció la última esperanza de una visita de Nuestra Señora.

— ¡Nuestros padres no nos volverán a ver nunca! —se lamentó—. ¡Nunca más oirán hablar de nosotros!

—No llores, Jacinta —dijo su hermano—. Ofrezcamos esto a Jesús por los pobres pecadores, como nos dijo aquella Señora que hiciéramos.

Y elevando sus ojos al cielo, hizo su ofrecimiento:

— ¡Jesús mío, es por Tu amor y por la conversión de los pecadores!

— ¡Y por el Santo Padre también! —gimió Jacinta, enjugando sus lágrimas—. Y en reparación por los pecados contra el Inmaculado Corazón de María —añadió casi sofocada.

Después de esto, el semblante de la niña se serenó hasta el anochecer, en que la oscuridad le hizo pensar en su madre.

A la mañana siguiente, a las diez, vino el administrador para conducirles al Ayuntamiento, donde les sometió a un interrogatorio largo y cansado. El resultado fue el mismo que en ocasiones anteriores: insistieron en que habían visto a una hermosa Señora, toda hecha de un resplandor blanco, y que ella les había dicho un secreto. Y ellos rehusaron decir este secreto, aun cuando les amenazó con meterlos en prisión por toda la vida, con el tormento y la muerte. Por la tarde estaban tan agotados, que fue para ellos un alivio el volver a la casa del administrador, especialmente cuando descubrieron que la señora de Santos había preparado para ellos una buena merienda, pues la mujer del administrador, como la de Pilatos, era más compasiva y poseía más discernimiento, y parece que trató a los jóvenes prisioneros con amabilidad casi maternal. Su marido, por otro lado, estaba resuelto a no dejarles ir sin obtener alguna especie de confesión que pudiese fin a la desafortunada epidemia de misticismo que habían aportado al distrito. Les dijo en serio que ya que el buen trato y la tolerancia no habían hecho efecto alguno, les iba a meter en la cárcel. Y procedió a cumplir su amenaza.

La cárcel de la población no era lugar muy alegre ni atractivo. Sus celdas eran oscuras, llenas de rancios olores desagradables y de ecos discordantes, y estaban aisladas con barrotes de hierro del mundo de las

personas libres. La mayoría de los malhechores, probablemente rateros, carteristas, borrachos, camorristas, gentuza de tabernas y mercados, estaban encerrados juntos en una habitación común. Sin ceremonia alguna los tres niños fueron arrojados en medio de ellos. Los pequeñuelos retrocedieron y se dirigieron instintivamente hacia una ventana con barrotes en un extremo de la habitación. Jacinta vio desde ella la plaza del mercado de Ourem y se echó a llorar.

Lucía la rodeó con sus brazos.

— ¿Por qué lloras, Jacinta?

— Porque vamos a morir sin volver a ver más a nuestros padres. ¡Quiero ver a mi madre!

Francisco dijo:

— Si no vemos a nuestra madre de nuevo, ¡paciencia! Debemos ofrecerlo por la conversión de los pecadores. Lo peor será si Nuestra Señora no vuelve nunca más. Esto es lo que me preocupa. Pero vamos también a ofrecer esto por la conversión de los pecadores.

A pesar de esta alentadora decisión, el niño era atormentado de vez en cuando por el temor de que la Señora nunca pudiese volver, y había que tranquilizarle.

Todo lo que Lucía ha dejado escrito sobre los prisioneros es que había varios, y que uno de ellos era un ladrón de tomo y lomo. Deja a nuestro arbitrio el imaginar los otros: quizá alguno de aquellos mendigos, tan numerosos y corrientes en Portugal, envueltos en harapos sucios llenos de pulgas y oliendo al terreno rojizo sobre el que con tanta frecuencia duermen; quizá un beodo con el tufillo de vino barato; quizá un randa, un golfo, hasta un asesino, hombres perdidos y olvidados, de rostros sin afeitar y abotargados, bocas insolentes, ojos sensuales o perspicaces, expresiones y movimientos de hastío; la chusma y la hez de la Serra, el deshecho de Portugal y del mundo. Me hubiera gustado que se me hubiese ocurrido preguntar a la Hermana María Lucía de los Dolores respecto a la catadura de estos pobres muchachos. El contraste que ofrecían con los tres inocentes, con su ojos puros y espirituales, debió de ser algo más que accidental. Debió de haber algo concordante e inevitable en ello, como los públicanos y borrachines que caminaban con Cristo o los dos ladrones con quien Él murió.

La mera vista de esta terrible compañía era tal, que siempre que las dos niñas se daban cuenta de ella comenzaban a llorar de nuevo.

— ¡Quiero ver a mi madre! —gemía Jacinta—. ¡Necesito a mi madre!

Francisco la apaciguó, como antes, preguntándole:

—Entonces ¿no quieres ofrecer este sacrificio por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María?

—Sí quiero, sí quiero.

El niño se arrodilló en el suelo, y como las niñas siguiesen su ejemplo, repitió su ofrecimiento:

— ¡Oh, Jesús mío, es por Tu amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!

Escenas y frases tan poco corrientes en aquel lugar no podían por menos de atraer la atención de los otros presos, y éstos comenzaron uno tras otro a reunirse alrededor del grupo arrodillado. Después hicieron preguntas que delataban buen humor y simpatía, y al enterarse de quiénes eran los niños y por qué estaban allí, les dedicaron algunas palabras de consuelo y les aconsejaron.

—La manera más fácil de salir —dijo uno— sería decir al administrador el secreto, ya que tanto empeño tiene en saberlo.

— ¡Pero la Señora no quiere que lo contemos!

— ¿Qué os importa el que ello le agrade o no a esa Señora?

— ¡Antes moriría! —respondió Jacinta rápidamente, y los otros dos fueron de la misma opinión—. Recemos el Rosario.

Los tres sacaron sus rosarios. Jacinta se quitó del cuello una cadena con una medalla con la imagen de Nuestra Señora. Alargándosela a un preso de elevada estatura, le preguntó si le haría el favor de colgarla en un clavo alto sobre la pared. Lo hizo de buen grado. Todos los hombres observaron *con* curiosidad y cierto regocijo cómo los tres se arrodillaban en el suelo, y dirigiendo sus oscuros ojos a la medalla comenzaban a rezar el Rosario.

—Creo en Dios Padre, que estás en los cielos... Dios te salve, María, llena eres de gracia...

La vista de los rostros vueltos hacia lo alto y el sonido de sus agudas voces repitiendo las palabras tan familiares en Portugal era más de lo que podían resistir réprobos empedernidos, y algunos de los hombres se arrodillaron, asociándose a las respuestas, mientras que aun aquellos que

permanecían de pie musitaban frases que no habían dicho hacía muchos años. Francisco se calló un momento y dijo:

—Cuando las personas rezan, no deben tener puesto el sombrero.

Un pobre desgraciado arrojó su *chapeau* al suelo; el niño lo recogió, lo puso en un banco y prosiguió su rezo. ¡Qué de recuerdos de la niñez, de mujeres buenas medio olvidadas, de esperanzas fallidas y sueños no realizados debieron de desfilar por alguna de aquellas inclinadas cabezas en aquella tarde de agosto! Al final reinó un momento de pavoroso silencio. Jacinta se dirigió a la ventana enrejada y miró hacia fuera. Estaba llorando nuevamente.

— ¡Jacinta! #—dijo Lucía, siguiéndola—. ¿No quieres ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor?

—Sí; pero cuando me acuerdo de mi madre, no puedo dejar de llorar.

Esto desasosegó a los presos. Todos se habían prendado de Jacinta. Uno de ellos se acordó de una armónica que tenía oculta sobre sí. Sacándola y haciéndola, indudablemente, las caricias preliminares con las que los tocadores de armónica calientan sus instrumentos, frunció sus labios y tocó lo mejor que pudo. Otros comenzaron a cantar. Pronto se sintieron todos muy contentos, porque la música suele desterrar las penas. Los ojos de Jacinta estaban ahora secos, y hasta se alegraron un poco, demostrando interés cuando uno de los prisioneros preguntó si ellos sabían bailar.

—Sabemos bailar el fandango.

— ¡Y la vira también!

Lucía escribió que “Jacinta fue la pareja de un pobre ladrón, que la encontró tan pequeña, que acabó por bailar con ella elevándola a la altura de su cuello (<sup>38</sup>). Pronto todos se encontraron en pleno movimiento bullicioso. La habitación temblaba con el arrastre y choque contra el suelo de las botas con clavos, el canto bronco de voces desentonadas y los lamentos jadeantes de la armónica.

Esta escena grotesca fue interrumpida por un ruido procedente del exterior y la rápida apertura de una puerta. Entró un policía.

—Seguidme —dijo a los tres niños.

Así lo hicieron, y se encontraron a poco en el despacho del señor administrador.

---

<sup>38</sup> Añade que “Nuestra Señora tuvo compasión de su alma y fue convertido”. Memoria I, 1936, pág. 18.

Santos realizó un último esfuerzo para que le revelasen el secreto. Al ver que la única respuesta era un silencio retador, pareció llegar al límite de su paciencia, y dijo con frialdad:

—Muy bien. He intentado salvaros. Pero como no queréis obedecer a la autoridad, seréis achicharrados vivos en una caldera de aceite hirviendo.

Dio una voz de mando. Se abrió una puerta, por la que apareció un guardia con una cara increíblemente fea, que miraba de través; debía haber sido escogido para el papel que iba a desempeñar. Después se desarrolló una conversación por el siguiente estilo:

— ¿Está el aceite caliente y a punto?

—Sí, señor administrador.

— ¿Hirviendo?

—Sí, señor.

—Vamos. Coge a ésta y arrójala dentro.

Y señaló a Jacinta. El guardia cogió a la niña y la llevó afuera antes de que pudiese decir palabra alguna de despedida.

¡Así, pues, el asunto tocaba a su fin! Lucía comenzó a rezar con fervor. Francisco rezó un Avemaría para que su hermana tuviese el valor de morir antes que revelar el secreto. Ninguno de los dos dudaba que ella se encontraba ya agonizando y que a ellos también sólo les quedaban pocos minutos de vida. Estaban resueltos a morir con ella. La muerte no era tan terrible para ellos como hubiera sido para otros niños.

— ¿Qué nos importa que nos maten? —murmuró Francisco—. Nos iremos derechos al cielo.

La puerta se abrió y volvió el guardia feo.

—Ella está ya *frita* —dijo con aparente satisfacción—. ¡Ahora le toca al siguiente!

Diciendo esto, se apoderó de Francisco y lo arrastró fuera. Lucía se quedó sola con el administrador.

—La próxima vez te corresponde a ti —observó—. Harías mejor en decirme el secreto, Lucía.

—Antes moriré.

—Muy bien. Morirás.

El guardia retornó y la llevó fuera. La condujo por un corredor al interior de otra habitación. Y allí vio a Jacinta y Francisco, los dos indemnes y sin poder hablar de alegría y sorpresa, pues les habían dicho

que ella estaba friéndose en aceite. La pieza había terminado, la tragedia había degenerado en farsa.

A Santos le repugnaba admitir, aun entonces, que tres niños habían frustrado su propósito. Los mantuvo en su casa aquella noche, en la misma habitación de antes. A la mañana siguiente los llevó al Ayuntamiento para una indagación más. Cuando ésta fracasó, se convenció de la inutilidad de insistir nuevamente, y ordenó que los enviaran a Fátima. Era miércoles, 15 de agosto de 1917, la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora.

\* \* \*

Cuando Manuel Pedro Marto y su Olimpia fueron a Fátima aquella mañana, formaban una triste y preocupada pareja. Durante dos días y dos noches de pesadilla no habían podido formarse idea de dónde estarían sus dos hijos más pequeños. Aparentemente habían dado crédito a un rumor, según el cual el administrador, después de llevárselos a Ourem, los había trasladado en secreto a algún sitio de encarcelamiento en Santarém, un centro mayor de intolerancia anticlerical; y ésta puede ser la razón de por qué la crónica no revela esfuerzo alguno por parte del valeroso tío Marto para obtener la libertad de los niños. Tampoco testimonia ello un punto de vista lisonjero respecto al estado de las libertades civiles bajo una República que tanta oratoria ha gastado sobre la supuesta tiranía de la derrocada Monarquía, pero que no ha hecho nada importante para mejorar la situación del proletariado. Tío Marto no se tenía por hombre pobre. Poseía bienes por valor de 4.900 a 5.000 dólares en moneda de los Estados Unidos, pero con su trabajo cubría sus necesidades, que eran pocas y sencillas. Sin embargo, no sabía cómo proceder contra un funcionario que le había agraviado del modo más criminal. Abogados y pleitos son ciertamente lujos que raras veces pueden permitirse los campesinos, aun cuando puedan enorgullecerse, como éste, de no ser pobres. Tío Marto se volvió humildemente a Dios y Le rogó que arreglase todo lo que estaba ocurriendo. Olimpia rezó su Rosario. En la fiesta de la Asunción fueron a misa como de costumbre.

Todo el mundo en la iglesia de San Antonio hablaba del secuestro, pero nadie hacía ninguna sugestión para lograr que los niños volviesen, ni poseía información alguna respecto a dónde estuviesen, hasta que Antonio, el hijo político de tío Marto, dio la noticia, después de la misa, de que habían sido vistos en Ourem jugando en la terraza de la casa del administrador. Esa noticia merecía tomarse una venganza; pero antes de pensar en trasladarse hasta allí, oyó a alguien decir que estaban en Fátima,

en el pórtico de la casa rectoral. Y allí, efectivamente, se encontraban con uno de los subordinados del administrador. A los pocos momentos tío Marto tenía a Jacinta en sus brazos, y sobre la cara de ésta caían las lágrimas que vertía su padre. Francisco y Lucía se abrazaron a él pidiéndole su bendición.

—Bueno, aquí están sus niños —dijo el empleado de Ourem, como si anunciase un gran favor.

Bien le vino a él que antes que tío Marto pudiese replicar se armase una gritería en el atrio cercano de la iglesia, donde la gente se había parado para charlar después de la misa. El ambiente estaba lleno de puños cerrados, porras y palabras insultantes. El Padre Ferreira apareció en la puerta lateral de la iglesia, muy indignado. Estaba dando su acción de gracias después de misa en un reclinatorio ante el altar cuando el ruido le sorprendió, y viendo a tío Marto en el pórtico de la casa rectoral, sospechó que él era el responsable.

— ¡Señor Marto, está usted promoviéndome aquí un gran escándalo!

El padre de Jacinta y Francisco no supo qué replicar. Pero después que el sacerdote volvió al interior de la iglesia, se dirigió a la multitud:

— ¡Muchachos, comportaos! Algunos de vosotros estáis gritando contra el párroco, otros contra el administrador y otros contra el regidor. A nadie hay que censurar ahora. ¡La falta proviene de la incredulidad, y todo ha sido permitido por el poder de Él, que está en lo alto!

El párroco, que estaba escuchando en la ventana de la iglesia, sacó la cabeza y gritó:

— ¡Muy bien dicho! ¡El señor Manuel habla muy bien!

Precisamente en aquel momento apareció el administrador en su coche, camino de su casa (procedente no de misa, sino del mercado), y deduciendo, como el párroco, que el tío Marto estaba incitando a la muchedumbre a la venganza, se dirigió a él:

— ¡Impida eso, señor Marto!

—Está bien, está bien. No ocurre nada de particular.

Tío Marto vigilaba atentamente la aproximación de su enemigo. Vio algo que el forjador no había notado. Algunos de los mozos entre la multitud habían divisado a éste, y armados de porras y palos, avanzaban hacia él desde atrás. Santos habló al padre de Jacinta y Francisco casi jovialmente:

— ¡Señor Marto, venga y tome un vaso de vino conmigo!



—No; gracias, muchas gracias.

Entonces, según el relato de Marto, vio a los mozos que con garrotes pretendían acometer al administrador. Algo había que hacer, desde luego, para evitar el derramamiento de sangre. Tío Marto avanzó rápidamente al lado de Santos y le dijo:

—Con respecto a su invitación, quizá acepte.

Agradablemente sorprendido e ignorante por completo del peligro en que se encontraba, el administrador le cogió del brazo, y ambos cruzaron el atrio de la iglesia y la carretera en dirección a una tabernilla cerca de la puerta del cementerio.

—Puede preguntar a los niños si los he tratado mal —principió a decir el forjador, un poco intranquilo quizá bajo la mirada escudriñadora de su acompañante.

— ¡Sí, sí, señor administrador! No hay duda de ello. La gente tiene más preguntas que hacer sobre el particular que yo.

Santos miró hacia atrás y vio a los mozos con sus garrotes mirándole fijos y aun indecisos si le atacarían o no. Pero la intervención de tío Marto había sido eficaz, y el administrador, a la puerta de la taberna, estaba ya encargando pan, queso y vino. Iniciaron una charla banal al sentarse a la mesa. Entre otras cosas, intentó convencer a su invitado que los niños le habían dicho el secreto.

— ¡Sí, sí! —comentó el labriego con su lenta sonrisa burlona—. ¡No se lo dicen a su padre o a su madre, y se lo dicen al señor administrador! Apenas puedo creerlo.

Bebió un vaso de vino y se excusó de prolongar su estancia allí. Cuando salieron de la taberna, el administrador le ofreció llevarle en coche hasta la Casa de Correos. La gente, a lo largo del camino, decía: “Tío Marto ha hablado demasiado y el forjador le ha detenido”<sup>(39)</sup>.

Mientras tanto, Lucía y sus primos, seguidos de unos cuantos curiosos, habían ido al escenario de las apariciones, a unos tres kilómetros de distancia (e hicieron esto, según recuerda tío Marto, antes de ir a casa), para rezar el Rosario ante el arbolito. ¡Pobre carrasca! Sólo le habían dejado pocas hojas, pues la gente se había ido llevando las de la parte superior y hasta algunas ramas, como reliquias y recuerdos. Cerca de ella estaba la mesa, con dos candelabros y algunas pocas flores que María Carreira había colocado allí el 13 de agosto.

---

<sup>39</sup> Así terminan las Memorias de Marto en DE MARCHI, op. cit., páginas 127-129.

La buena mujer de Moita había pensado poco en la responsabilidad que se echaba sobre sí. Muchas monedas pequeñas habían sido arrojadas sobre la mesa; pero cuando ésta fue derribada durante el tumulto originado al descubrirse el secuestro, se esparcieron por el suelo. Algunas personas se lo advirtieron: “¡Mujer, coge ese dinero! ¡Ten cuidado de él! ¡Procura no perderlo!” Todo el mundo dio por hecho que era la guardiana oficial de aquel lugar santo. Así, agachándose María, recogió todas las monedas que pudo encontrar, y una vez que las reunió sobre la mesa, contó hasta 1.340 reis (<sup>40</sup>).

El martes 14, María Carreira metió este tesoro en una bolsa y lo llevó a casa de tío Marto. Éste rehusó aceptarlo, diciendo sarcásticamente:

—No me tientes, mujer, pues ya me dan tentaciones.

Después se lo ofreció a Lucía. Y ella recuerda que la niña dijo:

— ¡Dios me libre! ¡Yo tampoco lo quiero!

Aquella alma bendita llevó entonces el dinero al párroco de Fátima. El padre Ferreria estaba por entonces muy apesadumbrado por todo el asunto de Cova da Iria, que de tal manera había perturbado su tranquilidad y la de su parroquia, y retrocedió, como si el dinero fuese maldito.

“Y entonces yo también entré en aprensión —recuerda María con gran dignidad—, y dije: ¡Bien, yo tampoco lo quiero y lo voy a volver a dejar donde lo encontré!”

El párroco alzó su mano en señal de protesta.

— ¡No hagas eso, mujer! Consérvalo o entrégalo a alguien que lo guarde hasta que veamos qué hay que hacer con él.

María Carreira llevó el dinero a su casa y lo escondió. Sin embargo, no encontró la tranquilidad con guardarlo. Todo el mundo quería saber lo que pensaba hacer con él. Si una de sus hijas aparecía con un par de zapatos nuevos, veía cejas arqueadas. Un día, un comité de cuatro hombres, nombrado por ellos mismos, acudió a su domicilio para pedir el tesoro escondido, con el pretexto de que iban a construir una capilla en el sitio de las apariciones.

— ¡No tendréis un solo reis! —exclamó María.

Después temió haberse equivocado. Quizá Nuestra Señora quería que estos hombres levantasen una capilla. Corrió a Fátima para ofrecer de nuevo el dinero al párroco. No, no lo aceptaría en modo alguno.

---

<sup>40</sup> Menos de dos dólares.

Finalmente, recordó que el propietario del terreno sobre el que había sido arrojado el dinero era el padre de Lucía. Si alguien tenía algo que decir sobre el destino del dinero era él, y su consentimiento sería necesario si alguna vez había de edificarse allí una capilla. Temía a Antonio Abóbora. La gente le había repetido lo que él había dicho de ella: “¡Si encuentro a esa mujer de Moita en la Cova, va a haber que hablar!”, y alguien le había advertido que le evitase, especialmente cuando estaba bebido. Quizá la mejor ocasión para hablar con él sería después de misa. El 19 de agosto, el domingo después de la detención de los niños, se armó de valor y marchó, no sin algunos escrúpulos de conciencia, a su casa en Aljustrel. Y, efectivamente, le encontró “sin ninguna copa encima”.

Me han contado que el señor Antonio está muy ofendido —comenzó ella— porque fui a su tierra, en Cova da Iria, por flores. Y me gustaría pedir su permiso para continuar yendo allí.

—Toma tantas flores como necesites —replicó él con cordialidad inesperada—. Lo que no consentiré es la construcción de un tabernáculo en mi propiedad. Algunas personas me lo han preguntado ya, pero yo no quiero.

María le dio las gracias y se despidió. Pensó que era mejor no mencionar el dinero. Pero se le ocurrió otra idea. Buscó a Lucía y le rogó preguntase a Nuestra Señora, la próxima vez que la viese, qué había que hacer con el tesoro. La niña le respondió que lo liaría el 13 de septiembre.

Aquel mismo domingo, por la mañana (19 de agosto), Lucía, Francisco y su hermano Juan llevaron sus ovejas a pastar en la Serra. Ella estaba de buen humor. Era agradable verse libre en un día claro y templado, como aquellos pájaros que cruzaban veloces bajo el azul intenso, o las blancas mariposas que revoloteaban más lentamente, o hasta las chicharras que cantaban un poco cansadas en los árboles. Así, los tres corretearon, jugaron, charlaron y rezaron sus oraciones, hasta que, a eso de las cuatro de la tarde, llegaron a una cañada denominada Valinhos, en la ladera norte del “Cabeço” y a mitad del camino entre la cueva y Aljustrel. El estrecho camino de vehículos tuerce de pronto allí bajo algunos olivos grandes, y la antigua tapia de piedra está caída de un lado, dejando una entrada a un terreno de pasto rocoso y árido. Más allá de éste hay varios olivos y algunos pinos oscuros de escasa altura y carrascas.

De pronto, Lucía se percató de algún cambio sutil en la atmósfera. No era una tormenta en formación, sino más bien algo semejante a la sensación misteriosa que siempre había experimentado antes de cualquier

visita sobrenatural. Miró a Francisco y comprendió que estaba en lo cierto. Sí, la Señora venía. Y Jacinta no se encontraba allí.

Rogaron a Juan que corriese en su busca mientras ellos cuidaban de las ovejas. Cuando le ofrecieron dos *vintens* o perras, accedió por fin y marchó hacia Aljustrel. Sus ojos le siguieron con ansiedad.

Pocos minutos más tarde hubo un relámpago de luz exactamente igual a los que habían anunciado siempre la aparición de la Señora. Vieron venir a Jacinta corriendo, sin respirar. A poco estaba junto a ellos jadeante y haciéndoles preguntas.

Los olivos tenían una débil tonalidad plateada a la luz sesgada de la tarde. Aquel sitio podía compararse a un rincón de aquella otra comarca ondulada de Judea donde María acudió de prisa al encuentro de su prima. Pero mucho más brillante que el resplandor de los olivos fue el brillo que surgió entonces en la rotura de la tapia, precisamente sobre una pequeña carrasca muy parecida a la de Cova da Iria. Y allí, en medio del resplandor sobrenatural, estaba la adorable figura familiar mirando tiernamente a los jóvenes apóstoles que tanto habían sufrido por su amor.

—*Que é que Vocemercé me quere?* —preguntó Lucía casi mecánicamente.

—Quiero que continúes yendo a Cova da Iria el día trece, y que continúes rezando el Rosario todos los días. En el último mes realizaré el milagro, con lo que todos creerán.

Lucía se acordó de la promesa que había dicho Maria Carreira.

—¿Qué quieres que yo haga con el dinero que la gente dejó en Cova da Iria?

—Haz dos pedestales: uno llévalo tú con Jacinta y otras dos niñas vestidas de blanco, y el otro deja a Francisco que lo lleve con otros tres niños. Los pedestales son para la fiesta de la Señora del Rosario, y el dinero sobrante es para ayuda de la capilla que ellos van a hacer construir.

—Desearía rogarte que curases a algunos enfermos.

—Sí; curaré a algunos durante el año.

La Señora hizo una pausa, y después continuó muy seria:

—Reza, reza mucho y haz sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no tienen a nadie que se sacrifique y rece por ellos.

Con esto retrocedió hacia el Este y desapareció (<sup>41</sup>). Los niños permanecieron largo rato en un estado de alegría exaltada, alegría doblemente saboreada después de tantas desilusiones y molestias. Era el noveno día desde que Lucía había sido llevada a Ourem por su padre para la primera conversación con el administrador. ¡Qué novenario! Había transcurrido de prueba en prueba, hasta que el resultado parecía casi desesperado; sin embargo, terminaba glorificada y dando acción de gracias.

Cuando, finalmente, se encontraron capacitados para moverse, cortaron las ramas de la carrasca sobre la que se había posado la Señora y las llevaron a casa. Tío Marto aún recuerda una fragancia que sólo cabía denominar magnífica. Aun María Rosa tuvo que admitir que había un olor especialmente agradable que nunca ella había notado. A todas luces se iba ablandando. Pero todavía sostenía que era una completa necedad creer que la Madre de Dios se apareciese para complacer a Lucía.

---

<sup>41</sup> Esto es lo que recuerda Lucía de la conversación. Memoria IV, pág. 40.

## CAPÍTULO XII

Los tres niños se encontraban en la estrecha calle de Aljustrel comentando sus aventuras, cuando Lucía se fijó que casi bajo sus pies desnudos había un rollo grande de sogá. Lo cogió descuidadamente, pero su aspereza le arañó en el brazo. Esto le sugirió una idea:

— ¡Mirad! ¡Esto hace daño! Podemos hacer un cinturón con la sogá y ofrecer este sacrificio a Dios.

Dividiéndola en seguida en pedazos, cada uno se puso un trozo alrededor del cuerpo, sobre la piel. Día y noche llevaban con gusto este improvisado cinturón, aunque picaba, excoriaba la piel y producía una comezón casi irresistible, perturbando su descanso durante la noche e impidiéndoles a veces pegar un ojo. ¿Qué era la salud comparada con la ilusión de salvar almas del infierno? Y ¿qué era el bienestar corporal frente a las alegrías de una gloria eterna?

Le hacía más daño a Jacinta el oír a la gente maldecir o emplear un lenguaje desvergonzado, que el cilicio que voluntariamente llevaba. En tales ocasiones se cubría la cara con sus manos y exclamaba:

— ¡Oh, Dios mío, esta gente no sabe que por decir tales cosas puede irse al infierno! ¡Perdónales, Jesús mío, y conviértelos!

Entonces rezaba la oración que la Señora le había dicho que agregara al Rosario.

Había muchas señales concretas de que estas penitencias agradaban a Dios, y que Jacinta en particular progresaba en el camino de la santidad. Demostraba tener mayor paciencia, mayor resistencia al sufrimiento y se mostraba más cariñosa; tuvo muchas visiones de cosas que sucedieron más tarde; y en opinión de Lucía debió ya haber recibido por esa época el don de la sabiduría infusa. Un día rezó tres Avemarías por una infeliz mujer con una terrible enfermedad, y todos los síntomas desaparecieron. Había otra mujer en Aljustrel que nunca perdía ocasión de ultrajar a los tres

niños, acusándoles de mentirosos e impostores. En vez de irritarse, decía Jacinta:

—Debemos pedir a Nuestra Señora que convierta a esta mujer. ¡Tiene tantos pecados que no confiesa, que se irá al infierno!

Ofreció algunas penitencias por ella. Y nunca más les volvió a dedicar palabras ofensivas.

Hubiera sido difícil decir qué contrariaba más a los niños, si los grupos de los devotos o los de aquellos que se manifestaban como tales, agolpándose a sus puertas diariamente y molestando la existencia de sus familiares, o la oposición, que incongruentemente abarcaba a la mayoría' del clero y de muchos católicos sinceros junto con carbonarios radicales y liberales con todos los matices de la incredulidad. Si bien podía decirse en favor de los que se burlaban, el que no acudían a llamar a todas las horas a la puerta de Lucía, pidiendo un pedazo de su pañuelo como reliquia, o pretendiendo tocar su pelo, o insistiendo en que cuando viese a Nuestra Señora se acordase de todos los síntomas de la enfermedad de riñón de la prima Quiteria o de las numerosas cualidades de Antonio, el hermano, para alcanzar una posición mejor de la que tenía. Y las diatribas de la Prensa anticlerical no irritaban a nadie en Aljustrel porque persona alguna las leía.

De vez en cuando la oposición realizaba algún esfuerzo especial para que se la tildase de impertinente. Había un cierto periodista llamado José do Vale, que editaba un periódico anarquista bajo el título *O Mundo*. Era, además, un incansable folletinero con un don especial para lanzar vituperios a sus enemigos, atribuido a su hábito de emborracharse antes de sentarse a escribir. Su indignación relacionada con el escándalo de Cova da Iria la exteriorizaba en folletos que eran vendidos en Torres Novas, Ourem y otros pueblos de la Serra.

Si todo se hubiese limitado a esto, los humildes cristianos de la Serra podían darse por satisfechos, consolándose con las palabras: “Si el mundo te odia, sabe que él me ha odiado a Mí antes que a ti. Si fueses del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no eres del mundo, sino que te escogí fuera del mundo, por eso el mundo te odia.” Mas el editor de *El Mundo* no se limitaba a denunciar a sacerdotes, a jesuítas, a ignorantes y supersticiosos engañabobos. Convocó a todos los liberales, a todos los amigos del progreso y la ilustración, a celebrar un mitin el domingo siguiente en Fátima, precisamente después de la misa parroquial, para examinar qué medidas deberían tomarse para desenmascarar y castigar a los autores y comediantes de la farsa de Cova da Iria.

Al enterarse de esto, el párroco de Fátima pasó serenamente recado a sus feligreses de que la misa de aquel domingo se diría en la capilla de Nuestra Señora de Ortiga, a unos tres kilómetros de distancia. Cuando un número considerable de fervientes descreídos se reunió ante la iglesia de San Antonio, no encontraron casi a nadie, excepto a unos pocos de los suyos, incluyendo al administrador de Ourem, al regidor Francisco da Silva y al propio José do Vale. Chasqueados, pero no desanimados, decidieron proseguir hasta Cova da Iria.

Los católicos de Lomba de Egua y Moita habían previsto esto, y un determinado campesino que poseía una recua de burros los había atado a unas encinas cerca del escenario de las apariciones. Cuando los liberales se aproximaban, trotó el hocico de cada uno con “cierto líquido” garantizado de hacer rebuznar a cualquier burro con la mayor sonoridad posible. Como es sabido, el rebuzno de ese animal, aun bajo las circunstancias más favorables, es uno de los ruidos más perturbadores, por no decir inaguantables, que se conocen dentro de la gama de los que emiten los seres vivientes audibles. En una noche oscura y en un sitio solitario adquiere una potencia que evoca sugerencias terroríficas, tales como lamentos de hombres moribundos en un campo de batalla, el maullar de gigantescos gatos, las maldiciones y reproches de almas en pena. No fue, pues, una agradable música de bienvenida la que recibió a las fuerzas de la ilustración a medida que subían desde la carretera por la colina. Y como insulto final para coronar este recibimiento, encontraron esperándoles, próximo a la carrasca donde se había aparecido Nuestra Señora, un montón de paja y forraje. Los labriegos de Moita habían apilado este pienso como para recibir a una delegación de asnos.

Para asegurarse de que no había de pasar inadvertida esta burla, un grupo de personas de Moita, incluyendo a la indomable María Carreira, estaban esperando en la próxima altura para explicarla con escarnio ruidoso y ostensible. Esto enfureció tanto a algunos de los recién llegados, que comenzaron a decir a voz en grito cosas muy poco halagüeñas respecto a los católicos y la Iglesia. Los fieles respondieron a ello con la salutación:

— *¡Viva Jesús y María! ¡Viva Jesús y María!*

Esto provocó otros improperios por parte de los invasores. Los gritos iban y venían a través del aire puro de Cova da Iria. Los católicos gritaron:

— *¡Oh burros, oh burros, oh bestias!*

Y los librepensadores correspondieron con el epíteto:



— ¡Patanes, patanes!

La aparición de algunos policías puso fin a la escena en el momento oportuno. Pero el incidente había revelado con cuánta tensión los habitantes de aquel país montañoso estaban aguardando el día 13, en el que, según los tres niños, la Señora había prometido volver a Cova da Iria. El 12 de septiembre los caminos estaban llenos de peregrinos, y al atardecer las casas de los Marto y Abóbora estaban rodeadas por ellos, como en el mes anterior. La mayoría de esta gente durmió en el campo. A la salida del sol del día 13 se encontraban miles de personas en Aljustrel y Cova da Iria rezando el Rosario o la letanía de Nuestra Señora.

Cuando los tres niños se disponían a partir para el lugar de las apariciones, la carretera principal estaba tan abarrotada de gente, que era imposible dar un paso. “Todos querían vernos y hablarnos —escribió Lucía—. ¡No había respeto humano en aquella multitud! Muchos, hasta caballeros y nobles, irrumpieron a través de la masa, y arrodillándose ante nosotros nos pedían que hiciésemos presentes sus necesidades a Nuestra Señora. Otros, incapaces de aproximarse, gritaban:

“— ¡Por amor de Dios, pidan a Nuestra Señora que cure a mi hijo, que está ciego!

“— ¡Y por el mío, que está sordo!

“— ¡Y que traiga a mis hijos, que están en la guerra, a casa!

“— ¡Y a mi marido!

“— ¡Y que convierta por mí a un pecador!

“— ¡Que me dé salud, pues tengo tuberculosis!

“Y así sucesivamente. En aquel lugar surgían todas las miserias de la pobre Humanidad —continuó Lucía—, y algunos gritaban desde las copas de los árboles y desde las tapias adonde se habían encaramado para vernos pasar. Diciendo “sí” a algunos, dando una mano a otros para ayudarles a levantarse de la tierra polvorienta, conseguimos avanzar gracias a algunos caballeros que iban delante abriéndonos paso entre la muchedumbre.

“Cuando ahora leo en el Nuevo Testamento las escenas tan encantadoras del paso de Nuestro Señor por Palestina, recuerdo estas otras de las que Nuestra Señora me hizo testigo, cuando era tan joven, en aquellos pobres caminos y calles de Aljustrel a Fátima y a Cova da Iria, y doy gracias a Dios, ofreciéndole la fe de nuestro buen pueblo portugués, y pienso: Si esta gente se humilló ante tres pobres niños sólo porque se les había concedido generosamente la gracia de hablar con la Madre de Dios,

¿qué — no harían si viesan ante ellos al propio Jesucristo!... Finalmente, llegamos a Cova da Iria, cerca de la carrasca, y comencé a rezar el Rosario con la multitud.”

Y ¡qué muchedumbre! Era mayor que nunca, compuesta de peregrinos procedentes de todos los puntos de Portugal. Y además de los usuales campesinos descalzos, ricos y pobres, trabajadores, señoras y caballeros de muchas aldeas y poblaciones, había hasta treinta jóvenes seminaristas y cinco o seis sacerdotes. Uno de estos últimos era el Reverendo Monseñor João Quaresma. Otro era el Reverendo Padre Manuel Pereira da Silva, entonces Vicario en Leiria, que acudía a Cova da Iria (según me dijo) principalmente por curiosidad, sin idea preconcebida ni en uno ni en otro sentido. Estos sacerdotes, con el párroco de Santa Catalina y Monseñor Manuel di Carmo Cois, habían salido temprano de Leiria en aquella hermosa mañana de septiembre, instalados en un coche desvencijado arrastrado por un viejo y decrepito caballo. Cuando al fin llegaron después de un viaje molesto, lograron una posición ventajosa en un altozano que dominaba el amplio anfiteatro natural, ya cuajado de personas humanas.

“Al mediodía un silencio absoluto, sólo turbado por el murmullo de los rezos, fue guardado por la multitud —escribió Monseñor João Quaresma quince años más tarde—. De repente hubo gritos de alegría..., voces alabando a Nuestra Señora. Los brazos señalaban a algo por encima. Mira, ¿no ves? ¡Sí, ahora veo!... No había una sola nube en el cielo azul. Yo también elevé la vista y traté de escudriñar la amplitud del cielo para distinguir lo que ojos más afortunados habían visto primero... Con gran asombro de mi parte, vi clara y distintamente un globo luminoso, que se movía de Este a Oeste, deslizándose lenta y majestuosamente hacia abajo a medida que avanzaba. Mi amigo también miró y tuvo la suerte de gozar de la misma aparición inesperada y encantadora... De pronto el globo, con su luminosidad extraordinaria, se desvaneció ante nuestros ojos...”

“— ¿Qué piensas de ese globo? —pregunté a mi amigo, que parecía entusiasmado de lo que había visto.

“—Ésa era Nuestra Señora —replicó sin dudar.

“Yo estaba también convencido de ello. Los pastorcitos contemplaban a la propia Madre de Dios; a nosotros se nos concedía la gracia de ver el vehículo que la había transportado desde el cielo al brezal estéril e inhóspito de Serra da Aire.

“Debemos añadir que todos aquellos que estaban cerca de nosotros observaron el mismo fenómeno, pues por todas partes se oyeron manifestaciones de alegría y saluciones a Nuestra Señora. Muchos, sin embargo, no vieron nada.

“Comprendimos que fuimos muy afortunados. Con mucho entusiasmo, mi colega fue de grupo en grupo en Cova da Iria, y después por la parte de fuera del camino, investigando lo que habían visto. Las personas interrogadas pertenecían a diversas clases sociales; todos afirmaron unánimemente la realidad del fenómeno que nosotros mismos habíamos presenciado” (42).

Mientras tanto, la Señora se había aparecido a los tres niños, y Lucía y Jacinta habían escuchado su voz adorable en la más corta de todas las conversaciones.

—Continuad rezando el Rosario —dijo— para conseguir el fin de la guerra. En octubre Nuestro Señor vendrá también, y Nuestra Señora de los Dolores de Santo Carmelo, y San José con el Niño Jesús, para bendecir al mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no desea que durmáis con la soga: llevadla sólo durante el día.

Lucía dijo:

—Me han suplicado que te pida muchas cosas: la curación de algunas personas enfermas... de un sordomudo.

—Sí —contestó la Señora—, curaré a algunos; a otros, no. En octubre realizaré el milagro, con lo que todos creerán.

Y desapareció del mismo modo que había venido.

Así terminó la quinta aparición, tal como Lucía la anotó (43). Breve como había sido, dejó a los niños confirmados en su fe y muy consolados. ¡Qué reconfortados estaban con la idea de dejar de llevar por la noche la áspera soga rozando sus tiernos cuerpos! Sin embargo, lo que más agradaba a Francisco era la promesa de la Señora de que el próximo mes vería a Nuestro Señor.

—*Ai que bom!* —exclamó—. ¡Sólo un mes más, yo que Le quiero tanto!

Uno de los sacerdotes presentes en Cova da Iria el 13 de septiembre fue el Reverendo Doctor Manuel Nunes Formigão, canónigo de la catedral de Lisboa y profesor en el Seminario de Santarém. Célebre en todo

---

<sup>42</sup> Carta de 13 de octubre de 1932, en DE MARCHI, op. cit., páginas 147-148.

<sup>43</sup> Memoria IV, pág. 41.

Portugal por su integridad y sabiduría, había sido encargado por el administrador del Patriarcado en Lisboa para que investigase los extraños sucesos, de las que habían llegado noticia; contradictorias hasta la capital. Situado en el camino a unos doscientos metros de la carrasca, había observado el peculiar oscurecimiento de la luz solar en un cielo sin nubes, pero había descontado esto como un posible fenómeno natural debido a la altitud de la Sierra, con cerca de 800 metros sobre el nivel del mar. No había visto el globo luminoso citado por Monseñor Quaresma y otros, pero el hecho de que estuviesen tan seguros de ello le convenció que debían haber observado algo extraordinario, y esto incitó su curiosidad para llegar al fondo de todo el asunto. Con este fin volvió a Fátima el jueves 29 de septiembre, y se dirigió a Aljustrel para hacer indagaciones. Tanto María Rosa como Olimpia le recibieron con todo respeto y enviaron emisarios en busca de los niños. Lucía estaba en Cova da Iria, y los otros dos jugando cerca del pueblo. Jacinta fue la primera en llegar.

La niña parecía algo asustada y turbada, en opinión del doctor Formigão, pero respondió prontamente, y pareció tranquilizarse después que apareció su hermano con el sombrero puesto. Cuando Jacinta le hizo señas para que se lo quitase, no le prestó atención, sino se sentó en un banquillo y miró atentamente al sacerdote. Al ser preguntado por éste, contestó con calma, sin muestra alguna de turbación. El visitante decidió interrogarle primero y envió a Jacinta a la calle para que jugase con algunas otras niñas hasta que él hubiera terminado. Después llamó a Jacinta y la preguntó por separado.

Mientras, Lucía había regresado de Cova da Iria. Era la más dueña de sí de los tres, según afirmó el doctor Formigão cuando publicó su primer relato de las conversaciones en 1921. Hizo también la observación de que era una niña robusta, saludable, de aspecto normal, sin señales de vanidad ni rasgos patológicos de ninguna clase. La pobre María Rosa rondaba por las proximidades cual hembra de pájaro ansiosa por su cría, angustiada y quejándose, como de ordinario. El ojo perspicaz del doctor Formigão notó una gotera en el techo.

Las tres indagatorias (que han sido copiadas al pie de la letra en los libros del doctor Formigão, del Padre De Marchi y Padre Fonseca) dan la impresión, a este lector al menos, que los niños dijeron con sinceridad lo que habían visto y oído. Las pocas y ligeras discrepancias no tienen importancia. Jacinta, por ejemplo, dijo sin titubear, como los otros lo hicieron, que la Señora tenía el Rosario en la mano derecha. Cuando la pregunta fue repetida con alguna insistencia, se azoró un poco, tratando de

imaginar cuál de sus propias manos correspondía a aquella de la que colgaba el Rosario de la Señora. Por su parte, Francisco dijo que no pudo verle sus orejas porque estaban tapadas con su manto; Jacinta convino en ello. Pero Lucía tenía la impresión de haber visto unos pendientes pequeños que brillaban. Al principio dijo también que había visto una orla de oro reluciente en la túnica de la Señora; más tarde era de la opinión que esto era sencillamente un reborde más intenso de la luz con la que toda la visión, incluyendo el ropaje, parecía estar hecha. Esta clase de discrepancia es de esperar en todo testimonio humano. El examen de Lucía es el más largo y detallado de los tres. Posiblemente el sacerdote había oído algunos de los confusos rumores sobre el Ángel en 1915 ó 1916, pues casi al comienzo le preguntó:

—Dicen que la Señora se te apareció también el último año. ¿Qué hay de verdad en ello?

—Nunca se me apareció el último año —replicó Jacinta tranquilamente—, ni antes de mayo de este año, ni se lo he dicho a nadie, porque no es verdad.

— ¿Se mostró la Señora con deseos de que muchas personas estuviesen presentes el día 13 de cada mes durante las apariciones en Cova da Iria?

—Ella no dijo nada respecto a esto.

— ¿Es cierto que Ella te reveló un secreto, prohibiéndote que se lo dijese a nadie?

—Es cierto.

— ¿Dijo esto sólo a ti o a tus compañeros?

—A los tres.

— ¿No puedes revelarlo por lo menos a tu confesor?

Lucía se quedó callada. Parecía algo perpleja.

—Dicen —continuó el sacerdote— que para librarte de las importunidades del señor administrador el día en que fuiste detenida, le dijiste, como si fuese el secreto, una cosa que no lo era, engañándole así y jactándote después de haberle ganado en este juego. ¿Es verdad?

—No lo es. El señor administrador quería a toda costa que le revelase el secreto; pero como no podía decirlo a nadie, me callé, a pesar de' su mucha insistencia para que satisficiera sus deseos. Lo que hice fue decir todo lo que la Señora me había contado, menos el secreto. Y quizá por esta

razón el señor administrador pensó que yo había revelado también el secreto. No traté de engañar.

— ¿La Señora te mandó que aprendieses a leer?

—Sí; la segunda vez que se apareció.

—Pero si te dijo que te llevaría al cielo en el próximo mes de octubre, ¿de qué te serviría el aprender a leer?

—Eso no es verdad. La Señora nunca dijo que me llevaría al cielo en octubre, y yo nunca dije que me hubiese dicho tal cosa.

Más tarde, en su interrogatorio, preguntó:

— ¿Por qué algunas veces bajabas la vista y dejabas de mirar a la Señora?

—Era porque a veces me deslumbraba.

— ¿Te enseñó alguna plegaria?

—Sí, y quería que la recitásemos después de cada misterio del Rosario.

— ¿Conoces esa oración de memoria?

—Sí.

—Dila.

— ¡Oh, Jesús mío, perdónanos y líbranos del fuego del infierno! ¡Atrae todas las almas al cielo, especialmente aquellas que están más necesitadas! <sup>(44)</sup>.

Así terminó el primer interrogatorio, del que hay constancia por escrito. El doctor Formigão admitió que los niños le habían hecho una favorable impresión. No obstante, después de reflexionar toda la cuestión en el Seminario de Santarém, preparó otra serie de preguntas de un fondo más investigador y fundamental, ideadas para poner de manifiesto las mañosas imposturas, si es que las había, de influencias subconscientes o satánicas. El 10 de octubre subió a un tren para Chão da Maçãs y allí alquiló un caballo y un calesín de dos ruedas que le condujo a Vila Nova de Ourem. Eran las once de la noche cuando llegó a un humilde villorrio llamado Monteio, a unos tres kilómetros de Fátima. Allí encontró un seudónimo, el *Vizconde de Montelo*, y un alojamiento durante la noche con

---

<sup>44</sup> Esto es sólo un extracto parcial del testimonio publicado por vez primera en 1921 en *Os episodios maravilhosos do Fátima* por el *Vizconde da Mantelo* (seudónimo como escritor del doctor Formigão). Obras posteriores de éste sobre el mismo toma aparecieron en 1923, 27, 29, 30 y 36.

una familia llamada Gonçalves, que pudo proporcionarle informaciones completas sobre las familias Mario y Abóbora.

Todo el mundo estaba conforme en que tío Mario era el vecino de las montañas más digno y merecedor de confianza: de hecho, era incapaz de engañar a nadie, y él y su mujer Olimpia eran respetados por todos como buenos católicos que practicaban lo que profesaban. María Rosa era devota, honrada y muy trabajadora. Su marido Antonio era indiferente en materia de religión y gustaba demasiado del vino, pero no había malicia en él. Ninguna de las dos familias era pobre, conforme a los cánones de la Serra. Ninguna de las dos había hecho tampoco nada para hacer dinero con motivo de las apariciones, sino todo lo contrario: habían desalentado el culto que tantas molestias les había proporcionado, y esto se aplicaba especialmente a los Abóbora. Los niños también eran queridos por todos. La mayoría de la gente no les había creído en mayo y junio, pero estaban ahora inclinados a aceptar su historia, ya que tantos habían visto la nube sobre el árbol el 13 de agosto y observaron los otros fenómenos extraños en agosto y septiembre. Con todo este acopio de datos presentes en su mente, el doctor Formigo siguió el 11 de octubre hasta Aljustrel y visitó de nuevo la casa de Antonio Abóbora.

Mientras buscaban a Lucía, el investigador observó que la gotera en el techo seguía aún sin reparar, y preguntó algunas cosas a María Rosa. Tenía especial curiosidad en saber si alguna vez había leído a Lucía la bien conocida historia de la aparición de Nuestra Señora a dos niños pastores, Maximino y Melania, en La Salette, en el sur de Francia, el 19 de septiembre de 1846. Había ciertas semejanzas entre aquel episodio y los de Fátima. En La Salette, Nuestra Señora había dicho a los niños un secreto que ellos sólo revelaron al Papa Pío IX, y Ella les anunció grandes calamidades si el pueblo de Francia no dejaba de ofender a Dios. La similitud no era necesariamente concluyente, aunque podía ser significativa. El Padre Formigão deseaba saber si Lucía se había impresionado mucho con el relato francés. María Rosa opinó que no; la niña nunca lo había mencionado de nuevo, por lo que ella podía recordar.

Cuando la niña apareció, fue interrogada durante algún tiempo en presencia de cuatro testigos.

— ¿Qué dijo la Señora que haría para que la multitud creyese que se había aparecido? —preguntó el padre Formigão.

—Dijo que iba a realizar un milagro.

— ¿Cuándo dijo esto?

—Lo dijo varias veces: una vez, con ocasión de su primera aparición.

Y cuando yo le hice la pregunta:

— ¿No tienes miedo que la gente se pueda meter contigo si en ese día no ocurre nada extraordinario?

—No tengo miedo alguno —replicó Lucía.

— ¿No viste nunca a la Señora persignarse, rezar o pasar las cuentas del Rosario?

—No...

— ¿Te pidió que rezases por la conversión de los pecadores?

—No. Me dijo que rezase a la Virgen del Rosario para que terminase la guerra.

Lucía explicó más tarde que la Señora había pedido más bien sacrificios que oraciones por la conversión de los pecadores.

— ¿Viste los detalles que observaron otras personas, tales como una estrella y rosas dispersas en la vestidura de la Señora?

—No vi la estrella ni ningún otro distintivo.

— ¿Puedes leer?

—No, no sé.

— ¿Vas a aprender a leer?

—No, no voy.

— ¿Cómo obedecerás, pues, el mandato que la Señora te ha dado respecto a esto?

Lucía permaneció callada. Como explicó después, no quería acusar o poner en un aprieto a María Rosa.

Finalmente, el sacerdote preguntó:

— ¿Sabías que tu madre leyó el libro llamado *Misión breve*, donde se cuenta la historia de la aparición de Nuestra Señora a un niño y a una niña?

—Sí, lo sabía.

— ¿Pensaste con frecuencia en esa historia y hablaste de ella con otras niñas?

—No pensé en esa historia ni se la conté a nadie.

El doctor Formigão se dedicó entonces a interrogar a Jacinta:

— ¿Escuchaste tú también el secreto o sólo fue dicho a Lucía?

—Yo también lo oí.



- Y ¿cuándo lo oíste?
- La segunda vez, el día de San Antonio.
- ¿Consiste este secreto en que serás rica?
- ¡No!
- ¿En que serás buena y feliz?
- No, es para el bien de los tres.
- ¿En que irás al cielo?
- No.
- ¿No puedes revelar el secreto?
- No.
- ¿Por qué?
- Porque la Señora dijo que no revelásemos el secreto a nadie.
- Si la gente conociese el secreto, ¿se pondría triste?
- Sí, se pondría.
- Le tocó ahora el turno a Francisco.
- ¿Qué edad tienes?
- Tengo nueve años.
- ¿Sólo viste a la Señora o también oíste lo que dijo?
- Sólo la vi. No oí nada de lo que dijo.
- ¿Había alguna luz alrededor de su cabeza?
- Sí, la había.
- ¿Pudiste ver bien su cara?
- Podía verla, pero sólo un poco por razón de la luz.
- ¿Había algunos adornos en sus vestiduras?
- Había algunos rebordes de oro.
- ¿De qué color es el crucifijo?
- Es blanco.
- ¿Y la cadena del Rosario?
- También blanca.
- ¿Se entristecería la gente si conociese el secreto?
- Desde luego.

El doctor Formigão salió convencido de que los tres le habían dicho la verdad, cualquiera que fuese la explicación final. Se inclinaba a pensar

que la prueba de si habían sido o no víctimas de alguna alucinación sería el “milagro” prometido por la Señora para el 13 de octubre. Se marchó decidido a todo trance a acudir a Cova da Iria en dicho día.

Otro sacerdote que examinó a los niños por esos días fue el Padre Pocas, párroco de Porto do Mos. Es el tío Marto quien recuerda cuán bruscamente este inquisidor de *motu proprio* dijo a Lucía:

— Mira, niña, ahora me vas a decir que todo es mentira y brujería. Si no lo haces, me encargará yo de decirlo y de que se sepa en todas partes... ¡Todo el mundo me creerá... y no te escaparás!

Lucía no contestó. El párroco estaba furioso o aparentaba estarlo. Pero al final, después de haber hecho toda clase de esfuerzos para quebrantar la reserva obstinada de la niña, después de haber llegado hasta acusar al tío Marto como cómplice de un gigantesco fraude, admitió que él creía decían la verdad.

Sin embargo, ante la actitud de un sacerdote tan recelosa y amenazadora no puede sorprender que María Rosa estuviese atemorizada. Tenía el convencimiento de que Lucía estaba comprometida y que sería castigada al final. De hecho, todos los Abóbora, menos Lucía, estaban en un estado de ánimo parecido al pánico cuando amaneció aquel 12 de octubre en Aljustrel. María liosa y su marido razonaban que ya de por sí resultaba bastante mal que la niña hubiese iniciado por sí la superchería; que aún era peor que la hubiese prolongado obstinadamente en los meses pasados; pero lo más grave de todo era que ella había tenido la increíble desfachatez de prometer a todo el mundo un milagro, nada menos que a una hora determinada en un día definido: ¡el 13 de octubre! Y ¿qué diría y haría el pueblo engañado cuando no ocurriese el milagro? Indudablemente se volverían todos enfurecidos contra Lucía y la destrozarían. Muchos de los lugareños hacían predicciones similares. Una mujer decía que Lucía Abóbora debía ser quemada antes de que causase la perdición de todos sus familiares.

María Rosa hizo a su hija una última y patética súplica:

—Es mejor para nosotros ir y descubrirlo todo —dijo—. La gente dice que mañana vamos a morir en Cova da Iria. Si la Señora no hace el milagro, la multitud nos matará.

—No tengo miedo, madre —replicó Lucía—. Estoy segura de que la Señora liará todo lo que prometió.

—Mejor haríamos en ir a confesar y prepararnos para morir.

—Si quieres que te acompañe a confesar, lo haré; pero no por esa razón.

María Rosa dio media vuelta, perdida toda esperanza de convencerla.

Aquella tarde se nubló, y una niebla fina y fría comenzó a caer sobre el paisaje otoñal y tristón de la Serra da Aire. Los pastores de Aljustrel encerraron temprano a sus rebaños, pues era evidente que por el Nordeste avanzaba un fuerte temporal.

## CAPÍTULO XIII

¡Qué noche! Era como si el diablo, desde algún sitio cubierto de hielo y nieve donde nunca lograra calmar la quemazón de su tormento, hubiese resuelto destruir de un golpe todo lo que quedaba de la Europa que hacía tanto tiempo era su campo de batalla contra el Ser que más odiaba. Desde algún lugar en la tenebrosa miseria de Siberia le fue permitido, Dios sabe por qué, perturbar el equilibrio de la atmósfera poniendo en movimiento una gran masa de aire cortante y fría que sopló a través del continente hacia el mar occidental. Debió de pasar silbando ferozmente sobre una cabaña en Finlandia, donde un hombre con ojos de lince, que se llamaba a sí mismo Lenin, aguardaba a poder entrar en San Petersburgo (últimamente había sembrado allí las semillas de la revolución) y comenzar, dentro de muy pocas semanas, la transformación y destrucción de todo aquel mundo que debía lo mejor y más noble que había en él a las enseñanzas de Cristo. Cruzó con estrépito burlón sobre grandes armamentos que se transportaban furtivamente, a través de Alemania, para preparar el empujón de 1918 y alcanzar la “paz por medio de la victoria”. Hostigó a los hombres infelices de ambos ejércitos, obligándoles a refugiarse bajo cuevas llenas de fango a todo lo largo del frente occidental, y cubrió de barro a los fugitivos italianos procedentes de Caporetto. Pareció aumentar la desesperación que iba invadiendo los viñedos de Francia, ya cansada de guerra, donde estaba Haig, como él dijo, luchando desesperadamente. Finalmente, irrumpió contra los Pirineos, y entonces, como si hubiese concentrado en su loca carrera desde el Báltico al cabo San Vicente todos los odios y disgustos de los hombres malos y todas las facultades rebeldes de una naturaleza corrompida, soltó toda su carga sobre el pequeño país que nunca fue conquistado de un modo permanente, la tierra donde Aquella que pisa cabeza de serpiente ha sido honrada desde antiguo: la *terra da Santa Maria*.

La oscuridad sobrevino rápidamente, con nubes cada vez más negras avanzando por el Nordeste y enormes masas de niebla que se corrían por

las laderas de las montañas y por las profundidades de los valles de los ríos hacia el océano. A medida que la llovizna se convertía en lluvia fría y sesgada, el viento, con violencia ya de huracán, encorvaba las copas quejumbrosas de los bosques de pinos cerca de Leiria; desgarraba las velas cuadradas de los viejos molinos de viento situados en las alturas grises de la Serra da Aire; desparramaba las hojas de brillo mate de chopos y álamos sobre el crecido Tajo; arrasaba los viñedos rojizos de Braga y los marchitos jardines de Moita y Fátima; pasaba furioso a través de cientos de kilómetros de playas, logrando que el espumoso Atlántico, sumamente encrespado, lanzase sus olas vengativas contra las calles de las poblaciones costeras. La lluvia caía espesa, infatigablemente.

A pesar de todo, había miles de seres humanos y caballerías por los caminos de la República aquella noche, pues la fe es más fuerte que la duda, y el amor más atrevido que el odio. Católicos devotos en todas las aldeas se habían enterado que Nuestra Señora había prometido volver a Cova da Iria para realizar un milagro el 13 de octubre. Poco les importaba que lloviese o luciese el sol. Familias campesinas colocaban sus cestas de mimbrés y cántaros de barro con agua sobre sus hombros, o los metían en las seras a lomo de los burros, y partían bajo la cubierta de nubes bajas. Padres y madres transportaban en sus brazos a hijos enfermos o cojos a lo largo de enormes trayectos. Los pescadores dejaban sus redes y botes en las ensenadas de Vieira y marchaban a los caminos llenos de barro. Labradores de Monte Real, marineros de los barcos anclados en los puertos de Oporto o del Algarve, operarios de las fábricas de Lisboa, serranas de Minde o Soublio, señoras y caballeros, fregatrices, mozos de café, jóvenes y viejos, ricos y pobres, toda clase de gente (aunque la mayoría pertenecía a las clases humildes e iban descalzos, dominando los obreros con sus familiares) avanzaba aquella noche sobre el fango, bajo la tenaz lluvia, como un gran ejército disperso, convergiendo hacia Fátima, en la esperanza de encontrar allí alguna merced de salud o conversión, perdón de pecados, consuelo para una pena, el comienzo de una vida mejor, la bendición de la Madre de Dios.

No importaba a estos devotos que los pantalones empapados o las faldas enlodadas se ciñesen a sus piernas a medida que progresaban, con pies desnudos, sobre el mar de barro o metiéndose en los charcos de los malos caminos. Fragmentos de viejos himnos eran devueltos por el eco desde los húmedos riscos o descendían llevados por el viento desde la oscuridad de un camino solitario. “¡Ave, Ave, Ave María!” Por algo los antecesores de este pueblo cantaban el *Salve Regina* sobre la cubierta de

los galeones en el Océano Índico o ríe los balleneros en el mar de la China. Hubiese sido una buena lección para algunos de los políticos de Lisboa el que pudiesen haber oído aquellos cánticos. Se oían carcajadas entre los grupos de varias familias que caminaban juntas.

No carecieron, sin embargo, de información. Avelino do Almeida, director-gerente do *O Seculo*, el mayor diario do Lisboa, que se dirigía a Cova da Iria para informar a sus lectores, describió a algunos de los peregrinos que encontró cerca de Chao da Maçãs antes de comenzar la lluvia:

“Casi todos, hombres y mujeres, iban descalzos, llevando las mujeres su calzado en talegas sobre sus cabezas, y apoyándose las hombres en grandes cayados y empuñando otros sus paraguas. Se diría que todos se olvidaban de prestar atención a lo que ocurría a su alrededor, con gran falta de interés por el viaje, habiendo peregrinos que, absortos cual en un sueño, iban rezando su rosario con triste canturreo rítmico. Una mujer rezaba la primera parte del Avemaría, y sus compañeros, en coro, recitaban la segunda parte de la oración. Con pasos seguros y rítmicos avanzaban por el camino polvoriento que corre entre los bosques de pinos y las plantaciones de olivos, con la intención de llegar antes de la noche al lugar de la aparición, donde, bajo la serena y fría luz de las estrellas, esperaban poder dormir, situándose en los primeros puestos cerca de la carrasca bendita, para poder ver mejor.”

No era la devoción lo que llevaba al gerente de *O Seculo* a Fátima. Almeida era un francmasón que no disimulaba su antipatía por los sacerdotes, sacramentos, creencias y dogmas. Pero tanto se había hablado de las apariciones, que no cabía ignorarlo, y él estaba conceptuado como uno de los mejores periodistas de Portugal. Su gacetilla, publicada en *O Seculo* de la mañana del 13 de octubre, le revela como un caballero cínico, amable, que no creía, pero que no desea dañar o ridiculizar a los que creen:

“Miles de personas se apresuran hacia una campiña vasta y agreste en las proximidades de Ourem para ver y oír a la Virgen María. ¡Que no se ofendan las almas piadosas ni se asusten los corazones creyentes y puros: no tenemos intención de escandalizar a aquellos que sinceramente se mantienen en su fe y a quienes el milagro aún atrae, seduce, encanta, consuela y fortifica, cual ha sucedido durante miles de años!... Éste es sólo un corto artículo de periódico sobre un suceso que no es nuevo en la historia del Catolicismo... Algunos lo consideran como un mensaje del cielo y una gracia; otros ven en él una señal y una prueba de que el espíritu

de superstición y fanatismo ha echado raíces profundas que es difícil o hasta imposible destruir.

“Las épocas de grandes calamidades han revivido y renovado siempre las ideas religiosas y las han favorecido. Y la guerra, que azota en todas partes, les ofrece el terreno más favorable y fértil para su desarrollo. Vemos esto confirmado en la vida de las trincheras y aun en la atmósfera espiritual de los países beligerantes.”

Después de algunas observaciones relativas a los especuladores que indudablemente esperaban sacar ventaja de la credulidad de las masas, daba un relato imparcial de los acontecimientos de Fátima y recordaba apariciones anteriores de la Santa Virgen en Lourdes, La Salette y otros lugares. Después continuaba con más ironía:

“El milagro tiene lugar entre mediodía y la una de la tarde, según aquellos que han estado allí. Pero no todos tienen la suerte de ver la santa figura. El número de los escogidos parece ser muy pequeño. A pesar de sus esfuerzos, muchos no ven nada, Ésta es la razón de que aquellos que se encuentran cerca de los niños se contenten con oírles hablar con una compañera invisible. Otros, por el contrario, distinguen en momentos solemnes y divinos las estrellas brillando en el firmamento, aun estando el sol en el cénit. Éstos oyen un ruido subterráneo que anuncia la presencia de la Señora. Pretenden que la temperatura desciende y comparan las impresiones de aquel momento con las que han experimentado durante un eclipse de sol...

“Conforme a lo que dicen los niños, la figura de la Virgen aparece sobre una carrasca rodeada por todas partes de una nube... La sugestión de las masas, producida allí por lo sobrenatural y alentada por una fuerza sobrehumana, es tan potente que los ojos se llenan de lágrimas, las caras toman palidez cadavérica, hombres y mujeres caen de rodillas, cantan plegarias y recitan juntos el Rosario.

“No sabemos si ha habido ya personas ciegas que han recuperado la vista, parálíticos que han recobrado el uso de sus miembros, pecadores empedernidos que han abandonado el camino del pecado para sumergirse en el agua purificadora de la penitencia.

“Pero eso no importa. La noticia de las apariciones se ha propagado desde el Algarve hasta el Miño. Desde el día de la Ascensión los peregrinos han acudido por miles hasta allí, en el día 13 de cada mes, de las cercanías y de las lejanías. No bastan los medios de transporte.

“El clero del lugar y de la vecindad mantiene con respecto a los hechos una prudente reserva, por lo menos en apariencia. Es la costumbre de la Iglesia. Proclama en alta voz que en tales circunstancias la duda no significa nada, pues las dudas también proceden del diablo. Pero secretamente se regocija por la gran concurrencia de peregrinos, que desde mayo se han hecho cada vez más numerosos.

“Y hasta hay gente que sueña con una iglesia grande y magnífica, siempre llena, con grandes hoteles en las proximidades que posean todo el *confort* moderno, con tiendas bien provistas de miles de objetos piadosos y recuerdos de Nuestra Señora de Fátima, y con un ferrocarril que nos llevará al futuro santuario milagroso más cómodamente que los autobuses en los que, por el momento, la masa de los fieles y curiosos realiza el viaje...”

Mientras el autor de estas observaciones pesimistas se dirigía a Ourem, y más tarde, con incomodidad mayor, a Cova da Iria, las familias de Abóbora y Marto, después de una noche en vela escuchando el golpear de las gotas de lluvia sobre el tejado, se levantaban en el triste amanecer. Apellas se teñía el Este de una tonalidad gris apagada y ya los primeros peregrinos, calados, llegaban, golpeando sus puertas. Pronto había docenas y veintenas de ellos, que no sólo rodeaban las dos casas clamando por ver a los niños, sino que alegremente forzaban su camino al interior sin esperar a ser invitados para ello. Tía Olimpia estaba furiosa al ver cómo manchaban sus suelos con el agua que chorreaban y el barro rojizo de los campos. Tío Marto aún le echa en cara su comportamiento, yendo de aquí para allá, intentando tener listos a los niños y contestando al mismo tiempo a las preguntas de la turba que daba empellones. La cosa llegó a su límite cuando estos forasteros comenzaron a instalarse en sus camas y arcones.

— ¡Marchaos de aquí todos vosotros! —gritó.

La gente no hizo caso. Y unos pocos más se abrieron camino hacia dentro.

—Déjalos solos, mujer —le aconsejó su marido—. Cuando la casa esté llena, no podrán entrar más.

Un vecino le cogió por la manga y le dijo al oído:

—Tío Marto, harías mejor no yendo a Cova da Iria. Podían pegarte. A los pequeños, no. Son niños, y nadie les hará daño. Tú corres el peligro de ser arrastrado.

—Voy, desde luego —respondió el otro—, y no tengo miedo a nadie. No dudo que todo marchará bien.



Olimpia no compartía esta confianza. Rogaba fervientemente a Nuestra Señora que protegiese en ese día a ella y a su familia, y todavía se sorprende de cómo sus hijos pudieron haber permanecido tan tranquilos y sin miedo en medio de aquel desorden.

—Si nos matan —dijo Jacinta—, nos vamos al cielo. Pero aquellos que nos ataquen, pobres infelices, se van al infierno.

Uno de los intrusos en la casa de tío Marto fue una baronesa de Pombalinho, que insistió en recalar dos vestidos adornados, uno azul para Lucía y otro blanco para Jacinta. Las niñas los rehusaron, prefiriendo los suyos blancos de la Primera Comunión. Finalmente, después de gran trabajo, lograron tomar un bocado y escabullirse de la casa.

En el último momento María Rosa se puso su chal y dijo que les acompañaría.

—Sé que van a mataros —dijo con lágrimas en los ojos a Lucía—. Muy bien; si debéis ir, yo iré también y moriré con vosotros.

— Fue un viaje largo y lento. El camino estaba repleto de personas desde Fátima a Cova da Iria. Hombres y mujeres se arrodillaban en el espeso cieno a ambos lados del camino, implorando sus plegarias. Alargaban las manos para tocarles. Burros mojados les rozaban al pasar. Los paraguas amenazaban sacarles los ojos. Pero ¡qué espectáculo cuando por fin llegaron a las proximidades del escenario de las apariciones! Unos 70.000 hombres, mujeres y niños, gentes de todas edades y condiciones, estaban aguardándoles pacientemente bajo la lluvia; una masa oscura bajo innumerables paraguas, sombreros chorreando, mantas empapadas. Estaban tan apretados entre la carretera y la carrasca, que los niños sólo pudieron pasar con la ayuda de un chofer, quien cogió a Jacinta y la subió a su hombro, gritando:

— ¡Abrid camino para los niños que vieron a Nuestra Señora!

Seguía tío Marto con Lucía y Francisco. Cuando alcanzaron el sitio de las apariciones, se sorprendió aquél de ver allí ya a su mujer. La había olvidado en su ansiedad por Jacinta. “Mi Olimpia apareció por otro lado, no sé por dónde”, confiesa.

Sea como fuese, ella llegó a encontrarse junto al tronco de la carrasca, que María Carreira había adornado, así como su mesa para limosnas, con guiraldas de flores. La multitud acechaba y atisbaba de aquí para allá, se refugiaba bajo paraguas, se apelotonaba para calentarse y miraba al cielo cargado de nubes del Este. Las voces repetían el Rosario en varias cadencias rítmicas. Un sacerdote que había estado rezando toda la

noche entre la lluvia y el barro, leía su breviario y miraba nerviosamente de vez en cuando su reloj. De pronto, se volvió hacia los niños y les preguntó a qué hora iba a llegar Nuestra Señora.

—Al mediodía —replicó Lucía.

Miró de nuevo su reloj y dijo con gesto de desaprobación:

—Ya es mediodía. Nuestra Señora no es una embustera. Ya veremos.

Casi todos los presentes estaban ya rezando el Rosario: *Ave, Maria, cheia de graça... Santa Maria, Mãi de Deus, rogai por nos pecadores...*

— ¡Cerrad vuestras sombrillas! —gritó Lucía.

Nunca supo porqué lo dijo, y uno tras otro obedecieron, aunque la lluvia seguía cayendo. “¡Cerrad vuestras sombrillas!”, dijeron uno tras otro. Todos aguardaron pacientemente bajo la lluvia. Pasaron unos minutos más. El sacerdote miró de nuevo a su reloj.

—Ha pasado mediodía. ¡Fuera con todo esto! Todo es una ilusión.

Comenzó a empujar a los tres niños con sus manos, si damos crédito a la memoria de María Carreira <sup>(45)</sup>. Pero Lucía, casi con lágrimas, se negó a moverse, diciendo:

—Quien quiera marcharse, se puede ir; pero yo no me voy. Nuestra Señora nos dijo que viniéramos. La vimos otras veces y la vamos a ver de nuevo.

Murmullos y quejas de desilusión principiaban a exteriorizarse entre los presentes. Entonces, de repente, Lucía miró hacia el Este y gritó: — Jacinta, arrodíllate, pues ahora veo a Nuestra Señora allá. ¡Puedo ver el relámpago!

— ¡Cuidado, hija! —era la voz chillona de María Rosa—. ¡No te dejes engañar!

Lucía no escuchó la advertencia. Aquellos próximos a ello notaron que su cara se sonrojaba y se hacía de una belleza transparente. Estaba ya contemplando extasiada a la propia Señora, que aparecía de pie, en medio de un torrente de luz blanca, sobre las flores con que María Carreira había adornado el tronco de la carrasca. Jacinta y Francisco, a cada lado de ella, tenían asimismo fija la mirada, ambos radiantes, ambos olvidados por completo de la multitud a su alrededor.

---

<sup>45</sup> DE MARCHI: Op. cit., pág. 175.

— ¿Qué quieres de mí? —preguntó Lucía, arrodillándose con los otros.

La lluvia fina caía sobre su rostro en alto.

—Quiero decirte que ellos construyan aquí, en mi honor, una capilla. Soy la Virgen del Rosario. Que continúen rezándome el Rosario todos los días. La guerra va a terminar y los soldados regresarán pronto a sus casas.

—Tengo que preguntarte muchas cosas —dijo Lucía—. La curación de algunas personas, la conversión de algunos pecadores...

—Unos, sí; otros, no. Es necesario que corrijan sus vidas y pidan perdón por sus pecados.

Su rostro se puso más serio al continuar diciendo:

—Que no agravien a Dios, pues Él está ya muy ofendido.

Luego la Señora del Rosario abrió sus blancas manos, como siempre, y le pareció a Lucía que la luz que salía de ellas ascendía hacia el punto donde debería encontrarse el sol directamente a lo alto, y que era más brillante que cualquier luz solar. Quizá fue en este momento cuando la multitud vio abrirse las nubes cual dos enormes cortinas que se descorrían, apareciendo el sol entre ellas en el claro azul como un disco de blanco fuego. Muchos oyeron a Lucía gritar: “¡Mirad al sol!”; pero esto lo dijo en estado de éxtasis y ella no lo recuerda, pues estaba completamente absorta en algo que vio donde el sol debía encontrarse.

Al desaparecer la Señora en el propio resplandor que provenía de sus manos abiertas, aparecieron en el cénit tres cuadros que simbolizaban, uno tras otro, los Misterios Gozosos, Dolorosos y Gloriosos del Rosario. El primero era una representación precisa de la Sagrada Familia. Nuestra Señora, con su tradicional túnica blanca cubierta con un manto azul, y San José a su lado sosteniendo en su brazo al Niño Jesús, San José de blanco y el Niño de rojo vivo.

Se oyó a Lucía decir: “¡San José nos va a bendecir!” Los tres niños vieron esta primera visión, y al Santo hacer tres veces la señal de la cruz sobre la multitud. El Santo Niño hizo lo mismo.

La siguiente visión, vista sólo por Lucía, fue la de Nuestra Señora de los Dolores en el atavío negro que le asigna la tradición, la Mater Dolorosa del Viernes Santo, pero sin el puñal en su pecho, y a su lado estaba su Divino Hijo transido de dolor, como cuando Él La encontró en el camino del Calvario. Lucía sólo percibió la parte superior de Su figura.

Contemplaba Él con piedad a la multitud por quien había muerto, y elevaba Su mano para hacer la señal de la cruz sobre ella.

Apareció entonces Nuestra Señora en una tercera visión gloriosa bajo la forma de Nuestra Señora del Monte Carmelo, coronada como Reina del cielo y del mundo, con su Hijo infante sobre sus rodillas. |

La gente no vio nada de esto: no hay al menos confirmación indubitable de la pretensión, exteriorizada por algunas personas, de haber visto a la Señora. Lo que todos vieron, sin embargo, fue algo estupendo, nunca oído, casi apocalíptico. El sol lucía en el transparente cénit como un gran disco de plata al que, aunque brillante como cualquier sol visto en ocasión normal, se podía mirar directamente sin cerrar los ojos y con una satisfacción única y deliciosa. Esto sólo duró un momento. Mientras lo contemplaban, la gigantesca bola comenzó a “danzar”: ésta fue la palabra que todos los observadores aplicaron al fenómeno. Primero se le vio girar rápidamente a modo de gigantesca rueda de fuego. Después de cierto tiempo se detuvo. Entonces giró de nuevo con velocidad vertiginosa, espeluznante. Finalmente, apareció en el borde una orla carmín que se esparció por el cielo, irradiando haces de llamas rojo sangre, como si precediesen de un torbellino infernal, reflejando sucesivamente sobre la tierra, los árboles y matorrales, sobre los rostros vueltos hacia lo alto y los trajes, una serie de brillantes colores: verde, rojo, naranja, azul violeta, todo el espectro, en suma. Girando locamente bajo esta apariencia, por tres veces, la ígnea esfera pareció temblar, estremecerse y después arrojarse precipitadamente en ingente zigzag hacia la multitud^

Un tremendo grito salió de los labios de miles de personas aterrorizadas, que se arrodillaron creyendo que había llegado el fin del mundo. Algunos dijeron que el aire se hizo más cálido en ese instante; no se hubiesen sorprendido si todo a su alrededor hubiera estallado en llamas, envolviéndoles y consumiéndoles.

— ¡Ay, Jesús, todos vamos a morir aquí!

— ¡Sálvanos, Jesús! ¡Señora nuestra, sálvanos!

— ¡Oh, Dios mío, me arrepiento!...

Y uno comenzó a rezar el acto de contrición.

Algunos que habían venido pura burlarse se postraron, bajando sus cabezas, y prorrumpieron en sollozos y rezos.

El Marqués de la Cruz exclamó:

— ¡Oh, Dios mío, cuán grande es Tu poderío!

Esto duró unos diez minutos quizá. Después todos vieron que el sol principió a elevarse con el mismo recorrido en zigzag hacia el punto donde había aparecido antes. Nadie pudo seguir mirándole por más tiempo. Era el sol de siempre.

Las personas se miraron unas a otras llenas de asombro y alegría. “¡Milagro, milagro! ¡Los niños tenían razón! ¡Nuestra Señora ha hecho el milagro! ¡Bendita sea Nuestra Señora!” Los gritos se extendían a toda la extensión de Cova da Iria. Unos reían, otros lloraban de gozo. Muchos descubrían que sus vestidos se habían secado por completo, de manera inexplicable.

Avelino da Almeida dio cuenta del suceso en *O Seculo* del 17 de octubre como “un espectáculo único e increíble si uno no hubiese sido testigo de él... Se puede ver a la inmensa muchedumbre vuelta hacia el sol, que se presenta libre de nubes al mediodía. El gran astro del cielo le hace a uno pensar en una placa de plata, y es posible contemplarle directamente sin la menor molestia. No quema ni ciega, cómo sucede en un eclipse. Pero de pronto estalla un clamor colosal y oímos gritar a los espectadores más próximos: “¡Milagro, milagro! ¡Maravilla, maravilla!” “Ante los ojos atónitos de la gente, cuya actitud nos transporta a los tiempos bíblicos, y la que, aterrorizada, con las cabezas al descubierto, mira el azul del cielo, el sol ha temblado y ha efectuado algunos movimientos bruscos, sin precedente dentro de las leyes cósmicas: el sol ha *danzado*, conforme a la expresión típica de los campesinos... Un anciano cuya estatura y rostro a la vez apacible y enérgico recuerda los de Paul Déroulède, aparece vuelto hacia el sol y reza el Credo en voz alta desde el principio hasta el fin. Pregunto su nombre. Es el señor João María Amado de Meló Ramalho da Cunha Vasconcelos. Le vi más tarde increpando a aquellos que en sus proximidades se habían mantenido cubiertos, instándoles con vehemencia a descubrirse ante tan extraordinaria demostración de la existencia de Dios. Escenas análogas se habían repetido en todos sitios...

“Los presentes se preguntan entre sí, si han visto algo y lo que han visto. La mayoría confiesa que han visto el temblor y baile del sol. Otros, sin embargo, declaran que han visto el propio rostro sonriente de la Virgen; juran que el sol dio vueltas sobre sí mismo como una rueda de fuegos artificiales; que cayó casi hasta el punto de quemar la tierra con sus rayos...

“Otro cuenta que él le ha visto cambiar, sucesivamente, de color...

“Son las tres de la tarde aproximadamente. El cielo está límpido y el sol sigue su curso con su habitual brillo, de modo que nadie se atreve a

mirarle directamente. ¿Y los pastores?... Lucía, la que habla con la Virgen, anuncia con movimientos teatrales, sobre el cuello de un hombre que la lleva de grupo en grupo, que la guerra está terminando y que los soldados van a regresar a sus casas. Tales noticias, sin embargo, no aumentan la alegría de los que oyen a las niñas. La Señal celestial: eso es todo. Hay mucha curiosidad, no obstante, por ver a las dos niñas con sus guirnaldas de rosas; algunos intentan besar la mano de las pequeñas santas, y una de las dos, Jacinta, está más próxima a desmayarse que a bromear. Pero la aspiración de todos —la Señal en el cielo— ha bastado para dejarles satisfechos, para arraigarles en su fe, comparable a la de los bretones...

“Su dispersión se efectúa después rápidamente y sin incidentes, sin desorden de ninguna clase, sin necesidad de ninguna intervención de los pelotones de policías. Los peregrinos que parten en primer lugar con prisa por recorrer su camino, son aquellos que llegaron primero con sus zapatos sobre sus cabezas o colgados en sus cayados. Marchan con sus almas impregnadas de alegría para propagar las buenas noticias por las poblaciones que no se despoblaron del todo para acudir hasta allí. ¿Y los sacerdotes? Algunos se han visto en el lugar, permaneciendo más bien junto a los espectadores curiosos que en compañía de peregrinos ávidos de favores celestiales. Quizá de vez en cuando alguno no consigue ocultar la satisfacción que se refleja tan a menudo en las caras de los que triunfan... Incumbe a las personas competentes el fallar sobre la *danse macabre* del sol, que hoy, en Fátima, ha hecho salir de los pechos de los creyentes el *Hosanna* y ha impresionado, naturalmente —así lo aseguran testigos dignos de crédito—, hasta a librepensadores y a otras personas no interesadas en asuntos religiosos que han venido a este, en otro tiempo, renombrado lugar campestre.”

Por todo Portugal la Prensa anticlerical se vio obligada a aportar testimonio similar de lo ocurrido. Había acuerdo general en lo esencial. Como escribió el doctor Domingos Pinto Corlho en *O Ordem*: “El sol, a ratos rodeado de llamas de color carmín, en otros aureolado de amarillo y rojo, y en ocasiones moviéndose en rápido movimiento de rotación, pareció desprenderse del cielo para aproximarse a la tierra e irradiar intenso calor.”

Las teorías del hipnotismo o sugestión en masa fueron descartadas cuando se supo que testigos de confianza que no figuraban entre los concurrentes a Cova da Iria habían visto el milagro a muchos kilómetros de distancia. El poeta Alfonso Lopes Viera lo vio desde su casa, en San Pedro de Moel, a 40 kilómetros de Fátima. El Padre Inacio Lourenço dijo

más tarde que lo había presenciado desde Alburita, a unos 18 ó 19 kilómetros de distancia, cuando era niño de nueve años. Él y algunos escolares suyos oyeron gritar a personas en la calle próxima. Salieron corriendo de la escuela con su profesora, doña Delfina Pereira Lopes, para ver con asombro el giro y descenso del sol. “Era como un globo de nieve que girase sobre sí mismo —escribió—. Después, repentinamente, pareció venirse hacia abajo en zigzag, amenazando caer sobre la tierra. Asustado, corrí a guarecerme entre la multitud. Todos estaban llorando, esperando de un momento a otro el fin del mundo.

“Cerca de nosotros había un incrédulo sin religión, que se había pasado la mañana burlándose de los tontos que habían hecho todo aquel viaje hasta Fátima para ir a ver a una niña. Me fijé en él. Aparecía como paralizado, como herido por el rayo, con sus ojos fijos en el sol. Después le vi temblar de pies a cabeza, y elevando sus manos al cielo cayó de rodillas en el fango, gritando: *Nossa Senhora! Nossa Senhora!*

“Mientras tanto, la gente continuaba voceando y gritando, pidiendo perdón a Dios por sus pecados... Después corrimos a las capillas de la población, que se llenaron en pocos momentos.

“Durante estos largos minutos del fenómeno solar, todos los objetos a nuestro alrededor reflejaban los diversos colores del arco iris. Al mirarnos unos a otros, el uno parecía azul, el otro amarillo y el de más allá colorado... Todos estos extraños fenómenos aumentaron el terror de la multitud. Transcurridos unos diez minutos, el sol volvió a su sitio del mismo modo que había descendido, aún pálido y sin resplandor...”

Viven aún en la vecindad muchos testigos. Hablé con ellos el último verano, incluyendo a tío Marto y su Olimpia, María Carreira, dos de las hermanas de Lucía (María de los Ángeles y Gloria) y otros varios de la población campesina, todos los cuales relataron la misma historia con sinceridad evidente, y cuando mencionaban la caída del sol se reflejaba siempre un matiz de terror en sus voces. El Reverendo Padre Manuel Ferreira da Silva me dio en esencia los mismos detalles: “Cuando vi al sol descender en zigzag —dijo—, caí de rodillas. Pensé que había llegado el fin del mundo.

El hecho ha sido establecido, sin duda alguna. ¿Cómo puede explicarse?

Ya en mayo de 1917, Jacinta y Lucía habían dicho a todos que la Señora que habían visto había prometido un milagro para el 13 de octubre al mediodía, como prueba de la sinceridad de los niños. Habían repetido

esto varias veces y nunca habían modificado su historia, aun bajo amenazas y persecución que debieron ser aterradoras para tales niños de diez, nueve y siete años. En el mismo día y hora que ellos habían prometido, unas 70.000 personas fueron testigos de la única experiencia de ver al sol dando vueltas sobre sí y cayendo en apariencia. Testimonio tan amplio sirve para confirmar que los niños habían visto, efectivamente, a la Madre de Cristo y de que Él había dado a las almas sencillas en Cova da Iria la señal en el cielo que con reverencia burlona Le habían pedido los fariseos, y que Él había rehusado conceder a sus corazones incrédulos y adultos.

El administrador de Ourem aún niega que ocurriese nada milagroso. Sospecho que lo hubiese negado aunque lo hubiera visto. O como los fariseos que negaron la resurrección después de haber visto a Cristo morir en la cruz, hubiese inventado alguna explicación racionalista para salvarse de la humillación de creer.

Fue destituido de su cargo después del golpe de Estado de Sidonio Paes, unos dos meses después del milagro. Lo último que se supo de él fue que había sido herido por la explosión prematura de una bomba, en Tomar, que estaba confeccionando para arrojarla a ciertos miembros del nuevo Gobierno.



## CAPÍTULO XIV

Lucía ha tendido un manto de caritativo silencio sobre las reacciones de su familia ante los acontecimientos del 13 de octubre. Debió de haber apologías y actos de reparación, furtivos quizá por parte de Antonio, resueltos y sinceros del lado de María Rosa. Pero en aquel día la pálida y abatida niña no tuvo tiempo para gozar de su triunfo. Grandes grupos de peregrinos la siguieron durante toda la tarde. Continuaban éstos deambulando por las calles y saliendo y entrando en las casas de los Abóbora y Marto, cuando el doctor Formigão llegó a Aljustrel a las siete de la tarde. Quería hablar con los tres niños antes que nadie lo hiciese y antes que otros pudiesen comparar sus manifestaciones. Gracias a su autoridad como sacerdote, consiguió dispersar a los forasteros con pocas palabras, y entonces citó a los tres niños a la casa de tío Marto, donde les interrogó por separado.

Los tres habían visto a Nuestra Señora de pie sobre el tronco del arbolito. Lucía y Jacinta estuvieron conformes en lo que Ella dijo. Francisco la había visto, pero no había oído lo que Ella habló. Los tres habían visto girar el sol, y también, cerca de éste, la visión de la Sagrada Familia. Pero sólo Lucía vio los dos cuadros que siguieron do Nuestra Señora de los Dolores y Nuestra Señora del Monte Carmelo. Todos se mostraron conformes en cuanto a los colores de las vestiduras y otros detalles. Hubo algunas discrepancias. ¿Era grande el Niño Jesús? No, muy pequeño, replicaron por separado. Pero Lucía creía que el Niño estaba sobre el brazo de San José, mientras que tanto Jacinta como Francisco le vieron de pie a su lado, en el lado derecho, y no llegaba a la cintura de San José. A Lucía le pareció un niño de un año de edad. Para Jacinta y Francisco debía de tener dos años, como un bebé de la vecindad, Deolinda de José das Neves, que tenía precisamente esa edad.

La divergencia respecto a la posición del Niño es la única importante, y confieso que no sé cómo explicarla. En todas esas visiones existe un

elemento subjetivo, y cabe que ellas presenten diferentes detalles a distintas personas.

El doctor Formigão realizó un intento más para conocer el secreto, interrogando a Francisco.

— ¿Qué era más brillante, la figura de la Virgen o el sol? —preguntó.

—Era más brillante la figura de la Virgen.

— ¿Oíste lo que dijo?

—No oí nada.

— ¿Quién te dijo el secreto? ¿La Señora?

—No, fue Lucía.

— ¿Puedes decírmelo?

—No puedo.

—No quieres hablar porque tienes miedo a Lucía y temes que pueda pegarte, ¿no es eso?

— ¡Oh, no!

—Entonces ¿por qué no me lo puedes decir?... ¿Sería quizá un pecado?

—Sí.

— ¿Es también por el bien del alma del señor párroco?

—No lo sé.

— ¿Se pondría la gente triste si llegase a enterarse?

—Sí.

Los niños estaban tan pálidos por el cansancio y tan aturdidos por la excitación, que el doctor Formigão acortó su examen temiendo se pusiesen enfermos si no se les daba algún descanso. Cuando volvió, el 19 de octubre, seguían tan exhaustos que contestaron mecánicamente, como sonámbulos. La memoria de Lucía era incierta para hechos recientes, aunque precisa para los pasados hacía algún tiempo. El Padre estaba convencido de que los tres habían contestado sinceramente. Él había visto el milagro del sol. Se marchó creyendo también en las apariciones, y desde entonces fue un defensor de los niños aun enfrente de una persecución persistente, tanto más difícil de explicar cuanto los promotores principales de ella no fueron carbonarios o masones, sino compañeros católicos, compañeros sacerdotes.

En cuanto a la oposición liberal, el primer silencio de estupefacción de los carbonarios duró sólo pocos días. “¿Qué debemos hacer? —dijeron los hijos de este mundo en otra ocasión—. Pues este Hombre está realizando muchos milagros. ¡Si le dejamos seguir así, todo el mundo creerá en Él!” Al cabo de una semana la logia Gran Oriente de Santarém se había recuperado lo bastante para planear no sólo una defensa, sino un contraataque. En la noche del 23 de octubre varios de los hermanos, incluyendo uno conocido por Cementerio Franco, acudieron a Ourem, donde fueron reforzados por ciertos secuaces del administrador Santos. Todos ellos prosiguieron en automóvil a Cova da Iria, con la intención de destruir lo que quedaba de la carrasca, matando así el culto al privarle de un punto de reunión y de la reliquia principal. Unos llevaban linternas, otros hachas.

Algunos golpes dados a las raíces y el arbolito cayó al suelo. Junto a él estaban otros objetos de devoción: la mesa de María Carreira con flores y monedas encima y un cuadro de Nuestra Señora, el arco rústico que los peregrinos habían levantado con dos palos largos y otro cruzado sobre ellos para soportar una pareja de faroles y algunas cruces. De todos estos objetos se apoderaron los invasores, transportándolos a Santarém. Los exhibieron como monstruosidades medievales en una casa próxima al Seminario, estableciendo un modesto estipendio para examinarlos y ofreciendo lo recaudado al administrador de la Misericordia, quien declinó aceptarlo. A la siguiente tarde llevaron en procesión por las calles todo lo expuesto, cantando letanías blasfemas con acompañamiento de tambores.

El liberal y masónico *O Seculo* de Lisboa publicó estos y otros detalles con una sincera condenación de la profanación llevada a cabo, haciendo la observación de que todo ello era especialmente vergonzoso en una época en que estaban prohibidas las procesiones católicas. Otros anticlericales fueron menos tolerantes. Cuando un grupo de católicos educados de Santarém publicaron indignados una protesta, la Federación de Pensadores Libres portugueses replicó con uno de los más curiosos documentos en la historia de Portugal, un manifiesto dirigido a todos los liberales contra “el vergonzoso espectáculo representado cual comedia ridícula en Fátima”, que atribuían a un complot eclesiástico para unir la Iglesia y el Estado y restablecer las relaciones diplomáticas con el Vaticano. En su apasionamiento llegaba el escritor hasta el extremo de declarar que los milagros debían ser castigados como transgresiones de las ordenanzas municipales, ya que eran violaciones de las leyes de la Naturaleza. Estaba especialmente irritado porque el milagro del sol había

sido inventado y perpetrado en el aniversario del librepensador Francisco Ferrer. Exigiendo rápida acción pública contra todos aquellos culpables de volver a traer a la luz del siglo XX tales hechos de medievalismo, terminaba con las frases:

“¡Larga vida para la República!

“¡Abajo la Reacción!

“¡Larga vida para la Libertad!”

En la mañana del 24 de octubre, la noticia del asalto del lugar sagrado circuló rápidamente de boca en boca entre los labriegos de la Serra. Hubo gritos de cólera en Moita, en Fátima, en Aljustrel, María Carreira fue una de las creyentes que se precipitó a ir a Cova da Iria para ver lo sucedido. ¡Ay! Había ocurrido lo peor. La mesa, el arco, los faroles, todo había desaparecido. No lo peor, sin embargo, pues los asaltantes habían cortado un árbol que no era el que buscaban. Y allí, a corta distancia del árbol descuajado, aparecía la simpática y pequeña carrasca sobre la que se había aparecido Nuestra Señora, con sus hojas superiores despiadadamente arrancadas, mas con su tronco y ramas inferiores elevándose aún al sol para que todos pudiesen contemplarlos. María Carreira dio gracias a Dios.

El resultado práctico del ultraje fue más bien aumentar que disminuir la devoción a Nuestra Señora de Fátima. El número de peregrinos aumentó gradualmente. Concurrían muchos de ellos los domingos, y en los 13 de los meses comprendidos entre mayo y octubre, a veces en verdadera procesión, procedentes de Leiria, Ourem o Chao da Maçãs. Aun durante la semana era raro el día que no acudían algunos. Seguían predominando los que iban descalzos; muchos estaban cojos, lisiados, traspasados de dolor, todos esperanzados que con sólo tocar la corteza de la carrasca tendría piedad de ellos la Reina del cielo. Una mañana fría de invierno, María Carreira encontró a un hombre que había dormido toda la noche sobre el duro suelo cerca del arbolito después de andar once leguas.

—Estoy contento de haber venido —dijo—. Me siento muy feliz en este sitio.

Junto con los devotos pobres llegaban personas de algunos más recursos, a veces de puntos tan lejanos como Lisboa u Oporto. Casi a diario aparecían en las casas de los Marto o Abóbora, deseando cambiar algunas palabras con los niños. Al principio acostumbraba Olimpia a mandar buscar en las praderas a Jacinta y Francisco, pero esto llegó a ser tan molesto, que acabó por perder la paciencia, y decidió enviar los rebaños con su hijo Juan. Esta decisión decepcionó grandemente a los dos

hermanos, pues significaba no gozar en gran parte de la compañía de Lucía. Pero no había de transcurrir mucho tiempo sin que ésta dejase de ser pastora.

María Rosa y su esposo eran demasiado humanos para resultar transformados en ángeles por la experiencia sorprendente de la que habían participado el 13 de octubre. Milagro o no milagro, Antonio deploraba amargamente el hecho de que la gran multitud hubiese contribuido a incrementar, si es que esto era posible, la destrucción de su predio en la Cova. Nada crecería ya jamás allí, especialmente con peregrinos que arribaban para acampar o transitar por su tierra diariamente. No era pequeño sacrificio para un campesino de Aljustrel perder cincuenta o más sacos de patatas al año, por no mencionar sus habas, espinacas y otras verduras. María Rosa continuó siempre irascible, pues era su temperamento, pero era demasiado sincera para negar que Lucía tenía razón, y demasiado devota, una vez admitido el hecho, para rehusar el hacer todo lo posible para cumplir los deseos de la Madre de Dios. Si Nuestra Señora quería que Lucía aprendiese a leer, no había nada que objetar. Desde la época de la Monarquía había habido una pequeña escuela para niños en Fátima, cerca de la iglesia. Recientemente, por feliz coincidencia, se había abierto una para niñas. María Rosa metió en ella a Lucía y convenció a su cuñada para que enviara también a Jacinta.

## CAPÍTULO XV

Francisco se quedó entonces solo, pero nunca se sintió aislado. No le abandonaba el tranquilo sentimiento de la presencia de Dios. Nunca se cansaba de contemplar la salida y puesta del sol. Podía ir con las niñas los días de fiesta para rezar el Rosario en Cova da Iria o la oración del Ángel en el “Cabeço”, escapándose por las tapias y zanjas en cuanto distinguía a alguien que tuviese el aire de un peregrino curioso.

A veces le cogían antes de poder escabullirse. Un día, un grupo de dichas personas le sorprendió con su hermana y su prima en una revuelta del camino. Les reconocieron en seguida y rodearon a los tres. Una de ellas instaló a Jacinta en lo alto de una tapia para que todos pudieran verla y oírla mejor. Otra intentó hacer lo mismo con Francisco. Más ligero que su hermana, huyó a lo alto de otra tapia antigua que estaba próxima, desde donde, mirando triunfante hacia atrás, vio a una mujer pobremente vestida y a su hijo arrodillados y extendiendo sus brazos hacia él en señal de súplica. La madre le rogó que pidiese a Nuestra Señora la curación de su marido enfermo y que no permitiese fuese a la guerra. Francisco se arrodilló a su vez en la tapia y comenzó a rezar el Rosario. Todos los forasteros se unieron a él.

“Después nos acompañaran a Cova da Iria —escribió Lucía— y rezamos otro Rosario en el camino. La pobre mujer prometió volver y dar gracias a Nuestra Señora. La hizo varias veces y trajo a su marido, que recobró su salud. Era de la parroquia, de San Mamede y les llamábamos los Casaleiros”<sup>(46)</sup>.

La mayoría de los forasteros aburrían a Francisco. ¡Qué preguntas tan tontas! Una de las preferidas era la que se suele dirigir a los niños pequeños en todas partes: “¿Qué vas a ser cuando seas mayor?” Tal pregunta suponía demasiadas explicaciones para él. Hubo, por ejemplo, dos señoras curiosas que le hicieron las siguientes:

---

<sup>46</sup> Memoria IV, pág. 25.

— ¿Quieres ser carpintero?

—No, señora.

— ¿Soldado entonces?

—No, señora.

— ¿Quizá médico?

— ¡Oh, no!

— ¡Ya sé lo que te gustaría ser: sacerdote!

—No.

— ¡Cómo no! ¿Decir misa?... ¿Escuchar confesiones?... ¿Rezar en la iglesia? ¿No es así?

—No, señora. No quiero ser cura.

—Entonces ¿qué quieres ser?

—No quiero ser nada.

— ¿No quieres ser nada, efectivamente?

—No. Quiero morir e ir al cielo <sup>(47)</sup>.

Francisco no sentía ambición de ir a la escuela con Jacinta y Lucía. ¿De qué serviría, si iba a ir al cielo tan pronto? Pero le gustaba pasear con ellas hasta la iglesia de San Antonio, en Fátima. Entonces solía decir:

—Mirad: vosotras vais a la escuela y yo me quedaré aquí en la iglesia, cerca de Jesús, oculto. No merece la pena para mí de aprender a leer. Me voy de aquí pronto para el cielo. Cuando volváis, me llamáis.

La iglesia estaba siendo reparada, y la Sagrada Hostia había sido trasladada desde el altar principal a uno pequeño en el lado izquierdo, cerca de la entrada. “Y allí me le encontré cuando me volví”, dijo Lucía. Solía pasar días enteros arrodillado ante el tabernáculo, donde su Señor estaba esperando a que viniese alguien para visitarle. Es bastante probable que de esta manera, sin dirección alguna, Francisco aprendiese a practicar la oración mental. Él bien podría haberse convertido en un gran contemplativo, y que incluso posiblemente haya tenido éxtasis. Había aprendido del Maestro mismo la lección que Santa Teresa enseña en su *Camino de perfección*: esta noble oración exige el amor, la soledad, el desapego, estar libre de todo egoísmo o sensualidad.

Sin embargo, nunca mostró su vida de piedad, sino que la ocultó, incluso de Jacinta. Un día después de la escuela, cuando las niñas le habían

---

<sup>47</sup> Tomado de las Memorias de tío Marto, en DE MARCHI, página 211.

perdido de vista en la Serra, lo encontraron postrado e inmóvil detrás de un muro de piedra.

— ¿Por qué no vienes y rezas con nosotras?

—Prefiero mejor rezar solo, para pensar y consolar a Nuestro Señor —contestó.

—Francisco, ¿qué te gusta más, consolar a Nuestro Señor o convertir a los pecadores para que sus almas no vayan al infierno?

Esta fue una cuestión teológica más profunda de lo que Lucía se podía imaginar, pero él respondió sin vacilar:

—Me gusta más consolar a Nuestro Señor. ¿No te acuerdas de lo triste que estaba Nuestra Señora el último mes cuando dijo que no se ofendiese más a Nuestro Señor, porque ya se le había ofendido mucho? Quiero consolar a Nuestro Señor primero y luego convertir a los pecadores para que no le ofendan más.

Un día en que no aparecía durante mucho tiempo, Jacinta pensó que se había perdido. “¡Francisco! ¡Francisco!” —le gritó. No hubo respuesta. Finalmente ellas le descubrieron, postrado e inmóvil, detrás de un montón de rocas. Pero permanecía callado. Apenas se movió cuando le sacudieron, y cuando finalmente se levantó, apenas se daba cuenta de donde estaba. Él les explicó que había estado rezando la oración del Ángel y que se había quedado después allí pensando.

—Y ¿no oías a Jacinta que te llamaba?

— ¿Yo? No he oído nada.

La oración de Francisco no era una forma de auto-complacencia, como la de los pseudo-místicos. No había nada en él de lo que San Juan de la Cruz llama “gula espiritual. Más bien, se manifestaba en buenas obras para beneficio de otros. Salía al campo a reunir las ovejas y las cabras de una pobre viejecita, que tenía gran dificultad para poder hacerlo. Logró notables conversiones. Él nunca se resistía cuando le pedían ayuda. Del mismo modo que una vez había ofrecido a un niño dos *vintens* para liberar un pájaro cautivo, y había tenido que correr hasta Aljustrel para buscar el dinero y volver a continuación, por lo que ahora no iba a ahorrarse ningún esfuerzo para liberar a un alma dolorida que lucha para salir del pecado.

Un día, de camino a la escuela, Lucía se encontró con su hermana Teresa, que hacía poco se había casado, y que había venido de Lomba, donde ahora vivía, con una petición de oraciones. El hijo de una mujer había sido arrestado y acusado falsamente de un grave delito por el que



podría ser exiliado o encarcelado durante muchos años. Después que Teresa se llegó a la casa de su madre, Lucía contó a los otros lo que su hermana le había dicho. Francisco se conmovió visiblemente. Cuando llegaron a Fátima, dijo:

—Mirad: mientras vosotras dos estáis en la escuela, yo estaré con Jesús y pediré esta gracia.

Al terminarse la escuela, las niñas le encontraron arrodillado ante el Santísimo.

—¿Le pediste a Nuestra Señora aquello? —preguntó Lucía.

—Sí, y puedes decir a tu hermana Teresa que el muchacho volverá a su casa dentro de pocos días.

Así sucedió, y la mujer de Lomba fue a Cova da Iria el 13 del mes siguiente, dando gracias por la libertad de su hijo.

Por tales favores Francisco pagó el precio que pagan todos los místicos. Su gran deseo, después de ir al cielo, era el de recibir al oculto Jesús en la Sagrada Eucaristía. Esto llegó a ser un anhelo mortificante cuando vio a su hermana Jacinta ir a recibir la Primera Comunión. Habían comenzado a prepararse juntos para ella el verano anterior. Tío Marto lo recuerda bien: fue a poco de interrogarles el párroco respecto a las apariciones. “Señor párroco —dijo él—, aquí están mis dos hijos dispuestos a hacer su primera confesión. ¡Ahora puede usted hacerles cuantas preguntas desee!” Después los llevó a que pasasen su examen para la Primera Comunión, pero el Padre Ferreira pensó que era mejor esperar otro año. Jacinta fue, finalmente, autorizada en mayo de 1918, pero no así Francisco, por confundirse un poco en algún pasaje del Credo. Esta vez volvió a su casa llorando. Era muy duro para un niño de diez años el fracaso, pero lo era aún más tomar asiento con los mayores en un fragante día de primavera y ver cómo su hermana se marchaba sin él. Mas la pena de la separación es familiar a los amantes de Dios, y Francisco la soportó valientemente, dedicándose cada vez más a sus oraciones. “¡Es por tu amor, oh Jesús mío!”

Se confirma en las Memorias de Lucía que ella reconocía una cierta dirección espiritual en este niño que era menor que ella. Poco antes de la Cuaresma de 1918, algunos de los amigos de Lucía le propusieron que organizase una de las fiestas de Carnaval, que culminaban en la del martes de dicha semana. Era costumbre que un grupo de niños y niñas se encontrasen en un sitio determinado, llevando aceite, pan o carne de sus casas, y después se divertían y bailaban hasta hora avanzada de la noche.

José Carreira y su esposa ofrecieron su casa para celebrar la que prometía ser la mejor reunión del año. Iban a venir niños y niñas de Moita, Fátima, Silva dos Curráis, Lomba, , Cura de Pedra, Casa Velha, todos lugares situados en la Serra. “Rehusé al principio, pero arrastrada por una cobarde condescendencia cedí a sus insistentes demandas.” Sin embargo, Lucía sentía remordimientos de conciencia y se lo dijo a sus primos.

Los oscuros ojos de Francisco la miraron de hito en hito con reproche.

— ¿Y tú vas a volver a esas reuniones y juegos de cocina? ¿Has olvidado que prometiste no volver nunca más a ellas?

—Yo no quiero ir, pero hazte cargo que insisten en su deseo y no sé lo que hacer.

— ¿Te das cuenta de lo que vas a hacer? Todo el mundo sabe que Nuestra Señora se te apareció. Sólo tienes que decir que por eso prometiste no bailar nunca más, y así no vas. Entonces podemos escaparnos esos días a la cueva del “Cabeço” y nadie nos encontrará.

El día de la reunión estuvieron todos en Cova da Iria rezando el Rosario.

El padrino de Lucía, Anastasio, uno de los pocos en Aljustrel que no necesitaban trabajar para vivir, tenía una mujer mundana llamada Teresa. Un domingo por la tarde vio ella pasar a los niños y les dijo:

— ¡Venid aquí, pequeños impostores, venid aquí! ¡Hace mucho tiempo que no os veo!

Les dio algunos dulces y después les propuso que cantasen cierta canción popular, más bien de tipo pagano, que comienza así:

¡Saludos a la niña  
con la fragancia del nuevo sol!...

Cuando ellos hubieron terminado, todos los presentes rieron y querían que la repitiesen. Pero Francisco dijo:

—No la cantemos más. Nuestro Señor no desea seguramente que cantemos tales cosas.

Con esto declinaron y se despidieron. Lucía pensó que al no dar gusto a la mujer de su padrino perdía probablemente una buena herencia.

—Pero el buen Dios me ha destinado para otra herencia mucho más preciosa.

Corría el mes de octubre de 1918 y la guerra estaba terminando, como Nuestra Señora había prometido; pero la gran epidemia de gripe, uno de los azotes concomitantes del castigo casi universal por la apostasía del hombre, abatía a millones de personas en todo el mundo; y a finales de octubre hizo su primera aparición en Aljustrel. Todos los miembros de la familia Abóbora, excepto Lucía, fueron alcanzados. En la casa de tío Marto, él quedó solo para cuidar a todos los demás. Francisco, el primero que hubo que meter en la cama, estuvo enfermo de cuidado, terminando con una bronconeumonía.

Fue desalentador para su padre y su madre verle recibir gozoso la enfermedad como el comienzo del viaje que la Señora le había prometido. Se quedó tan débil que apenas podía moverse, aunque nunca se quejaba.

—Si le dábamos un poco de leche —recuerda Lucía—, la tomaba. Si le dábamos un huevo, se lo comía. ¡Pobre niño! Tomaba las medicinas más amargas sin hacer mueca alguna. Esto nos daba la esperanza de que curaría. Pero ¿qué creéis que pensaba? Siempre nos decía que era inútil, que Nuestra Señora iba a venir para llevárselo al cielo.

Su único pesar era no poder hacer su visita diaria al Jesús en el Sagrario de la iglesia de Fátima.

Jacinta cayó enferma unos pocos días después que Francisco. Un día Lucía la encontró extrañamente exaltada.

— ¡Mira, Lucía! —le dijo—. Nuestra Señora vino a vernos aquí, y dijo que vendrá muy pronto para llevar a Francisco al cielo, y me preguntó si aún quería convertir más pecadores, y yo le dije que sí. Nuestra Señora quiere que vaya a dos hospitales, pero no para ser curada. Es para sufrir más por el amor de Dios, por la conversión de los pecadores y en reparación de las ofensas cometidas contra el Inmaculado Corazón de María. Dijo Ella que tú no ibas —continuó, ya que Lucía parecía dar señales de poderla acompañar—. Dijo que mi madre es la que me va a llevar y que después estaré allí sola.

Tío Marto y su mujer escucharon lo que dijo Jacinta con un estremecimiento de miedo, pues no era una enfermedad corriente esta gripe bronquial. A diario se sabía de algún vecino que había muerto; todos los días la campana de la iglesia de Fátima anunciaba otra triste reunión en el cementerio, al otro lado del camino. En muchas poblaciones de Portugal tuvo que ser prohibido el doblar de las campanas tocando a muerto, para prevenir un estado de pánico; pero tío Marto había pasado en su vida por demasiadas contrariedades para ponerse nervioso cuando pasaba un ataúd.

Nunca había dudado que Jacinta hubiese visto a Nuestra Señora en Cova da Iria, mas no era hombre que se amilanase porque una niña tuviese un sueño o una visión.

La fiebre de Francisco comenzaba a ceder día por día, y su pulso a hacerse más fuerte. Por Navidad pudo levantarse, aunque pálido y débil, y andar un poco. Al principio del Año Nuevo casi se había recuperado por completo. Mediado enero fue a la cueva en el “Cabeço” para rezar la oración del Ángel. Un día rezaría en Cova da Iria, otro en Valinhos. En otra ocasión llegó hasta Fátima para arrodillarse durante un buen rato ante el altar, consolando a Jesús por la indiferencia del mundo.

Cuando llegaban peregrinos, procuraba contestar a sus preguntas con paciencia. No siempre era esto fácil. Una tarde en que volvió algo cansado de Valinhos, encontró la casa llena de personas que habían repartido rosarios, crucifijos, medallas y otros objetos sobre una mesa, y le esperaban para que los bendijese.

—Yo no puedo bendecirlos —dijo con alguna severidad—. Los sacerdotes son los que los bendicen.

Los visitantes partieron de prisa, lanzándole insultos de paso.

Aretes del final de junio se puso de nuevo enfermo con poca fiebre. Tío Marto, como de costumbre, intentó poner buen semblante ante el niño.

—No te importe, Francisco, pronto te vas a poner bien como anteriormente. Serás un hombre fuerte, ya lo verás.

—No —replicó el muchacho—. Nuestra Señora vendrá muy pronto.

Su madrina Teresa intentó animarle con lo que ella consideraba una perspectiva halagüeña. Le prometió una rápida mejoría, pues iba a ofrecer su peso en trigo para repartir entre los pobres, y Nuestra Señora nunca se negaría a semejante ofrecimiento.

—No merece la pena que te molestes —dijo el niño con calma—. Nuestra Señora no te concederá esa gracia.

Pocos días después se puso mucho peor y tuvo que guardar cama. Era aquella cama de hierro que aún se ve allí, con su colcha, de trocitos de distintas telas, su cabecera de metal coloreado y con adornos, y sus dos perinolas de bronce. Ocupaba el espacio entre tres paredes. Por encima, a la derecha, había una ventanita, por la que no se veía más que un trocito del cielo. Al posar Francisco su cabeza ardiente y dolorida sobre la almohada, estaba convencido de que nunca más se levantaría, y desde entonces fue empeorando rápidamente.

Jacinta estuvo enferma al mismo tiempo en otra habitación. Escuchaba hasta asegurarse que sus padres habían salido de la casa. Entonces se echaba fuera de la cama y se metía a hurtadillas en el cuarto de Francisco para sentarse a su lado y hablar con él, hasta que fue descubierta y se le prohibió hacerlo. Por la tarde Lucía se detenía para visitarles en su camino de regreso a casa desde la escuela. Tía Olimpia se alegraba al verla. Sabía lo que esto significaba para los enfermos.

Lucía solía preguntarle a Jacinta:

— ¿Has hecho hoy muchos sacrificios?

—Sí, bastantes —contestaba la niña. Bajaba la voz—. Mi madre salió y varias veces sentí ganas de visitar a Francisco, pero no lo hice.

Lucía iba después a la habitación del niño. Estaba éste arrebatado, con ojos muy abiertos y brillantes.

— ¿Sufres mucho, Francisco?

—Bastante. Pero no importa. Sufro para consolar a Nuestro Señor, y dentro de poco estaré con Él.

—Cuando vayas, no olvides pedir a Nuestra Señora que me lleve también allí pronto.

—No pediré eso. Tú sabes muy bien que no te necesita allí aún.

Una tarde Lucía trajo a otras niñas, compañeras de colegio. Cuando se marcharon, Francisco la miró seriamente y le dijo:

—No andes con ellas porque puedes aprender a pecar.

—Pero salen de la escuela conmigo.

—Cuando salgas, estate un ratito a los pies del oculto Jesús, y después vienes sola a casa (<sup>48</sup>).

Su fiebre había aumentado y se veía que se iba debilitando. Un día en que Lucía estaba a solas con él, tomó un trozo de soga que ocultaba entre las ropas de la cama y se la alargó.

—Tómala, antes de que mi madre la encuentre. No me siento con fuerza bastante para ocultarla por más tiempo.

Era la que habían encontrado en el camino y se habían puesto como cinturón a raíz de la carne.

A principios de abril estaba ya tan débil que apenas podía mover los labios para rezar. Se preocupaba de no poder musitar el Rosario.

---

<sup>48</sup> Memoria IV, pág. 20.

—No tengo fuerzas bastantes, madre —decía—. Cuando digo el Avemaría mi cabeza se embarulla.

—Basta con que la reces con el corazón —Olimpia puso una mano ansiosa sobre su frente—. Nuestra Señora la escucha lo mismo y siente igual complacencia.

Él le dedicó una sonrisa, complacido.

Llegó la primavera, y a veces penetraba por la diminuta ventana el canto distante y triste de un ruiseñor, traído por el embalsamado aire de la Serra. Francisco quiso ver a Lucía. Ésta vino corriendo.

—Mira, Lucía, estoy muy enfermo y voy a ir al cielo muy pronto.

Lucía intentó no darle importancia.

—Entonces no olvides rezar mucho por los pecadores, por el Santo Padre y por Jacinta.

—Sí, lo haré. Pero oye, pide a Jacinta estas cosas después. Temo olvidarlas cuando esté con Nuestro Señor, y primero quiero consolarle... Mira, Lucía, necesito confesar.

En la noche del 2 de abril empeoró tanto que sus padres le prometieron avisar a primera hora de la mañana a la casa rectoral para que viniese el párroco a confesarle y suministrarle el Viático.

Al amanecer, Francisco dijo en voz baja a su hermana Teresa que necesitaba ver en seguida a Lucía. La muchacha salió precipitadamente hacia la casa de los Abóbora, despertó a su prima y dijo:

— ¡Lucía, ven pronto! ¡Francisco está muy malo y dice que quiere decirte algo!

Lucía se vistió de prisa y corrió al lado de la cama de su primo. Rogó a la madre de él, a su hermano Juan y a dos de sus hermanas que saliesen de la habitación, ya que era algún secreto lo que Francisco quería decirle. Así lo hicieron, y el niño dijo:

—Es que voy a confesar para poder recibir la Comunión y morir después. Quiero preguntarte si me has visto cometer algún pecado y que preguntes a Jacinta si me ha visto cometer alguno.

Lucía pensó un rato.

—A veces has desobedecido a tu madre, cuando te dijo que dejases de estar en la casa, y te ocultaste.

—Es verdad que lo hice. Ahora ve a preguntar a Jacinta si recuerda algo más.

Jacinta también reflexionó un buen rato.

—Mira, dile que antes de que Nuestra Señora se nos apareciese, robó un *tostao* <sup>(49)</sup> a su padre para comprar el organillo de José Marto de Casa Velha, y que cuando los niños de Aljustrel arrojaron piedras a los de Boleiros, él también tiró algunas.

Lucía se apresuró a volver con este mensaje al lado de Francisco.

—Ya he confesado ésos —murmuró—. Pero los diré de nuevo. Quizá es por estos pecados por lo que Nuestro Señor está tan triste; pero aunque no muera, no los haré más. Ahora me arrepiento. —Y juntando sus manos, dijo—: ¡Oh, Jesús mío, perdónanos y líbranos del fuego del infierno! ¡Atrae todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas! —Después, volviéndose hacia Lucía, añadió—: Tú también pide a Nuestro Señor que perdone mis pecados.

—Lo haré, no te preocupes. Si Nuestro Señor no te hubiese perdonado, Nuestra Señora no habría dicho a Jacinta el otro día que iba a venir pronto para llevarte al cielo. Ahora me voy a misa, y en ella pediré al oculto Jesús por ti.

—Pide también a Él que el señor párroco me dé la Sagrada Comunión.

—¿Por qué no? ¡Desde luego!

Cuando Lucía volvió de misa, Jacinta se había levantado y se encontraba sentada en el borde de la cama de su hermano. Francisco preguntó en seguida:

—¿Pediste al oculto Jesús que hiciese que el señor párroco me dé la Sagrada Comunión?

—Lo hice.

—Después, en el cielo, rezaré por ti.

—¡Hazlo! ¡Sin embargo, el otro día dijiste que no lo harías!

—Eso era para que te llevase pronto al cielo; pero si quieres, rezaré, y entonces Nuestra Señora hará lo que tú desees.

—Lo deseo. Tú reza.

Esto es lo que Lucía recuerda de la conversación.

Le dejé entonces y marché a mis deberes diarios, al trabajo y a la escuela. Cuando volví a la caída de la tarde, Francisco estaba radiante de

---

<sup>49</sup> Moneda portuguesa que vale 100 reis.

alegría. Había confesado y el señor párroco le había prometido traerle la Sagrada Comunión el próximo día.

El día siguiente, 8 de abril, fue magnífico. Francisco estaba muy tranquilo, esperando al sacerdote. Después de un rato abrió los ojos. Había oído el tintineo de la campanilla, que el acólito hacía sonar para hacer saber a la gente que el señor párroco llevaba consigo la Sagrada Hostia. Intentó sentarse en la cama, pero estaba demasiado débil, y su madrina Teresa le dijo que podía recibir lo mismo la Primera Comunión estando echado. Mientras tanto, Olimpia había encendido las velas benditas y las había colocado sobre una pequeña mesa junto a la cama.

El sacerdote entró en la habitación, presentando al Divino Jesús ante él y diciendo tres veces:

—*Domine, non sum dignus...*

Francisco casi se encontraba transportado al cielo.

Cuando Jacinta llegó más tarde para verle —le fue permitido en ese día—, le contó él sus impresiones.

—Hoy soy más feliz que tú, pues tengo en mi pecho al amado Jesús. Voy al cielo, pero allí pediré mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que te lleven también pronto allí.

Jacinta permaneció con él casi todo el día, rezando unos ratos el Rosario por él, cuando no era capaz de rezarlo por sí mismo, y otros sentándose al borde de la cama y contemplándole. Lucía llegó, como de ordinario, después de la escuela. Francisco le dijo:

—Seguramente en el cielo yo voy a pedir mucho por tus deseos. ¿Quién sabe si Nuestra Señora querrá llevarte también muy pronto?

Lucía había cambiado de opinión.

—No hagas eso. Imagínate sólo a los pies de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, que son tan buenos.

—Muy bien -entonces le sobrevino un pensamiento terrible—. ¡Pero quizá no se acuerde de mí!

— ¡Quizá no se acuerde de ti! ¡Paciencia!

Francisco sonrió.

Parecía tan fuera de este mundo, que Lucía dudó si le volvería a ver de nuevo.

—Adiós, Francisco —le dijo con voz suave—. Si te vas al cielo esta noche, no me olvides allí, ¿me oyes?



—No te olvidaré, no&. Descuida.

Cogió él la mano de su prima con fuerza inesperada y la apretó durante unos segundos, mirándola fijamente a los ojos, y a ambos se les saltaron las lágrimas.

— ¿Quieres algo más?

Le pareció una tontería, pero no se le ocurrió otra cosa.

—No —replicó en voz baja.

Tía Olimpia entró para enviar a Lucía a casa.

—Entonces, ¡adiós, Francisco, hasta el cielo!

— ¡Adiós, hasta el cielo!

Lucía lloraba aún cuando se marchó. No podía quedarse por más tiempo.

Toda la noche el niño estuvo tranquilo pensando en Jesús, que había recibido y a quien vería pronto cara a cara. Tenía sed, pero no pudo beber la leche que su madre le ofreció; sólo pudo tomar unas gotas de agua.

—Estoy bien —dijo—, no me des nada.

Más tarde la llamó y dijo:

— ¡Mira, madre, qué bonita luz hay allí, junto a la puerta!... Ahora ya no la veo.

Por la mañana pidió su bendición y perdón por cualquier disgusto que le hubiese ocasionado en su vida. A las diez, su vida se extinguió casi imperceptiblemente. Subsistía una leve sonrisa en sus labios cuando Jacinta y Lucía vinieron a verle.

El día siguiente, 5 de abril de 1919, algunos hombres con capas verdes, miembros de la Misericordia, marchaban lentamente a lo largo del camino pedregoso a Fátima, con un acólito portador de un crucifijo. Cuatro niños de blanco iban detrás de ellos con un pequeño ataúd. Seguían tío Marto, Olimpia y otros. Depositaron los restos de Francisco en una pequeña tumba próxima a la puerta del cementerio. Todos rezaron el Rosario.

Jacinta estaba demasiado enferma para estar presente. Lucía fue después sola y colocó una pequeña cruz sobre la tumba.

## CAPÍTULO XVI

Jacinta fue trasladada a la cama en que había muerto Francisco. Estaba más próxima a la puerta de entrada y podía ver y escuchar a la gente. Quizá Olimpia pensó que esto contribuiría a aliviar su pena, pues aunque Jacinta sabía dónde estaba Francisco y quién le había recibido, le echaba muchísimo de menos.

La persona que más le consolaba en estos melancólicos días de primavera era Lucía. Todos los días se detenía a verla, mostrándose alegre cuando regresaba a su casa terminada la escuela. En vacaciones o domingos le traía flores de la Serra, y mientras las disponía encima de la mesa, decía a Jacinta dónde las había encontrado.

—Éstas son de Cova da Iria. Encontré ésta en Valinhos. Esta otra crecía junto al “Lagoa”.

Las mejores eran de la ladera del “Cabeço”: violetas, rosas silvestres, peonías y margaritas por turno; todas las flores que la niña hubiese cogido si hubiera estado bien.

Lucía le traía noticias que la divertían, referentes a la capilla que algunos de los devotos estaban levantando cerca de la carrasca en Cova da Iria. Todo el mundo quería dar órdenes y nadie quería recibirlas; esto originaba discusiones más o menos acaloradas, en las que podemos asegurar que María Carreira tomaba parte activa cuando encontraba algún motivo de resentimiento. No había sacerdote alguno que actuase de árbitro, y requirió algún tiempo el encontrar uno que bendijese la ermita (<sup>50</sup>).

Jacinta se entretenía con ello, pero a veces se quedaba pensativa y decía:

Nunca más volveré a ver Cova da Iria o Valinho.

— ¡Sí los verás, Jacinta! ¡Valor!

---

<sup>50</sup> María Carreira, en DE MARCHI, pág. 205.

—No. Nuestra Señora me dijo que mi madre me llevaría a un hospital, en un edificio oscuro, y que no me pondría bien.

Era cierto que la pleuresía exigía mucho tiempo para curarse. Sin embargo, parecía que la niña enferma podía ayudar a otros que se encontraban en trances apurados. Había, por ejemplo, una tía de Lucía, Victoria, cuyo hijo, buen mozo pero venático, hacía semanas que faltaba del hogar, hasta que Jacinta comenzó a pedir a Nuestra Señora le devolviese a casa. Transcurridos unos pocos días, volvió de pronto, con una rara historia en la que se atribuía el don de la ubicuidad a la joven enferma. Habiendo gastado todo el dinero que tenía, se dedicó a robar, siendo detenido y encerrado en la prisión de Torres Novas. Una noche consiguió escapar. Huyó a las montañas y se ocultó en un bosque de pinos. Asustado durante una violenta tormenta, cayó de rodillas bajo la lluvia y pidió a Dios perdón y un regreso a salvo a su casa. Entonces se le presentó una niña que surgió de la oscuridad y le cogió de la mano, viendo que era Jacinta. Le condujo montaña abajo hasta el camino que va de Alqueidao a Reguengo; después, diciéndole por señas que siguiese ese camino, desapareció. Al amanecer llegó a un puente, que reconoció ser uno próximo a Boleiros, no lejos de su casa en Fátima. Cuando Lucía interrogaba a Jacinta sobre el particular, ésta no sabía explicárselo, pero dijo que había rezado mucho por el joven (<sup>51</sup>).

La llegada del tiempo cálido no aportó mejoría a Jacinta, opinando el doctor que nunca se repondría bien de no ir a un hospital para que la operasen, pues tenía pleuresía purulenta como consecuencia de la bronconeumonía; y una mañana de julio de 1919, tío Marto la colocó sobre un burro y la llevó a Ourem. El hospital de esta población era un gran edificio blanco, de aspecto más bien alegre, y la sala donde instalaron a Jacinta era aireada y con mucha luz. No se parecía en nada al sitio oscuro donde Nuestra Señora había dicho que su madre la llevaría.

Olimpia fue allí a verla y la encontró contenta y sin quejarse, aun cuando algunas golosinas que un visitante había traído habían desaparecido del cajón superior de la vitrina de las medicinas.

—Debió de ser alguna enfermera glotona —dijo Olimpia.

Pero Jacinta no se preocupó.

Lucía sólo la visitó una vez. Fue el verano en que murió su padre (31 de julio de 1919); registra el hecho brevemente en sus Memorias, sin comentario o emoción. Sin embargo, parece bastante probable que toda su

---

<sup>51</sup> Memoria IV, pág. 45.

familia echase de menos a Antonio, pues si no había sido el mejor marido ni padre de este mundo, tampoco fue el peor, y era sólo “cuando tenía una copa de más” cuando se mostraba irascible. Ciertamente, María Rosa lo sintió y su salud declinó rápidamente después de su muerte. Comenzó a tener ataques alarmantes de debilidad y falta de respiración, que el módico atribuyó a su antiguo padecimiento del corazón.

Después de uno de estos ataques, María de los Ángeles dijo a su hermana menor:

—Lucía, ya no tienes padre, y si tu madre muere, serás huérfana. Si es verdad que viste a Nuestra Señora, pídelas que cure a tu madre.

La niña se levantó sin pronunciar palabra; fue a su habitación, se puso un grueso traje de lana, pues hacía frío y llovía, y marchó a Cova da Iria para arrodillarse en el barro ante la carrasca. Cuando regresó al cabo de pocas horas, trajo un puñado de tierra roja con brotes y dijo a Gloria que hiciese un té con éstos. Había prometido a Nuestra Señora que si su madre curaba irían todos de rodillas desde la carretera al sitio de las apariciones, durante nueve días sucesivos, y darían alimento a nueve niñas pobres. Es María de los Ángeles la que cuenta esta curiosa historia al Padre De Marchi (<sup>52</sup>).

“Gloria preparó el té y se lo dio a su madre.

“— ¿Qué té es éste? —preguntó ella.

“—Es de brotes de violetas —dijimos.

“Y se lo bebió todo.”

No hubo más ataques del corazón, aunque continuaron otras enfermedades; y fieles a la promesa de Lucía, ella y todas sus hermanas fueron a Cova da Iria durante nueve tardes después de comer, con la consiguiente mortificación, mientras descendían, de rodillas, la pendiente pedregosa, en tanto que María Rosa las seguía de pie, dando gracias a Dios.

Lucía no consiguió de la Virgen el favor de la curación para su primita en el hospital de Ourem. Le habían hecho a ésta una incisión e insertado en ella un drenaje; sin embargo, transcurridos dos meses Jacinta no estaba mejor; en realidad, estaba peor que nunca. Le estaba costando a tío Marto la hospitalización 1.200 reis diarios y ya había gastado todos sus recursos. Al final de agosto preparó el burrito de nuevo y trajo a casa a la enferma.

---

<sup>52</sup> Op. cit., pág. 218.

*Ai, Jesús!* Olimpia apenas reconoció a su hija: ¡estaba pálida, delgada, transparente, extenuada! Tenía una gran herida abierta en el pecho, que había de ser curada todos los días. El doctor Formigão, que la vio en octubre, la describió como un esqueleto viviente: sus brazos reducidos a los huesos, su cara toda ojos, sus mejillas desgastadas por la fiebre.

El buen teólogo era una de las 600 personas que fueron a Fátima, el 13 de octubre de aquel año, para celebrar el segundo aniversario del gran milagro. Fue el día en que los peregrinos se vieron sorprendidos por veintiuna explosiones terroríficas, una tras otra, cerca de la carrasca. Pero no se trataba de un ataque del enemigo, como muchos se temían. Era sólo un obrero de Porto-de-Mos, que había hecho una salva de veintiuna bombas en honor de Nuestra Señora, para demostrar su gratitud por un favor concedido a él inesperadamente.

No había duda que en los campesinos había arraigado la devoción a la Virgen de Fátima. Una leve indicación de esto era el aumento del fondo de monedas pequeñas que dejaban junto al árbol. En el verano de 1918, el total de lo recaudado era 357.000 reis. Esto continuaba siendo un tormento para María Carreira, la guardiana oficiosa de aquel lugar por común asentimiento, tanto más cuanto la gente comenzó a sospechar de ella, insinuando que se aprovechaba de ello en beneficio propio. En vano intentó convencer al párroco que aceptase el dinero, y fue inútil que escribiese al Patriarcado pidiendo instrucciones. En cierta ocasión, el administrador de Ourem citó al marido de María a Ourem para que rindiese cuentas. Después de la muerte de Antonio, María Rosa envió a sus hijos, como propietarios de la tierra en Cova da Iria, a pedir que María da Capelhina devolviese el fondo a una comisión. Afortunadamente se presentó una demanda de arbitraje al vicario de Olival, Padre Faustino Ferreira, quien llegó a un convenio amistoso hasta que el dinero pudiese ser entregado a alguna autoridad diocesana. Después de eso, María Rosa y María Carreira se hicieron amigas íntimas. Otro resultado feliz fue que Lucía encontró en el vicario de Olival un amigo leal y un director sensato.

Juzgaban algunos hombres reflexivos como él, que la devoción en Cova da Iria estaba ya aportando bendiciones sobre Portugal y el mundo. No sólo había terminado la guerra, sino que se habían reanudado las relaciones diplomáticas entre Lisboa y la Santa Sede en julio de 1918. Y en diciembre de 1919, el Papa Benedicto XV instó a todos los católicos portugueses a que se sometiesen a la República como autoridad legalmente constituida y aceptasen cargos si fuesen ofrecidos, mientras la beatificación de Nuño Álvarez, el vencedor de Aljubarrota, contribuyó

mucho al aumento de los buenos sentimientos. No obstante, el Gobierno continuó persiguiendo a la Iglesia de muchas maneras, y nunca cejó en sus esfuerzos para desarraigar la devoción a la Virgen de Fátima. Quizá esto explique en parte por qué Su Eminencia el Cardenal Mendes Belo, Patriarca de Lisboa, amenazase con excomulgar a cualquier sacerdote que hablase en favor de las apariciones. Hombre hábil y fuerte, se inclinaba a discurrir de modo autoritario, según una conveniencia oportunista, de conformidad con la opinión pública. Puede que le guiase la idea de que cuando las relaciones entre la Iglesia y el Estado iban mejorando, sería imprudente el permitir que las perturbase una devoción nueva y no comprobada.

Bajo estas circunstancias no le faltó valor al doctor Formigão para proteger a Jacinta. Desgraciadamente, no pudo hacer más en aquella ocasión que sugerir que debía de ser enviada a algún sanatorio realmente bueno.

Durante los días templados de otoño, sin embargo, Jacinta comenzó a mejorar. Pudo dejar la cama, salir después y acudir, finalmente, a misa en Fátima el domingo. Una o dos veces marchó a sitio tan alejado como Cova da Iria. Cuando sus padres se enteraron de esto se lo prohibieron, pero ya era tarde, pues con el primer cambio de tiempo frío le volvió nuevamente la fiebre y tuvo que volver a la cama. No le preocupó mucho el lecho mientras estuvo con fuerzas para levantarse y rezar su Rosario, arrodillándose en contemplación con su cabeza contra el suelo, como había hecho el Ángel. Pero cada vez se le hizo más difícil.

—Cuando estoy sola, salgo de la cama para decir las oraciones del Ángel —dijo confidencialmente a Lucía—. Pero ahora ya no puedo poner mi cabeza contra el suelo, pues me caigo. Por eso sólo rezo de rodillas.

Cuando el Padre Faustino Ferreira se enteró de esto por boca de Lucía, recomendó a Jacinta que debía decir todos sus rezos tendida en la cama.

—¿Y Nuestro Señor, estará contento? —preguntó con ansiedad.

—Sí. Nuestro Señor quiere que hagas lo que te ordene el vicario.

—Bien. No me levantaré nunca más.

Aun en la cama, Jacinta continuó haciendo penitencia por algunos de esos pecadores empedernidos a quienes nunca había visto. Cuando tenía sed, se pasaba sin beber el menor sorbo. O permanecía echada despierta, deseando levantarse y rezar, y ofreciendo el deseo como una penitencia antes que desobedecer a su madre; y este conflicto le mantenía despierta

toda la noche. Era sólo Lucía a quien revelaba el terrible dolor que sentía en el pecho. Pero lo ofrecía en honor del Inmaculado Corazón de María.

—Di a todo el mundo que Dios les concede favores por mediación de Ella —decía—. ¡Si yo pudiese poner en el corazón de todas las personas esa luz que yo tengo aquí, en mi pecho, para abrasarme y hacerme amar tanto el corazón de Jesús y de María!... ¡No sé cómo es, pero siento a Nuestro Dios dentro de mí; comprendo lo que Él dice, y no Le veo ni oigo! Pero ¡es tan consolador estar con Él!... Nuestro Señor está triste porque Nuestra Señora nos dijo que no se Le ofendiese más, por lo mucho que está ya agraviado, y nadie le hace caso. Ellos insisten en cometer los mismos pecados.

Cuando Lucía volvía de misa, Jacinta le solía preguntar:

— ¿Recibiste a Nuestro Señor?

—Sí.

—Acércate más a mí, pues tienes en tu corazón al Divino Jesús. ¡Oh, cómo desearía poder ir a comulgar!

Tres veces en aquel año, Jacinta vio a su “Madrecita del cielo” de pie, junto a su lecho, alentándola. La última de estas visiones fue a finales de diciembre de 1919.

—Nuestra Señora vino a verme la última noche —dijo llena de alegría—. Me dijo que voy a ir a Lisboa a otro hospital. Añadió que después de sufrir mucho, moriré. Moriré completamente sola. Pero me comunicó que no me asustase, pues vendrá a buscarme para llevarme al cielo.

Un poco más adelante, y como se presentasen ciertas complicaciones, Jacinta comenzó a llorar, y con su mano huesuda agarrada al brazo de su prima, le dijo:

— ¡No te veré ya nunca más, Lucía!

— ¡Iré a verte al hospital!

—No; no vendrás a verme. Reza por mí mucho, pues he de morir sola.

Un día en que Lucía le trajo una estampa con la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, la miró pensativa un momento y después exclamó, angustiada:

— ¡Oh, mi Madrecita del cielo!, ¿realmente he de morir sola?

Había algo desconsolador en esta frase, recordando el angustioso lamento en el Huerto: “Padre, si es posible...” Lucía también lloraba mientras la sostenía entre sus brazos y buscaba palabras de consuelo.

— ¿Qué te importa el morir sola, Jacinta, si Nuestra Señora ha de venir por ti?

—Es cierto, no me preocupo. Sin embargo, no sé, pero a veces me olvido que Ella ha de venir a llevarme.

Olimpia tenía que recurrir a Lucía para lograr la mayoría de la información relativa a la vida interior de Jacinta.

— ¿Qué te dijo Jacinta hoy? —le preguntaba en voz baja a la puerta—. Pregunta a Jacinta en qué piensa cuando ella tiene tanto tiempo sus manos sobre su cara, sin moverse.

—Yo le pregunté, pero sólo sonrió y no me contestó.

Cuando Lucía la interpeló sobre ello, replicó Jacinta:

—Pienso en Nuestro Señor y Nuestra Señora —aquí cuchicheó parte del secreto—. Me gusta pensar en ellos.

Esto produjo poca satisfacción a Olimpia, toda vez que el secreto permanecía sin conocerse.

—La vida de estas niñas es un enigma —dijo quejándose a María Rosa.

—Ciertamente lo es —convino la madre de Lucía agriamente—. Cuando están solas hablan en un rincón y nadie puede coger una palabra de lo que dicen por más que se afine el oído, y además cuando alguien llega bajan sus cabezas y se callan. No puedo comprender este misterio.

Nadie sino Lucía tomó en serio lo dicho por Jacinta respecto a un hospital en Lisboa. Los campesinos rara vez disponían de recursos para ir a un hospital, y Lisboa distaba 145 kilómetros. Parecía un sueño irrealizable, hasta un día de enero de 1920, en que vieron detenerse un automóvil frente a la casa de los Marto. El visitante era el doctor Formigão y le acompañaban un caballero y una señora a quienes les había interesado el caso de Jacinta, y que venían desde Lisboa exclusivamente para verla. Eran el doctor Enrico Lisboa, un notable especialista en oftalmología, y su esposa. Un breve examen convenció al doctor Lisboa que la niña moriría pronto si no se la enviaba a un buen hospital. Con sus relaciones en la capital podía arreglar fácilmente la cuestión. Él y algunos de sus amigos, incluyendo al barón de Alvaiázere, correrían con todos los gastos.



Tío Marto y su mujer objetaron que su hija se había puesto peor después de un tratamiento de hospital, y que en todo caso sería inútil prolongar su vida si Nuestra Señora, como ellos creían, había prometido venir tan pronto por ella.

—La voluntad de Nuestra Señora —replicó el médico gravemente— es superior a todas las consideraciones humanas. Pero el único medio de asegurarse que Nuestra Señora desea efectivamente llevársela, es agotar todos los medios científicos de conservar su vida.

Se decidió entonces que tía Olimpia la llevase a Lisboa tan pronto como se hubiesen hecho los preparativos necesarios. Jacinta no se sorprendió. Había estado esperando una nueva hospitalización. Y por alguna razón se puso notablemente mejor a medida que se acercaba la fecha de su partida. Una hermosa mañana de enero, su madre y una vecina la llevaron a lomos de una burrita a Cova da Iria para una visita de despedida. En el “Lagoa” pidió bajar de la caballería y todos rezaron el liosa rio. Después cogió algunas flores silvestres, que llevó al sitio de las apariciones, y colocó en la pequeña capilla como un ofrecimiento a Nuestra Señora. Se arrodilló frente a la carrasca para rezar su última oración. Cuando las dos mujeres la ayudaron a ponerse nuevamente de pie, ella miró al cielo y la campiña e hizo esta observación:

—Madre, cuando Nuestra Señora se marchaba, pasaba por encima de aquellos árboles y después entraba en el cielo tan de prisa, que yo pensaba si se cogería los pies

A la mañana siguiente se despidió de su padre y de su mejor amiga. “Me llegó al corazón —escribía Lucías—. La tuve largo rato en mis brazos. Ella me dijo sollozando:

“—No nos volveremos a encontrar jamás. Reza por mí mucho hasta que vaya al cielo, y después rezaré mucho por ti. No digas nunca a nadie el secreto, aunque te maten. Ama mucho a Jesús y al Inmaculado Corazón de María y haz muchos sacrificios por los pecadores.

“—Adiós, Jacinta.

“—Adiós, Lucía.”

Olimpia y su hijo mayor, Antonio, llevaron a Jacinta a Chao da Magas, donde tomaron un tren para Lisboa, llegando cuatro o cinco horas más tarde a la ruidosa y polvorienta estación llamada Rossio. Ninguno de ellos había estado antes en la gran ciudad. Olimpia llevaba un pañuelo blanco en la mano derecha, que agitó de vez en cuando, y Jacinta otro en la mano izquierda. Eran éstas las señales convenidas para que ciertas señoras,

amigas del barón de Alvaiázere, pudieran reconocerlas fácilmente. Pero no aparecieron las señoras que esperaban.

Antonio, que sabía leer, fue a hacer algunas indagaciones. Como tardase en regresar, temió su madre se hubiese perdido y recorrió la estación gritando: “¡Antonio! ¡Antonio!”

Después de transcurrido un tiempo que le pareció interminable, volvió el muchacho. Un momento después, tres señoras bien vestidas se presentaron ellas mismas como amigas del barón.

Lo primero que había que hacer era encontrar alojamiento para los viajeros, pues ninguna de las señoras tenían habitaciones para ellos en sus casas. Así recorrieron toda la ciudad, entrando en varias casas donde pudieran acomodarse. Olimpia estaba cansada y Jacinta medio muerta cuando, después de muchas negativas, una buena mujer aceptó alojarlos. Permanecieron con ella una semana.

Al final de ella se había encontrado una plaza para Jacinta en el Asilo de la rua da Estrêla, próximo a la iglesia de Nuestra Señora de los Milagros. Doña María de Purificado Godinho, la directora de esta institución, era una monja franciscana que iba de un lado para otro, vestida como una seglar —ya que el hábito religioso estaba prohibido por la República—, recogiendo limosnas, que administraba para albergar, vestir, alimentar y educar de veinte a veinticinco niñas huérfanas. Tenía una devoción particular a Nuestra Señora, y habiéndose enterado de sus apariciones en Fátima, rezaba para que se le arreglase el ir allí y ver a los niños tan favorecidos, cuando alguien la dijo que Jacinta estaba en Lisboa. Desde ese momento su corazón maternal le indujo a cuidar de la niña, aceptándola en su orfanato, e hizo que se sentase todos los días en una ventana soleada que daba al jardín de la Estrêla, donde siempre había algo que ver.

Jacinta era feliz. Le gustaba vivir en un convento. Le parecía un sueño celestial el pensar que el Señor oculto en la Eucaristía estaba allí constantemente y que podía visitarle a diario y recibirle en la misa todas las mañanas. No pudo comprender cómo los visitantes podían reír y hablar en la capilla, y pedía a la Madre Godinho que les recordase que guardasen más respeto por Aquel que estaba allí. Como la advertencia tuviese poco efecto, ella dijo resueltamente:

—En este caso tendrá que saberlo el Cardenal. Nuestra Señora no quiere que la gente hable en la iglesia.

La Madre Godinho pensaba que tenía una santa bajo su techo. “¡Habla con tanta autoridad!”, decía. Observó que Jacinta tenía poco contacto con las otras niñas, excepto de vez en cuando para darles algún consejo maternal sobre veracidad u obediencia. A menudo la monja se sentaba a su lado en la ventana y conversaba con ella.

Después escribía algo de las cosas más notables que había dicho.

“Las guerras —decía Jacinta— no son sino castigos por los pecados del mundo.

“Nuestra Señora no puede sostener por más tiempo el brazo de su amado Hijo sobre el mundo. Es necesario hacer penitencia. Si la gente se reforma, Nuestro Señor salvará el mundo. Pero si no se reforma, Él lo castigará.

“Nuestro Señor está profundamente indignado con los pecados y crímenes que son cometidos en Portugal. Por esto amenaza a nuestro país, y principalmente a la ciudad de Lisboa, un terrible cataclismo de orden social. Estallará aquí, por lo que se ve, una guerra civil de carácter anarquista o comunista, acompañada de saqueos, asesinatos, incendios y devastaciones de todo género. La capital se transformará en una verdadera imagen del infierno. En el momento en que la Divina Justicia ultrajada inflija tan terrible castigo, todo el que pueda huirá de esta ciudad. Este castigo ahora predicho se anunciará poco a poco y con la debida discreción<sup>(53)</sup>.

“¡Querida Señora Nuestra! *Ai!* ¡Estoy tan desconsolada por Nuestra Señora! ¡Está tan triste!

“Reza mucho, mi madrecita, por los pecadores. Reza mucho por los sacerdotes. Reza mucho por los religiosos. Los sacerdotes deberán ocuparse de los asuntos de la Iglesia. Los sacerdotes deberán ser puros, muy puros. La desobediencia de sacerdotes y religiosos a sus superiores y al Santo Padre ofende mucho a Nuestro Señor.

“Mi Madrecita, ruega por los que gobiernan. ¡*Ai* de los que persiguen a la religión de Nuestro Señor! Si el Gobierno deja a la Iglesia en paz y da libertad a la santa Fe, será bendecido por Dios.

“Mi Madrecita no gusta de estar en medio de la riqueza. Huye de los ricos. Le agrada mucho la santa pobreza y el silencio. Siente gran caridad aun por los malos. No habla mal de nadie y huye de los que hacen esto.

---

<sup>53</sup> Ésta es evidentemente la dicción de la Madre Godinho, aunque la sustancia era sin duda, de Jacinta.

Tened mucha paciencia, pues la paciencia nos conduce al cielo. La mortificación y los sacrificios agradan mucho a Nuestro Señor.

“La confesión es un Sacramento de misericordia. Por esta razón es necesario acercarse al confesonario con confianza y alegría. Sin confesión no hay salvación.

“La Madre de Dios quiere almas vírgenes, que se ligen ellas por voto de castidad.

“Me gustaría entrar en el convento. Pero me gustaría mucho más ir al cielo.

“Para ser religiosa es necesario tener un alma y cuerpo puros.”

Al llegar a este pasaje, Madre Godinho preguntó:

—Y ¿tú sabes lo que significa ser pura?

—Lo sé, lo sé. Ser pura de cuerpo es guardar castidad. Ser pura de alma es no cometer pecados, no mirar a lo que no se debe ver, no robar, no mentir nunca, decir siempre la verdad por mucho que nos cueste. Aquellos que no mantienen las promesas que hacen a Nuestra Señora, no serán nunca felices en sus asuntos. Los médicos no tienen luces para curar al enfermo porque no tienen amor a Dios.

— ¿Quién te enseñó todas estas cosas? —preguntó la Madre Godinho.

—Fue Nuestra Señora. Pero algunas las pensé yo. Me gusta mucho pensar.

La madre de Jacinta la visitó más de una vez en el asilo antes de volver a Aljustrel. La Madre Godinho la hacía sentirse como en su casa, y con curiosidad de mujer le sonsacaba la vida y milagros de cada miembro de la familia. Se interesaba particularmente por Teresa, que entonces tenía quince años, y por Florinda, que rayaba en los dieciséis.

— ¿No le agradaría el que tuviesen vocación religiosa? —le preguntó.

— ¡Dios me libre! —exclamó Olimpia.

Jacinta no oyó esta conversación. Pero más tarde dijo a la Madre Godinho:

—Nuestra Señora quiere que mis hermanas sean monjas. Mi madre no quiere que lo sean, pero por esto Nuestra Señora quiere llevarlas al cielo antes de que pase mucho tiempo.

El día del santo de la Madre Godinho, 2 de febrero de 1920, fiesta de la Purificación de la Virgen María, llevó la madre a Jacinta al Hospital de Dona Stefania. Se trataba de un lugar más bien oscuro y deprimente, y uno de los primeros desengaños de la niña, después de haber sido instalada en la cama 38 de la sala de niños, en el piso bajo, fue que no había capilla ni alojamiento para Jesús Sacramentado. Allí sufrió un largo y cuidadoso reconocimiento por parte del doctor Castro Freire, el cirujano principal, un notable pediatra. Y su conclusión, después de confirmar el diagnóstico de pleuresía purulenta, fue que debía someterse a una operación tan pronto como se fortaleciese un poco.

—No servirá de nada —dijo Jacinta—. Nuestra Señora vino a decirme que voy a morir pronto.

Un día, al elevar su vista, vio a su padre en el umbral de la puerta. Había venido desde Aljustrel para verla; pero tenía prisa en volver a las pocas horas por encontrarse enfermo alguno de sus otros hijos y necesitar de su ayuda. Quizá fue por mediación de él como Jacinta enteró a Lucía que Nuestra Señora la había visitado de nuevo, señalándole el día y la hora de su muerte.

Tuvo Jacinta muchas conversaciones en tú hospital con la Madre Godinho, que iba todos los días. Una vez, la madrina mencionó a cierto sacerdote que había pronunciado un maravilloso sermón, y era muy elogiado por las señoras elegantes por su voz y maneras teatrales.

—Cuando menos lo espere usted, verá que el Padre resulta ser un perverso.

Al cabo de pocos meses el gran predicador abandonó el sacerdocio en circunstancias escandalosas. Ésta fue tan sólo una de las profecías de Jacinta que se vieron confirmadas. Un médico que le rogó rezase por él cuando ella estuviese en el cielo, quedó sorprendido de oírla decir que él y su hija iban a morir poco después que ella; y así fue. A la Madre Godinho, que quería visitar Cova da Iría, le dijo:

—Usted irá, pero después de mi muerte; y yo también.

Cuando Jacinta fue llevada a la sala de operaciones, el 10 de febrero, estaba tan débil que hubo que recurrir a la anestesia local en vez de aplicarle el clorofórmico o el éter. Lloró al ver que la desnudaban y que manos de hombres iban a tocar su cuerpo. El doctor Castro Freire procedió entonces a quitarle dos de sus costillas del lado izquierdo, dejando una abertura suficientemente grande para contener su puño. El dolor fue terrible.

—*Ai, Nossa Senhora!* —gimió la niña—. *Ai, Nossa Senhora!* — Después murmuró—: Paciencia. Debemos sufrirlo todo para ir al cielo. ¡Es por tu amor, Jesús mío!... Ahora puedes convertir muchos pecadores, porque sufro mucho.

La operación terminó y la volvieron a llevar al salón de hospitalizados: esta vez a la cama 60. El doctor Freire y su ayudante dijeron que la operación había sido feliz.

Jacinta lo sabía mejor. Durante seis días continuó con terribles dolores. Después, en la noche del 16 de febrero, dijo a la Madre Godinho que había visto a Nuestra Señora.

—Me dijo que vendría por mí muy pronto y suprimiría mis sufrimientos.

De aquí en adelante no tuvo más dolores. Pero sentía con certeza que la hora de su ida de este mundo estaba próxima. Mandó buscar urgentemente al doctor Lisboa para decirle algún secreto, probablemente relativo a él. El doctor estaba ocupado en aquel momento, y pensó que tendría tiempo para verla más tarde. Pero a las seis de la tarde del viernes 20 de febrero llamó ella a su enfermera, Aurora Gómez (“mi pequeña Aurora”), y le dijo que iba a morir y que quería recibir los últimos sacramentos. Dos horas más tarde confesó con el Padre Pereira dos Reis, de la iglesia de los Santos Ángeles, quien prometió traerle la Comunión a la mañana siguiente.

Jacinta no estaba allí a la mañana siguiente. A las diez y media de la noche la enfermera la dejó por unos momentos y regresó precisamente a tiempo para verla exhalar su último aliento, con un tinte rosado en sus mejillas y asomo de sonrisa en sus labios. Quizá fuese simbólico el nombre de la enfermera. Era de noche en el triste hospital, pero en el alma de Jacinta surgió una aurora sempiterna cuando la Madre de Dios se inclinó sobre la cama 60 y la recogió con los brazos que habían abrazado a Cristo en la infancia y en la muerte.

La noticia cundió rápidamente, y algunos católicos que creían en las apariciones de Fátima recogieron dinero para los gastos del funeral, fijándose el entierro para el sábado’22 de febrero en uno de los cementerios de Lisboa.

La Marquesa de Río Mayor amortajó el cuerpo con un vestido blanco de Primera Comunión, al que la Marquesa de Lavradio añadió una capa azul, y de este modo, llevando los colores de Nuestra Señora, fue

depositada en un ataúd blanco y llevada a la iglesia de los Santos Ángeles, donde fue colocada de través sobre dos pequeños bancos en la sacristía.

. Al dar permiso para esto, el Padre Pereira dos Reis, párroco de la iglesia, no se había formado idea de cuántas personas en Lisboa habían oído hablar de Jacinta y creían en las apariciones de Fátima. Sin embargo, recibió a los primeros visitantes con paciencia y amabilidad. Fue sólo al acudir más y más cuando comenzó a intranquilizarse. Les rogó que no tocasen el cadáver con rosarios, crucifijos e imágenes. Como algunos se negasen a obedecer, los echó de la sacristía. Ellos no esperaban esto, porque tenía fama de ser un sacerdote caritativo y cortés, y suscitaron con tal motivo muchos comentarios y resentimientos. No había que perder de vista, sin embargo, que la devoción a la Virgen de Fátima no había sido aprobada o autorizada, y que la Iglesia no permite honores públicos a los muertos hasta que su santidad haya sido reconocida de algún modo oficial después de investigaciones cuidadosas. Naturalmente, tampoco el párroco quería ofender al Cardenal Patriarca. Y las autoridades sanitarias podían quizá aducir algunas objeciones, como de hecho lo hicieron. Para verse libre de semejante responsabilidad, el Padre Pereira hizo que el cuerpo fuese trasladado a la Casa do Despacho de la Hermandad del Sacratísimo Sacramento; fuera de la sacristía, echó la llave a la puerta y la entregó al señor Antonio Rebelo da Almeida, un director de pompas fúnebres de la rúa da Escola Politécnica, en uno de los viejos barrios de la ciudad.

Se había desistido ya de los planes para el entierro en Lisboa, cuando se supo que el barón de Alvaiázares ofrecía una sepultura en el terreno de su propiedad en el cementerio de Ourem. El 23 de febrero, el director de pompas fúnebres permitió a unas pocas personas ver los restos antes de meterlos en un cajón de plomo. Todos notaron un olor agradable como de flores, y algunos afirmaron que las mejillas conservaban aún un débil matiz rosáceo, dando una impresión de vida y salud. A la mañana siguiente fue precintada la caja, trasladada a la estación do Rossio y colocada en un tren con dirección a Chao da Macas, para ser desde allí transportada a Ourem.

Aquel día se celebraba una gran asamblea anual de la Sociedad de San Vicente de Paúl en Lisboa. Acudieron muchos hombres ricos caritativos, pues había que hacer algo por los pobres, y presidió el Cardenal Patriarca, Dom Antonio Mendes Belo —hombre con cara de firmes resoluciones, que presentaba un parecido sorprendente con la del actor George Arliss, aunque quizá con mayor expresión de rigor en ella—. El presidente leyó un mensaje del doctor Lisboa sintiendo no poder estar

presente, pues estaba ocupado con otra obra de caridad referente a uno de los niños de las apariciones de Fátima. La reunión entera, incluso Su Eminencia, no pudo disimular una ruidosa carcajada. Este detalle se propagó por la ciudad y dio origen a que se sintiesen ofendidos los devotos de Nuestra Señora de Fátima. En los círculos anticlericales, por otra parte, se rumoreaba que los dos niños Marto habían sido asesinados por los católicos para evitar contradicciones desagradables en sus historias respectivas y dejar solas las afirmaciones de Lucía como versión oficial.

Jacinta, enterrada en el cementerio de Ourem, quedaba fuera del alcance de corazones sin fe y de lenguas mentirosas. Unas pocas personas fueron desde Aljustrel para presenciar el sencillo funeral. Tío Marto fue uno de ellos, repitiendo una y otra vez:

— ¡Y moriste allí sola! ¡Moriste allí sola!



## CAPÍTULO XVII

A Lucía, cuando vagaba sola por los campos, todo le hacía recordar a Jacinta y a Francisco. Cualquier oveja, cualquier estrella que centellease en la noche, cualquier salida o puesta del sol le decía que ellos no volverían jamás. El viento en el “Cabeço” le traía una voz imaginaria y querida que decía: “Nunca más te veré, Lucía... Yo voy al cielo, pero tú sigues ahí sola.” El aroma flotante del romero o de la menta silvestre tenía el poder de conjurar a una niña invisible que se inclinaba sobre ella diciendo: “Hago lo que los ángeles, te doy flores.” En lo alto de cada tapia aparecía sentado un niño pensativo tocando suavemente su pífano mientras contemplaba el resplandor rojizo del día que moría o el agua del “Lagoa”.

Sus hermanas y su madre intentaron de diversas maneras resarcirla por su anterior falta de comprensión y simpatía. De María Rosa podía descontarse que cumplía con su deber cuando se percataba de ello. Su hermana mayor, María de los Ángeles, tenía un carácter tierno y afectuoso; su cara fina, espiritual y maternal, denota que jamás hizo daño voluntario a nadie. Sin embargo, el propio hecho de que las apariciones y milagros hubiesen sido ya comprobados, era una nueva barrera entre Lucía y los otros miembros de la familia. Si un profeta no es honrado en su propio país, tampoco un místico se halla a gusto del todo en casa entre su propia familia. Había de existir una sima infranqueable entre una niña que había hablado con la Madre de Dios y había sido encargada por Ella de una misión de la que dependía el futuro de la Humanidad, y unas hermanas mayores, aunque encantadoras y admirables, que estaban dedicadas al baile, a la alegría, a maridos e hijos. Una niña con el pasado de Lucía estaba condenada a la soledad en un sentido humano, independientemente del sitio donde se encontrase, en un mundo cuyo interior ya había dejado de ser el suyo. Y esto aun en aquel memorable día en que su tía Olimpia la llevó a Ourem para visitar la tumba de Jacinta; su pena en aquella ocasión fue característicamente suya e intransmisible, con matices de esperanza y alegría que la anciana mujer no pudo nunca haber comprendido.

¿Anciana? Hay algo eternamente infantil en Olimpia, a pesar de sus setenta años. Su privilegiada sobrina, con trece, tenía la paciencia del que sabe lo que hay detrás de las apariencias terrestres.

Su sino se veía complicado al percatarse de que ella era el centro de todo el interés, favorable o desfavorable, despertado por los extraordinarios acontecimientos de Fátima. Era la única que podía contestar al continuo acoso de preguntas y objeciones, y la sola persona en que ella podía tener confianza plena estaba ya fuera de su alcance. No era pequeña su responsabilidad ante Dios y los hombres. Le había sido confiado un papel en algo más que un efímero drama rústico. Era esto evidente atendiendo a las propias revelaciones. Jacinta lo había visto; Francisco lo conocía.

Aparecía implícito en algunas de las escenas que se desarrollaban en la Serra. Hombres como su hermano Antonio y tío Marto no necesitaban poseer el bachillerato para predecir que si continuaba la tensión entre los peregrinos y los escépticos podía muy bien producirse una guerra civil. Cuanto más trataba el Gobierno en Lisboa de suprimir la devoción, tanto más fervientemente procuraba afianzarla los seguidores de Nuestra Señora de Fátima. Hubo una demostración notable el 13 de mayo siguiente a la muerte de Jacinta. Fue ese día en que la famosa estatua fue instalada en la capilla. Un año o dos antes, un individuo había ido a Cova da Iria con el corazón más dispuesto al escarnio que al amor. Corría la historia que tenía oculta en su bolsillo una bomba, con la cual tenía intención de destruir la capilla en presencia de la multitud, pero que al introducir su mano en él, se encontró en su lugar con un rosario. Una versión más probable es la de que su hermana le había puesto allí un rosario para que su mano de descreído lo encontrase en el momento oportuno. En todo caso, fue tocado por la gracia y retornó a la práctica de la fe, y por gratitud prometió mandar hacer una estatua para la capilla. Se afanó por ver a Lucía y enterarse del aspecto de Nuestra Señora, y no escatimó esfuerzo alguno para lograr una obra bella y de gran parecido. Aparte de lo que puede opinarse sobre su arte, tuvo el poder de que la imagen inspirase, especialmente de perfil, algo infinitamente puro, sencillo y espiritual; logró evocar una devoción casi fanática e inflamar los pechos de muchos que se arrodillaban ante la imagen o la seguían en procesión, y se desarrollaron escenas de loca alegría cuando ocupó por primera vez su puesto de honor el 13 de mayo de 1920.

Ocurrió precisamente el día en que el Gobierno, resuelto a no contemporizar por más tiempo con una invasión de misticismo, había

enviado un par de regimientos del ejército regular a Cova da Iria. Cuando comenzaron a llegar los peregrinos, se encontraron con fusiles y bayonetas contorneando el lugar de las apariciones. Sin acobardarse por esto, formaron un cordón aún mayor los más humildes y descalzos alrededor de los hombres uniformados, y procedieron a recitar el Rosario y a cantar las canciones de Nuestra Señora con tal pasión, que a poco los propios soldados principiaron a participar en ellas, como los legionarios romanos <jue acostumbraban asociarse a los cristianos desarmados en las arenas. Pronto se vieron rotas sus filas y se arrodillaron con los paisanos en torno de la carrasca y de la capilla, al ser llevada la nueva estatua con cariño y triunfalmente al sitio preparado para ella, donde ha continuado, con algunas interrupciones, hasta el momento actual. En alguna etapa de la persecución acostumbró María Carreira a guardar la imagen en su casa por temor a una profanación, excepto en los días de peregrinación. Una vez fue llevada a Lisboa, siendo recibida por el pueblo con tal entusiasmo, que algunos atribuyen a él el que la ciudad se librase de la suerte que Jacinta había previsto para la misma.

Ciertamente, todo Portugal se encontraba en 1920 moral, política y económicamente en bien triste situación. En los dieciséis años siguientes a la revolución de 1910 hubo 16 revoluciones y 43 cambios de ministros en Lisboa. Los hombres que fomentaron y perpetuaron el caos formaban parte de una revuelta contra la Cristiandad, cuyo origen los modernos Papas hacían remontar al cataclismo del siglo xvi y aun más atrás, y que continúa cada año tratando de alcanzar su meta de dominación universal. El Papa Benedicto XV vio con claridad desde su torre de vigía en San Pedro, junto al líber, gran parte de lo que desde entonces ha ocurrido. “Las costumbres están mucho más depravadas y corrompidas que anteriormente —se lamentaba en 1920—. La esperanza y deseo acariciados por todo renegado os el resurgimiento rápido de algún Estado universal basado en la completa igualdad de hombres y mujeres, y en la pertenencia común de la propiedad como principio fundamental, en el que no sean reconocidas distinciones algunas de nacionalidad, ni la autoridad de los padres sobre los hijos, ni la autoridad pública sobre los ciudadanos, ni de Dios sobre el hombre viviendo en sociedad. Si estos principios son puestos en práctica, serán seguidos necesariamente de tremendas calamidades”<sup>(54)</sup>. Al pedir, pocos días más tarde, ayuda para el nuevo Estado polaco contra el misterioso poder soviético, que se había apoderado del Gobierno de Rusia algunas semanas después de la última aparición en Cova da Iria, hizo otra

---

<sup>54</sup> *Motu proprio* “*Bonum Same*”, 25 de julio de 1920.

observación política: “No sólo está en peligro la existencia nacional de Polonia, sino toda Europa está amenazada por los horrores de nuevas guerras” (55).

Las revoluciones son ruidosas, pero Dios obra tranquila y pacientemente. El 5 de agosto de 1920, el mismo día en que Benedicto pronunció estas palabras, ocurrió algo que había de ejercer efectos profundos en Portugal, en la devoción de Fátima y especialmente en la vida de Lucía Abóbora. Fue consagrado un Obispo como jefe de una nueva diócesis, la de Leiria (en el que estaban incluidos Cova da Iria, Aljustrel y todo el resto de la Serra), que el Santo Padre había hecho independiente del Patriarcado de Lisboa.

Dom José Alves Correia da Silva era profesor en el Seminario de Oporto cuando el Papa Benedicto le eligió para este importante cargo. Nacido cerca de Braga en 1877, era de estatura media, moreno y más bien obeso. Su rostro, como tantos en el norte de Portugal, era más céltico que latino, y ocultaba, bajo una expresión habitual de benignidad, ciertos rasgos de sufrimiento que eran visibles sólo para aquellos que conocían su historia. Dom José había sufrido una persecución que se salía de lo corriente con la República de 1910. Sacado de su rectoría y metido en prisión, había sido torturado, obligándole a permanecer de pie en agua helada día y noche, de cuyos resultados quedó cojo para siempre, andando con gran dificultad. Soportó esta cruz alegremente. Tenía devoción especial a la Virgen de los Dolores y había hecho seis peregrinaciones a su santuario en Lourdes, donde, después de ser puesto en libertad, había rogado a la Virgen, con otros refugiados portugueses, que tuviese misericordia de su país. Posteriormente había vuelto a dar lecciones en Oporto, donde su inteligencia, su manera encantadora y su don para captarse amistades hicieron que fuese querido por los estudiantes y compañeros profesores, mientras sus artículos sanos y llenos de erudición en la Prensa católica hicieron que fuese favorablemente conocido hasta en puntos tan alejados como Roma.

Uno de los primeros actos del nuevo Obispo cuando llegó a la antigua sociedad de Santa Isabel fue la formal consagración de su diócesis, en la fiesta de la Asunción de 1920, a la Madre de Dios. Y nadie más que él necesitaba su ayuda. Diez años de persecución seguidos de otros años de complacencia e indiferencia habían dejado a la Iglesia en mal estado, especialmente en las ciudades. Muchos clérigos estaban aún desposeídos, diseminados, desterrados, sin ingresos. La nueva diócesis carecía de

---

<sup>55</sup> Carta *Con Vivo Compiacimento*, 5 de agosto de 1920.

fondos para edificar y otros gastos. Por ignorancia y abandono, mucha gente había dejado de ir a misa y de recibir los sacramentos. Hasta la antigua residencia episcopal, próxima a la catedral de Leiria, se utilizaba como cuarteles y oficinas del Gobierno, y el nuevo Obispo tuvo que buscar alojamiento en una casa a distancia no adecuada.

Y como si no hubiese de por sí bastantes problemas, ahí estaba el molesto asunto de Fátima. No mucho después de su consagración, entregaron a Dom José 357.000 reis recaudados por María Carreira, con el ruego de que dispusiese de ellos. Al mismo tiempo llegó un delegado del Patriarcado de Lisboa, quien entregó toda la documentación del caso. Era éste ahora su problema principal.

Indudablemente, el Cardenal Patriarca estaba muy contento de verse libre de él.

Dom José comprendió que era necesario proceder cautelosamente. Tenía cartas de entusiastas que le pedían reconociese, desde luego, la devoción y procediese a construir un suntuoso santuario. Mas había otras de personas dignas de respeto, incluyendo sacerdotes, que denunciaban todo el asunto como una ilusión o una superchería, y argüían que éste proporcionaba a los enemigos de la Iglesia un arma más a ser empleada contra ella cuando precisamente necesitaba con urgencia un período de tranquilidad para reparar los estragos de la persecución. No era fácil tomar una decisión para un recién llegado. Cualquiera que fuese el rumbo que tomase, estaba destinado a que hubiese resentidos. Es probable, sin embargo, que un hombre de las condiciones de Dom José hubiera actuado rápidamente de haber estado en condiciones de formarse su propio juicio. Pero ¿qué debía pensar? Dos de los testigos principales habían muerto. Lucía producía a primera vista mala impresión en cualquiera que hablaba con ella, y nunca intentó captarse la voluntad de nadie. Una vez dicho todo, la historia resultaba extraña y aparecía como improbable.

Una cosa resultaba evidente: había que hacer algo con Lucía Abóbora, el único motivo de controversia y el único testigo desde la muerte de Jacinta. No había duda que dicha niña, casi analfabeta, se encontraba en peligro ante las violencias posibles de los sectarios que desacreditaban las apariciones y frente a la lisonja segura de devotos inclinados a canonizarla. Parecía lo mejor apartarla de la Serra durante un período largo de tiempo. Si el asunto de Fátima había sido producto de una ilusión o impostura por parte de ella, su ausencia pondría gradualmente fin a ello. Si, por el contrario, la historia fuese verdadera, continuaría indudablemente la devoción, y debía adoptarse una decisión justa. Después

de muchas indagaciones y reflexiones y de más de una conversación con Lucía y otros miembros de su familia, el Obispo, pidió a María Rosa que le visitase, acompañada de su hija, en la festividad de San Antonio, 13 de junio de 1921.

Después de haber hablado durante un rato, Dom José preguntó a la niña si le gustaría salir de Aljustrel para ir a una buena escuela. Lucía pareció encantada con la propuesta. Verse libre de todas las preguntas y controversias, tener ocasión de olvidar su pena y soledad en nuevo ambiente, aprender bien a leer y a escribir. ¿Por qué no? María Rosa resultó mejor dispuesta aún que Lucía. La continua tensión a que se veía sometida con semejante hija, aun después de la prueba de las apariciones, era superior a sus fuerzas. Estaba siempre imaginándose lo que pudiera ocurrir en el porvenir. Su aquiescencia cordial, tan poco adulatora para su hija, podía haber sorprendido un poco a Su Señoría, pero también le agradó. Dijo que Lucía podía ingresar en una escuela de las Hermanas de Santa Dorotea, cerca de Oporto, y que lo mejor que podía hacer era partir dentro de pocos días.

—Sí, *senhor Bispo*.

— ¡Y tú no dirás a nadie adonde vas a ir!

—No, *senhor Bispo*.

— ¡En la escuela adonde vas no dirás a nadie quién eres!

—No, *senhor Bispo*.

— ¡No hablarás nunca con nadie respecto a las apariciones de Fátima!

—No, *senhor Bispo*.

En el camino de retorno a Aljustrel, pasaron Lucía y su madre junto a grupos que volvían de la peregrinación de Cova da Iría, cantando *¡Ave, Ave, Ave María!*

Sus pocos preparativos estuvieron bien pronto hechos, y empleó su último día, el del 18 de junio, en visitas de despedida. Trepó por la ladera del “Cabeço” para echar una última mirada al valle donde por primera vez vio al Ángel; y marchándose a la cueva, se postró en el terreno junto a la roca donde el Ángel se había arrodillado, y dijo las oraciones que él le había enseñado:

— ¡Oh, Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo!... ¡Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Te adoro profundamente!...

Lucía ascendió por las rocas y descendió por la otra pendiente a Valinhos. Allí, en la rotura de la tapia, bajo los olivos, estaban los restos de la carrasca donde había visto a Nuestra Señora el 19 de agosto de 1917. Manos piadosas habían elevado un círculo de piedras alrededor de ella hasta una altura de 60 centímetros. De ordinario se ven allí algunas margaritas, dejadas por los niños; a veces, un *vinbem* o dos. Lucía se arrodilló y dio rienda suelta a su pena y a su amor. ¡No era tarea fácil dejar estos lugares! No hubiera sido fácil, aun cuando no tuviese más recuerdo que los de sus juegos y conversaciones con Francisco y Jacinta.

“Tendrás que sufrir mucho. Pero la gracia de Dios será tu consuelo...”

Descendió por el camino entre las altas tapias hasta el “Lagoa”. Quizá había allí mujeres lavando, hombres abrevando su ganado en el otro lado; pero Lucía sólo veía a Francisco y a Jacinta, inclinados sobre la charca, bebiendo el agua salobre del *barreiro*. ¡Cuántas veces se habían encontrado allí en, su camino hacia la Serra!

No había en Cova da Iria nadie, y se arrodilló solitaria junto al arbolito desmochado. Aquí había visto por cinco veces a la Madre de Dios; aquí también había visto a Cristo y San José. Excepto por la pequeña capilla, continuaba siendo aquel terreno casi un desierto de páramos ondulados, demasiado alejados e inaccesibles para despertar mucho interés en las comunidades civilizadas. El calor era sofocante, el cielo una vasta bóveda de azul brillante. ¡Cuán enorme y deshabitado podía ser el mundo!

“Soy la Virgen del Rosario... ¿Sufres mucho? No te desalientes. Nunca te abandonaré.”

En su camino a casa, Lucía se detuvo en Fátima para decir un último rezo en la iglesia de San Antonio, donde había sido bautizada, donde había recibido su Primera Comunión, donde había pasado tantas horas sola con Cristo oculto en el Sagrario. Se despidió de Santa Quiteria, de San Antonio. Cuando salía, la campana de la torre comenzaba a tocar el *Ángelus*.

—He aquí la esclava del Señor: hágase en mí tu palabra.

Cruzó el camino para ir al cementerio y se arrodilló ante la cruz que señalaba la sepultura de Francisco. El sol estaba ya bajo en el Occidente, y la vieja tapia proyectaba una sombra fría sobre la tumba y la niña arrodillada.

—Adiós, Francisco; cuida de mí en el cielo.

Al pasar por la calle de Aljustrel se detuvo para despedirse de sus tíos. Fue un momento triste, pues estos dos años habían sido terribles para tío Marto y tía Olimpia. No sólo les habían dejado Francisco y Jacinta, sino que Florinda había muerto en 1920 y Teresa en 1921. Sí; Jacinta había tenido razón. ¡Cuatro hijos muertos en un período de unos veintitrés meses! Era un precio elevado el que Olimpia había pagado para llegar a ser la mujer fuerte.

Después de una breve oración en la habitación donde Francisco había muerto, Lucía marchó a casa, enjugando las lágrimas de sus ojos, y encontró a su madre preparando la cena. Partirían antes del amanecer para Leiria, dijo María Rosa, pues nadie debía saber que se iban; además, tenían un largo viaje hasta llegar a Oporto. Manuel Carreira vendría para llevarles allí con su tronco de caballos.

Lucía se escabulló hasta el pozo para echar una última ojeada al cielo a través de las hojas de la higuera. Era una noche serena y hermosa, cuajada de estrellas. “Las lámparas del cielo”, pareció oír decir a Jacinta.

María Rosa la llamaba ya para cenar. Después fue al corral, donde aún había dos o tres ovejas después de haber sido vendido el rebaño.

—Adiós, mis queridas amiguitas —dijo acariciando sus cabezas lanudas, y regresó a casa.

Se acordó del cinturón de soga que Jacinta le había entregado antes de ir al hospital y lo quemó. Era ya hora de ir a la cama.

Su madre la llamó a las dos de la madrugada. Tío Carreira estaba ya esperando afuera con su carro. Había salido la luna, haciendo palidecer las estrellas y prestando a la Serra un aspecto misterioso y encantador. “La lámpara de Nuestra Señora”, la había llamado Jacinta. ¡Adiós, adiós! Pronto se encontraron en la carretera, avanzando en dirección Oeste hacia Chainca, Santocico y Leiria.

Cuando llegaron a Cova da Iria, dijo Lucía:

—Parémonos y recemos el Rosario.

Los tres bajaron del carro y fueron a la capilla. Había en ella una lámpara encendida a los pies de la estatua. Se arrodillaron y dijeron la primera parte del Rosario. “No te desalientes, nunca te abandonaré.” Pero Lucía lloró de nuevo al mirar por última vez a la carrasca, que se distinguía con nitidez a la pálida luz de la luna. Era tiempo de seguir, pues tenían por delante un recorrido de nueve horas. Al amanecer se encontraban bastante más allá de Batalha, entre los pinos y el bosquecillo



de olivos. A las once habían llegado a Leiria, donde les esperaba una señora enviada por el Obispo.

Tres horas más tarde subió Lucía a un tren hacia Alfarelos, para seguir desde allí a Oporto. María Rosa la despidió, corriéndoles las lágrimas por sus mejillas. “Adiós, adiós.” El tren arrancó ruidosamente.

Lucía Abóbora había desaparecido de Fátima y de todo el mundo que había conocido. Según todas las apariencias, el episodio de Fátima había terminado.

## CAPÍTULO XVIII

Se estaba diciendo misa cuando Lucía y su guía llegaron temprano, a la mañana siguiente, al Asilo de las Hermanas de Santa Dorotea en Vilar, un suburbio de Oporto, y fue llevada, desde luego, a la capilla. Se alegró de poder recibir la Sagrada Comunión y de sosegar un poco después de una noche de viaje. El techo, gótico, abovedado, pintado de azul y salpicado de estrellas doradas, le hacía sentirse, en cierto modo, en su pueblo; era igual al que había sobre el altar en Fátima. Terminada la misa, siguió a la sacristía, donde fue presentada a la Madre Superiora y al Capellán.

La Reverenda Madre no resultó favorablemente impresionada con el aspecto de la cansada niña de catorce años que, bajo sus oscuras cejas, la miraba de hito en hito, pareciendo dejar adivinar al mismo tiempo un gesto de enfurruñamiento en sus gruesos labios, algo separados. Había rehusado de primera intención aceptarla, diciendo francamente al Obispo que no necesitaba de palurdas en su casa, porque no quería que las otras pupilas se convirtiesen en zafias. “Sí, es simplona —le había dicho Dom José—, pero no creo que la encuentre palurda y desliaría la tomase por una temporaria.” A medida que contemplaba a la niña en persona, la Reverenda Madre comenzó a preguntarse si no debería haberse mostrado más firme con su antiguo amigo, el anterior profesor del Seminario de Oporto; pero habiendo dado su palabra, procedió a complimentar todos los deseos por Él expresados.

—Cuando te pregunten tu nombre —le dijo—, responderás: ¡Llamadme María de los Dolores!

—Sí, Reverenda Madre.

—Cuando te pregunten de dónde eres, dirás: ¡Soy de cerca de Lisboa!

—Sí, Reverenda Madre.

—Y en cuanto a lo ocurrido en Fátima, nunca más hables de ello con nadie, ni respondas a las preguntas que te puedan hacer.

—Sí, Reverenda Madre.

—Con nadie. ¿Me entiendes?

—Sí, Reverenda Madre.

—No saldrás de paseo con las otras niñas, pero no dirás por qué no vas. ¿Me comprendes, querida?

—Sí, Reverenda Madre.

—Esto es todo.

A la nueva colegiala se le mostró su habitación y se le dio un uniforme a cuadritos blancos y negros como llevaban las otras. Así, había de ser llamada María de los Dolores. Ella hubiera preferido María de Jesús, ya que había sido bautizada como Lucía de Jesús; pero había que tener paciencia. “Tendrás que sufrir mucho.” Esto sólo era el comienzo.

Durante los siguientes cuatro años llevó María de los Dolores la vida ordenada y tranquila de una alumna interna en un colegio de monjas. Cada día, después de una misa a primera hora, se sucedían las clases, el recreo, el trabajo manual, los rezos, modales que aprender, temas de escritura, declinaciones y conjugaciones —verdaderos quebraderos de cabeza— que saberse de memoria, pequeños discursos que hacer. En el transcurso de los meses aprendió a coser, bordar, escribir a máquina, a guisar, el servicio de mesa, a fregar suelos, a sacar brillo al bronce y la plata. Indudablemente cometió al principio muchos disparates y pasó por bastantes dolores de cabeza antes de adaptarse a una rutina tan diferente a la de Aljustrel; pero después de una temporada se vio libre de la sensación de esfuerzo y apresuramiento y se convirtió en una alumna obediente, ya que no brillante.

Durante los cuatro años, nunca reveló su identidad. Jamás mencionó a Fátima, ni aun a su madre, que la visitó dos veces, una vez en Oporto y otra en el convento de la Orden en Braga. En ninguna ocasión llegaron a sospechar ni las monjas ni las condiscípulas quién era ella. La sabia Madre Superiora había tenido buen cuidado en cumplir al pie de la letra las instrucciones del Obispo. Comprendía perfectamente por qué tenía que ser así. Si las apariciones resultasen ser ilusorias (así se expresó ella más tarde), Lucía las olvidaría gradualmente, y eso sería lo mejor. Si fuesen reales, no las olvidaría nunca sin infligirse daño alguno, pero escaparía al peligro de enorgullecerse por la lisonja hasta que hubiese alcanzado cierto grado de madurez. La joven niña acabó por comprender la necesidad de esto. Principió a pensar de ella misma como María de los Dolores. Había momentos en que creía que Lucía Abóbora había sido sólo una niña con la

que había soñado. Si alguna vez algún reportero de periódico llegaba a la puerta del convento en pos de una pista, la portera contestaba con calma:

—No, no hay aquí nadie que se llame Lucía.

La niña de Abóbora estaba muerta para todos los fines de la vida práctica.

Sin embargo, había compensaciones en su solitaria existencia. Para un observador indiferente, el Asilo de Vilar era un edificio sencillo, en una calle en cuesta, en una parte de la población poco atractiva, con un Seminario de tono pardusco a un lado, una fábrica en el otro y un cementerio en las proximidades. Resultaba muy diferente una vez que se había atravesarlo el tranquilo edificio y se subía por la colina del lado contrario a los jardines, que estaban ocultos, como todas los secreto; del gran Rey, a miradas indiscretas. Seguramente, Santa Dorotea, Patrona de la horticultura, debía sentirse muy satisfecha con aquellos seis jardines, aromatizado; con el perfume de raras y vistosas flores de formas y colore muy diversos.

Se gozaba de una vista maravillosa desde las ventanas superiores de la casa o desde una colina próxima. Podía verse el río Duero, enroscándose como una gran serpiente aplastada de plata, al terminar su largo curso desde las montañas de España al puerto de Oporto, donde entraban y salían barcos de todos los países. Era atrayente contemplar en la lejanía el bosque de pinos de Cavaco, y más allá de la larga lengua amarilla de costa, al sol iluminando el dilatado y azul Atlántico. El océano siempre le hacía recordar a María de los Dolores “la grandeza y poderío de Dios”.

La rutina del convento, que tan opresiva parece a la gente del mundo, se hace deliciosa y causa satisfacción en aquellos que la aceptan libremente. Lucía aprendió a amar el orden y la regularidad en él, el verse libre de los pequeños roces y molestias de la vida en familia, la sensación de vivir sola en el presente, dejando el pasado y el futuro en manos de Dios. Llegó a querer a las buenas mujeres que se afanaban tan desinteresada y alegremente para que ella recibiese una educación, tan alejada de las preguntas acuciantes de los peregrinos y de las pequeñas vejaciones diarias de María Rasa. Sí, tenían sus faltas también ellas; pero sus consecuencias eran aminoradas por el rezo y por el tacto firme de una Superiora. Aquí, en estos claustros, había paz. Lucía comenzó a alegrarse que el Obispo la hubiese enviado allí.

Las hermanas, por su parte, pronto descubrieron lo que otros muchos habían notado: que las primeras impresiones de Lucía eran engañosas,

quizá porque su humildad la alejaba de intentar hacer una impresión favorable. Como el Obispo había dicho, su sencillez no era, en modo alguno, la de una palurda. Llegaron a respetarla y a amar su fácil obediencia, su voluntad desinteresada para sacrificar en toda ocasión su propia conveniencia a la de otros, su extraordinaria devoción a Dios. En mayor proporción que la mayoría de las muchachas de su edad parecía percatarse constantemente de Su presencia, cualquiera que fuese la cosa que estuviese haciendo, y en sus ratos de esparcimiento prefería ir a la capilla que dedicarlos a jugar o charlar. Leía y volvía a leer la traducción portuguesa de *L'histoire d'une âme*, la autobiografía de Santa Teresa de Lisieux, que fue beatificada en 1923. La propia experiencia de Lucía le ayudaba a comprender el deseo de sufrir que se refleja en muchos de los pasajes de esa obra, como en éste: “Mi corazón se estremece ante la idea de las terribles torturas que los cristianos han de sufrir en el tiempo del Anticristo, y ansío sufrirlas todas. Abre, ¡oh Jesús!, el Libro de la Vida, en el que están escritas las hazañas de Tus santos: deseo vehementemente haber realizado por Ti todas las proezas relatadas en ese libro”<sup>(56)</sup>. Sin embargo, Lucía, como la Florecita, comprendía que su vocación no era el martirio, sino el amor. Su otro santo favorito era el joven jesuíta Juan Berchmans, que tan perfecto ejemplo había dado de la virtud de la obediencia, de pequeños deberes diarios realizados heroicamente. “Amo a estos dos santos —dijo— porque puedo imitarlos.”

Después de cuatro años de esta vida de estudio, de trabajo y de oración en Oporto y otros colegios de la Orden, Lucía era ya una muchacha de dieciocho años, bien educada y dueña de sí. Llegaba la época en que debía de decidir su porvenir por el resto de su vida. No tenía ganas de volver al mundo. Quizá era su amor por la pequeña Santa Teresa lo que le hacía pensar llegar a ser una carmelita descalza; pero la Madre Superiora la desalentó respecto al particular. Había tenido toda clase de oportunidades para estudiar a Lucía durante esos cuatro años.

—No eres lo suficientemente fuerte para resistir tales austeridades —le dijo—. Si realmente tienes una vocación, sería mejor escoger alguna Orden menos rigurosa.

Lucía aceptó esto con su habitual humildad como decisión del Señor, y después de reflexionar de nuevo, pidió ser admitida en la Institución de las Hermanas de Santa Dorotea.

---

<sup>56</sup> Capítulo XI.

— ¿Por qué deseas ser una hermana de Santa Dorotea? —le preguntó la Madre Provincial.

—Porque así tendré mayor libertad para ir a la capilla y rezar.

La Madre Provincial la hizo esperar otro año. Al final de ese tiempo, y viendo que seguía pensando lo mismo, la admitió como postulanta. Ingresó, en 1925, en el convento en Túy, cerca de la frontera hispanoportuguesa. Fue precisamente en el año de la canonización de la pequeña Santa Teresa de Lisieux.

Un año más tarde, el 2 de noviembre de 1926, Lucía pasó a ser novicia. Durante el siguiente año, 1927, tuvo dos visiones en las que se le apareció Cristo, confirmando los ruegos de Su Madre respecto a la devoción a Su Inmaculado Corazón, y dándole permiso para revelar ciertas cosas, pero no, naturalmente, el último secreto de la aparición de julio. El 3 de noviembre de 1928 hizo sus primeros votos como hermana lega; y sólo seis años más tarde, el 3 de octubre de 1934, hizo los votos perpetuos.

La madre de Lucía, dos de sus hermanas, algunas primas y una amiga vinieron desde Aljustrel para estar presentes en tal ocasión. Era la primera vez que veía a María Rosa en trece años. Tres veces le había escrito la buena mujer preguntándole lo que quería como regalo el día de su profesión. La tercera vez Lucía había contestado: “Algunas flores y algunas abejas.” En vista de ello, Mana Rosa le llevó un gran manojo de flores, con la fragancia de la Serra, y una colmena llena de abejas, preparada con cuidado. ¿Había algo de simbólico en esto, o pretendió la Hermana María de los Dolores desairar un poco a su madre por los regaños y azotainas de días remotos? Quizá lo que sencillamente deseaba era ahorrarle un gasto, que sabía no podía efectuar.

Desde 1934 la Hermana Dolores (como se la llama de ordinario en el claustro) ha desempeñado sus humildes deberes en varios conventos de la Orden. Se la oye con frecuencia cantar en voz baja al cuidar las flores, preparar la mesa o pelar patatas; pero su mayor felicidad la encuentra en las horas que pasa ante el Santísimo Sacramento. No necesita imágenes para despertar su devoción. De ordinario se arrodilla con la cabeza inclinada y sus manos abiertas y cruzadas sobre su pecho. Así permanece horas enteras, a veces toda la noche si se le da permiso.

Un día ella y otra monja lega iban desde el convento de Túy, en España, a efectuar unas compras en el pueblo portugués Valença, y al cruzar el puente internacional y cerca del extremo portugués de éste, se encontraron con tres señoras que las pararon y preguntaron:

— ¿No son ustedes Hermanas de Santa Dorotea? ¿Del convento de Túy? Hemos oído decir que Lucía está allí: ¡la que vio a Nuestra Señora de Fátima!

Las dos Hermanas se miraron una a otra.

— ¿Es cierto que ella está en España?

— ¡Oh, no, señora, no lo creo! —dijo la Madre María—. Estoy completamente segura que se encuentra ahora en Portugal.

— ¡Ah!

Cuando se marcharon las señoras, la Hermana María de los Dolores rió entro dientes, lo mismo que lo habían hecho los tres niños el día en que treparon, en 1917, por una tapia para escapar de los que pretendían interrogarles.

La fecha precisa en que su silencio sobre su pasado y Fátima fue roto no ha sido revelada. Lo cierto es que en la noche del 25 de enero de 1938 (la fiesta de la conversión de San Pablo, al quedar cegado por una luz procedente del cielo), la joven Hermana lega, asomada a la ventana de su celda, vio el cielo encendido, toda la bóveda del firmamento iluminada de un fulgor carmín, que se prolongó como signo funesto desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada. Al día siguiente todos los periódicos de Europa dieron cuenta del fenómeno. Había sido percibido desde el mar del Norte hasta el Adriático. En Alemania del Sur, principalmente, había atemorizado a muchos católicos. En Friburgo, Suiza, el aspecto del cielo “se asemejó al de un horno”. El mismo resplandor siniestro fue visto en la costa belga, en España, Hungría, Noruega, Italia, Polonia y Grecia.

La Hermana María de los Dolores se convenció desde luego que ésta era la luz extraña que Nuestra Señora había predicho en Cova da Iria el 23 de julio de 1917. “Cuando veas una noche iluminada por una luz desconocida, has de saber que se trata de una gran señal que Dios te da, de que Él va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de la persecución de la Iglesia y del Santo Padre. Para prevenir esto vengo a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la Comunión de reparación en los primeros sábado»...”

¡Así, pues, había llegado al fin! Estaba “próximo, a las mismas puertas”. A la Hermana María se le concedió, indudablemente, permiso para comunicar en seguida sus temores al Obispo de Leiria. Que ella lo hizo en el momento oportuno se comprueba por lo que le escribió a éste, desde Túy, el 8 de agosto de 1941:

“Su Excelencia no ignora que hace algunos años Dios manifestó aquella señal que los astrónomos acostumbran designar con el nombre de *Aurora Borealis*. Si recapacitan bien en ello, verán que no fue y no pudo ser, bajo la forma en que apareció, tal aurora; pero sea lo que fuese, Dios se complació de este modo en hacerme comprender que Su justicia estaba dispuesta a hacer caer su peso sobre las naciones culpables, y de esta manera comenzar a pedir, con insistencia, por la Comunión reparadora en los primeros sábados y por la consagración de Rusia. El fin suyo era no sólo obtener misericordia y perdón para todo el mundo, sino especialmente para Europa. Dios, en Su infinita misericordia, me hizo sentir que ese terrible momento iba acercándose, y Su Excelencia no desconoce cómo en ocasiones oportunas acostumbré a indicarlo. Y digo todavía que el rezo y la penitencia hechos en Portugal no han aplacado a la Divina Justicia, pues no han ido acompañados de contrición o enmienda. Espero que Jacinta esté intercediendo por nosotros en el cielo”<sup>(57)</sup>.

El Papa Pío XI estaba, indudablemente, informado de todo esto. Se permitió a la Hermana María de los Dolores escribirle una carta, que no se ha hecho pública, si bien una persona digna de todo crédito me asegura que vio una copia de ella al principio de 1939. No sé si el Santo Padre creyó o puso en duda la historia de Fátima, o si su última enfermedad y muchas ansiedades le hicieron aplazar su consideración durante aquellos meses de su postrera enfermedad. Como todo el mundo sabe, murió en marzo de 1939, y el impacto de la segunda guerra mundial chocó en Polonia en septiembre de aquel año. Stalin, que había instigado la guerra española como prólogo, había dado entonces ocasión a Hitler para la destrucción de un país como Polonia, eje del catolicismo en el Este.

“Vengo a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión de reparación en los primeros sábados. Si ellos escuchan mis ruegos, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no es así, ella esparcirá sus errores a través del mundo, provocando guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones resultarán aniquiladas.”

---

<sup>57</sup> Memoria III, pág. 7.





La hermana María de los Dolores;  
en el mundo Lucía Abóbora

## CAPÍTULO XIX

La Hermana María de los Dolores no se atemorizó, pues comprendió desde el primer momento que aquella extraña iluminación llevaba tras de ella el cataclismo infernal que iba a abatirse sobre Europa, y sabía que la Señora, que había prometido no abandonarla nunca, saldría vencedora al final. Mientras los hombres de Estado trabajaban asiduamente y mentían, mientras la flor de la juventud desaparecía, mientras las viejas ciudades sucumbían envueltas en llamas, la Hermana lega de Santa Dorotea proseguía en sus humildes tareas y rezos, como de costumbre. En ocasiones no le faltaron penas, como cuando supo que su madre había muerto el día del Carmen, en 1942; y la regla severa de todas las órdenes que prohíbe a sus miembros salir para asistir a los funerales de parientes, debió de aumentar el pesar de una hija que tanto tiempo hacía había olvidado las severidades de la pobre María Rosa. Sin embargo, hay también muchas alegrías en la vida conventual, y no fue la menor para ella las noticias que de vez en cuando llegaban de Cova da Iria.

El culto había aumentado extraordinariamente desde su partida en 1921. La actitud del Obispo había sido alentadora desde el comienzo. Algún día recibió un secreto mensaje de Nuestra Señora por intermedio de Lucía. Otros insisten en que fue conquistado por una milagrosa lluvia de flores que vio en Cova da Iria. Su repugnancia a hablar de sí mismo o a explotar a María de los Dolores durante su vida, hace difícil llegar a conocer la verdad exacta. Lo cierto es, sin embargo, que sólo cuatro meses después de la partida de Lucía permitió la primera misa rezada en la capilla de las apariciones, y adquirió el terreno de los alrededores de los Abóbora y otros vecinos. En noviembre del mismo año 1921, dispuso que trabajasen algunos hombres en hacer una cisterna cerca de la capilla con el fin de recoger agua para los peregrinos, y se impresionó mucho cuando brotó un chorro de agua cristalina y pura del terreno rocoso y seco, que aumentó de volumen hasta llenar treinta y seis barriles, y que llegó a ser la principal

fuelle para los campesinos de los contornos y manantial de salud para muchas personas enfermas que bebieron sus aguas.

Abierta al siguiente año la información formal canónica, escribió el Obispo: “De los tres niños que dijeron se habían visito favorecidos por las apariciones, dos habían muerto antes de nuestra llegada a esta diócesis. Hemos interrogado varias veces a la única superviviente. Su relato y respuestas son sencillas y sinceras y no hemos descubierto en ellas nada contra la fe o la moral.” Manifestando dudas de que pudiesen haber sido atraídas tales multitudes al lugar de la escena (especialmente después de la partida de Lucía) por las cualidades o facultades de una niña de catorce años casi analfabeta, o de que los encantos naturales de aquel sitio remoto y árido pudiesen atraerlas, nombró un comité de investigación e invitó a sus feligreses a que proporcionasen cualquier información que pudiesen tener, fuese favorable o desfavorable.

El número de peregrinos aumentaba constantemente. El Cardenal Mendes Belo, que se había burlado del asunto en 1918, cambió su opinión antes de su muerte en 1922, y sintió no haber podido ir a Fátima. La oposición que no cejaba del Gobierno y de los liberales de Santarém y Ourem, sólo sirvió para estimular más el fervor de los devotos. El 6 de marzo de 1922, por ejemplo, fue destruida la pequeña capilla por cuatro bombas, aunque el altar y la hornacina se salvaron al no estallar una quinta bomba; pero en el 13 de mayo siguiente se reunieron unos 60.000 creyentes, a pesar de la movilización de la Guardia Republicana por el Gobernador de Santarém, que ofrecieron humilde reparación a Nuestra Señora por el ultraje. En 1927 el Obispo presidió por primera vez una peregrinación. Al siguiente año recibió los homenajes de 300.000 personas en un día. En 1930 reconoció oficialmente la devoción, a la vez que la aceptó, declarando dignas de fe las visiones de los tres niños y rogando al pueblo que mostrase su gratitud a la Madre de Dios por la pureza y sinceridad de sus vidas. En 1931 fue acompañado por todos los otros Obispos portugueses, incluyendo al nuevo Patriarca, Dom Manuel Gonçalves, Cardenal Cerejeira, en los actos de veneración a la Virgen.

Varios cientos de curas milagrosas se habían verificado mientras tanto: curaciones de tuberculosis, del mal de Pott, de cegueras, sorderas, meningitis espinal, cáncer, parálisis y otras muchas calamidades de las que el Padre Fonseca, por ejemplo, publica amplia información con nombres, datos y detalles en su bien documentado libro. En junio de 1946 causó gran sensación la curación instantánea de su tuberculosis de la señorita María José da Silva de Tomar. El 13 de septiembre siguiente, un muchacho

cojo arrojó sus muletas durante una procesión y anduvo derecho por primera vez en muchos años, siendo congratulado por gran muchedumbre de hombres y mujeres, muchos de los cuales lloraban de alegría, entre ellos la ex Reina de Italia y su hija. De curas morales —conversiones, hogares destrozados reconstituidos de nuevo, retorno de pecadores empedernidos a la práctica de su fe— ha habido miles de casos.

A Nuestra Señora de Fátima atribuyen los portugueses muchos de los bienes, tanto espirituales como materiales, que han correspondido a su país en años recientes. La República, que durante tanto tiempo persiguió a la Iglesia y a los peregrinos de Fátima, desapareció en la anarquía de 1926. Tres generales, entre aclamaciones populares, se encargaron del Gobierno y en varias etapas se estableció la dictadura de Salazar, que desde entonces gobierna a la nación. No cae dentro del objetivo de este trabajo alabar a ningún régimen político existente. Aparte de lo que pueda ser dicho en pro o en contra del actual Gobierno de Lisboa, hay que reconocer que, por lo menos, ha sabido mantener la paz y el orden; de aquí que la Iglesia, purificada por la persecución, ha encontrado tiempo para su recuperación y restauración, para formar nuevos sacerdotes, construir seminarios, traer a católicos rezagados al seno de la misma. Enormes progresos se han acusado en muchos sentidos bajo una nueva y vigorosa jerarquía.

Con todo, hay muchas pruebas que fundamentan los temores de la Hermana María de los Dolores de que el pueblo no había hecho lo bastante para la reparación de las blasfemias e indiferencias de tiempos pasados. Después de todas las maravillas de Fátima, sólo 4.000.000, de los casi 8.000.000 de portugueses, se jactan de ser católicos, según la interpretación que se dé a la palabra. Apenas llegan a 3.000 los sacerdotes que hay —aproximadamente uno por cada 1.300 cristianos militantes—. El párroco de Vimiero, lugar de nacimiento del doctor Salazar, me contó que de ordinario 150 personas, de la población de 1.500, asistían a misa los domingos. En las poblaciones mayores hay un acentuado anticlericalismo y gran actividad comunista. Las iglesias siguen cerradas a la puesta del sol por temor a las profanaciones, las monjas no se atreven a circular por las calles con los hábitos puestos, y el Gobierno de Salazar aún retiene algunas de las propiedades de la Iglesia confiscadas por la República. El señor Salazar limita su práctica de la fe católica al mínimo indispensable, y como me dijo uno de sus empleados, “es una equivocación llamar católico a nuestro régimen. En lo que concierne a la Iglesia somos neutrales.” Esta neutralidad ha ayudado en cierto modo. Sin embargo, cuando el clero intentó extender la Acción Católica para ayudar a los obreros mal pagados

e insuficientemente alimentados, se le dijo en términos no imprecisos que limitase sus afanes a los asuntos “espirituales”. No le está permitido al clero aplicar los principios sociales de las grandes encíclicas de los Papas León XIII y Pío XI. No se le autoriza a hacer ningún llamamiento efectivo a las masas anticlericales en las ciudades. La *Voz de Fátima* aparece casi solitaria contra un imperio financiero regido desde Londres, cuando advierte a los ricos que al pagar jornales de hambre hacen el juego a la propia ruina roja que ellos temen.

No obstante, los sacerdotes y el pueblo están agradecidos por la libertad que se les ha concedido y esperan que el resto vendrá con el tiempo. Se muestran especialmente satisfechos de que su país haya escapado a las terribles experiencias de España en 1936. Anticipándose al reinado de terror que comenzó allí en julio de 1936, y temiendo que se propagase por toda la Península, todos los Obispos portugueses hicieron un solemne voto en Cova da Iria, en el mes de mayo de dicho año, de que si Nuestra Señora protegía a su país de la guerra y revolución roja, volverían a rendir una acción de gracias pública. Cumplieron esta promesa en la gran peregrinación nacional del 13 de mayo de 1938, entre escenas de increíble regocijo.

Hubo manifestaciones similares en los años siguientes, cuando muchos se convencieron de que Nuestra Señora de Fátima había salvado a Portugal de la segunda guerra mundial, tal como había dicho a los niños que sucedería. Cuando se celebró el veinticinco aniversario de las apariciones, en el 13 de mayo de 1942, se recibió un telegrama del Papa Pío XII con su bendición para todos los peregrinos y para Portugal. Antes de la terminación de dicho año, consagró al mundo entero al Inmaculado Corazón de María, en presencia de 40.000 personas, en San Pedro de Roma. Así, la devoción de Fátima rebasó los límites de la *terra de Santa Maria* y se hizo universal.

Para la Hermana Dolores los hechos narrados parecían el cumplimiento de la profecía de Jacinta un cuarto de siglo antes: “El Santo Padre en una iglesia delante del Inmaculado Corazón de María, rezando, y tanta gente rezando con él.” Era un paso también hacia la final realización de los deseos de Nuestra Señora, aun cuando el Santo Padre no mencionó específicamente a Rusia. En su rezo, éste se refirió “a los pueblos separados de nosotros por el error y el cisma, especialmente a aquél que profesa una singular devoción por Vos, aquel en que no hay una sola casa que no exhiba Vuestro venerado icono, hoy quizá oculto y apartado para mejores días”. Faltaba aún por hacer la consagración pública de Rusia.

Mientras tanto, la Hermana Dolores subsiste no sólo como el único testigo superviviente de las apariciones, sino como la única persona en el mundo que conoce el último secreto, del que nada se ha divulgado, sino que significa dolor para algunos y alegría para otros. Durante mi estancia en Portugal oí decir a un señor que me merece el mayor crédito, que cuando la Hermana Dolores estuvo enferma y en peligro de muerte en 1939, obtuvo permiso de Nuestra Señora, a instancia del Obispo, para escribirlo y meterlo en un sobre con la etiqueta: “No ha de abrirse hasta 1960.”

Si esto no puedo ser comprobado en la actualidad, no existe duda alguna respecto a las cuatro Memorias que ella compuso por mandato de Dom José para asegurarse que su versión de los acontecimientos de 1917 no se perdiese. Estos relatos, escritos en papel rayado corriente de agenda, en letra clara, precisa, más bien vulgar, sugieran una personalidad sana y bien equilibrada. Es interesante compararlos con los manuscritos de Santa Teresa de Jesús en El Escorial. Ambos fueron escritos de prisa, con la intención más bien de decir la verdad que de conseguir un efecto literario. Tampoco tienen las tachaduras y otras irregularidades que delatan tendencias neuróticas. Y si la Hermana Dolores carece de individualidad, del gran estilo, del verdadero genio de la mística española, ¡por lo menos no es tan desdeñosa de la gramática y la puntuación!

El primer relato, escrito en 1936, contiene muchos incidentes que ya he mencionado, a más de un conmovedor poemita en memoria de la *Querida Jacinta*, algo por el estilo de la lírica de Santa Teresa:

*O tu que a terra  
paseaste voando,  
Jacinta querida,  
numa dôr intensa  
Jesús amando  
nao esqueças a prece  
que en te pedia  
se minha amiga  
junto de trono  
da Virgen Maria.  
Lirio de candura,  
pérola brilhante,  
Oh! lá no Céu  
ondes vives triunfante,  
serafim d'amor,*

*com teu irmaosinho  
ruga por mim  
aos pés do Senhor.*

Esta Memoria concluyó con el ruego de que si el Obispo publica lo que ella ha escrito, no dirá nada concerniente a su “pobre y miserable ser”, y le asegura que si se decide a quemarla sin leerla, se alegrará, pues sólo la ha redactado por obediencia.

Fue en la segunda Memoria de 1937 donde la Hermana Dolores, por primera vez, hace una referencia casual al Ángel de la Paz. Su efecto fue como el de una bomba después de veinte años de silencio, y en algunas esferas provocó consternación y hasta indignación. ¿Cómo podía explicarse esto? ¿Qué pensaría la gente? Un visitante erudito llegó a decir:

— ¡Tendrá usted, Hermana, que pasar una temporada en el purgatorio por ocultar cosas como ésta durante tanto tiempo!

—No tengo el menor miedo al purgatorio por ese motivo —le contestó con calma—. Yo siempre actué obedeciendo, y no hay pena o castigo por obedecer.

De hecho la historia del Ángel, desconcertante como ha sido para algunas personas, viene en apoyo de la credibilidad a la Hermana Dolores. Una seudomística o impostora lo suficientemente lista para inventar historia tan notable, nunca hubiera atraído sospecha sobre sí con un añadido sorprendente e innecesario muchos años después. Y una psicópata que sufre ilusiones hubiera tenido, seguramente, otras ilusiones en todo ese tiempo. Sin embargo, sus superiores y compañeras están conformes en que ella es una perfecta religiosa normal, que nunca ha mostrado tendencia alguna a alardear de sus experiencias espirituales.

La tercera Memoria, escrita el 8 de agosto de 1941, contiene nuevos detalles relativos a Jacinta y un relato de la luz fantástica del 25 de enero de 1938.

Cuando el Obispo pidió un cuarto y definitivo relato a la Hermana Dolores, se retiró al desván del convento de Túy en la mañana del 8 de diciembre de 1941, y después de rezar un largo rato pidiendo gracia para escribir todo correctamente y con orden, se sentó en un baúl cerca de una pequeña ventana, y sosteniendo en su falda un montón de papel de notas, comenzó su cuarta y última Memoria, el manuscrito más largo, en el que anotó, para la posteridad, las palabras exactas del Ángel y de la Virgen del Rosario, con todas las circunstancias que pudo recordar en cada una de las

sucesivas apariciones. El comienzo, en que menciona haber acudido a la lectura del Nuevo Testamento más de una vez en busca de inspiración, es algo largo, y aparece la autora pagada de sí misma; aquí quizá tiende a dramatizarse un poco. Una vez salvado esto, la narración prosigue con rapidez y objetivamente. Al final hace algunas críticas mordaces de errores que ha encontrado en los libros más conocidos sobre las apariciones de Fátima.

Solamente en 1946, o sea después de un cuarto de siglo, se le permitió regresar al lugar de las escenas que había descrito en ese histórico documento. Quizá fuese adecuado que su triunfo y vindicación estuviese reservado para la memorable peregrinación del 13 de mayo de 1946. La segunda guerra mundial había terminado, y los portugueses estaban bien percatados de los errores inútiles de los que se habían salvado. Aunque la lluvia cayó durante toda la noche, una multitud de más de 700.000 peregrinos se halló reunida en Cova da Iria para dar gracias a Nuestra Señora de Fátima. Casi un décimo de la población rural estaba allí.

Una impresión de segunda mano, pero inolvidable, de esa demostración la recibí viendo algunas películas dos meses después en la casa del Obispo, en Leiria. La extensión de sombrillas negras en movimiento, los prelados portugueses y el Nuncio de Su Santidad permaneciendo humildemente bajo la lluvia, los miles y miles de pañuelos que se agitaban como las olas de un mar blanco o *como* las alas de innumerables ángeles batiendo el viento; había algo inaudito, casi apocalíptico, en la magnitud, el fervor y la paciencia de esa prodigiosa hueste. Para encontrar algo parecido habría que retroceder a los hijos de Israel cantando con Moisés en el desierto, o a los cruzados medievales voceando ante el Papa Urbano II o un San Luis: “¡Es la voluntad de Dios!”

Del entusiasmo de cruzados de aquellos peregrinos obtuve también una idea cualitativa, al menos, con la peregrinación a que asistí al siguiente julio, pues el espectáculo es muy parecido mes tras mes. El día 12 los caminos estaban llenos de grupos pintorescos, predominando los hombres, la mayoría pobres. Al anochecer estaban desparramados por la gran concavidad de la Cova da Iria, buscando sitios para atar sus burros o descargar sus bultos, para comer, para descansar. Hogazas de pan moreno y botellas de vino eran sacadas de cestos de mimbres, y cántaros de agua eran pasados alrededor o rellenados en el pozo santo, mientras las mantas eran extendidas sobre el suelo bajo los olivos o encinas. Aquí una mujer vieja avanzaba lentamente hacia la capilla sobre sus rodillas desnudas y sangrantes; allá un desmedrado campesino calentaba alguna sopa para su



mujer e hijos sobre cuatro brasas que protegía del viento con su cuerpo y sombrero.

Todos los presentes disponían de velas, rodeada cada una de arandela de papel. A las diez, miles de estas pequeñas luces de tinte anaranjado estaban encendidas, y comenzó a formarse la procesión; presentaban un aspecto extraño a medida que la luna llena ascendía por Oriente, bañando la Serra de un resplandor sobrenatural y dando un tono peculiar azul acerado a la alta e infinita bóveda del cielo. Como el viento procedente del lejano océano y de las montañas al Oeste soprase con más fuerza, las llamitas de las velas comenzaron a oscilar locamente y hasta algunas se apagaron.

Pasado un rato, y cada uno ya en su sitio, fue ascendiendo con lentitud la larga procesión por la colina hacia la carretera principal. Se oyó la voz potente de un sacerdote que en un altavoz dirigía el Rosario. Miles de voces agudas y profundas de mujeres y hombres respondieron con ritmo espontáneo y apasionado: *Santa Maria, Mãi de Deus, rogai por nos pecadores agora e na hora da nossa morte!*

La cabeza de la procesión había alcanzado la cima de la colina, había vuelto y descendía por otro camino hacia la basílica. El paso lento y majestuoso, el resplandor de innumerables luces, las voces roncadas y guturales daban la impresión de un ejército no de combatientes, sino de devotos, de una hueste de cruzados llevando la antorcha de la verdad a través de la oscuridad de un mundo hostil, sin temor al tiempo y a la muerte, segura de su triunfo. ¿Qué podía resistirse a estas voces y pasos del ayer y del mañana?

Entre los misterios del Rosario, los caminantes lanzaban el estribillo de su himno favorito a los cuatro vientos:

*A treze de Maio,  
na Cova da Iria  
apar'ceu brilhanda  
a Virgen Maria.  
¡Ave, Ave, Ave Maria!  
¡Ave, Ave, Ave Maria!*

Gritos individuales exteriorizaban entre las estrofas sus esperanzas y súplicas, a veces con lamentos dolorosos: “¡Señor, te adoramos!”, “¡Señor, te amamos!”, “¡Jesús, ten misericordia de nosotros!”, “¡Señor, puedes curarme si quieres!”. Sí, estas voces parecían pertenecer a épocas más

sanas y sinceras que la nuestra. Parecían provenir del llano de Esdreton, de los muros de Jericó y Oonstantinopla, de los campos de Túnez, como pulsaciones de fe y de personalidad humana irrumpiendo a través de la mediocridad y regimentación de una edad de maquinaria.

La hilera de luces se disolvió finalmente en la basílica. Los miles de almas se abrieron poco a poco camino al interior de la misma para esperar la bendición y formar después largas colas ante los confesonarios, esperando pacientemente que les llegase el turno para decir sus pecados y poder recibir después la Sagrada Comunión al amanecer. Los rezos, los cánticos, las exclamaciones continuaron durante toda la noche. Pero a las dos de la madrugada muchos miles se habían ya preparado para dormir. Alrededor de cada árbol, alrededor del pozo, alrededor de la plataforma de hormigón de la capilla de las apariciones se les veía echados en círculos, las cabezas hacia el centro, formando grotescamente los perímetros los pies desnudos de las mujeres y las botas claveteadas de los hombres. Acá, bajo una manta, yacía un joven campesino y su esposa. Bajo otras dos o tres estaban cobijados un hombre, su mujer y sus cuatro hijos. Un bebé descansaba en el pecho de su madre dormida. Todos estaban inmóviles y silenciosos, sumergidos en el profundo sueño de los que trabajan en el campo y no les arredra andar 80 kilómetros para honrar a la Madre de Dios.

En la mañana del día 13, después de un modesto desayuno de pan seco en el sitio donde habían dormido, la gente formó otra procesión, que siguió la misma ruta hasta la carretera y de allí a la basílica. Esta vez la blanca estatua de Nuestra Señora de Fátima había sido sacada reverentemente de la capilla y era llevada a la cabeza de la procesión a hombros de seis fornidos hombres, mientras delante, guiando este segundo ejército de cruzados, que desafiaba el intenso calor de aquel día de verano, marchaban el Arzobispo de Évora y el Obispo de Leiria. Dom José avanzaba lenta y penosamente, con sus rodillas hinchadas y torpes, figura desgarrada pero heroica, en púrpura y oro. Cuando ascendió finalmente por la escalinata de la basílica, sonreía graciosamente, y pocos podían adivinar lo que le costaba a un caballero valiente rendir homenaje a su Señora.

Quizá la más conmovedora de todas las escenas es la que medió entre la misa cantada y la bendición del mediodía. En un sitio especial acordonado para ellos, los enfermos aguardaban pacientemente este momento: algunos en camillas, otros en cochecitos de ruedas con enfermeras, algunos con muletas, niños paralíticos en los brazos de sus

madres, otros ciegos o extenuados. Un sacerdote descendió de la basílica llevando la Sagrada Hostia en una custodia. Todos los que no estaban impedidos se arrodillaron a medida que pasaba entre las filas de los *doentes* y sostenía la custodia ante la cara de cada uno, implorando a Dios la curación. No intentaré describir aquellas caras, aquellos ojos; no encontraría palabras para expresar tanto amor, tanta esperanza, tanta adoración. Cabe sólo pensar en la época de los Evangelios, como Lucía nos ha recordado. “Andaba Jesús por todas las ciudades y las aldeas, enseñando en las sinagogas, predicando la buena nueva del Reino y curando toda clase de enfermedades y dolencias. Viendo a las gentes, se compadeció de ellas porque estaban esquilmadas y derrengadas, como ovejas que no tienen pastor” (<sup>58</sup>). No hubo episodios sensacionales en esta ocasión; más tarde, sin embargo, nos enteramos que un hombre procedente del norte del país había sido curado de cáncer (<sup>59</sup>).

Terminada, por fin, la ceremonia, la estatua de la Virgen fue llevada a su sitio en la pequeña capilla. Todo el mundo agitaba los pañuelos en señal de despedida. El efecto era impresionante, más elocuente que todas las saluciones y los *Avemaría* finales. Pero cuando la figura de Nuestra Señora desapareció, la multitud se disolvió rápidamente. Sólo unos pequeños grupos permanecieron aquí y allá. Fueron pocos los que se decidieron a seguir a la estatua a su capilla. Alrededor del humilde edificio permanecían arrodillados aún, murmurando en voz baja sus oraciones y súplicas; la mayoría eran mujeres muy pobres, con vestidos miserables y cubiertos de polvo, pañuelos negros sobre sus cabezas y los pies descalzos. Entre ellas vi en ese 13 de julio a tía Olimpia, la madre de Jacinta y Francisco, rezando devotamente el Rosario.

Semejante, aunque en escala mucho mayor, no obstante la lluvia, debió de ser el cuadro de la mayor de todas las peregrinaciones habidas: la del 13 de mayo de 1940. También en ese día, y como culminación del acto, los tres cuartos de un millón de peregrinos oyeron la voz del Vicario de Cristo hablando desde Roma, y la expresión de todas sus palabras tendió a realzar la impresión de una cruzada moderna.

“Vuestra gran concurrencia, el fervor de vuestras oraciones, el estrépito de vuestras aclamaciones, todo el santo entusiasmo que vibra incesantemente en vuestros corazones y, finalmente, el rito sagrado que en este momento de triunfo incomparable acaba de realizarse —dijo el Papa—, Nos hace recordar a otra multitud innumerablemente mayor, a otros

---

<sup>58</sup> San Mateo, IX, 35-36.

<sup>59</sup> *Voz de Fátima*, 13 de agosto de 1946.

clamores de adoración mucho más ardientes, a otros triunfos aún más divinos, a otra hora solemnemente eterna: al día sin fin en que la gloriosa Virgen, entrando triunfalmente en su Hogar Celestial a través de los nueve coros benditos de ángeles, fue elevada al Trono de la Santísima Trinidad. Ha que colocó sobre su frente la triple diadema de gloria, y presentándola a la corte celestial, sentada a la diestra del inmortal Rey de las Edades, la coronó Reina del Universo. Y el Rey vio que era verdaderamente digna de semejante honor, gloria o imperio por ser la más llena de gracia, la más santa, la más hermosa, la más divina, incomparablemente más que los santos más grandes y los ángeles más sublimes; por ser... la Hija primogénita del Padre, Madre pura del Mundo y Esposa adorada del Espíritu Santo; por ser Madre del Divino Rey, de Aquel a Quien desde su seno maternal el Señor dio el trono de David y un reinado sempiterno en la Casa de Jacob, Aquel que a Sí Mismo se proclamó como habiendo recibido todo poder en el cielo y la tierra. El Hijo de Dios decreta para su Madre celestial toda la gloria, poderío y majestad de Su Reinado...

“Así, la Iglesia saluda a su Señora y Reina de los Ángeles y Santos, de Patriarcas y Profetas, de Apóstoles y Mártires, de Confesores y Vírgenes; aclama a su Reina del cielo y tierra como la más gloriosa, la más digna Reina del Universo..., como luz brillante en el cielo entre las lágrimas de este destierro...

“Vosotros, al coronar la imagen de Nuestra Señora de Fátima, firmasteis un documento de fe en Su supremacía, una leal sumisión a Su autoridad, una correspondencia filial y constante a Su amor. Hicisteis aún más: os alistasteis como cruzados en la conquista y reconquista de Su Reinado, que es el Reinado de Dios; esto es: os comprometisteis voluntariamente ante el cielo y tierra a amarla, a venerarla, a servirla, a imitarla, de modo que con Su bendición podéis servir mejor al Divino Rey; y al mismo tiempo os comprometisteis a trabajar para que sea amada, venerada y servida por todos los que os rodean en la familia, en la sociedad, en el mundo”<sup>(60)</sup>.

La Hermana Dolores es posible que oyese las palabras del Santo Padre, pero no vio la manifestación pública. Fue una semana más tarde, el 20 de mayo, cuando llegó con la Madre Provincial de su Orden a Cova da Iria. La había dejado como niña inculta de catorce años. Volvía transformada en una mujer de treinta y nueve, serena y equilibrada. La mayoría del campo no había cambiado mucho. Pero sus ojos castaños se abrieron sorprendidos cuando su mirada se fijó en lo que había sido el erial de Cova

---

<sup>60</sup> *Voz de Fátima*, 13 de junio de 1946.

da Iria. Estaba parcialmente cercado. Desde dos puertas majestuosas descendían caminos que se unían en la fuente milagrosa y después ascendían a la basílica blanca, encumbrada en la colina del Norte. La capilla de la.: apariciones había sido completamente reconstruida. A la izquierda había un imponente hospicio con dos o tres capillas, la residencia del Obispo y un Seminario. En la colina opuesta había obreros trabajando en los cimientos de otro edificio. El terreno era igualado para un Seminario italiano al Nordeste. En otro altozano se levantaba el nuevo convento de monjas carmelitas descalzas procedentes de Bélgica.

Apenas subsistía nada de lo conocido, excepto la encina bajo la cual habían corrido los niños a refugiarse cuando percibieron el primer relámpago de luz, el 13 de mayo de 1917. De una de sus ramas colgaba una campana para el toque del *Ángelus*, que Juan, el hijo cojo de Maria Carreira, tocaba a las horas convenientes; también vendía éste rosarios y atendía a la fuente. Y revoloteando como un pájaro alrededor de la capilla de las apariciones, casi a todas horas, podía verse a su madre —María da Capelhana, como ahora la llamaban— apartando flores marchitas del sitio donde había estado la carrasca o barriendo el piso de hormigón con una escoba.

Tío Marto bullía mucho por entonces, llevando una camisa azul con una corbata negra los domingos, y en la solapa de su chaqueta bien cepillada, el botón de la Liga de Acción Católica de Campesinos.

—Sí, creí en todo desde el principio —solía decir—. Una vez vino aquí un español y me dijo que podía mirar al sol en cualquier momento. Le desafié a que lo demostrase. Se metió bajo una higuera y miró al astro a través de las hojas. “¡Oh! —le dije—. ¡Salga fuera y mírele!” Como es natural, no pudo. Otra vez vino un comunista, que dijo que todo era una gran estupidez. Entonces le dije: “Veamos si cuando regrese a su pueblo puede hacer una estupidez tan grande como ésta.”

Cuando le pregunté a tío Marto si aún cultivaba sus maíces y sacaba sus patatas, me respondió, excusándose:

—No, no trabajo mucho ahora. Sólo tengo setenta y tres años, pero mis piernas no quieren ya ser buenas; están casi tan malas como las de Dom José.

Dom José, como el pueblo llama afectuosamente a su Obispo, da la impresión de no permitir nunca a su dolencia que interfiera con nada de lo que él resuelva hacer, y la mañana después de la llegada de la Hermana

Dolores vino de Leiria a decir misa, especialmente para ella, en la pequeña capilla.

En el ínterin, la noticia de la llegada de la Hermana Dolores había cundido por toda la Serra. Pronto acudieron campesinos de todas partes para echarle una ojeada, y un grupo de ellos le seguía los pasos. Naturalmente, visitó Aljustrel para hablar con su hermana María, su tía Olimpia y otros antiguos amigos y vecinos. Fue con el Padre Galamba, en representación del Obispo, para que éste comprobase todos los lugares de las escenas de 1917. Señaló exactamente dónde había aparecido el Ángel en el “Cabeço” y en el pozo. Se fijó en las mujeres que lavaban sus ropas en el “Lagoa”. Un sacerdote que la vio parada en Valinhos contemplando el montón de piedras donde Nuestra Señora se había aparecido en agosto de 1917, me dijo que quedó muy impresionado por su falta de vanidad y su sencillez. Parecía no darse cuenta en absoluto que alguien la estaba mirando.

Después de una visita a la iglesia de San Antonio en Fátima, donde observó todos los cambios y mejoras, cruzó el camino y atravesó la desvencijada puerta del viejo cementerio. Donde había dejado la pequeña cruz, sobre la sepultura de Francisco, encontró un monumento grandioso con la siguiente inscripción:

AQUÍ YACEN LOS RESTOS MORTALES DE JACINTA Y FRANCISCO MARTO, A  
LOS QUE SE APARECIÓ NUESTRA SEÑORA

Pues Jacinta también había vuelto a Fátima, como ella había prometido, bastante después de su muerte. Fue en 1985 cuando su cuerpo fue sacado del cementerio de Ourem y depositado en una fosa común con el de su hermano. Cuando se abrieron ambos ataúdes, sólo se encontrara de Francisco los huesos, pero la cara de Jacinta apareció intacta e incorrupta: parecía sólo dormida en espera de la Resurrección, y un agradable olor a Paraíso la envolvía. Su madre fue una de las personas que viera el cadáver. Tío Marto me dijo que también estuvo allí, pero no pudo ver bien, “*¡Ai, Jesús, había tanta gente, que no pude acercarme lo suficiente!*”

La Hermana María de los Dolores regresó a su convento. Unos pocos días después el Obispo ordenó la aportación de pruebas en la causa para la beatificación de aquellos que, si estas tentativas tienen éxito, serán un día venerados como Santa Jacinta y San Francisco de Fátima.

## EPÍLOGO

Fue en el convento de las Hermanas Doroteas en Vilar, cerca de Oporto, donde gocé del privilegio de hablar con la Hermana María de los Dolores en la tarde del lunes 15 de julio de 1945. Parecía en un principio molesta, y probablemente lo estaba, pues detesta marcadamente las entrevistas y sólo se somete a ellas cuando se le ordena. Se retorció las manos nerviosamente. Sus ojos castaños, apagados, denotaban en sus miradas un gesto de prevención poco amistoso. No había mucha convicción en su voz aguda y temerosa. Pocos momentos después había yo casi olvidado esta primera impresión. Había comenzado ella a sentirse más tranquila. Reía fácilmente, y cuando sonreía aparecía un hoyuelo en cada mejilla. La voz sonaba ahora natural y sincera. Su rostro expresaba también inteligencia y encanto. Era imposible no quererla y confiarse a ella.

Primero le hablé de preguntas que me habían hecho en Norteamérica, algunas quizá obvias e innecesarias. Una, de un escultor, era si el Rosario en la mano de Nuestra Señora tenía cinco o quince decenas.

—No las conté —dijo rápidamente, con sonrisa maliciosa.

—Cuando el Ángel de la Paz le dio la Sagrada Comunión en el “Cabeço”, ¿le pareció el hecho como un sueño o una visión, o fue como la realidad de recibir la Sagrada Comunión en una iglesia?

Dudó ella para encontrar las palabras precisas.

—No puedo estar absolutamente segura de ello, porque no me encontraba en un estado de ánimo normal durante dicha experiencia. ¡Y hubo algo tan íntimo, tan interior, tan intenso en la aparición del Ángel y en lo que dijo e hizo! Pero yo creo que fue como la experiencia real de recibir la Comunión en una iglesia, pues sentí el contacto de la Hostia.

— ¿Vio usted a Nuestro Señor en el año 1927?

—Dos veces.

La respuesta fue rápida y positiva. No tenía yo permiso para interrogarla respecto a lo que el Señor dijo. Ni tampoco estaba autorizado para preguntar respecto a las conversaciones que había tenido con Nuestra Señora desde 1917. Según la *Voz de Fátima*, publicada en esta localidad, la Bendita Madre le dijo a ella en la celda el 10 de diciembre de 1925: “Mira, hija mía, mi corazón rodeado de las espinas con las cuales los hombres ingratos le hieren a cada momento con sus blasfemias e iniquidades. Tú, al menos, procura consolarme, y anuncia de mi parte que yo prometo asistir en la hora de la muerte, con las gracias necesarias para la salvación, a todos los que el primer sábado de cinco meses consecutivos confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte de mi Rosario y me hagan compañía durante un cuarto de hora, meditando los misterios del Rosario, con el fin de ofrecerme reparación.” La Hermana Dolores hizo que esto se supiese, con lo que ha dado gran impulso a la devoción al Inmaculado Corazón.

La entrevista continuó:

—Cuando escribió las palabras del Ángel y de Nuestra Señora, ¿empleó las palabras exactas, tales como fueron pronunciadas, o sólo el sentido general de las mismas?

—Las palabras del Ángel fueron pronunciadas en forma tan subyugante y marcada, con una realidad tan sobrenatural, que no podían ser olvidadas. Parecían grabarse por sí mismas, de modo exacto e indeleble, en la memoria. Fue diferente con las palabras de Nuestra Señora. No podía estar segura de que cada palabra fuera exacta. Fue más bien su sentido lo que me quedó y yo expresé en palabras lo que comprendí. No es fácil explicar esto.

—Nuestra Señora le enseñó muchas almas que iban al infierno. ¿Logró de Ella la impresión de que se condenan más almas de las que se salvan?

Esta pregunta le divirtió un poco.

—Vi las que iban hacia abajo. No vi las que iban hacia arriba.

—¿Se parece la imagen en la capilla de Cova da Iria a la Señora que vio usted allí?

—No. no mucho. Me llevé un desengaño la primera vez que la vi. La encontré demasiado alegre. Cuando vi a Nuestra Señora era más triste o, más bien, más compasiva. Pero sería imposible describir a Nuestra Señora y conseguir hacer una estatua tan bonita como ella es.



Salió del cuarto un momento y volvió con una pequeña estampa de Nuestra Señora hecha sobre una especie de material plástico transparente, la más sencilla y desprovista de adornos que he visto, y me la alargó.

—Éste es el grabado que se aproxima más a lo que yo vi —dijo—. Nuestra Señora parecía estar hecha toda de luz, y también sus vestiduras. No había orla de oro ni ornamentación.

—En muchos libros sobre Fátima, la oración que Nuestra Señora le pidió dijese después de las decenas del Rosario es dada en esta forma: “¡Oh, Jesús mío, perdónanos nuestros pecados, sálvanos del fuego del infierno, ten misericordia de las almas en el purgatorio, especialmente de las más abandonadas! ¿Esto es correcto?”

—No, no lo es —repitió de un modo concreto—. La forma correcta es la que he escrito en mi relato de la aparición del 13 de julio: “¡Oh, Jesús mío, perdónanos y líbranos del fuego del infierno! ¡Atrae todas las almas al cielo, especialmente aquellas más necesitadas!”<sup>(61)</sup>.

— ¿Ha leído alguna vez las obras de Santa Teresa de Ávila? —yo pensaba especialmente en las descripciones de percepción innata en el *Libro de su vida*.

—No. Partes de ellas nos fueron leídas en el refectorio.

— ¿Ha tenido alguna revelación de Nuestra Señora respecto al fin del mundo?

—No puedo contestar a esa pregunta.

—Algunas personas creen que la visión de Jacinta de un Papa perseguido se refería a algún Pontífice determinado. Algunas creen que ella vio al actual Santo Padre.

—Jacinta dijo que era un Papa. No hubo nada que indicase un Papa determinado.

— ¿Por qué no dijo nada respecto al Ángel de la Paz hasta después de tantos años?

—Nadie me lo indicó. Estoy sujeta a la obediencia. El sacerdote a quien se lo dije a tiempo, me recomendó no hablase a nadie de ello. Nunca lo hice hasta que el Obispo me dijo que lo escribiese.

Explicó los diferentes efectos de las apariciones de Ángel y de Nuestra Señora en términos muy parecidos a los que había empleado en sus Memorias. Parecía muy aficionada a emplear la palabra “íntimo” e

---

<sup>61</sup> *O meu Jesus, perdonai-nos e livrai nos do fago do inferno! Levai as alminhas todas para o Céu. principalmente aquellas que mais preacisarem!*

“intenso”. Sus recuerdos eran claros y precisos. “El Ángel nos dejaba con una sensación de agotamiento, de desamparo, subyugados, y permanecíamos abstraídos para todo durante horas. Nuestra Señora siempre nos hizo sentirnos alegres y gozosos.”

Finalmente, llegamos al importante tema del segundo secreto de julio, del que se han publicado versiones tan diferentes y contradictorias. Lucía explicó claramente que Nuestra Señora no pidió la consagración del mundo a su Inmaculado Corazón. Lo que requirió específicamente fue la consagración de Rusia. No comentó, naturalmente, el hecho de que el Papa Pío XII hubiese consagrado el mundo, y no Rusia, al Inmaculado Corazón en 1942. Pero dijo más de una vez y con énfasis deliberado:

—Lo que Nuestra Señora quiere es que el Papa y todos los Obispos del mundo consagren a Rusia a su Inmaculado Corazón en un día especial. Si esto se hace, ella convertirá a Rusia y habrá paz. Si no se hace, los errores de Rusia se propagarán por todos los países del mundo.

— ¿Significa esto, en su opinión, que todos los países, sin excepción, serán subyugados por el comunismo?

—Sí.

Era evidente que sentía que los deseos de Nuestra Señora no se habían aún realizado. El pueblo debe decir el Rosario, realizar sacrificios, hacer los primeros sábados de cinco meses consecutivos Sagradas Comuniones, rogar por el Santo Padre.

— ¿Le dijo alguna vez Nuestra Señora algo relacionado con los Estados Unidos de América?

Me lanzó una mirada que denotaba más bien sorpresa, y después sonrió con algo de ironía, como si quisiese sugerir que quizá los Estados Unidos no eran tan importantes, en el conjunto general de cosas, como yo me imaginaba.

—No —dijo suavemente—. Nunca mencionó a su país. ¡Pero yo desearía que ustedes dijese misas por mí en los Estados Unidos!

Se lo prometí, y me dijo que rogaría por mí.

Eran casi las ocho, y habíamos estado hablando cerca de tres horas. La Madre Pignatelli, que había estado presente en la entrevista, con el Padre Galamba, Padre Roca, Padre Furtado y mister Daniel Sullivan, nos obsequió con algunos dulces y limonadas. Ella y la Hermana Dolores nos siguieron hasta el vestíbulo. Dormía allí un gato negro al calor de los últimos rayos de un sol poniente. De uno de los seis preciosos jardines del

convento descendía la fragancia de rosas y gardenias. Al despedirnos, la Hermana María de los Dolores, que había entrado en aquella casa como Lucia Abóbora se inclinó sobre la verja y nos dedicó una encantadora sonrisa de despedida.